



El amor que llegó de

HOLLYWOOD

ALESSANDRA TORRE

Los polos opuestos ¿no deberían atraerse?

Phoebe

ALESSANDRA TORRE

El amor que llegó de
HOLLYWOOD

Traducción de María José Losada



Phoebe

Título original: *Hollywood Dirt*

Primera edición: febrero de 2019

Copyright © 2015 by Alessandra Torre
Published by arrangement with Bookcase Literary Agency and Don Congdon Associates

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2019

© de esta edición: 2019, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-28-3
BIC: FRD

Ilustración y diseño de la portada: CalderónStudio
Fotografía: Y Photo Studio/Conrado/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48

CAPÍTULO 49

CAPÍTULO 50

CAPÍTULO 51

CAPÍTULO 52

CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54

CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56

CAPÍTULO 57

CAPÍTULO 58

CAPÍTULO 59

CAPÍTULO 60

CAPÍTULO 61

CAPÍTULO 62

CAPÍTULO 63

CAPÍTULO 64

CAPÍTULO 65

CAPÍTULO 66

CAPÍTULO 67

CAPÍTULO 68

CAPÍTULO 69

CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
CAPÍTULO 77
CAPÍTULO 78
CAPÍTULO 79
CAPÍTULO 80
CAPÍTULO 81
CAPÍTULO 82
CAPÍTULO 83
CAPÍTULO 84
CAPÍTULO 85
CAPÍTULO 86
CAPÍTULO 87
CAPÍTULO 88
CAPÍTULO 89
CAPÍTULO 90
CAPÍTULO 91
CAPÍTULO 92
CAPÍTULO 93
CAPÍTULO 94
CAPÍTULO 95
CAPÍTULO 96
CAPÍTULO 97
CAPÍTULO 98
CAPÍTULO 99
CAPÍTULO 100
CAPÍTULO 101
CAPÍTULO 102
CAPÍTULO 103
CAPÍTULO 104
CAPÍTULO 105

CAPÍTULO 106

CAPÍTULO 107

CAPÍTULO 108

CAPÍTULO 109

CAPÍTULO 110

CAPÍTULO 111

CAPÍTULO 112

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

CONTENIDO EXTRA

*Este libro está dedicado a las mujeres fuertes del Sur que podemos encontrar en todo el mundo, sobre todo a la hermosa e inteligente Tricia Crouch.
Gracias por todo.*

Este libro está ambientado en una población que existe en la realidad, y, asimismo, existen referencias a personas reales. Cuando se mencionan esos nombres es de una manera ficticia, y como tal deben tomarse.

INTRODUCCIÓN

Las mujeres del Sur somos únicas; de eso no hay duda. Somos mujeres nacidas al amparo de los conflictos, de un pasado marcado por las batallas y el caos, fruto del instinto de conservación y protección. Durante la guerra administramos plantaciones, servimos té a los soldados de la Unión antes de ver cómo quemaban nuestras casas, ocultamos esclavos de sus perseguidores y, más tarde, avanzamos por los siglos observando y aprendiendo de los errores de nuestros hombres. No es fácil plantarle cara a la vida en el Sur, pero todavía es más difícil hacerlo con una sonrisa en la cara.

Mantuvimos nuestros estados unidos, conservando la dignidad sin dejar de lado la amabilidad, y seguimos teniendo la cabeza alta cuando nos mancharon con sangre y hollín.

Somos fuertes. Somos del Sur. Tenemos secretos y vidas que jamás llegarás a imaginar.

Bienvenidos a Quincy.

Población: 7800 habitantes.

Ingresos medios: Jamás lo diremos.

Secretos: En abundancia.

Quincy, Georgia, fue en tiempos la población más rica de Estados Unidos. El hogar de más de los sesenta y siete millonarios de la Coca-Cola. Cada una de las familias de los propietarios originales posee ahora más de diez millones de dólares, lo que convierte a este pequeño y hermoso pueblo sureño en un lugar muy lucrativo. Sin embargo, cuando conduces por sus calles no te cruzas con Bentleys o mayordomos, sino que ves una localidad pequeña, con mansiones elegantes y bien cuidadas, donde se siguen observando a rajatabla las sencillas tradiciones del Sur que llevan siglos existiendo: sonreír, tratar al prójimo como a ti mismo, ser amable, no contar los secretos, cuidar a los amigos y mantener a los enemigos todavía más cerca.

Y, desde el principio, Cole Masten fue mi enemigo.

1

La gente de Hollywood no encaja bien con caminos de tierra. Allí no entienden nuestra idiosincrasia. No comprenden el intrincado sistema de reglas por el que nos regimos. Piensan que, como hablamos despacio, somos estúpidos. Que contraer las palabras es una señal de mala gramática. Creen que tener un Mercedes hace que una persona sea mejor cuando, por el contrario, para nosotros solo es una indicación de una autoestima baja.

La caballería llegó a Quincy un domingo de agosto por la tarde. *Pickups* seguidas de limusinas, camiones y tráileres con sedanes a juego. Remolques de *catering* como si aquí no tuviéramos restaurantes. Furgonetas... El olor de las camelias no podría competir con el tufo que salía por sus tubos de escape, y el resoplido de los motores diésel traía consigo el aroma a ínfulas y pretensiones. El chirrido de los frenos lo oyeron todos en tres condados a la redonda, e incluso los nogales se enderezaron con interés.

«Y... ¡un domingo!».

Solo los yanquis podían pensar que el domingo era un día adecuado para entrar de sopetón en nuestras vidas. Era el día del Señor. Un día dedicado a los bancos de la iglesia, a tomar el aperitivo bajo los robles con amigos y familiares, a echarse la siesta por la tarde y a sentarse en los porches de las casas al anochecer. Era un tiempo para disfrutar con tu familia. El domingo no era un día de agitación, no era un día para trabajar.

Estábamos en la iglesia bautista cuando llegó la noticia. Un susurro de emoción recorrió la larga mesa, avanzando a saltos por encima del pan de maíz, las albóndigas, el pastel de nuez y las cazuelas de brócoli. Fue Kelli Beth Barry quien me contó la nueva, durante el cambio de turno, mientras su pelo rojo ondulaba peligrosamente sobre un bizcocho de malvaviscos.

—Ya están aquí —musitó con aire siniestro, aunque el brillo de excitación de sus ojos no coincidía con el tono ominoso del mensaje.

No tuve que preguntar a quiénes se refería. En Quincy llevábamos siete meses esperando este momento. Desde que nos llegó la primera noticia del tema, a través de Caroline Settles, la secretaria del alcalde Frazier, que recibió una llamada telefónica un lunes por la mañana de Envision Entertainment. Caroline había pasado la llamada al alcalde, había cogido el

paquete de caramelos de canela Red Hots y se había acomodado en la silla, junto a la puerta. Se había ventilado media caja antes de levantarse y regresar al escritorio; hundió su enorme trasero redondo en el asiento justo antes de que saliera el alcalde. El hombre apareció hinchando pecho, con las gafas puestas y una libreta que, como ella sabía bien, solo contenía garabatos.

—Caroline —le dijo él, dándose aires de importancia—, acabo de recibir una llamada de California. Al parecer, quieren filmar una película en Quincy. Todavía estamos con las conversaciones preliminares, así que... —se interrumpió para mirarla por encima de la montura de las gafas con cierto grado de severidad y dramatismo— esto no puede salir de las cuatro paredes de estas oficinas.

Fue una declaración muy graciosa, puesto que el alcalde Frazier sabía lo que ocurriría cuando regresara a su despacho. En las poblaciones pequeñas hay dos clases de secretos: los que unen a todo el mundo para protegerlos y los jugosos. Y los jugosos no se callan. Nada de eso. Son la única fuente de entretenimiento en un pueblo, como la pizca de grasa que ayuda a conservar la salud. Esos secretos son nuestra moneda de cambio, y no hay nada más valioso que saber algo de lo que todavía no se ha enterado nadie más. A los cinco minutos, Caroline llamó a su hermana desde el cuarto de baño privado del alcalde, y sentada en la tapa acolchada del inodoro le repitió sin aliento cada palabra que había escuchado a través de la puerta.

—Han dicho que necesitan una plantación como la de *Lo que el viento se llevó*...

—He oído el nombre de Claudia Van, ¿crees de verdad que Claudia Van va a venir a Quincy?

—Han mencionado el mes de agosto, pero no sé si el de este año o el del año que viene.

Aquellos chismes poseían información suficiente para correr como la pólvora, y las especulaciones y las suposiciones falsas se extendieron como la epidemia de piojos del 92. Todo el mundo pensaba que sabía algo, y cada día se añadía nueva información a nuestras hambrientas vidas sociales como si fuera maná.

Yo tuve suerte. Pillé un asiento en primera fila para la acción y me convertí en una de las personas más interesantes en un lugar que había incluido mi nombre a la lista negra tres años antes. Ser interesante era el primer paso para ser apreciada, algo que ni mi madre ni yo habíamos podido conseguir en los

veinticuatro años que llevábamos viviendo en Quincy. No era algo que me importara demasiado, aunque era lo suficientemente inteligente como para no rechazarlo.

Que rodaran una película en Quincy resultaba ser la cosa más emocionante que hubiera ocurrido nunca, y la gente aguardaba la llegada del acontecimiento con una jadeante anticipación.

«¡Hollywood!». *Glamour*. Grandes estudios. Celebrities..., la más importante de las cuales era Cole Masten.

Cole Masten. El hombre en el que una mujer piensa en la oscuridad de la noche. Cuando su marido ronca o, en mi caso, cuando mi madre duerme. Es posible que sea el hombre más guapo que nos ha dado Hollywood en la última década. Alto y fuerte, con una constitución que defiende de forma perfecta un traje, pero que deja músculos a la vista cuando se desnuda. Pelo castaño oscuro, suficientemente largo para poder hundir los dedos y tirar de él, pero no tanto como para parecer un vagabundo. Ojos verdes que se apoderan de ti en cuanto te sonrío. Una sonrisa tal que te hace olvidar que de tu boca pueden salir palabras porque conduce a tu cuerpo a un estado de desesperada necesidad, capaz de conseguir que cualquier otro pensamiento se vuelva irrelevante. Cole Masten era la personificación del SEXO, con mayúsculas, y todas las mujeres del pueblo babeaban al pensar en el momento en que lo verían en persona.

Todas las mujeres menos yo, claro está. Yo no babeaba por él, porque, por un lado, era un cerdo, un creído arrogante y sin modales y, por otro, ese hombre sería, durante los cuatro meses siguientes, mi jefe. El jefe de todos. Porque Cole Masten no solo era el protagonista masculino y la estrella de la película, sino que invertía su propio dinero en la producción para financiar toda la operación. Había sido Cole quien se había leído esa novela sureña que nadie conocía. Un libro sobre el pueblo, una novela que dejaba claro que las plantaciones y los tractores no eran más que un camuflaje. Un maquillaje para ocultar a los millonarios secretos.

Vale. Nuestro tranquilo pueblo de siete mil habitantes está envuelto en modales sureños y recetas premiadas de pollo frito. También poseemos discreción: la mayor prueba es lo que hay en las cámaras acorazadas del banco y enterrado en los patios traseros de nuestras casas. Y guardado en congeladores y áticos.

Dinero contante y sonante. Mucho..., muchísimo. En este pequeño pueblo

hay cuarenta y cinco millonarios y tres multimillonarios. Y es una estimación aproximada, el mejor cálculo del que pueden dar fe las cuentas que hacemos entre susurros. Puede que sea más. Todo depende de lo estúpidos o inteligentes que hayan sido los descendientes de los primeros inversores con las acciones de Coca-Cola. De ahí es de donde viene todo. De la Coca-Cola. Si alguien menciona la palabra «Pepsi» en esta ciudad, será mejor que se guarde la espalda cuando salga a la calle.

Así que Cole había descubierto el secretito de Quincy. Se había quedado fascinado por él, por nuestro pueblo y sus pretextos. Por lo que había reunido un equipo, había contratado a un escritor y se había mantenido apartado de la prensa amarilla el tiempo suficiente para planificar una película de tres horas a partir de un libro de setenta y dos páginas. Y ahora..., trece meses después de que Caroline Settles esparciera los rumores, habían comenzado a aparecer... La gente de Hollywood estaba aquí. Un día antes de lo previsto. Yo les había aconsejado que llegaran un lunes, que nada que diera comienzo un domingo podía ir bien. Por ello, observé la locura que se había desatado mientras me preguntaba cuántos contratiempos más nos estarían esperando.

Seguí a la multitud hasta el césped de la iglesia, observando cómo la calle Mayor era invadida por los recién llegados, gente que se bajaban de los autobuses, de los camiones. Había un enjambre de gritos, y todo el mundo hacía señales corriendo en diferentes direcciones como si nada tuviera sentido. Sonreí. No pude evitarlo. Todo esto era un lío tremendo, y empezaba un domingo. Y pensaban que tenían el control..., creían que, de repente, este pueblo era suyo.

No se imaginaban ni por asomo en dónde se estaban metiendo.

2

SEIS MESES ANTES

Mi madre había sido *miss*. «*Miss Arkansas 1983*». Me había tenido en el 87, en unas circunstancias de las que nunca he llegado a tener conocimiento y que, en realidad, no me habían importado nunca. Tengo vagos recuerdos de mi padre: un hombre grande, que fumaba puros y vivía en una casa enorme con los suelos brillantes. Un tipo que gritaba y me pegaba cuando lloraba. Un día después de que cumpliera siete años, mi madre me despertó en medio de la noche, y huimos. Nos metimos en el coche de mi padre, un sedán enorme con los asientos de cuero que llevaba una cinta de Garth Brooks en el *radiocassette*, y que escuchamos durante todo el trayecto hasta Georgia, con solo las interrupciones necesarias para darle la vuelta. Eso son los últimos recuerdos que tengo de mi vida anterior. Garth Brooks, asientos de cuero y mi madre llorando. Me había arrojado en el asiento trasero con su abrigo mientras yo trataba de entender el porqué de sus lágrimas. No había podido comprender que estuviera llevando a cabo algo que le dolía tanto.

Abandonamos el coche por el camino, en algún pueblo. Mi madre lo condujo hasta que se acabó la gasolina, y entonces salimos y nos pusimos a andar. Noté que llevaba una revista enrollada y apretada en la mano mientras avanzaba, así que le eché un vistazo. Traté de concentrarme en la portada, que ella movía con cada paso que daba. Cuando se detuvo un hombre para ofrecerse a llevarnos hasta la parada del autobús, ella me subió a la parte de atrás. Nos apretujamos las dos contra la maleta en el asiento posterior, pero, aun así, pude ver mejor aquel titular: «LOS MILLONARIOS DE LA COCA-COLA», y justo debajo había un hombre calvo con una radiante sonrisa que sostenía una botella del burbujeante refresco.

Con el tiempo, conocí a ese tipo. Era Johnny Quitman, y contrató a mi madre de cajera en el banco que poseía. Un empleo que ella ha conservado hasta el día de hoy. Johnny formaba parte de la tercera generación de los millonarios de Quincy, y había sido lo suficientemente espabilado para triunfar: de ahí que luciera aquella entusiasta sonrisa en la portada de la revista.

Durante algún tiempo, cuando pensaba en la escapada nocturna a este pueblo

y la gastada revista que mi madre había llevado consigo, creía que estaba buscando otro marido y que al mudarse allí esperaba pescar a uno de los ricachones que se mencionaba en el titular..., pero no fue así. Ni siquiera lo intentó. Lo único que puedo decir es que vinimos a vivir aquí, que ella encontró un trabajo y que jamás volvió a coquetear con un hombre. Quizá el amor que había sentido por mi padre era demasiado intenso para poder olvidarlo y superarlo. O tal vez solo quería tener un refugio seguro en el que envejecer y morir..., porque eso era todo lo que parecía esperar de la vida: la muerte. Un triste final para una mujer tan hermosa.

Permanecí sentada en el porche, con el aire caliente flotando por debajo del borde de mi falda, y la observé con los pies apoyados en la barandilla. Estaba arrodillada sobre una toalla para no manchar los pantalones mientras acondicionaba las raíces de unas azaleas. El sudor que le cubría los brazos brillaba bajo el sol de la tarde, y un enorme sombrero le daba sombra a la cara. Estábamos solas en la casa, e incluso las luciérnagas eran más activas que nuestras almas. Me quedé sentada con aquel calor, mirándola mientras trabajaba. Sopesé la idea de ofrecerle limonada, aunque ya había rechazado dos veces la ocurrencia.

Yo no iba a ser como mi madre. Quería, fuera como fuera, vivir mi vida.

3

«En Hollywood, consideran que un matrimonio es un éxito si dura más que un tetrabrick de leche».

Rita Rudner

Cole Masten recorrió lentamente el lateral del coche, un Ferrari de color azul hielo, con los rasgos ocultos detrás de unas gafas de sol, aunque las llevaba inclinadas de tal manera que le permitían captar todas las características del modelo.

—Es precioso —gorjeó el vendedor, haciendo con la mano un pretencioso e innecesario gesto que abarcaba todo el vehículo.

Por supuesto que lo era. Era lo más lógico, pues costaba trescientos mil dólares. Inclino la cabeza hacia el joven de traje que se había detenido a la izquierda del coche y le hizo una señal rápida con la cabeza. Justin, su secretario particular, dio un paso adelante.

—Se lo va a quedar. Yo me encargaré del papeleo y del pago. ¿Podría entregarle las llaves al señor Masten y...?

Cole atrapó el llavero en el aire y se colocó detrás del volante mientras el personal del concesionario se apresuraba a abrirle las gigantescas puertas de vidrio que formaban parte de la fachada derecha del edificio. Al otro lado del cristal, en la calle, había multitud de personas. De mujeres. De halagos. Apretó los dientes y movió con impaciencia el cambio de marchas, esperando. La multitud se movió, agitó las manos, saltó... como si fueran una cosa viva con respiración, una a la que él podía amar con la misma facilidad que odiar. Cuando el cristal se abrió, aceleró el motor y avanzó lentamente al tiempo que se ponía bien las gafas. Saludó a la multitud con aquella sonrisa característica suya, la que había perfeccionado una década antes.

Sonrió.

Saludó.

Le guiñó el ojo a una de las chicas de delante, que se desmayó en los brazos de sus amigas.

Sí, que le cegaran los *flashes*..., que quedara documentado ese momento mientras él apretaba con suavidad el acelerador para completar el giro sobre

el asfalto y, por fin, pudo pisar a fondo el pedal.

Llevaba ya doce años en ese negocio, debía estar acostumbrado. Debía apreciar todo aquello: los *flashes*, la atención... Todo ello significaba que seguía en el candelero, que sus agentes y técnicos de marketing hacían bien su trabajo. Que la bestia siempre presente seguía alimentándose y quería más. Que todavía le quedaba tiempo antes de que se olvidaran de él. Pero eso no significaba que le gustara la invasión en su intimidad, en su vida...

Condujo agresivamente por las curvas de Hollywood Hills, a mucha más velocidad de la necesaria, y el modelo italiano aceptó el desafío, yéndose solo un poco las ruedas de atrás antes de pegarse al asfalto y salir disparado. En el momento en el que se detuvo en las puertas de su propiedad, el corazón le latía con fuerza y tenía una sonrisa de oreja a oreja. Eso era lo que necesitaba: adrenalina, velocidad, peligro... Y a ella también le gustaría. Ambos estaban cortados por el mismo patrón; era una de las cosas que hacían que su relación funcionara. Aparcó el coche delante de la casa y subió corriendo los escalones, con las manos en los bolsillos. Se cruzó con tres de las gobernantas, y sus educados saludos lo siguieron mientras subía las escaleras.

Tres años. Llevaba tres años viviendo allí y seguían tratándolo como un objeto. Y eran personas contratadas por él, por su equipo. Y, a veces, por su esposa. Entró en la casa y la vio a través de la ventana trasera, en la piscina.

«Una puta sesión de fotos».

Gimió, pues deseaba disfrutar de un tiempo a solas con ella para regalarle el Ferrari. Un instante en que no hubiera cerca ni personal ni cámaras, y ese no era el momento. Ella estaba de pie en una roca que él no había visto nunca, que habían llevado a la zona de la piscina, exhibiendo su espectacular cuerpo bajo las luces, con una prenda lo suficientemente transparente como para que sus pezones fueran visibles a cualquiera que mirara. Aquello hizo que entornara los ojos, que tomara nota de cada fotógrafo presente, de cada hombre. Uno de ellos se reía junto a la oreja de su mujer mientras le extendía el aceite por los hombros. Sus ojos se encontraron con los de ella en la distancia, pero estaban demasiado lejos para que los leyera. La única indicación que tuvo de que lo había visto fue que levantó un poco la barbilla, por lo que él levantó la mano con una sonrisa.

Solo iban a estar juntos cinco semanas. Luego ella se iría a África, y él se subiría a un avión rumbo a Nueva York. Era la historia de su vida. Segundos robados entre vidas separadas.

Quizá sería mejor que condujera un poco más. Que quemara rueda. Porque en ese momento, sabe Dios por qué, estaba cabreado. Quizá fuera por el hecho de que, después de medio año separados, había vuelto a casa y había encontrado a su esposa en plena exhibición. Cuando todo lo que había deseado, todo lo que había esperado era apretarla contra la pared y purgar cada necesidad y deseo contenidos de los seis últimos meses. Quería recordar su sabor, cómo eran sus gemidos, cómo conseguía hacerla gritar cuando no había nadie alrededor. En una casa vacía, sin testigos. Abrió la puerta principal y bajó de nuevo los escalones hacia el Ferrari.

4

Llamaron a la puerta. Levanté la cabeza del libro y miré en esa dirección, pero la limpia superficie blanca no ofrecía ninguna pista del misterio que había detrás.

Otro golpe. El sonido hizo que me incorporara y dejara a un lado el ejemplar de *Mi nombre es Raro Thomas*, muerta de curiosidad. En una ciudad tan pequeña como Quincy, donde ni siquiera cerramos la puerta con llave y no hay extraños, existen dos tipos de visitas: las que se consideran de la familia o de un amigo cercano, alguien que podría presentarse en una casa sin avisar, y las que necesitan una invitación, que llaman para saber si pueden pasar. En Quincy no dábamos timbrazos ni golpes en las puertas. Era una grosería, algo totalmente inaceptable.

Yo estaba bien entrenada en la etiqueta social; todo el mundo sabía que en el Sur había reglas por una razón, que no nos habíamos pasado los doscientos últimos años cultivando la educación para nada. Me quité la manta de encima y me acerqué a la puerta. Una vez allí, aparté la cortina de encaje y me encontré mirando la cara de un extraño. Un hombre sonriente que me saludó enérgicamente, como si no fuera, de hecho, un extraño. Se trataba de un tipo bastante guapo: piel perfecta, dientes blancos..., que llevaba un polo azul ceñido a su torso para exhibir un poco de masculinidad trabajada en un gimnasio.

Abrí la puerta.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—¡Ay, Dios, espero que sí! —Al oír esas palabras, mi libido regresó al pozo de desesperación donde solía hallarse. Cada sílaba pronunciada por ese hombre indicaba que se trataba de un gay, y su pose, apoyado contra el marco de la puerta daba pruebas de una desesperación tan dramática que casi me eché a reír—. Por favor..., dime que eres la dueña de esta fabulosa propiedad.

¡Ja! Muy gracioso. Llevaba unas zapatillas deportivas Keds por las que asomaba el dedo gordo del pie, rotas después de demasiados ciclos en la lavadora. El componente principal de mi reloj era el plástico, y vivía en la casa que había en la entrada a los antiguos barracones de esclavos de la plantación de Anna Holden. Ese tipo estaba loco de atar.

—No. —Me crucé de brazos—. ¿Por qué?

Tuvo la ridícula reacción de mirarme con aire perturbado, como si sus problemas fueran míos. Como si no hubiera llamado a la puerta para interrumpir mi lectura.

—¿Tienes el número de teléfono del dueño?

Negué con la cabeza. No pensaba darle el número de los Holden a un extraño.

—¿De qué quieres hablar con ellos?

—No voy a discutirlo contigo —repuso, alzando la nariz.

Me encogí de hombros. No entraba en mis planes quedarme allí y rogarle que me contara lo que quería. Si pensaba mantenerlo en secreto, pues genial por él.

—Buena suerte. —Sonreí de forma educada y cerré la puerta, por lo que dejé de ver su agitada expresión. Los Holden iban a quedarse en Tennessee durante los dos próximos meses. Podía golpear con esa mano tan cuidada cada puerta de la mansión, o regresar aquí y facilitarme cierta información. La elección era suya.

Al guapito de cara le llevó tres días regresar. La segunda vez lo vi llegar; avanzaba despacio por el camino de tierra con su traje de lechuguino. Levanté la vista y le señalé la mecedora que tenía al lado.

—Siéntese aquí, señor Payne. Ahí fuera hace mucho calor.

Y lo hacía. De hecho, era asfixiante. Un calor húmedo que te dejaba sin energía en solo unos minutos. El tipo de calor que atrae a cocodrilos y serpientes, a toda clase de criaturas malvadas. Todo aquel que poseyera una pizca de sentido estaba a salvo en el interior. Sin embargo, allí nos encontrábamos Bennington Payne y yo, bajo el alero del porche de la cabaña en la que vivía, mientras el ventilador daba vueltas arriba, creando un flujo de aire caliente lo suficientemente soportable para resistir en el lugar sin desmayarnos. Me incliné, rebusqué en el cubo con hielo que tenía a los pies y saqué una cerveza. Se la entregué, con la mía sujeta entre los muslos.

No discutió, no me dio una disculpa; solo cogió la botella y miró con vacilación la mecedora, pero se dejó caer en ella. Giró despacio el tapón de la cerveza con una sonrisa de agradecimiento.

—¿Cómo has sabido mi nombre? —preguntó al tiempo que se limpiaba la boca con delicadeza después de beberse la mitad de la Bud Light.

Me recliné en el asiento, con el cabello recogido en lo alto de la cabeza.

—¿Después de cómo has recorrido el lugar? Has hecho tanto ruido que hasta las vacas del condado de Thomas saben tu nombre. —Me reí contra el cuello de la cerveza mientras lo miraba de reojo—. Puedes quitarte la chaqueta, ¿sabes? Como sigas con ella puesta, solo vas a conseguir sudar como un pollo.

Se volvió hacia mí para estudiar mi expresión como si estuviera esperando que dijera algo más. Al no hacerlo, dejó la cerveza a un lado y se deshizo de la prenda, que dobló con cuidado en el regazo antes de apoyarse en el respaldo, con la chaqueta convertida en un pulcro paquete en su regazo. Había sido un movimiento inteligente. Era la mejor manera de proteger la ropa del polen. La policía local puede llegar a leer cualquier escena del crimen siguiendo las huellas de polen. Es la maldición del Sur. Eso y los mosquitos, y las serpientes, y las cucarachas..., así como otras cien opciones más que espantan a los del Norte.

—¿Por eso no he tenido suerte? —preguntó—. ¿Porque, como tan cortésmente has dicho, he hecho mucho ruido?

—En realidad hay dos razones —repuse sin andarme con rodeos—. Por un lado vas pisando fuerte, y por otro no cuentas el porqué. Eso no le gusta a nadie. Somos un pueblo reservado. No nos gustan los extraños. Al menos los que son como tú. Damos la bienvenida a recién casados, turistas... Pero tú estás aquí por otra cosa, y eso hace que todo el mundo desconfíe.

Se mantuvo en silencio durante un momento, hasta que se terminó el resto de la cerveza de un sorbo.

—Me han ordenado que sea discreto —soltó finalmente.

Me reí.

—¿Y también te han dicho que debías tener éxito? Porque aquí las dos cosas son incompatibles.

El sol bajó un poco más, hacia el lugar donde se escondía entre los árboles y deslumbraba a los que estuvieran en el porche. Era el momento en el que generalmente lo recogía todo y me iba dentro. Me estiré, cogí su botella vacía y la dejé caer, con la mía, en el cubo. Luego me puse de pie y me detuve delante de él. Le tendí una mano.

—Summer Jenkins.

—Bennington Payne. Mis amigos me llaman Ben. Y en este momento, creo que eres la única amiga que tengo aquí.

—No le pongamos etiquetas a nuestra relación todavía. —Sonreí—. Acompáñame, tengo que cenar.

—Sencillamente, es antinatural que una chica de esa edad no esté casada. En especial cuando es tan guapa.

—Bueno, ¿qué esperaba? Ya sabe lo que le pasó con Scott Thompson. Summer no ha tenido una cita para desayunar desde entonces.

5

Vivía con mi madre en una cabaña junto a los barracones para esclavos de lo que una vez fue la plantación más grande del Sur. Mi trabajo era cuidar de la propiedad, asegurándome de que el jardinero tuviera siempre la hierba a cinco centímetros o menos, de que se recogieran los frutos caídos y de que la casa estuviera impecable. Los Holden pasaban cinco meses al año en ese lugar, y los otros siete los alternaban entre una cabaña en Blue Ridge y una casa en California. Eran una de las rarezas de Quincy, una de las extrañas familias que salían periódicamente de los límites del pueblo. Se podían oír comentarios sarcásticos y resoplidos de desaprobación cuando sus asientos estaban vacíos en los servicios de Pascua. Resultaba algo ridículo. En realidad, el pueblo entero era ridículo. Un montón de ricachones que se dedicaban a incubar su dinero hasta que morían de viejos. Todos contaban en silencio los millones que poseían, a pesar de que nadie sabía qué tenía cada cual. En principio todos habían partido de lo mismo: en 1934, los cuarenta y tres socios iniciales de Coca-Cola invirtieron dos mil dólares cada uno. Ese día, en ese momento, todos eran iguales. Durante los veinte años siguientes, tras vender y comprar acciones, realizar reinversiones, matrimonios, divorcios y tomar algunas malas decisiones, unos se habían convertido en millonarios y otros se habían vuelto pobres.

En la actualidad, adivinar quién es el más rico no deja de ser un juego. Y realmente da lo mismo: todos poseen más dinero del que podrían gastar.

Hacía seis años, había aceptado cuidar la plantación de los Holden a cambio de tener un alojamiento gratuito y un sueldo de quinientos dólares al mes, un intercambio más que justo si teníamos en cuenta que no le dedicaba a mi labor más de diez horas a la semana. Mi madre se había mudado al otro dormitorio de la cabaña y se había empezado a encargarse de los suministros y artículos del hogar. Sí, tenía veintinueve años y vivía con mi madre. No consumía drogas, no iba de fiesta ni tenía sexo. Leía libros, bebía una cerveza las tardes que apretaba el calor y hacía el crucigrama de *The Times* los domingos por la tarde. No había ido a la universidad, no era particularmente guapa y, a menudo, me olvidaba de depilarme las piernas. Como puntos a favor, sabía hacer albóndigas y llegaba al orgasmo en cinco minutos. Aunque no a la vez...

No poseía tanto talento.

Y, en ese momento, dado lo que necesitaba conseguir Bennington Payne, me había convertido en su mejor apuesta. Incluso aunque yo no perteneciera a la élite y fuera una marginada en Quincy.

6

Saqué un pollo de la nevera y lo puse en el fregadero para echarle agua por encima y terminar de descongelarlo. En cuanto a Bennington, noté que estaba estudiando la casa.

—¿Te gusta?

—Es muy acogedora —repuso con soltura al tiempo que se sentaba en una de las sillas del comedor.

Oculté la sonrisa volviéndome hacia el fregadero.

—Venga, Bennington, suéltalo de una vez. ¿Qué estás buscando en Quincy?
—Tiré de la puerta del congelador y cogí una bolsa de verdura.

Tuvo un instante de vacilación antes de hablar, pero, después, sus palabras salieron fluidas, en un tono bastante afectado que enmascaraba una astucia propia de alguien acostumbrado a una gran ciudad.

—Trabajo en Envision Entertainment. Me dedico a buscar localizaciones. Tengo que conseguir escenarios para una...

—... película —terminé por él, dejando a un lado el pollo para llenar de agua una olla grande. Me sentía muy orgullosa de mí misma, pues ya tenía, al menos, una información jugosa.

—Sí. —Parecía sorprendido—. ¿Cómo te has enter...?

—Lo sabe todo el mundo desde el día que avisaron al alcalde —lo interrumpí secamente—. Para el caso, podríais haberlo anunciado con una pancarta en la 301.

—Entonces, no debería tener ningún problema —dedujo con entusiasmo—. Si todos saben ya que queremos rodar aquí, con acercarme por sus plantaciones ya...

Corté aquella entusiasta respuesta con un rápido movimiento de cabeza.

—Nadie te va a dejar filmar en su casa.

Eso detuvo su verborrea. Su rostro se tornó de un interesante tono grisáceo que contrastó de manera brutal con los reflejos rubios de su pelo.

—¿Por qué?

—¿Por qué iban a dejarte?

—¿Por dinero? ¿Por fama? ¿Por el derecho a presumir?

Me reí.

—Para empezar, nadie en Quincy necesita dinero, salvo yo misma, claro está. E incluso aunque lo hicieran, que sé que no es así, no van a permitir que los equipos de filmación accedan a sus propiedades —aseguré con un dedo en alto.

»Dos, estamos en el viejo Sur. La fama no se considera nada bueno. Tampoco se jactan de nada. Cuanto más presumes, más necesidad demuestras; lo consideran un signo de debilidad, de inseguridad... A los ricos de verdad se los distingue por su confianza y elegancia. Aquí, la gente no muestra su riqueza: la esconde. Solo la codician.

Ben me miró como si le hablara en griego.

—Pero y todas las mansiones... —refunfuñó—. Las grandes verjas, los diamantes... —Movié los ojos por mi humilde morada, como si mi espacio contuviera alguna prueba que le diera la razón.

—Todo esto es riqueza rancia —dije moviendo una mano con desdén—. Adquisiciones que realizaron cuando cultivaban el algodón y eran nuevos ricos. Antes, cuando Coca-Cola era algo grande y el pueblo celebraba su riqueza todos juntos. Hace casi cien años. Dos generaciones atrás. ¿Acaso has visto alguna construcción nueva en el pueblo? ¿Rolls Royce con aire acondicionado y radio por satélite? —Esperé, cerré el grifo y puse la olla sobre los fogones.

—Entonces, ¿qué hago? Necesito una mansión..., a ser posible dos. ¡Y otras quince localizaciones para rodar una película! —Tras soltar aquel discurso con voz aguda, se metió una mano temblorosa en el bolsillo y sacó un bote con pastillas, aunque aquel ataque de pánico no le provocó ni una sola arruga en la frente. Lo miré fascinada, luchando contra las ganas de empujarlo a ver si reaccionaba.

—Parece que... —dije despacio mientras cogía un vaso y lo llenaba de agua —necesitas una persona de confianza en la localidad. Alguien a quien la gente de Quincy conozca, alguien en quien confíen. Alguien que te pueda indicar qué propietarios podrían sentirse tentados por tus propuestas. Alguien que llegue a buenos acuerdos con los proveedores locales, con los hoteles y con los funcionarios del pueblo.

—Pero... ese es mi trabajo —protestó con un hilo de voz, aunque aceptó el vaso de agua y bebió, tragando con gran esfuerzo.

—¿Cuánto te pagan por hacer eso? —Me recliné y crucé los brazos, mirándolo con la esperanza de que claudicara. En realidad no había contado

con que se rindiera, sino solo con que se despojara de aquella fachada afectada e ignorara la pregunta. Sin embargo, me equivoqué, por lo que tuve que luchar para que la sorpresa no se reflejara en mi cara cuando respondí.

—Ciento veinte —soltó sin más, cruzando las piernas mientras se alisaba la tela de los pantalones, como si al abrirme su corazón estuviera recuperando algo de compostura.

—¿Mil? —No debí habérselo preguntado; era una pregunta estúpida con una respuesta obvia. No estaba sentado allí por lo que costaba una aspiradora.

—Sí. Pero los recibo por cinco meses de trabajo. Por las negociaciones, burocracia...

—Yo lo haré por veinticinco, en efectivo. —Di un paso adelante y le tendí la mano, con cara de póquer y una mirada intensa.

—Quince —repuso él, poniéndose de pie y mirando la palma extendida.

—Veinte. —Lo fulminé con la mirada—. Y recuerda que soy tu única esperanza.

Esbozó una sonrisa al tiempo que me estrechaba la mano con más fuerza de la que esperaba.

—De acuerdo.

Le apreté la mano con los labios curvados mientras pensaba para mis adentros: «Aquí, entre tú y yo, lo habría hecho por quinientos dólares».

7

Ben se había instalado en el Wilson Inn, un error absoluto por su parte, pero no podía culparlo por ello. En Quincy solo había dos opciones para alojarse: el Wilson Inn, un motel de tres estrellas, y el Budget Inn, un lugar donde incluso las cucarachas se volverían locas. Lo que no aparece en internet son los *Bed & Breakfast*, y hay siete en un radio de tres kilómetros desde el centro de Quincy. Así que le dije que recogiera sus cosas, y le reservé una habitación en el Raine House, el mejor de ellos. Concertamos una cita a las ocho de la mañana siguiente en la cafetería de Myrtle Way. Le indiqué que llevara dinero, y yo le suministraría nombres.

A la mañana siguiente, sobre una mesa de linóleo agrietado, metí algo del Sur en Ben en forma de sémola y salsa. A cambio, él me entregó cinco mil dólares de Hollywood en billetes grandes. Trabajamos durante cuatro horas; al terminar la reunión teníamos un plan de juego claro y un calendario para la semana siguiente. Se fue en el coche que tenía alquilado mientras yo me ponía a llamar a los nombres de la lista.

No era una tarea fácil la que me tocaba; en Quincy era decir mi nombre y la gente fruncía la nariz con expresión de disgusto. Tratar de que me hicieran un favor era como intentar desintegrar una roca con un tenedor de plástico. Pero yo conocía mi lugar, por lo que me regodeé haciéndome la débil, me arrastré e hice la pelota a aquellas pasas arrugadas, asegurándome de que se sentían superiores. Al cabo de veinte llamadas, había conseguido cuatro citas para Ben. Unas horas después, cuando colgué el teléfono, la sonrisa que esbocé era cansada, pero me sentía contenta del resultado. Era más de lo que esperaba de Quincy. Quizá tres años habían sido suficientes, quizá ya no era una apestada. O quizá, entre la película y el dinero, algunos habitantes de Quincy estaban dispuestos, aunque fuera por poco tiempo, a pasar por alto mis pecados.

8

—Señor Masten, ¿qué nos puede decir de su esposa?

—Estoy seguro de que le resulta familiar. —Sonrió, haciendo que la mujer se sonrojara. La observó mientras ella cruzaba y descruzaba las piernas.

—¿Cuándo supo que Nadia Smith era su media naranja?

—Nos conocimos durante el rodaje de *Cuerpos del océano*. Nadia era «la tercera chica de bikini» o algo así. —Se rio.

—Y usted era Cole Masten...

—Sí. Un día entré en mi caravana y la vi tendida en la cama con un bikini de lazos. Creo que ese fue el momento en el que lo supe. Cuando encontré a esa preciosa morena tumbada en mi cama, sin mostrar signo alguno de vacilación, como si fuera su sitio. Estoy seguro de que me matará por contarle esto... —confió a continuación.

—¿Y eso fue todo?

—Tracy, ¿se ha fijado bien en mi esposa? No tuve ninguna oportunidad...

—Llevan casados cinco años, lo que en Hollywood se considera toda una hazaña. ¿Qué consejo les daría a nuestros seguidores para que su matrimonio fuera feliz?

—Eso es difícil. Creo que son muchos los elementos que contribuyen a que un matrimonio sea feliz y duradero. Pero si tuviera que elegir solo uno, creo que la sinceridad es crucial. Nadia y yo no tenemos secretos el uno con el otro. Siempre hemos dicho que es mejor hablarlo todo abiertamente y lidiar con lo que sea, dan igual las consecuencias.

—Creo que eso es genial. Gracias por su tiempo, señor Masten. Y buena suerte con *La botella de la fortuna*.

—Gracias, Tracy; siempre es un placer verla.

9

Mamá y yo seguíamos una rutina; nuestra vida era como una máquina bien engrasada que funcionaba a la perfección. Por la noche, yo hacía la cena mientras ella lavaba los platos y limpiaba. Los fines de semana, cocinábamos juntas. La mayor parte de nuestra vida social giraba en torno a cocinar, cultivar o comer alimentos. Aunque de eso trataba la vida, en especial para un mujer en el Sur. Otras féminas podrían ofenderse por ello, pero a mí me gustaba trastear en la cocina. Y me encantaba comer. Y no hay ninguna comida que pueda compararse a la que se cocina con los productos de tu propio huerto.

Consideraba que vivir con mamá no era exactamente el concepto más sexy del mundo. Sabía que alguna gente lo veía extraño. Pero nos llevábamos bien, y, dados nuestros limitados ingresos, necesitábamos compartir todos los gastos posibles.

Mi madre no había hecho ningún comentario desde que había conseguido el trabajo con Ben. Todavía no le había contado lo del dinero, pero notaba que las alas de la libertad comenzaban a extenderse, y que tiraban de los huesos de mis hombros.

Tenía que hablarle del dinero.

Tenía que contarle mis planes, aunque todavía no los tuviera claros.

Tenía que decirle que me iba a marchar.

Ella necesitaba saber que, muy pronto, se quedaría sola.

La oía moverse por su habitación; el chirrido de una percha en la barra, el crujido del suelo. Era un buen momento para decírselo; tan bueno como cualquier otro. Doblé la esquina de la página que estaba leyendo y cerré el libro antes de dejarlo sobre la mesa.

La puerta estaba abierta, así que me apoyé contra el marco de la puerta y la observé; tenía el pelo mojado y recogido, el camisón pegado a las piernas, los pies pálidos... Tenía las uñas de los pies pintadas de rojo oscuro, aunque solo yo se las había visto. Me miró cuando se giró hacia la cama, con la ropa a medio ordenar, buscando un calcetín entre el montón.

—La película... —empecé—, ya sabes, el trabajo con Ben...

—¿Sí? —Emparejó con eficacia los dos calcetines y los enrolló.

—Voy a ganar un montón de dinero. El suficiente para...

—... irte del pueblo. —Dejó los calcetines a un lado y me miró.

—Sí. —«Para dejarte». Esa era en realidad la raíz del problema, y traté de encontrar las palabras para explicarme...

—No te preocupes por mí. —Rodeó la cama y se acercó—. ¿Es eso lo que te pasa? ¿Que te sientes culpable?

—Podrías venir conmigo —le ofrecí—. Aquí no hay nada que...

—Summer... —me interrumpió al tiempo que me ponía una mano en el brazo—. Vamos a sentarnos en el porche.

Apagamos la luz exterior en un intento inútil de mantener alejados los mosquitos, y la luz de la luna llegó hasta nosotras a través de cientos de plantas de algodón, acompañada de olor a limpio. «Echaré de menos este porche», pensé mientras me acomodaba en una de las mecedoras. La tensión me abandonó en cuanto empecé a empujarme con el pie en la barandilla. Hacia un calor infernal allí fuera, y la batalla contra los mosquitos era una lucha constante, pero, aun así, había algo en aquella soledad absoluta que adoraba. Me calaba, calmaba cualquier ansiedad de mis huesos.

—Quincy ha sido un maravilloso lugar para que crecieras, Summer. —Las palabras flotaron desde su mecedora, acompañadas por el crujido del vaivén mientras su sombra se movía a mi lado—. Aquí hay gente buena. Sé que, a veces, es difícil darse cuenta por la forma en la que te han tratado, pero...

—Lo sé —dije en voz baja, y la voz se me entrecortó. Me aclaré la garganta—. Lo son —afirmé con más fuerza. Lo decía en serio. Nunca encontraría lo mismo en otro lugar, y lo sabía en lo más profundo de mis huesos; la belleza de la ciudad, de las personas que vivían allí. Incluso aunque me odiaban, aunque sentía su desdén en las miradas, en este pueblo me amaban porque era una de los suyos. Una bastarda, sí. Sin duda no era una nativa, claro está. Pero no había ni una persona en el condado que no se detendría a ayudarme si me caía en la carretera. No había un alma que no rezaría por mí en la iglesia si me ponía enferma. Si mi madre perdiera mañana su trabajo, nos llenarían la nevera con comida y el buzón con donaciones. No creía que hubiera muchos sitios así en el país. Sabía que hacía falta un pueblo con ciertos valores, con cierta mentalidad, para que actuara así.

—Ha sido un gran lugar para crecer —repitió—, pero ahora eres una mujer. Tienes que encontrar tu propio lugar, y lo sé. No sería una buena madre si intentara detenerte. Solo lamento no haber podido ayudarte a seguir antes ese

camino, por falta de dinero.

—Podría haberme marchado antes, mamá. Muchas veces. —Y era cierto. Podría haber conseguido otro trabajo en Tallahassee. O podía haber aprovechado la beca Hope y haberme marchado a la universidad, a Valdosta State o a Georgia Southern. También podría haber obtenido un préstamo universitario y haber seguido otro camino. No sabía por qué no lo había hecho. Sencillamente, nunca me pareció apropiado. El deseo de abandonar Quincy nunca había sido lo suficientemente fuerte como para hacerlo. Luego comencé a salir con Scott y cualquier idea de marcharme desapareció. Era curioso cómo el amor podía hacer que la vida fuera en una dirección distinta antes de que te dieras cuenta de lo que ocurría. Y cuando lo percibías, no te importaba, porque el amor era más grande que tú y tus deseos.

Nuestro amor había sido más grande que yo. Eso había sido lo que había hecho que la caída resultara tan devastadora.

—¿A dónde piensas ir? —La voz de mi madre era tranquila, como si no estuviera rompiendo su mundo en dos.

—No lo sé. —Era cierto, no sabía a dónde me dirigiría—. ¿Quieres venir conmigo?

Sentí su mano sobre la mía, con un apretón fuerte y cariñoso.

—No, cielo. Pero siempre tendrás un hogar aquí, conmigo. Deja que eso te ofrezca la confianza que necesitas a la hora de asumir riesgos.

Era una dulce sensación. Continué apretando su mano, nuestras mecedoras se movían siguiendo el mismo ritmo mientras trataba de averiguar cuánto de los veinte mil dólares podría ahorrar, y cuánto me duraría esa cantidad.

10

«Asumir un papel es como meterte en otra vida y comprobar cómo te queda. Pasas cuatro meses siendo esa persona y, a veces, se te pega algo».

Nadia Smith

Cole Masten se acomodó en el asiento del Bentley antes de coger el móvil. Marcó el número de su esposa y apretó el botón para escuchar la llamada a través del *bluetooth*. Escuchó el timbre del teléfono a través de los altavoces mientras salía del aeropuerto de Santa Mónica, rumbo al norte por Centinela Avenue, camino de su casa. El tiempo que había pasado en Nueva York había sido un infierno. Un rollo entre promoción y producción, pero al menos había hecho algún progreso en *La botella de la fortuna*. Por primera vez desde sus comienzos en la industria cinematográfica, volvía a emocionarse por algo. Quizá fuera porque estaba arriesgando su propio dinero en la producción, o tal vez la idea de que tenía control total sobre el asunto: desde el reparto y la dirección, pasando por el marketing. Poseer el control era una cosa muy rara en Hollywood, una cosa extraña que le había supuesto un pico financieramente hablando. Pero valdría la pena, y con intereses, cuando la película llegara a la taquilla. Esa película iba a ser un bombazo, lo sabía, lo había intuido desde la primera vez que oyó hablar de aquel pueblo dormido lleno de millonarios.

Saltó el buzón de voz de Nadia, y él puso fin a la llamada mientras se pasaba al carril lento para desviarse hacia su casa. Si ella no estaba allí, llegaría muy pronto. Cole se las había arreglado para terminar un día antes, lo que les proporcionaría al menos veinticuatro horas más juntos antes de que él se fuera a Georgia. Solo faltaban seis semanas para que comenzara el rodaje. Encendió la radio y se puso a golpear el volante con los dedos al ritmo de la música mientras seguía conduciendo. Le daría el día libre al personal en cuanto atravesara la puerta para tener más privacidad.

El cielo ya estaba oscuro cuando tomó la cerrada curva final que llevaba a su calle y apretó el botón del mando a distancia que abría la verja. Vio que el Ferrari estaba aparcado en el garaje y sonrió. Dejó su coche en el camino de acceso y salió lo más rápido que pudo. Notaba un hormigueo en los dedos por la necesidad de acariciarle la piel, de inhalar su olor, de tumbarla sobre la

cama. Recorrió el sendero, notando la grava bajo la suela de los zapatos. La iluminación del jardín conseguía que las palmeras arrojaran dramáticas sombras que lo engulleron mientras llegaba a la puerta trasera.

Cuando entró en la mansión, el interior estaba tranquilo y a oscuras. Se detuvo en la cocina para vaciarse los bolsillos en la encimera y se quitó la chaqueta. Había una nota para Nadia en la isla de mármol, de Betty, la gobernanta de la casa. La leyó, y luego levantó la cabeza al notar que comenzaba a oírse el sonido de la ducha justo encima de él.

Pasando del ascensor, corrió escaleras arriba. Tenía una sonrisa en la cara cuando llegó al segundo piso. Fue la voz extraña lo que hizo desaparecer su sonrisa; oyó una risa claramente masculina, así que abrió la puerta muy despacio, dejando que la luz del pasillo se derramara en el dormitorio a oscuras. La del cuarto de baño estaba encendida también, lo que hacía que pudiera ver los pies de la cama.

Nadia tenía las manos en la encimera del lavabo. Siempre había adorado sus manos; tenía los dedos delicados, típicos de una niña que había tocado el piano. Y eran muy ágiles. Esa noche, el esmalte era de color oscuro. Las uñas combinaban a la perfección con el granito color canela que parecía querer arañar.

Nadia tenía la cabeza inclinada y sus labios abiertos formaban una O de placer. La cabeza del hombre contra su cuello le decía algo al oído. Se dio cuenta de que ella estaba descalza y de puntillas, en una postura en la que echaba hacia atrás su hermoso culo. Y las manos de aquel hombre manoseaban a conciencia esas nalgas.

—Me encanta tu culo —susurró Cole, mordisqueándole la piel.

—Claro que sí —se rio ella, rodando por la cama para quitárselo de la vista.

—Por la presente lo reclamo como mío.

Ella se giró hacia él y se apoyó en el codo.

—Eh..., más despacio. Este trasero pertenece a mi futuro marido.

—Entonces, déjame tenerlo.

Ella inclinó la cabeza hacia él con una sonrisa inquisitiva.

—Sé mi esposa, Nadia. Deja que te adore hasta que muera.

—Dígame, señor Masten, ¿cómo voy a decir que no a eso?

El hombre impulsó las caderas hacia delante, y Cole la oyó jadear. Notó que Nadia flexionaba los brazos mientras se empujaba contra él.

Cole entró en el dormitorio con la cabeza como un bombo y una opresión en el pecho. Los sonidos de sus pasos sobre la alfombra resultaban atronadores,

pero la pareja no se volvió hacia él; su mujer no lo escuchó, no se percató de su presencia. Quizá porque estaba demasiado ocupada gimiendo, con la cabeza ladeada y hacia atrás, apartando una de aquellas hermosas manos de la encimera para apoyarla en el espejo.

—*Dime que nunca me dejarás* —susurró Cole contra su cuello al tiempo que le lamía la piel.

—*¿Nunca?* —Ella abrió los ojos de par en par con una indecisión fingida—. «Nunca» es mucho tiempo, señor Masten.

—*Dime que siempre serás sincera conmigo. Dime que nunca me dejarás sin permitir antes que solucione cualquier problema que tengamos.* —Abandonó su cuello y la miró a la cara.

Ella se apretó contra él con una sonrisa.

—*Tontito, jamás tendremos problemas. Soy una mujer sin problemas.*

—*Todas las parejas los tienen, Nadia.*

—*Nosotros no* —susurró ella, separando las piernas debajo de él y rodeándole las caderas para ceñirlo con fuerza.

—*¿Nunca?* —preguntó, sintiendo su piel suave.

—*Nunca.*

Cole no supo cómo llegó a su mano la figura del elefante, pero de repente allí estaba aquel cuerpo de cerámica con una expresión beatífica. Era una pieza budista, algo que Nadia había comprado en la India y que su decoradora había considerado «el detalle ideal» para aquel mueble extraño que había colocado junto a la puerta del baño. Sin embargo, la reconoció a la perfección cuando cerró los dedos alrededor de la figura, preso de la furia que hervía con fuerza en sus venas. Una furia que llevaba mucho tiempo sin sentir, desde que era un adolescente con las hormonas fuera de control, a pesar de que era un adulto. Cole había dejado la habitación en penumbra para entrar en el cuarto de baño con el elefante en la mano, en realidad en las dos manos, porque, a pesar de su placidez, era un objeto muy pesado. Aunque no tanto como para distraerlo y no escuchar las palabras que pronunció el hombre en una asquerosa muestra de emoción. Ni tampoco era tan pesado como para ahogar la respuesta de su esposa, que contenía las palabras que eran sagradas, solo para ellos, por los siglos de los siglos. Sintió que el delgado hilo que sostenía su control se rompía mientras balanceaba el elefante con fuerza de izquierda a derecha, golpeando el hombro...

—*Dime que nunca te irás...*

... y luego la cabeza...

—*Nunca.*

... del extraño que se tiraba a su esposa.

El tipo se desplomó en el suelo de mármol de su casa, y el grito que soltó Nadia fue tan agudo que a Cole le dolieron los oídos.

11

Cuando me enteré de las noticias, estaba en la iglesia, intentando estirar los dedos de los pies dentro de los zapatos mientras clavaba los ojos en la parte posterior de la cabeza de la señora Coulston. Tenía un lunar en la nuca. Una verruga de color marrón claro, horriblemente fea, pero no podía apartar los ojos de ese punto. No era capaz de concentrarme en el sermón que, estaba segura, era un coñazo, ya que en esta época del año se trataba el tema del diezmo y las limosnas en la iglesia. Y, como siempre, se me erizaba la piel, mi opinión sobre el reverendo Dinkon se volvía pésima y mi buena voluntad para con la iglesia se tambaleaba, pues me hacían sentir medio culpable, medio irritada. Entendía que se necesitaba dinero para pagar la factura de los servicios eclesiásticos y para acondicionar el aparcamiento de la iglesia, pero no precisaban que fuera mi dinero cuando Bill Francis había donado cinco millones a esa pequeña iglesia hacía tan solo tres años. Además organizábamos ventas de pasteles, desayunos de tortitas y otros cientos de cosas. Cincuenta dólares de mis quinientos mensuales eran una gota en el océano que llenaba los cofres de la congregación.

A mi lado tenía el bolso nuevo de Nine West —un capricho a costa de *La botella de la fortuna*—, y rebusqué en su interior entre el forro y los bolígrafos hasta dar con mi objetivo: un caramelo de menta. Cerré los dedos alrededor del envoltorio de plástico. Tuve que retorcer tanto la mano para poder cogerlo que mi madre se puso rígida. Se giró y me lanzó una mirada de desaprobación. Saqué el caramelo del bolso rojo y tiré despacio del retorcido extremo de plástico. Hice tanto ruido que contuve la respiración mientras accedía al caramelo, con el acusador sermón del reverendo Dinkon de fondo. Llevábamos unos veinte minutos, así que faltaría otro tanto, por lo que me metí el caramelo en la boca y volví a clavar los ojos en el moño de la señora Coulston. No debía llevarlo tan apretado. Una vez más, traté de acordarme de la última vez que había visto a la señora Coulston con el pelo suelto, sin conseguirlo. Suponía que, con la edad, las mujeres dejaban de llevar melena, alguna regla tácita de esas, igual que la que hacía que casi todas las mujeres de su edad usaran zapatos planos. Me alegré de que no se lo hubiera cortado y que solo lo llevara recogido; tenía un pelo bonito, oscuro y con algunos

mechones plateados que había domado a la perfección. En realidad el único problema era el lunar. Seguramente podría quitárselo..., por criogenia o algo así. De repente se me ocurrió que quizá ella ni siquiera sabía que lo tenía allí: a fin de cuentas, estaba justo en la nuca. Sentí el repentino y horrible deseo de tocarle el hombro para advertirla como si fuera un codazo. De obligarla a concentrarse en esa marca el domingo por la mañana.

Era una idea tan horrible que me senté sobre las manos solo para asegurarme de que no lo hacía.

Unas tres filas por detrás de mí se desató una conmoción. Lo noté por el cambio en el aire, y porque suscitó también susurros y movimientos de pies. El alcalde Frazier estaba tratando de salir de su banco. ¡En medio del sermón! Lo observé fascinada mientras se inclinaba hacia la gente, musitando disculpas, con una expresión tensa. Le di un codazo a mi madre, pero ella también lo estaba mirando. Lo observaba todo el mundo, y murmuraban con desaprobación ante aquella distracción. Típico de Quincy. Sabía que no era la única que se aburría; que aquellos murmullos de acritud eran algo que les alegraba poder hacer. Los hacía felices poder decir que algo les molestaba antes de irse a dormir la siesta.

Cuando el alcalde Frazier llegó finalmente al pasillo central, comenzó a mover los brillantes zapatos negros a toda velocidad. Daba pasos veloces y firmes mientras apretaba el móvil entre los dedos..., por lo que de repente me di cuenta de que no se trataba de una urgente necesidad de orinar. Era algo más. Algo que hacía que sus ojos brillaran, que tuviera el teléfono a mano y que corriera hacia la salida. Cuando pasó junto a nuestro banco, clavó los ojos en mí, y hubo un momento de conexión que me llevó a concluir que se trataba de algo relacionado con la película.

Había ocurrido algo. Y, repentinamente, perdí interés en el lunar verrugoso de la señora Coulston y en comunicarle su existencia. A partir de entonces, durante los veinte minutos restantes de sermón, con un mar de cuerpos a mi alrededor, solo quería una cosa: saltar al pasillo y seguirlo.

No lo hice, por supuesto. Por un lado, mi madre me puso la mano en el brazo y me lo apretó. Era una clara señal de advertencia, una que decía: «Sé lo que estás pensando, y no te vas a atrever a hacerlo...», todo a la vez. Y, por otro, no era una maleducada ni una bárbara. Tenía cierto autocontrol, algo de respeto por nuestro Señor Dios Todopoderoso y por el reverendo Dinkon, incluso aunque su sermón fuera, en ese día en concreto, sobre la recaudación

de donaciones.

Permanecí allí sentada, con las uñas clavadas en las piernas cubiertas por pantis y los dedos de los pies encogidos dentro de los zapatos. Esperé a que terminara el sermón. A que pasara la ofrenda... Y las tres canciones de agradecimiento. Luego fue el cierre del servicio y, mientras la multitud se levantaba como la masa educada que era, yo agarré el bolso y salí pitando, con los ojos clavados en el alcalde.

—Esa chica, Bobbi Jo, nunca le hizo mal a nadie. Y ahora, después de lo que hizo Summer Jenkins, está en un manicomio.

—¿Un manicomio? Pensaba que Bobbi Jo estaba en Athens, que salía allí con un médico.

—No. Está en un manicomio. De barbitúricos hasta las cejas. Por eso nadie sabe nada de ella. Su madre se ha inventado esa historia de Athens para lavar su imagen. Pero es Summer la que debería estar encerrada. Eso opino yo.

¿HAN TERMINADO «CODIA»?

ASSOCIATED PRESS. LOS ÁNGELES. CALIFORNIA

El sábado por la tarde, aproximadamente a las siete, acudió la policía y el personal de emergencias a la casa de Cole Masten y Nadia Smith en Hollywood Hills West. Poco después, salió una ambulancia en dirección al Hollywood Presbyterian Medical Center, donde ingresaron a Jordan Frett en la UCI, con la cabeza envuelta en una toalla manchada de sangre. En el momento de publicar este artículo no ha habido todavía ningún arresto, pero la policía ha permanecido en la residencia de los Masten hasta casi medianoche, y los fotógrafos se han apostado en la estrecha calle que conduce hasta la casa.

«Había tantos *paparazzi* que no podíamos atravesar la calle», ha declarado Dana Meterrezi, una de las residentes en Hollywood Hills. «Se trataba de una multitud de cámaras y personas, y todos se agolpaban frente a la verja de los Masten; algunos incluso trataban de trepar por la cerca. He visto cómo la policía se llevaba a tres, y eso solo en los diez minutos que estuve allí».

En Hollywood se han desatado toda clase de rumores, y ambas partes han declinado hacer comentarios. La única declaración que hemos obtenido ha sido del mismísimo Jordan Frett: «Nadia Smith es una mujer increíble», dijo desde el hospital. Frett es el director del último proyecto de Smith, una comedia romántica ambientada en Sudáfrica. Se desconoce qué hacía Frett en casa de los Masten.

Cole Masten y Nadia Smith llevan casados cinco años.

13

—¿Esto es malo? —Miré a Ben, apoyada en la encimera. Estaba lívido y tenía una expresión tensa mientras movía con rapidez los dedos sobre el teclado del portátil; mi conexión a internet había colapsado una hora antes—. Es decir, sé que es malo, pero ¿cómo lo valorarías en una escala de uno a diez?

—Cien.

Pelé un cacahuete y me lo metí en la boca. Gracias a Dios ya había cobrado el cheque. Por supuesto, no todo: el estudio le debía a Ben una cuarta parte de su sueldo, así que él todavía tenía que pagarme cinco de los grandes. Sin embargo, mi cuenta bancaria estaba más abultada que nunca, por lo que si *La botella de la fortuna* se iba a la mierda, no supondría demasiada diferencia para mí. Arrojé las cáscaras en un vaso de plástico y luego observé a Ben, que parecía demasiado estresado, considerando que había recibido la mayor parte del dinero acordado.

—¿Por qué te importa tanto que *La botella de la fortuna* no se llegue a filmar?

Levantó la mirada hacia mí.

—Por supuesto que se va a rodar. Este tipo de cosas no detiene un proyecto de esta envergadura. —Agitó las manos para abarcar lo máximo posible.

Me metí en la boca otro cacahuete, que, al masticarlo, estaba más salado de lo normal.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es Codia. Cole y Nadia son el pegamento que mantiene unido nuestro mundo perfecto. La imagen ideal que todos queremos ser. Están en el centro de nuestro mundo y son el objetivo del ojo público. Se hacen regalos extravagantes, sus relaciones sexuales son ridículamente ardientes y pasan las vacaciones en yates en Barbados. Codia no puede desmoronarse. No se pueden divorciar, ¡ni siquiera pueden pelearse por las reservas de la cena! ¡Y, sin duda, Cole no puede intentar asesinar al amante de Nadia! —Su voz se hizo más aguda, y, por primera vez en cuatro meses y medio, le vi una arruga en la frente.

Se la señalé con un dedo, asombrada.

—Creo que tienes una arruga.

—¿Qué?

—En la frente. Te ha aparecido cuando estabas hablando de Cadia. Sin más.

—Co-dia. No es «Cadia», es Codia. —Apartó la silla de la mesa, olvidándose de buscar en internet, y se dirigió al cuarto de baño en busca de un espejo.

—Como sea —murmuré, dando un paso hacia la nevera para ponerme un té frío. Rellené el vaso y luego le serví otro a él, que coloqué a propósito junto su bebida energética. No me importaba conseguirlo el último día, pero ese hombre acabaría probando mi té, y le encantaría. Cuando Ben salió del cuarto de baño, tenía la mano en la frente y una expresión de irritación. Esperé a que se sentara para hablar—. He recibido una llamada del *sheriff*.

Oh, volvía a aparecer la preciosa arruga.

—¿Para qué? —me preguntó con ansiedad.

—Es por Cole Masten. A Jeff le preocupa que sea un tipo violento. No lo quiere en el pueblo. Ha recibido algunas llamadas de sus votantes.

—¿Votantes? —La arruga se hizo más profunda, y tuve que reprimir una sonrisa.

—Se trata de un puesto electo. Me refiero a ser *sheriff*. Los votos lo son todo, sobre todo en un año de elecciones.

—Y supongo que este lo es.

—Sí.

—Por supuesto... —gimió—. De todas las cosas que me han podido preocupar, que Cole Masten llegara a ser considerado un peligro para la gente del pueblo no había pasado por mi mente.

—El *sheriff* no está tan preocupado por la seguridad de nuestros ciudadanos como por... —Me moví contra el mostrador buscando otra posición.

—¿Como por qué? —Cerró los dedos alrededor del vaso de té, y me animé mentalmente a seguir.

—Bueno... —Me encogí de hombros—. Este es un estado pacífico. Valoramos mucho nuestra seguridad personal. Creo que le preocupa un poco que tu chico dorado de California empiece a pegar tiros por ahí.

Detuvo el vaso de té a medio camino de sus labios. Soltó una carcajada y luego sonrió con cautela.

—No lo dices en serio...

—Claro que lo digo en serio.

—Cole Masten no se va a poner a pegar tiros. Y nadie le va a pegar un tiro a

él. —Se quedó inmóvil, como si fuera a defender a Cole, y, de repente, volvió a dejar el vaso de té en la mesa bruscamente, haciendo que salpicara a su alrededor. «¡Maldita sea!».

—Ya, claro. Mientras no vaya por ahí haciendo daño a la gente. Pero es posible que el *sheriff* quiera hablar con él. Dile claramente que por aquí la autoridad va armada.

—Nadie habla con Cole así sin más. Hay que pasar por un montón de gente para llegar hasta él.

—Bueno, vale —agité la mano—, pues díselo a esa gente.

Ben me miró fijamente durante un buen rato, y noté que le palpitaba un músculo en la mandíbula.

—¿Quieres quedarte a cenar? —lo invité—. Estoy haciendo bagre frito.

—Sí. —Lo dijo incluso antes de que yo nombrara la comida. Volví a la nevera mientras él reanudaba el furioso ritmo de sus dedos contra el teclado. Pobre hombre... Juraría que, por la forma en la que aceptaba la comida, no se había alimentado adecuadamente antes de venir a Quincy.

14

Cuando pasas con alguien media década de tu vida, el final debe llegar de una forma privada y personal. Cara a cara, de la mano. Con palabras que salen directamente de esos labios que has besado, con lágrimas en las mejillas. No debería resultar fácil, sino doloroso y brutalmente sincero; debería llevar horas y no unos minutos; debería involucrar gritos y discusiones, pero con sustancia. Un momento profundo y meditado. No un acto simple y casual en el que un extraño te entrega un sobre del juzgado.

Cuando llegó el mensajero, Cole se encontraba en el gimnasio, en el sótano, tendido sobre la espalda, con los brazos estirados hacia arriba, y terminaba la tercera ronda cuando se abrió la puerta. Miró al techo y remató las repeticiones que le quedaban, respirando con dificultad al tiempo que repasaba mentalmente lo que le diría a Nadia y cómo lo haría. Lo que le hacía vacilar era lo de disculparse. ¿Sería necesario pedir perdón por haber herido a alguien que se está tirando a tu mujer? Pero ese no era el puto fondo del problema. Follar no estaba permitido, como era normal, pero también era comprensible dejarse llevar por la necesidad animal de los cuerpos de emparejarse con otros, pues un millón de años de instinto de supervivencia flotaba en la sangre, ansioso por procrear. El problema era que no había sido solo un polvo. Era una relación, un asunto. La había oído decirle a ese capullo que lo amaba. Ahí radicaba el quid de la cuestión. Y cien disculpas no iban a arreglar eso. Soltó la barra en el soporte y se sentó. Se sentía bien, con el pecho desnudo y agitado, pero le sorprendió ver a un hombre en la puerta. Después de todo, no era Nadia. Tanto darle vueltas al asunto para nada.

—¿Qué quiere?! —gritó, y su voz resonó en el enorme espacio.

—Vengo de parte de Benford, Casters & Sunnerberg, señor Masten. — Demasiados apellidos en una frase tan breve. Se secó la frente con cuidado mientras veía que su ayudante estaba detrás de aquel tipo con una expresión tensa.

—¿Y?

—Solo quiero entregarle esto. —Le tendió una carpeta blanca con su nombre, Cole Masten, escrito en la cubierta, como si hubiera sido creada así. La carpeta era lo suficientemente gruesa como para contener cien dolores de

cabeza. Era una demanda. Casi con seguridad, del capullo del director. Le sorprendía que hubiera tardado tanto. Habían pasado casi cuatro días desde aquella noche. Le hizo a Justin un gesto con la cabeza, y el joven se adelantó.

—Yo lo recogeré.

—Necesitamos que el señor Masten firme la entrega —insistió el desconocido.

Cole alargó la mano para coger el portapapeles y el bolígrafo. Notó la mano húmeda cuando tocó el boli y firmó de forma descuidada en la parte inferior. Lo sostuvo en alto, ignorando las palabras de agradecimiento del hombre. Se apoyó en el banco de ejercicios y apretó las manos alrededor del asiento hasta que le dolieron las palmas.

—¿No vas a abrirlo? —preguntó Justin desde la puerta.

Cole no levantó la cabeza, no apartó la vista del techo.

—Es mejor que se encargue Tony, que sea él quien lidie con ese capullo.

—Es de Nadia.

Eso le hizo levantar la cabeza, y se incorporó debajo de la barra para buscar los ojos de Justin.

—¿Ese sobre? —La realidad no llegó con un repentino estallido de comprensión, sino que fue un amanecer lento.

«No es una demanda..., y si no es una demanda, entonces...».

—No. —Negó con la cabeza—. No.

—No lo he abierto, pero...

—Está enfadada. Desconcertada. Joder, no sé cómo se sienten las esposas, pero ella no puede haber... —Se levantó, arrancó el sobre de las manos de Justin y rasgó el sello para sacar una gruesa montaña de documentos, que estaban grapados juntos en la parte superior. Tenían un cuño del juzgado, torcido, como si ese papel que iba a cambiar su vida no mereciera siguiera una estampación bien puesta. Dios..., los *paparazzi* ya lo tendrían en su poder, estaría en las noticias, su agente... Pasó la primera página—. ¿Ha llamado a Owen? —Owen Phiss, su publicista, que también lo era de Nadia. ¡Joder, sí que estaban entrelazadas sus vidas! Le entregó los papeles a Justin y se alejó con los puños cerrados, mientras trataba de asimilar demasiadas emociones a la vez, mientras estas competían por inundar el estrecho canal de su cordura.

—Llama a Tony y dale eso. —Tony Fragetti era su abogado. Un abogado que le llevaba todos los contratos laborales, y que quizá no era el más apropiado en ese momento. Sin embargo, Tony, como todo lo demás en esa casa, también

era el abogado de Nadia—. Espera... —Justin se detuvo, aunque sacó el móvil y lo miró.

Cole se acercó a la pared y apoyó las palmas de las manos, presionando con la yema de los dedos la acolchada superficie mientras se preguntaba si se rompería si la golpeaba. Emitió un largo y controlado suspiro. Cuando por fin habló, sus palabras tenían un propósito y una dirección.

—No hagas nada todavía. —Se apartó de la pared para atravesar la habitación hasta la puerta. Allí cogió una botella de agua y se la terminó de un trago—. Voy a hablar con Nadia.

15

Sí; para una chica como yo, veinte mil dólares eran mucho dinero. La mayor cantidad que había visto en mi cuenta corriente. Suficiente para irme de ese pueblo, suficiente para formar un hogar lejos de allí, en un lugar donde no se coronara a una Princesa del Cacahuete cada agosto. Veinte mil dólares me llegaban para comprarme un coche en buen estado y algo de ropa nueva y para cursar estudios. Pero después de hacer cuidadosos cálculos financieros, concluí que no era suficiente para acomodar a mi madre en otro sitio, un piso que obligara a abonar un alquiler y una fianza previa. Me quedé parada en la cocina y la miré mientras planchaba, preguntándome si podría realmente dejarla. Si sería capaz de hacer las maletas, darle un beso de despedida en la mejilla y salir por la puerta. Me cuestioné si el apoyo que ella mostraba sería real o una farsa.

Necesitaba un poco más de dinero de Hollywood. Tanto como pudiera conseguir. Saqué las llaves del bolso y una Cherry-Cola de la nevera.

—Me largo al pueblo —le dije a mi madre—. Tengo que hablar con Ben. Volveré tarde.

Ella me hizo un gesto de despedida con una sonrisa antes de volver a bajar la vista al complicado cuello de encaje que tenía en el regazo.

Ya casi había terminado el trabajo con Ben. Había seleccionado todos los escenarios, habían despejado todos los campos para construir los decorados, y el viejo aparcamiento de Piggly Wiggly estaba ya apalabrado para colocar los remolques. Quincy no tenía suficientes plazas de hotel, por lo que el equipo técnico y el elenco tenían habitaciones reservadas en las cinco ciudades más cercanas. Tallahassee, por ejemplo, quedaba a solo cuarenta y cinco minutos. Sin embargo, según Ben, era demasiado lejos, por lo que el aparcamiento de Piggly Wiggly tenía ahora el aspecto de una ciudad en miniatura, con caravanas y remolques apiñados tan cerca unos de otros que parecía un campo de refugiados, si había alguno con casas rodantes de un millón de dólares. Había sido divertido, entretenido y emocionante. Muy emocionante. Había trabajado mano a mano con Ben y había examinado los horarios, los presupuestos; las cifras de los alquileres y los pagos me habían dejado boquiabierto. Era un mundo que nunca había conocido, que no esperaba

conocer, pero de repente estaba inmersa en él, obstinadamente pegada a Ben como una garrapata que no iba a soltarse. Y él no intentaba alejarme. Necesitaba mis contactos tanto como yo ansiaba la emoción. Y así habíamos preparado todo para agosto, algo que anticipaba con una emoción febril, aunque también temía que llegara el momento, porque eso significaría que nuestro trabajo terminaría y volvería a ser una extraña, alguien que con la nariz pegada al cristal miraba el baile sin entrada con la que asistir.

Quedaban cinco semanas, y necesitaba esa entrada. Había llegado el momento de recurrir a Ben.

En ese instante, abrió la puerta del cuarto de baño en bata; cuando se anudó el cinturón, mi mirada se clavó en el monograma que tenía en el pecho y me eché a reír.

—Cállate —me dijo, girando sobre los talones para entrar en la habitación, donde tomó asiento delante del escritorio. Cerré la puerta a mi espalda con cuidado; Ethel Raine era la propietaria de Raine House, una matriarca que consideraba que los estornudos son ruidos molestos dignos de desalojar a su emisor.

—Me parece divertido que, al hacer la maleta para venir a Quincy, consideraras que era necesaria una bata tan elegante. —Sonreí antes de dejarme caer sobre la cama, pulcramente estirada.

—Y yo que pensaba que una de las reglas del Sur era llamar a la puerta antes de entrar... —señaló, arqueando una ceja en mi dirección.

—Bueno, fuiste tú el primero que se saltó esa tradición —le recordé mientras cogía una de las almohadas para colocarla detrás de mi cabeza—. No quería que te quedaras solo en el delito.

—Qué amable por tu parte... —soltó, imitando bastante bien el acento sureño.

—Cierto, soy toda una dama. —Agaché la cabeza—. Hablando de eso, ¿cómo va el *casting* local?

Tomó con calma el brusco cambio de tema.

—¿Ya te has gastado todo el dinero?

Me encogí de hombros y luego rodé sobre la espalda.

—Solo quiero ganar más.

—De la parte de los extras se encarga una empresa de Atlanta. Están eligiendo individuos que se ajusten perfectamente a la idiosincrasia del Sur.

Hice una mueca.

—Debería haberlo aclarado. Necesito un trabajo, no un papel.

—¿Tienes alguna experiencia en el tema? ¿Iluminación? ¿Filmación? ¿Vestuario? —Gimió cuando negué con la cabeza—. ¿Ni siquiera has trabajado en una obra escolar?

—No. —Seguí rodando hasta sentarme—. Sigue pensando.

—Dame tiempo para llamar a Eileen Kahl esta tarde, cuando se levanten en California y empiecen a mover el culo. A ver qué tiene ella.

—¿Quién es?

—Una AD. —Lo miré sin saber de qué hablaba—. Ayudante de dirección —añadió al ver mi expresión—. Pero creo que va a ser demasiado tarde para encontrarte nada, Summer.

—Ir a por el café, lavar la ropa, lo que sea —supliqué, bajando los pies de la cama.

—Te pienso recordar esto cuando me llames para quejarte de haber recogido la ropa interior usada de Cole Masten.

Lo miré con la nariz arrugada.

—Vale, olvídate de lo de lavar la ropa, aunque... —me interrumpí, pensativa— me apuesto lo que quieras a que me pagarían más de cien dólares en eBay por un calzoncillo usado de Cole Masten. Podría comenzar un negocio de segunda mano: «Ropa interior de Cole Masten. ¡Envío gratis en todos los pedidos!». —Imité los gestos que Ben hacía con las manos, y él arqueó las cejas mientras me observaba lleno de dignidad, como si él fuera un hombre sofisticado y yo una adolescente—. Oh, vamos... —Puse los ojos en blanco—. Sabes que me vas a echar de menos en Vancouver, ¿verdad? —Odiaba sacar el tema, había evitado pensar en que Ben se iba a ir, que nuestro tiempo juntos era cada vez más escaso. Ya casi habíamos terminado. Cuando comenzara el rodaje, no sería necesaria su presencia allí. Recordé nuestro primer encuentro, la conversación que habíamos mantenido en la cocina. Cinco meses, había dicho. Y casi habían pasado ya.

Me sorprendió acercándose para abrazarme, estrechándome con mucha fuerza.

—Prométeme que te bañarás a diario. Que te limpiarás la cara. Y que usarás esa mascarilla de Dior que te he regalado.

Lo empujé con una risita.

—Todavía nos quedan cinco semanas. Un tiempo más que suficiente para que elabores una lista de promesas mucho más eficaz.

Sonrió y se apretó el cinturón de la bata.

—¿Quieres que vayamos a almorzar donde Jimmy?

Me levanté.

—Claro. Me adelantaré y reservaré una mesa. Así dejaré que... —Señalé su atuendo con una mano— te vistas.

Hizo una mueca burlona.

—Trato hecho.

Lancé la lata de Cherry-Cola a la basura y me largué. Sí, iba a echar de menos a Ben. Extrañaría el trabajo que realizábamos juntos, la energía y la emoción que suponía hacer algo nuevo y diferente. No quería volver a una vida en la que los instantes más emocionantes eran la publicación de la nueva novela de Baldacci.

Bajé corriendo las escaleras y sonreí cuando pasé ante Ethel Raine, que se mostraba mucho más cálida después de que Ben y yo hubiéramos reservado todas las habitaciones de su *Bed & Breakfast* durante los cinco meses siguientes. Allí se alojarían los directores, ayudantes de dirección, productores y gerentes de producción, así como los diseñadores. Personas clave que se merecían algo más que una litera pero menos de una casa completa como Cole Masten o Minka Price, para los que habíamos alquilado las casas de los Kirkland y los Wilson. Minka Price, si seguía formando parte del proyecto, traería consigo a su familia, por lo que se sentiría más cómoda en una casa. Habíamos esperado con ansiedad que Cole Masten trajera a Nadia Smith, pero después de lo que había salido publicado en el último número de *STAR*, ya no contábamos con ello. Eran historia, como la franquicia de Waffle King después del incidente con la vaca en el 97.

—¿Es normal? —pregunté a Ben, mordiendo uno de los bocatas que servía Jimmy. El secreto para tener una buena experiencia con Jimmy era ser colega de su mujer. Casi me había ahogado con ella cuando fumamos el primer cigarrillo, había ocupado la carroza del desfile del 4 de julio con ella, y le había prestado y pedido tampones cuando fue necesario. Había estado a su lado, sin vacilar. A Ben... le llevó unos meses entrenarse para saber hacer la pelota adecuadamente, pero en estos últimos días de su estancia en Quincy, se había convertido en el mejor. Podía hacer el pedido de camino y se le permitía sentarse en una de las mesas junto a la ventana. Una pasada.

—Si es normal ¿qué? —repuso Ben, sorbiendo ruidosamente el té por la pajita. Sí, té helado. Sin duda lo había convertido en un ser humano.

—Que una estrella intente abandonar una película con la producción tan avanzada. Empezamos a rodar dentro de menos de un mes, ¿no te parece que...? —La frase se apagó lentamente ante las miradas que Ben lanzaba a su alrededor. Parecía que estuviera tratando de espiarnos un agente de la CIA.

—Aquí no —siseó.

Me dediqué a sorber por mi pajita, revolviendo el hielo del vaso mientras lo hacía. Me sentía frustrada, pero Ben tenía razón. Todos los habitantes de Quincy ponían la antena para tratar de obtener la máxima información posible sobre la película. Se decían tantas estupideces que parecía imposible.

«¿Sabes que Minka se tiñe el pelo de rubio? Es pelirroja natural. O eso dijo Emma Statton, y puede que la contraten para ser su maquilladora...».

«He oído que en la mejor escena de la película hay una explosión, que hará saltar por los aires la plantación de Miller. Trace Beenson ha encargado ya la dinamita necesaria. Cuatro toneladas de TMT.

«Acabo de enterarme por el dentista de mi hermana de que a Cole Masten y a su esposa les va el rollo *swingers*. La casa de los Kirkland se va a convertir en la mansión de *Playboy* en el Sur. Johnny ha dicho que el señor Masten ha encargado que coloquen una barra de *stripper*».

Había tantas tonterías pululando alrededor que incluso las moscas se confundían. De vez en cuando, se escuchaba algo que tenía parte de verdad, pero era raro. *La botella de la fortuna* era lo más excitante que nos había ocurrido nunca. Y notaba que la negra cortina de la desgracia que me envolvía se levantaba poco a poco. Algunas chicas que apenas conocía me habían llamado solo para charlar, asegurando que me echaban de menos. Los fantasmas de mi pasado querían volver a entrar en mi vida, pero sus motivos estaban claros. El pueblo se habían olvidado de mí. Los actos de tres años antes me habían colocado en la lista de gente sin nombre. ¿Summer Jenkins no había sido votada la mejor amiga en el curso 2005? Esa chica había sido enterrada en un pozo después de secundaria, cuando los chicos más listos fueron a la universidad, cuando los granjeros heredaron las tierras de la familia, cuando las animadoras y las princesitas se casaron y tuvieron hijos... En esa época, yo había flotado, perdida en el viento. Cuando empecé a salir con Scott Thompson, mi popularidad se disparó. Pero al terminar con él, caí en el lado de los apestados del pueblo y allí me quedé, en una parcela de

Quincy a la que miraban por encima del hombro. Claro que siempre se habían mostrado amistosos conmigo, que me hablaban en la cola del súper, que me preguntaban por mamá, que me felicitaban por los frijoles que había llevado a la cena de la iglesia, pero las llamadas, las amistades y los compromisos sociales se habían volatizado hacía años, y se habían interrumpido por completo después del desastre de 2012.

Hasta que llegó la película.

No quería que mis amistades fueran fruto de la curiosidad y los chismes. Era demasiado tarde para que Quincy y yo reaviváramos las llamas de nuestro amor.

Quería largarme.

16

«En Hollywood, un acuerdo de divorcio es equitativo cuando cada parte recibe el cincuenta por ciento de la publicidad».

Lauren Bacall

Cole encontró a Nadia en el Península. No fue como fruto de un arduo trabajo de investigación, ya que era su hotel favorito. Se había alojado allí cuando renovaron la cocina, después de los últimos estrenos, en las fiestas de los Emmy y durante los últimos rodajes. Podría haberla ido a buscar cuatro días antes, pero entonces había necesitado lamerse las heridas, y le daba miedo ponerse a gritar cuando le viera la cara. Sin embargo, ya no le quedaba otra opción. No pensaba comunicarse con ella a través de abogados cuando su relación estaba en juego.

¿Podrían superar ese bache? Era la pregunta que se había hecho desde el sábado por la noche. Había habido rumores desde que... Bueno, siempre había habido rumores. Pero estaban en Hollywood. Joder, la prensa amarilla había publicado historias falsas sobre sus propios líos ficticios durante los cinco últimos años, así que había ignorado todo lo que se había dicho sobre Nadia. Pero ahora, con la prueba de su infidelidad grabada en su mente, empezó a verlo todo muy claro: el evento en Madrid; aquel surfista de la película de Pitt; el guardaespaldas al que había despedido el año pasado. ¿Cuántos más habría habido? ¿Cuántos habrían sido de verdad y no solo rumores?

Frenó y detuvo el coche con un brusco movimiento. Luego se bajó sin pausa, sin sonreír, concentrado por completo en ir a la habitación de Nadia.

—Cole... —Cuando ella le habló, el mundo se detuvo. Igual que seis años antes, en el *set* de rodaje de *Cuerpos del océano*, cuando ella no era nadie y él ya era una estrella famosa... que se quedaba obnubilada por el susurro de su voz. Cole se detuvo en seco y se giró para encontrársela en el vestíbulo, con el pelo recogido en una coleta, unas mallas ajustadas y unas zapatillas deportivas. Completaba el atuendo un top para hacer deporte que se ajustaba, húmedo, contra su pecho. Tenía las manos ocupadas enroscando el tapón de una botella de agua. Era evidente que Nadia llegaba de hacer ejercicio, pero

el mero pensamiento le pareció ofensivo. Hubiera debido estar acurrucada en una enorme y mullida cama, rota por el dolor, con las rodillas contra el pecho, la cara roja y un montón de pañuelos de papel usados a su lado. De hecho, hubieran debido quejarse los de la habitación de al lado por los lamentos, su secretaria hubiera debido tener que suministrarle alcohol y chocolate, pero nada de eso hubiera podido calmar su histeria. No debían brillarle las mejillas, no debía estar sudando, no debía estar bien. La miró, ella lo miró y en el vestíbulo se hizo el silencio.

—He recibido los papeles. —Cole solo podía pensar en eso.

Ella tragó saliva, lo que hizo que se le marcaran las delicadas líneas del cuello. Le habían hecho una cirugía en esa zona hacía dos años; el médico le había estirado la piel..., por lo que, dependiendo de la posición en la que ella dormía, a veces se le podían ver las cicatrices. Se trataba de unas señales diminutas, que no notaba aquel que no supiera dónde mirar. Si volvía a casarse, su nuevo marido no las encontraría. Así como tampoco sabría que había tenido dos abortos y que era alérgica al marisco. «Su nuevo marido...». ¿Por qué pensaba esas cosas? ¿Estaba dando la relación por perdida? Ella se enderezó.

—Vamos a hablar a un sitio más privado.

Más allá del vestíbulo del Peninsula había dos salas de conferencias. Fueron a la segunda, y él cerró las pesadas puertas y quedaron solos en una habitación oscura y vacía. Con la puerta cerrada, no entraba la luz del día, y se miraron fijamente sin decir nada. En otro momento, en otro lugar, se habrían empezado a arañar, la habría subido sobre una de las mesas mientras ella le arrancaba la ropa, la corbata y el cinturón. Pero ahora, con todas las circunstancias que flotaban entre ellos, permanecieron quietos en la oscuridad.

—Lo siento, Cole. —La voz de Nadia flotó desde la figura que se dibujaba entre las sombras, y que lentamente tomó forma. Tenía los ojos clavados en él y se mordía el labio inferior con los dientes.

Cole parpadeó; resultaba inesperado escuchar esas palabras en boca de una mujer que había hecho un arte de no disculparse por ninguna puta cosa.

—Deberías haberme llamado, no... —Él movió una mano, frustrado—. No quiero abogados involucrados.

—Se acabó —dijo ella—. Hemos terminado.

—No —siseó, dando un paso adelante, aunque se detuvo cuando ella retrocedió—. Yo... —Se interrumpió antes de terminar. «Yo decido cuándo

terminamos. Debería ser yo quien tome las decisiones, quien elija nuestro destino». Eso era lo que había querido decir. Pero eran unas palabras estúpidas, unas frases estúpidas. En especial cuando se trataba de una mujer como ella.

—Ya no te amo. —Nadia bajó la mirada, y él percibió el destello plateado de la pinza con la que se recogía el pelo—. No sé si lo he llegado a hacer en realidad. Es decir, te quiero, creo que estaba enamorada de la idea de lo que eres, de Cole Masten. Pero ahora...

—Somos iguales —concluyó él con aire sombrío. Y los iguales no tenían cabida en la realidad, pues su juicio estaba nublado por el polvo de estrellas. Había sido por la nominación de la Academia, seguro que había sido eso lo que los había cambiado. Desde entonces había estado muy ocupada, casi nunca pisaba su hogar, casi nunca estaba de humor.

—Eso es. —La vio levantar la cabeza—. Lo siento.

Cerró los ojos y no dijo nada. Retrocedió y se dio la vuelta. Necesitaba espacio, distancia, deseaba volver a empezar toda esa conversación, rebobinar su relación, su vida.

—No se trata de nada personal —habló ella de nuevo. Él sabía que estaba diciendo algo y trató de concentrarse, trató de entender a su esposa y las palabras que salían de su boca—. Simplemente será más sencillo todo si los abogados se encargan del papeleo.

—Tenemos un acuerdo prenupcial —escupió la palabra. Habían pasado por esa batalla después del compromiso, y la lucha continuó hasta la semana de la boda. Todo estaba escrito de manera clara y sencilla en un documento de cien páginas.

—No pienso apoyarte en *La botella de la fortuna* a menos que tenga la mitad. —Ahí estaba. El tono familiar en su voz, aquel que hacía saltar a un hombre.

—¿Qué?

—Dios, Cole, ¿no has leído el acuerdo? —En la oscuridad, los brazos de Nadia se agitaban como las alas de un dragón.

—Ilumínate...

—En el acuerdo prenupcial se indica que cada uno de nosotros se queda con lo que tenía al empezar, más los ingresos que acumulara durante el matrimonio, menos los activos conjuntos.

—Me alegra que estés familiarizada con eso. —¿Cuánto tiempo llevabas

planeándolo?

—He solicitado que *La botella de la fortuna* sea un activo conjunto.

—Pero no lo es. —Eso era una estupidez. *La botella de la fortuna* era un libro que había leído él, una opción que había comprado con su dinero: los costos de preproducción ascendían a diez millones de dólares y los había pagado con sus cuentas. Nadie podía considerarlo un activo conjunto. Aun así, notó que se le revolvía el estómago.

—Creo que sí. Y Tony está de acuerdo conmigo. —Tony... Así que, en la separación, ella se quedaba con el abogado. Genial...

El acuerdo prenupcial colocaba los activos conjuntos en una categoría propia, una en la que se determinaría quién recibía qué en una mediación. El problema era que Nadia sabía lo que traía consigo una película de éxito. Había estado a la mesa con actores durante mucho tiempo, viendo cómo los estudios se quedaban con la porción más grande de la tarta, pero con *La botella de la fortuna* todo sería distinto. Había un presupuesto de sesenta millones, y esperaba unas ganancias de seiscientos millones... Ahí estaba el premio gordo. Y eso era lo que ella quería discutir en ese momento en el que él tenía el corazón roto. Con qué rapidez había cambiado de tema, olvidándose de las disculpas... Algo muy parecido a lo rápido que ella había dejado atrás su matrimonio.

Dio un paso atrás, se giró, movió la manilla de la puerta y siguió la luz hasta el vestíbulo, ahora iluminado diez veces más que antes por los destellos de los *flashes* de los *paparazzi*.

Se abrió paso entre la multitud. Luego aparecieron los guardias de seguridad del hotel y lo acompañaron hacia delante. A Nadia le gustaban las cámaras; que fuera ella la que lidiara con los fotógrafos. Cuando llegó a la puerta principal, tenía el coche esperándolo, así que se metió dentro y cerró la puerta a su espalda.

La palanca de cambios le ardía contra la mano cuando metió la marcha y se incorporó al concurrido tráfico de la calle. Tecleó con rapidez un número. ¡Maldito tráfico de Los Ángeles! Necesitaba un camino despejado, algo donde pisar a fondo el acelerador, a ser posible una carretera que terminara en un acantilado.

—¿Sí? —respondieron.

—Justin, necesito un abogado matrimonialista. Uno que sea de los que pelean con uñas y dientes. Busca al que le llevó el divorcio a la ex de Michael

Jordan y le consiguió todo lo que quería.

—Dame un segundo. —Oía el ruido de las teclas: era el sonido de la productividad, y hacía que desapareciera un poco su agobio. Luego se escuchó el pitido de un claxon, y tuvo que desviarse para evitar a un gilipollas, lo que hizo que aumentara su tensión de nuevo. Quizá iría a Georgia antes de lo previsto. Saldría de esa ciudad, se alejaría de Nadia, de todo. Hablaría con personas que, por una vez, no le lamerían el culo.

—Tengo buenas y malas noticias —dijo Justin en la línea—. La buena es que lo he encontrado; la mala es que vive fuera del país y que en su página web anuncia que no acepta clientes. Oh..., espera... —Había un furioso tecleo al otro lado del teléfono—. Hay un número de Florida. Lo llamaré, a ver qué puedo hacer.

—Consigue que me lleve el divorcio. No me importa cuánto dinero cueste, hazlo. Quiero hablar hoy con él.

—Te enviaré ahora su contacto; lograré que te llame antes de que termine el día.

—Dile que me largo de aquí. Mañana mismo si es posible.

—Lo intentaré. —Era una respuesta extraña de un hombre que podía conseguir cualquier cosa—. Estoy enviándote sus datos, pero no lo llames hasta que hable con él.

—Gracias. —Vio un hueco en el carril de al lado y lo aprovechó. Pisó el acelerador, haciendo que le pitaran cuando puso el exótico modelo entre dos vehículos.

—Nos vemos en casa. —Cole puso fin a la llamada y abrió el mensaje de texto de Justin. Era el contacto del abogado.

«Brad DeLuca. DeLuca bufete de abogados».

Guardó los datos en su agenda y lanzó el teléfono al asiento del copiloto. A continuación se desvió hacia el carril más alejado para poder acelerar a gusto.

Quincy al completo se sentó en sus mecedoras en los porches delanteros de las casas recién pintadas para observar la caída de Codia; fue como un choque de trenes. Hubo algo hermoso en su desgracia, como una potente explosión ilustrada con fotos en alta definición, más de cien a la semana, que registraban la perdición de Hollywood de forma espectacular. Me comí unas nueces garrapiñadas mientras hojeaba las páginas de *STAR*, donde aparecía la discusión que Cole y Nadia habían mantenido frente a su casa, con los rostros desencajados por la ira; él había movido las manos, fuertes y poderosas, en el aire mientras gritaba. Mientras hacía tortitas, escuché en un programa de televisión que Cole se había mudado a un hotel y que Nadia había tomado el control de la enorme casa. Luego, mientras me pintaba las uñas de los pies en el sofá, observé al abogado de Cole —un tipo muy guapo que tenía los rasgos tensos por lo que parecía un estado de suma concentración— hablar sobre los entresijos de la propiedad intelectual.

Metida en mi pequeño hogar, una casita en un campo de algodón, no podía entender por qué a una mujer se le ocurriría engañar a Cole Masten. ¿De verdad se puede llegar a ser tan codiciosa?

—Están hablando de retrasar el rodaje. —Ben se detuvo delante del porche y apoyó el hombro contra el marco de la puerta con el móvil en la mano. Habían pasado diez días desde que comenzaron a llegar desde Hollywood las noticias del golpe en la cabeza.

—¿Qué? —Abrí la puerta de par en par y lo invité a entrar.

—He tenido que venir hasta aquí; no tenía cobertura. Gracias a Dios ya había mirado el correo electrónico.

—Es por la tormenta de ayer por la noche —murmuré, ayudando a su yo más dramático a sentarse en una silla antes de que se derrumbara por completo—. Siempre nos quedamos sin cobertura después de una tormenta.

En realidad no era culpa de la tormenta, sino de Ned Beternum, que dejaba pastar a las cabras en el campo que le había alquilado a Verizon. A pesar de que el gigante de las telecomunicaciones lo había amenazado varias veces con emprender acciones legales, a sus cabras les encantaba masticar los jugosos cables que habían dispuesto allí. Cuando las fuertes lluvias inundaban los

pastos del oeste, Ned solía llevarlas a campos a más altura, lo que nos dejaba con poca cobertura hasta que Verizon enviaba a alguien para arreglar el desaguisado. A los del pueblo no solía importarnos; a fin de cuentas, habíamos sobrevivido sin móviles durante miles de años, y, de todas formas, no los usábamos mucho. Para eso teníamos los teléfonos fijos. Y si no estabas en casa, existían contestadores automáticos. No había necesidad de modificar algo que funcionaba bien. ¿Quién quería estar disponible las veinticuatro horas del día?

—Septiembre —jadeó Ben, tendiéndome la mano. Cogí mi té helado de la mesa y se lo pasé—. Esa es la fecha que estiman ahora.

—Septiembre... —Traté de entender por qué razón Ben tenía ese tono de agonía—. Es bueno, ¿no? Nos da un mes más.

—Sí, melocotoncito, tendrás más tiempo libre para comer cacahuetes y hacer guantes de ganchillo. —Oculté una sonrisa—. En un rodaje, cualquier retraso es malo, Summer. Son horribles y muy costosos.

—Espera un momento. —Fruncí el ceño—. No es eso lo que me dijiste hace semanas. —Adopté una voz más ronca, aunque aún femenina—. «*La botella de la fortuna* se va a rodar, Summer. Este tipo de cosas no detienen un proyecto de esta envergadura». —Imité sus dramáticos gestos con las manos, y él me miró haciendo un mohín con sus carnosos labios.

—¿Se supone que estás imitándome?

—Sí.

Dio un sorbo de té y se secó la frente con un pañuelo con sus iniciales bordadas.

—Por favor, no vuelvas a hacerlo.

Resoplé..., pero como una dama.

—Ídem...

Bebió más té mientras yo me sentaba en el sofá y colocaba los pies desnudos debajo del trasero. Hubo un amistoso silencio en el que me relajé contra la tela, cerrando los ojos.

—Al menos no están hablando de los polvos.

Abrí un ojo.

—¿A qué te refieres?

—Cole se está tirando a medio Hollywood en este momento. Pero todavía no he visto ni una palabra en las revistas. —Aunque lo dijo en voz baja, Ben aplaudió alegremente, como si él pudiera ser el siguiente objetivo del pene de

Cole Masten.

—¿Eso es de interés periodístico? —No entendía el hecho de que supusiera una sorpresa para nadie que un actor soltero estuviera follando tanto.

—¿Acaso crees que esto sí tiene interés periodístico? —Se echó hacia delante y cogió la revista más cercana, un *OK!* que había comprado porque costaba un dólar menos que las demás—. ¡Kelly Gifford comparte su receta de ponche! —Lo leyó de una forma entusiasta, y luego lanzó el ejemplar a un lado—. Todo es una mierda, y sí, un informe detallado del comportamiento de Cole Masten en el dormitorio sin duda sería noticia. Debe de tener a los de marketing trabajando horas extra.

Ben tenía su punto. Yo sin duda pagaría tres dólares para saber lo que Cole Masten hacía en la cama. Demonios, dado mi nivel de inactividad sexual, pagaría tres dólares por informarme de lo que hacía Ben en la cama. O incluso las cabras de Ned Beternum. O..., bueno, creo que nos hacemos una idea. Había pasado mucho tiempo sin sexo. No me había acostado con nadie desde que había cortado con Scott. Hacía tres largos años.

La oleada de lástima que estaba sintiendo por mí misma se vio interrumpida por el tintineo del hielo en la bebida de Ben. Bajé la vista hacia su vaso y me puse de pie para rellenárselo. Al abrir la nevera, aparté de mi mente cualquier idea sobre Cole Masten y el sexo.

9:27 a. m. La pelirroja se arrodilló en la cama sobre la cara de Cole, que notó cómo le temblaban las piernas a ambos lados de su cabeza y lo suave que era el interior de sus muslos. La oyó jadear su nombre mientras le tiraba del pelo, aunque luego lo soltó, en una serie de movimientos que ni siquiera era consciente de hacer.

—No puedo más... —jadeó ella, llevando atrás una mano con violencia y apoyándola en su estómago plano mientras se estremecía contra su boca. Cole la mantuvo inmóvil, devorándola, moviendo la lengua contra su clítoris, concentrado en que siguiera deshaciéndose contra él.

Bueno, concentrado casi por completo. Cerró un momento los ojos para contener su propio orgasmo, resultado de la talentosa boca que le chupaba la polla. Apartó la mano de la pelirroja para poder pasar los dedos por el pelo de la rubia, que no había flaqueado ni vacilado y le estaba haciendo una mamada perfecta.

La pelirroja estaba al borde del orgasmo y le empapaba la boca con sus jugos; saboreó su esencia, su dulzura femenina. Ella se retorció contra él, suplicando a gritos, ansiando más, pero incapaz de conseguirlo hasta el momento en el que explotó con un largo y fuerte grito gutural. Él le clavó los dedos en la piel para sujetarla y siguió succionándola, tirando de su clítoris con suavidad hasta que ella se apartó de su rostro. Luego él se retorció en la cama y se incorporó para tirar del pelo de la rubia, apartarla de su polla y acercarla a su boca.

Sabía a virilidad, y le comió los labios con fuerza. Luego la apartó, rodó a un lado de la cama y se levantó, con la polla erecta, preparada para más. Abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó un montón de condones. Abrió uno con los dientes.

—De rodillas —ordenó a las chicas, que se apresuraron a ocupar el lugar que les decía, y él sintió, un momento antes de arrodillarse sobre el colchón, cuando ponía la mano en el primer culo, una punzada de soledad. «Soledad». Una nueva emoción que cada vez le resultaba más familiar. Tenía a dos mujeres dispuestas ante él, que habían pasado la noche con las piernas enredadas con las suyas, con las manos sobre su piel... Pero mientras yacía

allí, en la oscuridad, era consciente de que nunca se había sentido tan solo.

Tiró de la rubia hacia atrás, para ensartarla con la polla. Escuchó su gemido y trató de encontrar cierto placer en aquel sonido.

—Llegas tarde —ladró Brad DeLuca, interrumpiendo la llamada que mantenía para lanzar el móvil sobre el mantel de lino blanco. El golpe en la pantalla del iPhone casi produjo un crujido.

—Lo siento. Tenía unos negocios pendientes. —Cole se sentó al tiempo que aparecía un camarero con una jarra de agua fría con limón.

—Gilipolleces.

—¿Qué? —Cole levantó la vista.

—Follar no es un negocio, y esto, en este momento, es lo más importante de tu vida. Así que cuando tengas una cita conmigo, llega puntual. —DeLuca se inclinó sobre la mesa para mirarlo con atención.

Llevaba dos semanas tratando de reunirse con DeLuca en Los Ángeles y ¿eso era lo primero que le decía? Lo miró con recelo, arqueando una ceja.

—Eres tú quien trabaja para mí, lo sabes, ¿verdad?

Cuando el abogado se echó a reír, fue con una carcajada, una risa que nacía de la confianza y la experiencia, y que no contenía ni pizca de diversión. El hombre se levantó con una sonrisa en la cara y sacó una tarjeta del bolsillo interior del traje.

—Ten. —Dejó la tarjeta de visita delante de él, deslizándola con un dedo por encima de la mesa—. Este es Leonard McCort. Te aguantará todas estas mierdas y te cubrirá el culo en el juzgado.

Cole sintió un momento de pánico.

—Pero tú eres el mejor. —Justin se lo había confirmado, había investigado a DeLuca, y ya habían firmado todos los documentos de confidencialidad. Le había pagado la provisión de fondos, y tenía reservada una *suite* en el Chateau Marmont. Por no mencionar las llamadas telefónicas, las respuestas que ya le había dado. Ese hombre no podía dejarlo ahora.

—Exactamente. —DeLuca lo dijo como si solo constatará un hecho, como si Cole Masten no fuera lo más grande que había ocurrido en Hollywood desde los efectos especiales generados por ordenador, como si estuviera dispuesto a marcharse y dejarlo en manos de un capullo de segunda categoría.

—He pagado ya el anticipo —farfulló.

El abogado lo miró como si fuera idiota.

—Te lo devolveré. —Y es que la declaración de Cole había sido una idiotez.

—Siéntate... un segundo, por favor. —Le costó pedirlo, no estaba acostumbrado a suplicar, y se sintió irritado a pesar del pánico. Pero era el pánico lo que lo impulsaba, el pánico lo que exprimía todas las respuestas y lo dejaba desnudo y desesperado ante ese hombre.

El abogado no se sentó; se quedó de pie, arqueando las cejas, y esperando.

—Lamento haber llegado tarde. —Se arriesgó a mirar el reloj; veintidós minutos. Aquel capullo le iba a hacer pasar un infierno durante veintidós miserables minutos.

DeLuca tardó un cuarto de hora en perdonarle la tardanza, pero, por fin, se volvió a sentar, se comió una tortilla y, menos mal, centraron la conversación en el tema en cuestión.

—Eres una celebridad desde hace mucho tiempo, pero en la sala del juzgado, contra tu esposa... —DeLuca dio un golpe en la mesa—. Los dos sois iguales. No eres nada para el juez. Eres una persona normal. —Se echó atrás, y Cole miró hacia otro lado. «Normal». La palabra le hacía daño en los oídos—. Si voy a representarte, tienes que asimilar que la vida como la conoces se acabó. Aún no estás soltero, al menos hasta que el divorcio sea definitivo. Eres mi esclavo, y te diré si follas y con quién, qué le dices a cada persona y cuándo y cómo trabajas. Si quieres que esa película siga siendo tuya, dejarás esta mierda de ciudad y te irás a Georgia. Mantendrás la polla dentro de los pantalones, y te limitarás a hacer tu trabajo... y nada más. He tenido que neutralizar cinco de tus polvos desde el domingo, y mi equipo no tiene tiempo para el concurso de popularidad en el que participa ahora mismo tu polla. Antes de que te rompas el cuello, de que un *paparazzi* acabe en el hospital o de que el director te mande a la mierda, déjame hacer mi trabajo. Tienes que volver a convertirte en el chico dorado de Hollywood, y recordarle a todo el mundo quién fue la puta en vuestra relación. Hazme caso y te prometo que *La botella de la fortuna* seguirá siendo tuya, así como cualquier otro recurso compartido que quieras.

—Solo la película —dijo Cole en voz baja, con los ojos clavados en la mesa—. Puede quedarse con lo demás.

—Necesito que te comprometas a cumplir mis términos.

Cole se encogió de hombros.

—Sí. Sea lo que sea.

—Nada de drogas.

—No tomo drogas. —Se estremeció a recordar a Nadia, con una línea de coca en la espalda, y él esnifándola entre envite y envite. Una combinación estúpida: sexo y cocaína. Ninguno de los dos habían podido sentir mucho, pero sus momentos de gloria se habían visto mejorados con lo que pasaba entre sus cuerpos. En los primeros días de su relación, las drogas eran una parte de lo que les unía. Pero los dos habían madurado. Eran más listos. Pensándolo bien, habían dejado de hacer muchas cosas juntos.

—Bueno, pues no empieces a hacerlo. Y no bebas. Un par de cervezas como mucho, pero no te emborraches.

—Vale. —Se frotó el cuello—. ¿Algo más?

—Nada de sexo. Nada de relaciones. Nada de mujeres. Nada de hombres.

—El abogado no sonreía; se limitó a echarse hacia delante para mirarlo.

«Nada de sexo» probablemente sería lo mejor: aquella vorágine de polvos no lo habían ayudado en absoluto. «Nada de relaciones» ni siquiera era un problema; después de Nadia, no podía imaginarse recorriendo ese camino. «Nada de hombres», la regla más fácil de cumplir. Levantó la mirada y buscó los ojos del hombre.

—De acuerdo.

DeLuca mantuvo el contacto visual el tiempo suficiente como para sentirse satisfecho, luego asintió y miró el reloj. Cole se fijó en la alianza de oro que brillaba contra su piel bronceada, en sus manos fuertes.

—Entonces, vamos.

—¿«Vamos»? —Miró a aquel hombre, que se había puesto de pie y sacaba un par de billetes del bolsillo para dejarlos sobre la mesa—. ¿A dónde? —Tenía programado un masaje, había planeado que Brenda, su masajista, lo estimulara con las manos antes de que él la poseyera desde atrás, inclinada sobre la camilla. Sería otro polvo de mierda, otro intento de reemplazar cien recuerdos de Nadia. Al final, lograría borrar todo eso de su mente. Al final, podría penetrar a una mujer sin escuchar ningún gemido de Nadia en su mente. Quizá tendría que cancelar el masaje, pero no pensaba ir a ningún sitio con aquel hombre. No tenía interés alguno en asistir a otra reunión, seguramente con publicistas o algo por el estilo. Se quedó quieto en la silla—. ¿A dónde?

—repitió de forma obstinada.

—A Quincy. —El abogado sonrió, y Cole sintió que perdía el equilibrio por el cambio. Le llevó un segundo más valorar su respuesta. «¿A Quincy?».

—¿Ahora? —Se quedó en la silla, pensando en cientos de buenas razones para quedarse en Los Ángeles en ese momento, pero el hombre ignoró su pregunta. El abogado se alejó entre las mesas abarrotadas, con aquellos hombros anchos y el traje a medida. Aquel tipo podría ser un guardaespaldas: tenía una constitución formidable.

Suspiró, cogió el móvil y se levantó de la mesa con resignación.

Parecía que, en un futuro inmediato, su nuevo papel era ser el esclavo de Brad DeLuca. Un papel que no había interpretado nunca, un papel que odiaba desde ya.

19

Desde que me gradué en el instituto de Quincy, había tenido muchos trabajos. El primero, tras meter el nuevo diploma en un cajón, fue en el videoclub de Davis, al principio de la carrera de Cole Masten, cuando él tenía veinticinco años e interpretaba al *quarterback* sexy del equipo del instituto que salía con la chica friki pero popular. Me había pasado los días ordenando los títulos de sus películas, pillando a adolescentes con los dedos pegajosos por ver la pantalla de veintisiete pulgadas que había en una esquina del local. Cada noche, me llevaba a casa un par de títulos que devolvía al día siguiente. Cuando organicé las secciones de comedia, drama, terror y clásicos, tomé buena nota. La vida era demasiado corta para la ciencia ficción o el *western*.

Al dejar el videoclub, fui a Tallahassee, donde trabajé algunas horas sueltas en ciertos bares y restaurantes, y me tuve que conformar con eso hasta que encontré algo en un Moe's, donde había un encargado que estaba muy bueno y que me contrató en el acto. Allí tuve que luchar poco. No era como en el restaurante, donde despachamos a drogadictos. En Moe's los clientes eran estudiantes universitarios, y cada vez que se abría la puerta, aparecía un nuevo grupo de personas que hacían algo interesante con sus vidas, que tenían un propósito. Cada nueva cara era una sutil marca en el letrero invisible que llevaba en el pecho y donde rezaba «MENOSPRECIADA» en unas enormes letras de neón. Antes de tener ese trabajo, haber interrumpido mis estudios, no tener un plan de vida... no me había molestado nunca. No había presentado una solicitud en ninguna universidad porque no era algo que me interesara, no tenía el sueño de abandonar Quincy para convertirme en bióloga marina o lo que fuera que quisieran los estudiantes de secundaria. Me gustaba leer y ver películas. Me encantaba cocinar y trabajar en el jardín. Antes de conseguir ese empleo en Tallahassee, no les veía nada malo a esos simples placeres, pero por alguna razón, al trabajar en Moe's, tratando con universitarios..., me sentía una persona menos válida cada vez que traspasaba esas puertas dobles. Y luego, un día, después de estar sentada en el aparcamiento antes de que empezara mi turno, ya no pude continuar.

Después de eso, me ceñí a los límites del condado. Conseguí el agradable trabajo en la propiedad de los Holden, algo con lo que no me rompía la

cabeza, y me establecí allí. Mis raíces se hundieron en las tierras de la propiedad por medio de las plantas. Bloqueé las imágenes de las caras sonrientes de los universitarios y me centré en cosas sencillas que me encantaban. Y de una forma lenta pero segura, la felicidad regresó a mi vida. En esa época, comencé a salir con Scott Thompson. Cuando se ganó mi corazón, no me puse a planear que viviría en un lugar diferente a Quincy; no quería ir a la universidad, y mi vida allí estaba bien. El amor provocaba eso. Te absorbía y desdibujaba todo lo demás.

Después de cortar con Scott, comencé a pensar en marcharme. No era tanto porque la vida en Quincy me pareciera inadecuada, ni por la vergüenza que había sentido en Moe's. Era más bien que, después de mi experiencia allí, anhelaba algo diferente. Quería ser distinta, alguien a quien no despreciaran, alguien sin pasado.

Alguien con futuro.

20

Justin Hitchins recibió la llamada cuando estaba en Sunset Boulevard, saliendo del Coffee Bean con un *espresso* doble, un *bagel* con crema de queso y un recipiente con fruta troceada. Se detuvo en la concurrida calle y retrocedió un par de pasos, hasta que estuvo a salvo, fuera de peligro, entre dos coches aparcados en paralelo. Sacó el móvil del bolsillo y casi lo dejó caer; luego miró a su alrededor, dejó el café en el capó del Mercedes negro que tenía a la derecha y respondió a la llamada antes de que saltara el buzón de voz.

—Buenos días.

—Este tipo es un puto chiflado —siseó Cole Masten en voz muy baja.

—Es lo que querías. ¿Has visto el dossier que te envié por correo con todos sus casos? Nunca ha perdido...

—Justin, en este momento vamos camino del aeropuerto. —Hubo un golpe sordo en la línea—. Quiere que vaya ahora a Quincy, que salga de Los Ángeles. Llama a producción: mantenemos la agenda original. No habrá demoras en el rodaje.

No era un plan tan malo, viendo el camino que había tomado la vida de su jefe últimamente, pero Justin se calló esa opinión ante algunos problemas más apremiantes.

—¿Te vas ahora mismo al aeropuerto? —Tenía que llamar al buscador de localizaciones, a ver si la casa para Cole estaba ya preparada. Era necesario que comprobara que en los restaurantes locales tenían la lista con las comidas y si... Su mente fue sorteando obstáculos mientras miraba la multitud, y casi tuvo un ataque de pánico de poca importancia en los tres segundos que tardó Cole Masten en responder.

—Sí, justo ahora. Te lo acabo de decir, está chalado.

—¿Y por qué hablas en susurros? —El Cole que Justin conocía, con el que había trabajado durante más de trece años, siempre era un hombre firme y ordenado. Nunca lo había oído susurrar a menos que estuviera indicado en un guion.

—Cuando lo conozcas en persona, ya me dirás si no te escondes en el cuarto de baño del avión y hablas entre susurros cuando quieras quejarte sobre él.

Justin sonrió ante la imagen.

—Vale, ¿a qué hora aterrizas?

No escuchó la respuesta. Quedó ahogada por un fuerte bocinazo, típico de Los Ángeles, y el chirrido de unos neumáticos. Volvió la cabeza y vio que un Range Rover giraba en redondo. Luego la imagen se volvió borrosa, de un blanco brillante, y los faros de xenón se estrellaron contra la parte trasera del Mercedes negro, y se dio cuenta, demasiado tarde, de lo que iba a pasar.

El Range Rover impulsó el Mercedes hacia delante; no fue demasiado, pero sí lo suficiente como para chocar con el monovolumen que había aparcado delante. Justin se convirtió en un suave cojín entre los dos vehículos.

El *espresso* voló por los aires, se le cayó el móvil y su mundo se volvió negro.

21

La llamada se interrumpió en el móvil de Cole. Bajó la vista a la pantalla, aunque el avión tuvo un bache en ese momento que le hizo apoyar la mano en la pared y maldecir por lo bajo. ¡Maldito vuelo! Se guardó el móvil en el bolsillo y abrió la puerta para salir al estrecho pasillo del *jet*. Había un dormitorio a la izquierda y asientos a la derecha. En uno de ellos estaba sentado Brad DeLuca mientras hablaba por teléfono. Al parecer, su compañía telefónica seguía teniendo cobertura a doce mil metros de altura.

Dio un paso adelante y se acomodó en una silla, frente al abogado. Justin se encargaría de todo, tendría preparado hasta el último detalle cuando aterrizaran. Quizá no sería tan malo. Ya se le había pasado por la cabeza marcharse a Quincy para escapar de la locura de Hollywood. Quizá necesitaba esa patada en el culo para ir allí. Cuanta más distancia había entre Nadia y él, mejor se sentía. Y también se sentía más seguro con ese monstruo de la naturaleza a su lado. El hombre era aterrador, pero estaba de su parte, luchando por él. Destrozaría la insignificante demanda de Nadia y se la comería en el desayuno. Se relajó contra el respaldo del asiento.

—¿Has llamado a Quincy? —dijo Brad DeLuca a su lado, y Cole se giró para mirarlo.

—Está ocupándose mi secretario. Todo estará listo a nuestra llegada.

—Yo no me voy a quedar, solo te acompaño hasta allí. Tengo que volver a casa. —Lo vio mirar el reloj—. Te llamaré esta noche, cuando aterrice. Cógeme el teléfono. En ese momento planearemos los siguientes movimientos, y mañana tendré una conversación con el equipo de Nadia.

—Vale. —Apoyó el móvil en la pierna y miró al hombre—. ¿Solo te dedicas a esto? ¿A divorcios?

—Eso es —asintió DeLuca.

—Menudo trabajo, romper matrimonios...

—Eso depende —dijo el abogado con una sonrisa—. En mi caso, el divorcio es lo mejor que me pudo haber sucedido. Arreglé un error y he terminado casándome con mi alma gemela. Si sigues atado al cónyuge equivocado, puedes desperdiciar tu vida. El divorcio permite al menos corregir errores.

Cole se rio.

—Entonces, ¿eres un Cupido? ¿Salvas a los esposos de un error y los llevas al siguiente?

—Algún día me lo agradecerás —aseguró el hombre con una sonrisa.

Cole miró hacia otro lado.

—Se trata de Nadia Smith. No muchas mujeres pueden compararse a ella.

—Deja de pensar en ella como Nadia Smith. No es un altar al que debas rezar; es una mujer. Adoro a mi esposa, la amo más que a mi vida, pero tiene defectos. Si Nadia y tú fuerais perfectos juntos, ella no se habría tirado a otro hombre ni te habría enviado los papeles del divorcio. Vas a superar esto, y después serás más fuerte.

Todo aquello parecía una gilipollez. Un montón de mierda. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien —salvo Justin o Nadia— le hablara sin elegir las palabras cuidadosamente. Se movió en el asiento, deseando haber pasado antes por casa. Le hubiera gustado ducharse y cambiarse, y coger algo de ropa. No importaba. Lo primero que haría al aterrizar sería comprar algo de ropa, solo para arreglárselas hasta que llegara Justin. Su secretario sabía qué hacer, se subiría al avión con ropa para un mes. Se tiró del cuello de la camisa y se lo aflojó. Quizá le pediría a Justin que le diera un masaje en Quincy. Mejor todavía, le diría que mañana le reservara el día completo en un *spa*.

DeLuca se puso al teléfono y Cole se reclinó en el asiento; cerró los ojos con intención de sacarse de la cabeza a Nadia. Cuando la vio en el hotel había estado muy guapa. Muy guapa y nada afectada. No se lo esperaba. Eso le había dolido incluso más que recibir los papeles, incluso más de lo que había visto en el cuarto de baño. Eso hacía que todo fuera peor que un lío, una pelea o unos cuernos. Significaba que Nadia podía dar la espalda a los años que llevaban juntos. Había revisado los papeles del divorcio. Había demasiados detalles cerrados, no quedaban flecos; eso no lo había preparado la última semana. Llevaba tiempo preparándolo. Eso era lo que le hacía sentir una opresión en el pecho. Y lo ajeno que había estado a todo ello era lo que hacía que le doliera la cabeza. ¿Tan alejados habían estado durante los últimos tiempos que no había visto ninguna señal? ¿Cómo había podido pensar que todo iba genial cuando habían estado al borde del desastre?

Y luego, Nadia había sacado el tema de *La botella de la fortuna*. Cuando debían haber estado discutiendo por su amor, su relación, sus vidas, ella

mencionaba una película que era de él. Y era eso lo que le preocupaba, por lo que luchaba. De repente, recordó algunos comentarios dispersos de Nadia sobre la película, su petición de ser productora ejecutiva, aquella transferencia de fondos el mes anterior «solo para mantener las cuentas activas». Gimió y se inclinó hacia delante, hundiendo la cabeza entre las manos.

—Eh. —DeLuca levantó la vista del teléfono—. Deja de estresarte.

—Estoy pensando en cosas en las que no me había fijado durante los últimos meses... Creo que ha estado preparándolo todo.

—Preocuparse por eso es ahora trabajo mío. El tuyo es quedarte en Quincy, seguir mis reglas y hacer una película cojonuda.

—Vale. —Cole se reclinó en la silla, y soltó un suspiro.

Podía hacerlo. Sentarse y dejar que fueran otros los que se encargaran de las cosas, los que se preocuparan por todo... Era algo a lo que estaba acostumbrado. Podía lamerse las heridas en Quincy, evitar la tentación y hacer una película.

Sería muy fácil.

22

Cuando se desató el infierno, yo estaba en bañador, con el trasero hundido en quince centímetros de agua fría, con los pies apoyados en el borde de la piscina para niños de color azul brillante.

—Te vas a quemar. —Ben hizo el comentario desde debajo de tres capas de protector solar, de un sombrero vaquero y unos pantalones de lino.

—No, no me voy a quemar.

—Sí —dijo con la grave sinceridad de quien dice un elogio—. Te he estado mirando. No has usado filtro solar.

—Nunca uso protector. —Cogí agua y me rocié los muslos.

—¿Eres consciente de que el sol te está, literalmente, envejeciendo ante mis ojos?

—Eres consciente de que esto es Georgia y no el salvaje oeste, y que estás muy ridículo con un sombrero vaquero, ¿verdad? —Subí la mano y lo rocié con agua, aunque él retorció su pálido cuerpo, haciendo que la silla plegable se cayera hacia un lado. Me reí mientras metía las dos manos en la piscina y aprovechaba su desequilibrio para ensañarme, dejándolo lo más mojado posible desde mi posición.

—¡Basta! —gritó, apoyando por fin los pies descalzos en la hierba para levantarse.

Me reí.

—Vale, chico lindo. No te voy a salpicar más. —Levanté las manos en son de paz y sonreí mientras él levantaba la silla volcada y la ponía en un lugar más seguro.

Estábamos en el patio delantero de la casa, bajo la sombra de un roble; sin embargo, incluso sumergida en el agua, todavía tenía calor. Los Holden tenía una piscina gigantesca detrás de la mansión. Estando ellos en Tennessee, podríamos habernos ido a nadar allí, pero no me parecía bien. Lo había hecho un par de veces en los seis últimos años, pero había estado mirando por encima del hombro todo el rato, preocupada por si los Holden se teletransportaban mágicamente más de tres mil doscientos kilómetros y me pillaban. La piscina infantil era suficiente, y no venía acompañada de ninguna inquietud.

Escuchamos sonar el timbre del teléfono de Ben, que resonaba con aguda fuerza en la tranquilidad de la tarde. Dejó caer la cabeza hacia atrás y suspiró con fuerza.

—Deja que suene —le sugerí—. Es sábado. No hay ninguna cosa urgente.

Pero, como sabía que haría, se levantó de la silla y corrió a responder la llamada.

Y gracias a Dios que lo hizo.

La primera sorpresa, cuando el avión aterrizó en la polvorienta pista, fue que allí no había nadie. Bueno, alguien sí había. Un empleado del aeropuerto nos recibió boquiabierto, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros mientras su boca hacía de todo menos ofrecerse a ayudar con las maletas. Aunque, por supuesto, no llevaban equipaje, el hombre no lo sabía. DeLuca fue el primero en bajarse del *jet*, estrechó la mano de aquel tipo y se presentó. Cole siguió su ejemplo, y el hombre abrió tanto los ojos que desaparecieron de su cara las arrugas, fruto de una década de polvo y sol.

—Tú eres esa estrella de cine —farfulló con sorpresa.

Cole asintió antes de dedicarle una sonrisa. No podía evitarlo; desde que entró en el negocio, era algo que se había arraigado en su interior, algo tan automático que ni siquiera tenía control sobre ello. Pero allí no había cámaras, ni multitud de fans gritando, por lo que no era necesario brindarle una sonrisa de un millón de megavatios a ese paleta. DeLuca lo miró con sorpresa.

—Entonces..., er..., ¿qué hacen en Quincy? ¿Se les ha averiado el motor? — El hombre clavó los ojos en el reluciente avión, que apenas tenía espacio en la pista para aterrizar.

—No. ¿No ha llamado mi secretario? —Cole sacó el móvil del bolsillo. No había mensajes de Justin. Era raro... Normalmente, después de un lapso de tiempo como ese, Justin tendría organizado el itinerario, habría confirmado las reservas en un hotel y habría enviado un conductor. Se acercó el teléfono a los ojos: solo había dos rayas de cobertura. Presionó el botón de encendido para reiniciar el aparato.

«¡Puto Verizon!».

—Ah..., no hemos recibido ninguna llamada —soltó el hombre lentamente, mirando al edificio mal iluminado. El paleta usaba el plural, así que en algún momento estaba allí alguien más que él. Resultaba tranquilizador.

—¿No ha llegado el coche? —Sabía la respuesta incluso cuando la pregunta salió de sus labios. Detrás del paisano había un aparcamiento enorme con solo dos vehículos. Ninguno de ellos parecía tener aire acondicionado, y mucho menos un conductor. ¿Y dónde estaba su guardaespaldas? Justin había dispuesto de muchas horas de vuelo para prepararse. No hubiera debido de

resultarle difícil. Además, tendría que haberle enviado, al menos, un mensaje con todos los avances. Demasiados errores para un secretario que nunca cometía ninguno; sintió una oleada de preocupación. Marcó el número de Justin y se acercó el móvil al oído. En ese momento sonó el teléfono de DeLuca y el hombre se dio la vuelta.

Dejó que sonara once veces, después cuatro, se sintió irritado y, cuando fueron siete, preocupado. En el momento en el que saltó el buzón de voz, se asustó. No dejó ningún mensaje, solo colgó. Por primera vez, la preocupación le revolvió el estómago.

A su espalda, oyó los pasos de DeLuca, que se acercaba a él de nuevo.

—Malas noticias —anunció el abogado al tiempo que le apoyaba la mano en el hombro—. Tu secretario ha tenido un accidente: TMZ ha publicado la noticia hace media hora. Está vivo, pero ha sufrido fuertes daños.

Otra grieta en un barco que se hundía. Y Justin... Justin era su pegamento, lo más constante en su vida, el único amigo cuyo nombre le venía a la mente.

«Está vivo, pero ha sufrido fuertes daños».

Cole respiró hondo y se pasó las manos por la cara.

—Bueno. Regresemos.

—No. —La firmeza que había en la voz del abogado lo tomó por sorpresa.

—Tengo que ir a verlo... al hospital. Lleva conmigo muchos años — protestó. Trece, para ser precisos. Dos más que los timbrazos que acababan de sonar antes de saltar el contestador. Mucho tiempo. Desde antes de que conociera a Nadia, desde antes de obtener los tres Oscars, desde antes de que su fama le resultara tan ridículamente pesada. Necesitaba ir a su lado. Se sacudiría el polvo en una sauna y regresaría a Los Ángeles con las manos limpias, donde había moda y lujo. ¿En qué clase de ciudad había un aeropuerto como ese?

«No, no es una ciudad», se corrigió a sí mismo. Era un pueblo. De hecho, ese era el origen de todo: un pueblo lleno de millonarios. Es más, seguro que no había ni *spa*. La tensión que sentía en la espalda empeoró.

—No vas a ir a ninguna parte. El hospital de Los Ángeles estará lleno de *paparazzi* a la espera de que asomes tu bonita cara. Se convertirá en un circo, y el chico está en coma ahora mismo, no vas a poder hablar con él durante un tiempo.

—¿Qué le ha pasado?

—Ha sido víctima de un accidente automovilístico. Estaba de pie entre dos

coches, y otro impactó contra uno de ellos. Lo pillaron de pleno. —La voz de DeLuca se suavizó.

Cole miró hacia otro lado, hasta que sus ojos se clavaron en los del operario del aeropuerto, que todavía estaba allí, con la cabeza inclinada hacia un lado, sin perderse una palabra. Soltó un fuerte suspiro: DeLuca tenía razón. Ir al hospital no era una buena idea. Le enviaría flores, quizá un mensaje con una *stripper*... Justin iba a tener que avisar a... Se le quedó la mente en blanco al darse cuenta de que su mano derecha se había ido de pronto, el hombre que se encargaba de todo, el que engrasaba todas las articulaciones, el que hacía todos los arreglos. Se había ido. Estaba en un hospital a más de cuatro mil ochocientos kilómetros, concentrado en su propia vida, y no en la de Cole. Se tambaleó un poco, y DeLuca alargó la mano para agarrarlo por el hombro y sostenerlo.

Diez minutos después, se alejaban del aeropuerto en una camioneta prestada.

Levantó una mano para protegerse del sol, que estaba muy bajo. Había abierto la ventanilla, y el aire, seco y polvoriento, entraba en la cabina. Se estiró para subirla y se rio por lo bajo ante la extrañeza que le resultó que tuviera que hacerlo con una manivela.

DeLuca se apartó el móvil de la boca.

—Estoy intentando ponerme en contacto con el rastreador de Envision. — Giraron en redondo, haciendo que tuviera que aferrarse al asa. El vehículo ni siquiera tenía cinturón de seguridad. Nada—. ¿Bennington Payne? —preguntó DeLuca al teléfono con un ladrido—. ¿Dónde coño estás metido en este momento?

24

Mientras Ben respondía al teléfono, relajé los brazos, recostándome por completo en la piscina infantil, con la cabeza apoyada en el borde, sobre una toalla doblada que hacía las veces de almohada.

Mi campo de visión se llenaba a veces con los pantalones de lino, que vagaban con el móvil pegado a la oreja. Apretaba la mano libre contra la otra oreja, como estuviera en un concierto de rock y no en medio de la nada. Seguramente estaba recibiendo malas noticias. Cerré un ojo y entorné el otro, incapaz de contener a mi yo más entrometido, que quería enterarse de qué pasaba.

—Mmmm... ¿En Quincy? —dijo el nombre del pueblo con la entonación de una pregunta—. Perdón, ¿con quién hablo?

Abrí los ojos de golpe cuando él chascó los dedos con rapidez. Me incorporé y arqueé las cejas, expectante.

—Sí, señor. Pero ¿ahora? Pensaba que... Está bien, señor. Sí, señor. —Me pregunté cuántos «Sí, señor» iba a soltar en esa conversación. También me pregunté cómo iba a poder imaginar de qué iba todo eso cuando lo único que oía eran medias frases tartamudeantes de Ben.

—¿Cuál es tu dirección? —me susurró con fuerza, aunque su voz quedó ahogada porque puso la mano encima del altavoz.

Se la dije mientras pensaba que ese cambio en la conversación la hacía sin duda más interesante. Ben se la repitió a su interlocutor y luego puso fin a la llamada con un «Sí, señor» final.

No pensaba que mi dulce vampiro yanqui pudiera palidecer más, pero oh..., oh..., podía. Observé que perdía cualquier rastro de color en la cara mientras se metía con torpeza el móvil en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué está pasando? —exigí saber al tiempo que me levantaba con un enorme esfuerzo. El bañador empapado dejaba unos finos regueros de agua por mis piernas.

Tragó saliva de tal manera que su nuez subió y bajó de forma dramática. Me miró, estudió mi gastado bañador y luego clavó los ojos en la piscina para niños, como si en su brillante fondo azul pudiera encontrar la respuesta. Luego estudió la casa y el coche de alquiler que usaba en Quincy y volvió a

contemplarme.

—Cole Masten está aquí.

—¿Dónde? —«Aquí» era algo muy genérico. Y sabía, a ciencia cierta, que no estaba justo «aquí». Sin embargo, con una certeza casi infalible, recordé que le había dado mi dirección, y supe que «aquí» había pasado a ser una posibilidad inminente. Salí de la piscina con la mayor rapidez posible, crucé el césped seco y me detuve delante de Ben—. ¿Dónde? —repetí con fuerza para que él me respondiera.

—En Quincy. Acaba de llegar al aeropuerto. Me ha llamado su abogado. Quería saber dónde estaba, va a traer a Cole ahora mismo. Añadió algo sobre que su secretario estaba en el hospital. —Las palabras fueron una alocada retahíla, como si al decirlas tan rápido fueran más reales, y di un paso atrás para alejarme de su camino—. ¿A qué distancia está el aeropuerto?

Cerré los ojos, tratando de pensar.

—Cinco, quizá diez minutos. ¡Joder! —Examiné de nuevo el bañador que llevaba puesto. Pensé en el aspecto de mi casa, en los platos sucios que había en el fregadero, en la caja de tampones que había dejado encima de la cisterna del inodoro, en los restos de la comida de Ben, y recordé que los utensilios que había usado para hacerme la manicura seguían encima de la mesa. La misma mesa donde estaba desparramado el correo. Esto no pintaba bien. Empecé a correr hacia la casita, y el chico gay con pantalones de lino siguió mis pisadas mojadas.

—Mire, la familia Thompson es una de las cuarenta y tres originales. Eso fue, en realidad, la raíz del problema. Summer es muy buena chica y todo eso, pero no posee los antecedentes familiares, la educación necesaria para enfrentarse con elegancia a los momentos difíciles. Ese era el problema. Ya sabe que la pobre niña no tiene padre... Eso debería darle alguna pista.

—Marilyn, tiene padre. Vive en Connecticut, según dice Betty Anne. Al parecer, tiene un trastorno y no puede estar cerca de otras personas. Por eso se han mudado aquí.

—Esa es la estupidez más grande que has dicho nunca. No, no tiene padre. Se largó cuando Francis estaba embarazada de Summer; esa es la verdad. Punto.

25

Resultó que la ventanilla no subía del todo. Estaba rota. Lo que daba igual, ya que hacía demasiado calor para ir en una camioneta sin aire acondicionado ni ventilador. Brad DeLuca se rio entre dientes; Cole volvió a bajar la ventanilla y cogió el teléfono que Brad le ofrecía.

—El chico me ha dicho que está en el 4 de Darrow Lane. Hazme el favor y búscalos con el GPS.

Cole abrió la *app* de mapas y tecleó la dirección.

—Está a unos cuatro kilómetros. Sigue recto por aquí.

El abogado asintió, y continuaron en silencio durante un momento. Cole estiró los pies y los apoyó contra el fondo de la camioneta.

—Hacía años que no conducía una camioneta —comentó Brad—. Estoy desentrenado con el cambio de marchas.

Cole se rio.

—Sí. En este momento, echo de menos el cambio de marchas del Ferrari. — Quizá podría pedir que se lo llevaran. La camioneta pilló un bache y tuvo que apoyar las manos en el salpicadero. Quizá no era buena idea: su deportivo no saldría indemne de un paseo por esos caminos de tierra. Miró a su abogado... Su perfil era diferente bajo la luz del atardecer, sus fuertes manos estaban relajadas sobre el volante. Estaba tan cómodo en esa vieja camioneta como lo había estado en un restaurante en Beverly Hills. Quizá DeLuca no era tan imbécil como pensaba. Tal vez era justo lo que necesitaba, alguien que no le besara el culo, alguien que le dijera las verdades a la cara, y no las mentiras caras con las que todo el mundo rociaba sus desayunos probióticos cada mañana.

Su optimismo se vio castigado con las siguientes palabras del abogado.

—Le he dicho al tipo del aeropuerto que le devolvería la camioneta dentro de una hora, así que te voy a dejar en manos de ese tipo. Se llama Bennington; es quien está buscando localizaciones para la película, por lo que te podrá guiar en el pueblo y te ayudará a instalarte.

El sol se ocultó detrás de una nube y el mundo se oscureció un poco.

—¿Bennington? —repitió mirando al cielo.

—Sí. Bennington Payne. No fui yo el que eligió su nombre.

Cole sonrió, y bajó la vista al móvil cuando el aparato indicó un desvío.

—Gira aquí a la derecha. —Brad frenó para tomar la curva, y Cole echó un vistazo hacia la carretera que acababan de dejar atrás. No se habían cruzado con otro coche desde que habían salido del aeropuerto. Le resultaba extraño después de vivir en Los Ángeles, una ciudad donde la hora punta duraba veinte horas cada día y los coches se convertían en segundos hogares para sus ocupantes. Había estado en lugares remotos con anterioridad; había filmado una película en la que hacía de samurái en los Países Bajos, había pasado dos meses en Alaska, pero esta era la primera vez que sentía de verdad la franqueza, la tranquilidad y la soledad de un lugar. Quizá fuera porque los papeles del divorcio y el accidente de Justin estaban muy recientes; dos de las partes claves de su vida, de su armadura, se habían desprendido a la vez, y la piel que había debajo estaba demasiado sensible y en carne viva. Vio pasar los campos, fila tras fila de verde y blanco, ininterrumpidos. Le zumbó el teléfono en la mano, señalando un lugar a la derecha, una gran mansión de una plantación, con unas columnas que subían los tres pisos de altura de la edificación, el amplio porche con media docena de mecedoras. Un coro de robles centenarios servían de marco a todo el conjunto.

—Es ahí.

—¿Qué te pasa? —Ben me miró vacilante, arqueando una de sus perfectas cejas mientras yo atravesaba la casa con una cesta para la ropa en la mano. Estaba retirando todo lo que había sobre las superficies, corriendo de un lado para otro, con el maldito bañador metiéndose entre las nalgas. ¡Los tampones! No podía olvidarlos. Entré en el cuarto de baño e hice desaparecer la caja amarilla, junto con la mitad del contenido del botiquín. Íbamos a pasarlo bien por la noche, mi madre buscando la crema para las hemorroides mientras yo buscaba el mando a distancia en la cesta, llena hasta los topes.

—Shhh... —le siseé a Ben, revisando mentalmente todo lo que tenía que hacer y desechando lo que no fuera imprescindible.

—No va a entrar aquí. —Oí a Ben envuelta en la neblina que me envolvía como protección, pero me detuve de golpe. La ropa rebotó en la cesta, y se cayó un rollo de papel higiénico. que se extendió por el pasillo hasta detenerse junto al pie de Ben.

—¿Qué?

—Solo vienen a recogerme. Ni siquiera creo que se bajen del coche.

Por supuesto. Cogí aire por primera vez desde que me había dado la noticia. Eso tenía sentido. ¿Por qué iban a entrar? No se detendrían siquiera; pasarían por delante, abrirían la puerta del coche, lanzarían un grito para llamar a Ben y se despedirían, como si estuvieran persiguiendo un tren. Dejé la cesta de la ropa en la encimera de la cocina.

—Bueno, ¡genial! Voy a cambiarme.

Oí un fuerte golpe en la puerta, y clavé los ojos en él con rapidez, presa del pánico.

26

—¿Estás seguro de que estamos en el lugar correcto? —Una de las tablas del porche crujió bajo el pie izquierdo de Cole, y cambió el peso de pierna mientras observaba la cortina bordada que cubría la ventana. En el interior, se escuchaba un murmullo de voces y el ruido de pasos.

—Sí —aseguró DeLuca brevemente, mirando el reloj por enésima vez—. Es aquí.

Habían dejado atrás la casa principal y se habían detenido en una versión más pequeña con dos vehículos aparcados delante: un viejo Chevy y un sedán Ford con matrícula de Oklahoma. Seguramente el Ford sería del rastreador, que lo tendría alquilado. La camioneta..., bueno, ¿quién podía saber de qué paleta era?

Le abrió la puerta una rubia alta. Cole bajó los ojos desde su cara al bañador, de una pieza negra y descolorida, sobre el que llevaba unos vaqueros cortos que estaba abrochándose apresuradamente mientras él la observaba. Tenía el pelo salvaje y largo, igual que sus piernas bronceadas, que parecían infinitas y terminaban en unos pies con las uñas pintadas de rosa. Nadia se habría reído de ese barniz de uñas mientras soltaba una risita y murmuraba «demasiado juvenil» o «basura blanca». También alzaría las cejas ante el bronceado al tiempo que rebuscaba en el bolso en busca de un protector solar, recordándole que debía aplicárselo. Aunque, a la vez, le enviaría un mensaje de texto a su secretaria para que le reservara cita en el salón de bronceado.

—¿Está Bennington aquí? —Brad apoyó la mano en el marco de la puerta, bloqueándole con el brazo a Cole la vista de los pechos de la chica. Sin embargo, Cole fue consciente de que ella se quedaba boquiabierta al mirar al abogado a la cara. Sintió que en su interior se le retorcían las entrañas de rabia. Aquella chica tenía una maldita estrella de Hollywood en el porche y había mirado a otro tipo. Se dio la vuelta y apoyó las manos en la desgastada madera de la barandilla del porche mientras se reía para sus adentros sobre el frágil estado de su ego. «¡Guau!». ¿En serio había caído tan bajo que el hecho de que una joven que no conocía mirara a otro hombre le preocupaba? DeLuca era un hombre guapo; cualquiera con ojos lo vería. Además, tenía ese aire de macho dominante que hacía que las mujeres se pisotearan para estar junto a él.

Era natural que la chica lo mirara, que su atención se desviara de él, en especial cuando había sido Brad quien le había preguntado. Pero aun así... Tenía tres Oscars en su haber, podría haberle dirigido al menos una miradita.

Se volvió hacia la puerta, apoyando el trasero en la barandilla mientras cruzaba los brazos, esperando que pasara aquella ronda de presentaciones para poder ir al hotel y ducharse. El buscador de localizaciones había aparecido por fin, reemplazando a la rubia en la puerta. Un horror. Ella había sido mucho más agradable a la vista. El buscador parecía hiperactivo, movía la cabeza con rapidez al mismo tiempo que se frotaba las manos. Aquella combinación de gestos y movimientos de cabeza hacía que le doliera la suya.

Alguien había dicho algo, pues DeLuca había girado la cabeza hacia él y los dos lo miraban fijamente, esperando una respuesta por su parte. Levantó la barbilla y se empujó desde la barandilla.

—¿Perdón?

—Al parecer, no hay muchas opciones de alojamiento en Quincy, pero Bennington...

—Ben —interrumpió el hombre en tono adulador. Detrás de él, en la puerta, reapareció la chica, con una holgada camiseta blanca por encima del bañador, con aquella mata salvaje de pelo recogida en una coleta. Sus ojos se encontraron con los de él, que sonrió, la sonrisa marca de la casa que le abría todas las puertas, pero ella no se la devolvió. «¡Joder!». Todo estaba yéndose a la mierda, incluida su sonrisa. Tomó nota mental de que Justin..., bueno, quien fuera, concertara una cita con el dentista. Iba a tener que estudiarse en el espejo esta noche para asegurarse de que todo funcionaba correctamente. Quizá fuera culpa de ella. Tal vez fuera lesbiana.

—Exacto —continuó DeLuca—. Ben dice que los alojamientos en la ciudad son muy limitados, que los hoteles más cercanos están en Tallahassee.

Cole notó que se le erizaba el pelo al oír eso, y dejó caer los brazos. Una ciudad universitaria. Bares. Estudiantes con sexis culitos que lo adorarían como si lo que él dijera fuera palabra de Dios. Quizá eso le daría un impulso a su ego, algo que parecía muy necesario en ese momento.

—... pero ya le he dicho que eso no funcionaría. Que tienes que estar en Quincy. —DeLuca sonrió como si supiera lo que él estaba pensando.

Cierto. Las normas. Cole aplastó al mosquito que se posó en su cuello como única respuesta, al tiempo que notaba que le bajaba una gota de sudor por la espalda.

—No quiero estropear esta encantadora reunión... —se cargó a otro insecto —, pero ¿podríamos entrar? ¿Donde haya aire acondicionado?

Bennington y la chica intercambiaron una mirada rápida, y luego ella sonrió con dulzura.

—Por supuesto. ¿Quieres que te traiga algo de beber? ¿Quizá un poco de té helado?

Solo fueron necesarios ocho minutos para que la adoración que sentía por Cole Masten se transformara en una oleada de rechazo. El problema no era su aspecto; de hecho, el tipo que estaba apoyado en el porche de mi hogar era incluso más guapo de lo que aparecía en la pantalla. Lo había estado estudiando cuando se dio la vuelta para agarrarse a la barandilla y mirar hacia la plantación de los Holden. Había percibido cierto dolor en la forma en la que encogía los hombros, en cómo apretaba los dientes. Había una pizca de tortura en sus ojos cuando se encontraron con los míos. En ese momento, en el que tenía la mano en el pomo de la puerta y a dos de los hombres más sexis que había visto en mi vida de pie en el porche delantero de mi casa, pensé que había visto algo allí, en él, algo completo, crudo y hermoso.

Algo después logré identificar lo que había percibido. Supe qué era ese algo. Sencillamente él era un gilipollas. Estaba podrido por dentro, se trataba de uno de esos tipos que pensaba: «Tengo lo que quiero porque me lo merezco» o «Eres inferior a mí, imbécil». Había conocido antes a hombres así. Carl Hanson había crecido en el mismo lugar que yo, había asistido al mismo instituto, había bailado conmigo en el baile de graduación y habíamos montado juntos en moto durante el verano. Después de graduarse, se había ido a Nueva York, a la universidad. Allí descubrió lo que podía comprarle el dinero de papaíto y lo divertida que era la vida fuera de los límites del condado. Unas cuantas Navidades después, cuando regresó a casa, me había puesto a estudiarle la nariz y había llegado a ver huellas de cocaína en sus fosas nasales. Él me había dado una palmada en el culo como si fuera el anfitrión de la fiesta navideña de la iglesia, así que le había respondido con un golpe en la nariz. Al hacerlo, me había roto el nudillo del dedo índice, pero había valido la pena. Y el señor Hanson me pagó la factura del hospital.

Tenía nueve nudillos más, y el décimo se había curado bien. Así que si Cole Masten pensaba dar un paso más allá de la inspección visual a mi cuerpo, le haría saber cómo respondían a esa clase de avances las chicas del Sur.

Había comenzado a odiarlo cuando pidió que lo dejara entrar. Lo dijo de una forma muy grosera, y me hizo sentir mal por no haberlos invitado antes. Una acción grosera había puesto en evidencia otra, pero con eso no había creado

un equilibrio, sino que había conseguido una rifa para que lo nombraran el hombre más capullo del mundo.

Debía haberles ofrecido mi hospitalidad, y lo sabía. En el exterior hacía tanto calor como en el infierno, el sol estaba lo suficientemente bajo para que los mosquitos fueran los dueños del aire, y el olor a humano fresco los atraía de una forma irresistible. Pero mi casa estaba hecha un desastre, y Ben me había prometido que no iban a entrar. Esa era la única razón que me había hecho mantener cierta compostura cuando abrí la puerta de casa. Porque, claro, podían ver que solo llevaba un bañador gastado y unos vaqueros cortos, pero al menos no sabían que lo tenía todo manga por hombro. No eran conscientes de que no había limpiado el cuarto de baño, ni de que la caja de cereales Honey O que había desayunado esa mañana seguía abierta sobre la encimera de la cocina. Todo había sido tolerable hasta que el chico dorado de Hollywood tuvo que decir que quería entrar. ¡Menudo grosero!

El segundo golpe de Cole Masten llegó tres minutos después. Los hombres estaban de pie con torpeza en el salón mientras yo corría como una loca a la cocina en busca de bebidas.

Observé a Cole por el raballo del ojo mientras discutía con su abogado, y percibí la delicada piel blanca, el tipo de piel que se chamuscaría bajo el sol del Sur. Cada verano se freía un huevo en el pavimento, literalmente. Un solo huevo, de una gallina local; el huevo lo traía el alcalde en medio de una gran ceremonia, todo eso ocurría el día que había resultado ser el más caluroso el año anterior, y siempre era todo un espectáculo, tiempo robado de las rutinas de los habitantes del pueblo, que aprovechaban para llevar fuentes con comida al el aparcamiento del Smith Bank & Trust y reunirse allí para ver freír un huevo de mamá gallina. A veces se freían con rapidez; otras resultaba inusualmente razonable y solo se veían algunas emocionantes burbujas, así que sí, los huevos se freían bajo el sol sureño. La pálida piel californiana de Cole Masten se arrugaría como tocino crujiente. Mientras abría alacenas y buscaba vasos, con el bañador mojado pegado a la piel y haciendo que me picara un poco, me pregunté si debía ofrecerle protector solar como regalo de bienvenida a Quincy. Sin embargo, mientras abría el lavaplatos, me hice una promesa a mí misma: la próxima vez que lo viera, parecería una langosta.

—Tengo que marcharme —dijo el abogado con firmeza, señalando la puerta con la cabeza—. Debo devolver la camioneta y subirme al avión. Mi esposa me cortará la cabeza si no vuelvo a tiempo para la cena.

Se alejó del grupo para acercarse a mí, por lo que dejé de rebuscar en el lavaplatos. Puse el vaso a un lado y le estreché la mano que me ofreció.

—Muchas gracias por tu hospitalidad. Me temo que no he entendido tu nombre.

—Summer —me las arreglé para decir—. Summer Jenkins. ¿Puedo prepararle un té para el camino?

Se rio.

—No, pero gracias. Aprecio la oferta.

«Esposa». Eso había dicho. Que a su esposa le molestaría que no llegara para la cena. No resultaba una sorpresa: todos los tíos buenos estaban pillados. Y este tenía modales. Salí de la cocina y le abrí la puerta principal, donde lo despedí con la mano. Mi sonrisa desapareció cuando cerré la puerta y noté el polvo que había en el cristal. «¡Genial...!» De repente, pensé en mi madre y miré el reloj del horno. Eran las cuatro de la tarde, todavía faltaba hora y media para que regresara de trabajar. No era tiempo suficiente para sacar de allí a Cole y a Ben, limpiar y poner una cazuela al horno. Quizá podía encargarme uno de esos platos de Stouffer. Cara, de IGA, me había jurado y perjurado que las croquetas que servían eran caseras, pero yo no me lo creía. No se podía falsificar la autenticidad, no en esos tiempos.

Regresé a la cocina. Ben tenía el móvil pegado a la oreja, y Cole Masten parecía dudar qué hacer, como si no supiera si estaba bien que se sentara. Hice añicos el hielo en la bandeja y le puse algunos trozos en el vaso. Ben podría servirse él mismo, y, además, tenía un vaso medio lleno en algún lugar de esta desordenada casa.

—¿Té?! —pregunté a gritos.

El hombre se apartó del sofá y me miró.

—Agua con gas, por favor.

Aquel fue el segundo golpe. Sonreí, aunque mi sonrisa nacía más del rencor que de la ternura. Pero en el Sur las sonrisas son un arma, y solo un nativo reconoce que detrás se esconde un gruñido.

—Me temo que no tengo —No eres un hombre, pensé. Un hombre no bebe agua con gas. Bebe el agua directamente de la manguera después de cambiar el aceite del coche.

—Bueno, pues sin gas. —Se movió y se sentó lentamente en el sofá. Me volví hacia el fregadero para que no viera que ponía los ojos en blanco. «Bueno, pues sin gas». ¡Oh, claro que sería sin gas! Como la que salía del

grifo, que seguía en el mismo lugar que esta mañana. Lo abrí y llené el vaso. Luego lo cerré y le acerqué el agua con un posavasos. Arqueé las cejas en dirección a Ben, que seguía al teléfono, y que me hizo un gesto con la mano como si quisiera decirme que acababa enseguida, así que me senté en el sillón. Observé que Cole Masten estudiaba el vaso antes de tomar un sorbo.

—¿Qué tal el vuelo? —pregunté.

Me miró cuando le hice la pregunta. Me recorrió las piernas mientras bebía el primer sorbo, y luego tomó otro más largo. Era una pena, de verdad, que fuera tan guapo. Dios podría haber repartido entre tres hombres aquellas espesas pestañas, esos rasgos fuertes, sus ojos color avellana y la boca hecha para besar, y así les daría a más mujeres la oportunidad de ser felices. En cambio, Cole Masten se había llevado el premio gordo. Y él era un capullo que en ese momento inclinaba el vaso hacia atrás, tomándose su tiempo para responder mientras exponía su delicioso cuello, pegando los labios al borde del vaso, tocándolo con la lengua...

«¡Dios!». Me moví en el sillón y me estiré el cuello de la camiseta al tiempo que apartaba la vista. De repente, no deseé nada más que Ben se diera prisa y se lo llevara. Quería recuperar mi casa, y disfrutar de un par de horas de tranquilidad hogareña en mi hogar antes de que regresara mi madre. Era un deseo que no tenía ningún sentido. Todas las mujeres del mundo con sangre en las venas me arrancarían los ojos para estar tan cerca de él. Quizá fuera por vivir en este pequeño pueblo, por la misma estupidez que me había hecho decir «No, gracias» a enviar solicitudes a la universidad y a buscar un trabajo serio. Quizá se debía al hecho de que me habían educado en la creencia de que los hombres de verdad debían tener modales, no ser exigentes y no usar lociones para después del afeitado que atrajeran a mosquitos.

Ben colgó el teléfono y, al minuto siguiente, Cole Masten asestó su tercer golpe.

Cole Masten pensó que esas podían ser las dos peores semanas de su vida.

Había perdido a Nadia, *La botella de la fortuna* corría peligro, Justin había tenido un accidente y Brad DeLuca lo había llevado a Quincy. Una decisión horrible. ¿En qué estaba pensando? Todo habría ido bien si Justin estuviera allí; le habría buscado un buen alojamiento y habría planificado su agenda, lo que habría hecho que se encontrara libre de preocupaciones y relajado. Justin se habría puesto en contacto con el buscador, por lo que él habría mantenido las manos limpias, no habría tenido que sentarse en un sofá extraño ni beber agua. ¿Qué le había preguntado ella? Ah, sí... Se había interesado por el vuelo.

Bebió un sorbo de agua para evitar responder a la pregunta. Una cuestión inocente, una charla sin sentido. Dios, ¿cuándo había sido la última vez que tuvo que charlar? ¿Una conversación intrascendente? ¿Cualquier cosa que no implicara un «Sí, señor Masten» o «Por supuesto, señor Masten» o «Lo que usted quiera, señor Masten»? Las charlas eran para otra clase de personas, personas con tiempo para pasar calor y construir relaciones. Hacía mucho tiempo que no necesitaba relacionarse, para eso tenía a Nadia y a Justin. Tenía un agente, un gerente y un especialista en marketing. Esas figuras cubrían todos los requisitos, no necesitaban nada más.

Tragó el sorbo de agua mientras se preguntaba cuántas de esas relaciones, dados los acontecimientos, estaban en peligro. Nadia había sido la reina de las charlas, de las amistades. Había sido ella la que enviaba botellas de licor en los cumpleaños o bombones en los aniversarios. La que daba las gracias después de las cenas, quien se acordaba de cosas como los nombres de los niños y los problemas de salud. Quizá si no la hubiera tenido, habría hecho un esfuerzo, pero no lo había necesitado. Ella era la que mantenía la unidad, la que...

Dios. Se levantó con rapidez, dejó el vaso en la mesa y se dirigió hacia la ventana, mientras el buscador decía algo. No lo escuchó, sino que se frotó la cara. Tenía que dejar de hacer eso, de pensar en todo lo malo de su vida. Quizá necesitaba a alguien para que dirigiera su vida. Dejó caer las manos y se volvió hacia el hombre, que había comenzado a hablar.

—Empieza de nuevo —lo interrumpió—, no estaba escuchándote.

El tipo, ¿Wennifer o cómo demonios se llamaba?, se interrumpió y empezó desde el principio, mirando a la chica mientras hablaba.

—Espera un momento. —Levantó la mano y se volvió hacia la joven, que movía las manos, provocando una montaña rusa en su vaso—. Y tú, ¿quién eres? Es decir, no quiero ofenderte, pero ¿por qué estás aquí?

Notó que le brillaban los ojos y, aun a su pesar, eso le gustó. Le gustaba la gente con espíritu. No habría estado mal que Nadia hubiera tenido un poco más. Pero el fuego de Nadia estaba reservado para las criadas que se retrasaban, para los contratos que no le daban lo que quería y para YSL cuando el vestido para los Oscars no le sentaba como un guante. Rara vez lo había compartido con él. Siempre lo había pasado por alto, o lo había visto como un beneficio, pero ahora pensaba que había perdido otro tren.

—Me está ayudando. —La rubia cerró la boca cuando habló el buscador de localizaciones. De hecho, no apartó los ojos de él mientras desenredaba sus largas piernas para levantarse, con la barbilla alzada, con lo que él recibió el impacto absoluto de su mirada.

Eso era otra cosa que la gente rara vez hacía. Mirarlo directamente. Las personas solían echarle vistazos de refilón, con la vista baja mientras asentían. Las fans eran la excepción, pues movían las manos y los ojos de forma incesante, codiciando un contacto visual con el chico dorado de Hollywood.

Pero los ojos de esa mujer no buscaban los suyos: hacían unos agujeros en su caparazón y encontraban el camino a su alma, hallando cada arista oscura e insegura y encontrándolas decepcionantes.

—Está en la sala de estar de mi casa, disfrutando de mi aire acondicionado y bebiendo mi agua sin gas —gruñó, enfrentándose a él—. Por eso estoy aquí, señor Masten. Y no estoy involucrada en nada. Ben es mi amigo; estaba aquí cuando lo llamó su abogado y lo arrancó de la piscina.

Esa mujer representaba el auténtico espíritu de Quincy, y tenía que apreciarlo así. Deseó por un momento que Don Waschoniz, el director de *La botella de la fortuna*, estuviera allí para capturar ese momento, esa personalidad. Sus palabras no sonaban forzadas, cursis ni falsas. Parecía dulce y digna, su fuego resultaba casi irresistible a pesar del veneno que destilaba. ¡Él era Cole Masten, por el amor de Dios! Y ella hubiera debido estar arrancándose el bañador y ofreciéndose a él, no poniéndose las manos en las caderas para reprocharle su actitud. Sería una Ida perfecta, la protagonista

femenina, una secretaria de Coca-Cola que se hace rica junto con los demás inversores. Ni siquiera tendría que actuar, solo pasar por maquillaje, quedarse en el lugar correspondiente y decir las líneas de su diálogo. Sonrió por primera vez en días, y ella retrocedió un paso, con los ojos entrecerrados. Ohh... Una mirada malévola. Eso era todavía mejor. Era la imagen de la lucha, de la actitud sureña. Si pudiera volver a fruncir el ceño así para la escena de la receta, sería bestial.

—Váyase.

Se rio de su acento: era más débil del que habían usado los extras. Lo habían imitado mal. Era posible que no lo supiera antes, que hubiera sonado perfecto a sus oídos californianos, pero ahora conocía la verdad.

—Lo digo en serio. —Ella señaló la puerta con los labios apretados—. Váyase o le juro por Dios que le dispararé.

El buscador de localizaciones se acercó a él con nerviosismo y le dio una palmada en el hombro, como si pudiera conseguir algo con una palmadita.

—Lo dice en serio —le susurró con fuerza—. Tiene armas en el armario.

Cole dio un paso atrás sin apartar los ojos de ella.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Ella gruñó una respuesta, y él volvió a reírse mientras permitía que aquel pequeño gay lo empujara por la puerta abierta hacia el calor del verano.

Perfecta. Ella sería perfecta.

Ahora solo tenía que llamar a Envision. Darle a Price lo que le había estado pidiendo: la cancelación del contrato. Un problema resuelto en los quince primeros minutos que pasaba en el pueblo. DeLuca había acertado al llevarlo. Con los pies en el suelo, allí en Quincy, podría hacer todo lo que era necesario. Podría ponerse a trabajar y conseguir dejar de pensar en Nadia.

A la prensa no le iba a gustar ese cambio; tendría que conseguir que lo aceptaran, trabajar con Minka en una estrategia, una campaña de marketing. Podrían perder algunos puntos en taquilla, pero su mero nombre atraería a las masas de fans. Y la rubia, con su autenticidad, merecería la pena. Esa joven era exactamente lo que la película necesitaba.

Me di cuenta del error que había cometido en cuanto la puerta se cerró de golpe detrás de los anchos hombros de Cole Masten. No debía haber perdido la paciencia, debía haberme comportado como una buena chica sureña y haberle sonreído de forma cortés. Debía haberlo maldecido mentalmente hasta el infierno y más allá mientras le mostraba cada uno de mis nacarados dientes. Mostrar emociones era algo que solo se podía hacer a puerta cerrada. Demostrar sentimientos era una debilidad, y sabía que no debía hacer gala de mis debilidades, en especial delante de un extraño.

No sabía qué me pasaba. Él era el que ponía el dinero que había detrás de *La botella de la fortuna*, y lo había echado de mi casa, al calor abrasador, porque no me había gustado que me preguntara quién era yo. Había sido una pregunta perfectamente razonable, incluso aunque la hubiera expresado de forma inapropiada. Era un extraño, un yanqui. No podía esperar que conociera las reglas que gobernaban nuestra sociedad sureña. Y seamos sinceros: Cole Masten podía hacerme la pregunta que quisiera. Los veinte mil dólares que había en mi cuenta corriente provenían de su bolsillo; era quien conducía el tren que me llevaría fuera de Quincy. Daba igual que me cayera mal. No importaba que el Cole Masten real se hubiera cargado todas las fantasías que tenía. Era actor. Su trabajo consistía en interpretar hombres diferentes a lo que era en realidad.

Me hundí en el sofá y apoyé la cabeza en el respaldo. Y ahora ese maldito mueble olía a él, un aroma exótico que solo podría sacar con Febreze. Bueno, eso acababa con cualquier oportunidad de conseguir un trabajo en el rodaje. Tampoco Ben había tenido demasiada suerte con Eileen Comosellame. Había oído la mitad de la conversación que mantuvo con ella, y no había sido precisamente buena para mi autoestima. Realmente no tenía muchos talentos de los que presumir; «hacer un delicioso pastel de zanahoria» y «poseer un sentido del humor chispeante» no eran de las diez cualidades más deseadas en un *set* de rodaje. ¡Maldición! Di una patada al suelo antes de apoyar el pie en la mesa de centro. Miré el cerco de humedad que había provocado el vaso de Cole y fruncí el ceño. Me incliné hacia delante para limpiarlo. Él había dejado el agua sin beber. Yo podía comportarme como una buena persona y

llevársela. Disculparme por mi arrebató e invitarlos a entrar de nuevo.

¡Bah! Ben tenía coche. Ya estarían dentro, con el aire acondicionado puesto, y se habrían dirigido al pueblo. Lo más seguro era que Ben estuviera hablando por teléfono con la señora Kirkland, que tenía la casa casi a punto, con la caravana preparada y muchos planes para viajar por todo el país con el dinero fresco de Envision Entertainment. Que Cole Masten se instalara un mes antes no sería un gran problema.

Solté un suspiro de frustración. ¿Qué demonios iba a hacer allí un mes?

—Solo falta un mes para que comencemos el rodaje. Es imposible. —El tono cortante del director le llegó entre interferencias, y Cole miró la pantalla del móvil mientras maldecía para sus adentros el número de rayitas que confirmaban la baja cobertura.

—No es imposible. Sabes que Minka está deseando dejar la película. Llama a su agente, que piensen que estamos dando vueltas al tema, y saquemos algo en claro. Quizá un campo... O dinero. No me importa. Pero esta chica es perfecta, en serio. Así que súbete a un avión y ven aquí.

—Cole, eres actor. Sabes que no todo el mundo vale para actuar. Lo último que quiero es tener una chica con cara de madera en la pantalla.

Cole llevó la mano a los controles del asiento y lo deslizó hacia atrás para estirar un poco las piernas.

—Eso es lo mejor, Don. No tendrá que actuar, solo ser ella misma. Jennifer Aniston ha hecho un carrerón interpretándose a sí misma; esta chica solo tiene que hacerlo en una película.

—No. Ni hablar. No voy a jugarme la película solo porque una aspirante a estrella te ha hecho una mamada en un campo de maíz.

—Don, aquí hay campos de algodón. —Cole sonrió—. ¿No has leído el libro? Te lo he enviado.

—¡Lo que sea! —explotó el hombre—. No, no voy a ir ahí.

—Y no me he liado con ella, me ha rechazado. Pero lo ha hecho al estilo de Georgia. Puro encanto sureño. Vete al aeropuerto de Santa Mónica dentro de una hora, habrá un *jet* esperándote. Tienes que conocer a esta chica; mañana, si quieres, me mandas al infierno y te vuelves a casa. Serán solo veinticuatro horas, Don. Prize no va a cambiar de idea: huele el Oscar en esa película de Clooney y se le hace la boca agua.

Hubo una larga pausa, en la que Cole observó al tractor que llevaban delante y cómo aminoraba la velocidad y al hombre sentado sobre las enormes ruedas.

—Estoy ocupado ahora mismo, así que dame hora y media... Y mándame el avión a Van Nuys. Quiero verla esta noche, no me importa lo tarde que sea cuando llegue. Luego volveré a casa; a mi hijo le entregan un premio mañana.

Cole sonrió.

—Trato hecho. Llámame cuando aterrices.

Escuchó un gruñido antes de que el director pusiera fin a la llamada. Cole dio un palmada en el salpicadero con tanta fuerza que el hombre que llevaba al lado pegó un brinco.

—¿Cómo te llamabas? —le preguntó.

—Bennington. Ben —se corrigió.

—Ben, frena; voy a conducir yo.

El hombre lo obedeció y el sedán se detuvo en seco sobre la hierba crecida. Cole se bajó del coche enseguida y rodeó el vehículo hasta la puerta del conductor. Cuando Ben levantó la vista hacia él y salió, el sol de la tarde le calentaba la espalda.

—Gracias —dijo al tiempo que acomodaba sus largas piernas debajo del volante. Ben trotó con rapidez al otro lado, como si esperara que él acelerara y lo dejara atrás.

Cuando Cole apretó el acelerador girando el volante hacia la izquierda, el coche derrapó y Ben se agarró al asa.

—Er... El pueblo está en la otra dirección.

—Volvemos a casa de la chica. ¿Cómo se llama?

—Summer. ¿Era de ella de quien hablabas por teléfono? —La voz del hombre era un poco aguda, como si sintiera cierto recelo. Lo miró al tiempo que apretaba el volante con la mano para coger una curva a toda velocidad. El coche no iba mal. Sorprendente.

—Sí. ¿Pasa algo?

—¿Quieres contratarla? ¿Como actriz? —Ben estaba muy pálido, y Cole se fijó en que se sostenía apoyando una mano en el salpicadero, con los nudillos casi blancos. No supo si aquel hombre tenía miedo a su forma de conducir o a la posibilidad de ver a Summer en...

Summer era un nombre horrible. ¿Es que ya nadie se llamaba Ethel o June? Summer estaba bien para niñas de trece años con ortodoncia. Aminoró la velocidad, colocando la aguja del velocímetro por debajo de los cien kilómetros por hora. Observó que el hombre relajaba un poco los hombros.

—Sí —repuso a su pregunta, pisando el freno antes de entrar en otra curva.

—¿De extra?

Se rio.

—No.

—No... ¿Has mencionado a Minka...? —El tipo, se llamaba Ben, ¿verdad?,

tragó saliva con fuerza y señaló hacia la derecha—. Es esa calle.

Cole pisó el freno y el coche se deslizó hasta detenerse en lugar de girar. Aparcó y se volvió hacia Ben.

—¿Qué pasa? Escúpelo...

—Nada. —Pero el hombre movió las manos con nerviosismo en el espacio que había entre ellos. Luego buscó sus ojos; bajó la vista y volvió a subirla, en una escenificación un tanto nauseabunda. Literalmente nauseabunda. Le cogió los brazos para que dejara de moverse.

—Para. Habla.

—Summer... no es actriz. Nunca ha actuado. Ya se lo pregunté cuando estaba intentando conseguirle un trabajo.

Cole se encogió de hombros.

—¿Y?

—Y... —Ben miró a un lado— puede llegar a ser un poco testaruda.

Cole curvó los labios.

—Ya, lo he notado.

—Quizá debería decírselo yo. No creo que... —Hizo un mohín que provocó que Cole deseara abrirle la boca y arrancarle las palabras, pero se limitó a esperar—. No creo que le caigas muy bien.

Lo dijo con rapidez y se agarró al cinturón de seguridad mientras soltaba aquellas palabras, con una mirada huidiza.

Cole se rio por primera vez desde que Nadia lo había dejado. No fue mucho tiempo, solo unos instantes, pero notó que algo que le oprimía por dentro se relajaba, como si recuperara algo de sí mismo.

«No creo que le caigas muy bien».

—Bien —dijo, volviendo a incorporarse a la carretera para girar por el camino de tierra—. Eso es bueno.

31

«La única razón por la que sigo en Hollywood es porque no tengo el valor moral para rechazar el dinero».

Marlon Brando

Estaba en mi habitación, sacando prendas de la cesta de la ropa sucia, cuando oí los golpes y el crujido de la puerta seguido por la voz de Ben.

—¿Summer?

Salí del dormitorio al pasillo y me acerqué con pasos vacilantes para ver que estaba solo.

—Hola —saludé.

—Hola —respondió.

Nos miramos durante un buen rato, y luego nos echamos a reír a la vez.

—Dime —le pedí, sentada en el suelo del porche trasero, en el escalón de arriba, con los pies calzados con chancas y las líneas de la madera grabadas en los muslos desnudos—. ¿Lo he arruinado todo?

Acuné la Miller Lite entre las manos. La de Ben estaba más fría que la mía, pues la había sacado de la nevera cuando el coche de Ben se alejó de casa.

—Un poco —reconoció con una risa, y bebió un sorbo antes de enderezarse apuntándome con el dedo índice con una mirada furiosa en la cara—. «¡Váyase!» —me imitó, y me tapé la cara entre risas.

—Un poco —convine, terminándome el resto de la cerveza y dejándola en el suelo del porche—. Al menos impuse respeto, ¿verdad?

—¿Con la camiseta floja, el bañador de abuelita y unos vaqueros cortos? —Hizo una mueca—. ¡Oh, sí! Impusiste mucho respeto.

Hubo un momento de calma mientras él tomaba otro sorbo en el que aplasté un mosquito, y los grillos comenzaron a cantar en el campo.

—Quiere que seas la protagonista de la película —confesó Ben finalmente, con los ojos clavados en la lejanía y las manos alrededor de la cerveza.

—¿Qué? —Lo miré con intensidad, deseando que nuestros ojos se encontraran, a punto de decir una broma. Pero cuando volvió la cabeza hacia mí, cuando sus ojos se encontraron con los míos, leí sinceridad en ellos. Y

también vi algo más. ¿Tristeza? ¿Preocupación?—. ¿Lo dices en serio? —exigí, levantándome de un salto y plantándome ante él con las manos en las caderas—. Bennington... —intenté recordar su apellido.

—Payne —me facilitó.

—Bennington Payne, ¿me estás tomando el pelo?

—No. —Subió la cerveza y bebió un buen trago mientras una gota de condensación bajaba por el cuello de la botella—. Es lo que quiere. Que ocupes el lugar de Minka Price. Piensa que eres perfecta. Auténtica. —La palabra «perfecta» la realzó con un gesto de las manos.

Tuve que sentarme. Oía el creciente coro de los grillos alrededor, y el calor vespertino fue, de repente, demasiado intenso. Tres días antes esperaba conseguir un trabajo como repartidora de donuts en el rodaje, preparando cafés o haciendo fotocopias. Y ¿ahora me ofrecían el papel de Minka Price? La señora Holden iba a llevarse una gran decepción. Había hecho planes para regresar durante el rodaje con la esperanza de encontrarse con la actriz en el supermercado, en la gasolinera o dando un paseo nocturno; pensaba llevar convenientemente a mano una libreta y un bolígrafo para conseguir un autógrafo, y... «¡Oh! ¿Le importaría posar conmigo para una foto?». Me senté en el escalón más cercano, tratando de procesarlo.

—Es una pasada, Summer —me dijo Ben en voz baja—. Nadie tiene una oportunidad así. Las chicas de Los Ángeles matarían, secuestrarían por que les ofrecieran algo así.

Sonreí ante la imagen: un centenar de rubias de grandes pechos y labios inflados tentando a Cole Masten en posiciones comprometidas, con las manos extendidas hacia un papel que parecía no ser digno de mí. No sabía actuar, nunca lo había hecho. No había ido a clases de teatro en el instituto ni había participado en las obras de la iglesia. Y ahora Cole Masten quería que... ¿sustituyera a Minka Price? El pueblo iba a tener su día; el cotilleo correrían como la pólvora, el tiovivo de los chismes harían que mi buena suerte se convirtiera en algo ridículo, eso seguro. Sería famosa, aunque no fuera famosa de verdad. Hundí la cabeza entre las rodillas y respiré hondo. No quería ser famosa.

—Es un billete en primera para el mundo del espectáculo... —me dijo Ben en un suave tono burlón.

«Un billete de primera». Sí, actuar en esa película me daría un espaldarazo, me daría todo lo me faltaba y algo más. Sería muy emocionante. Había visto

los presupuestos de *La botella de la fortuna*, sabía la cantidad de dinero (de dinero de Cole Masten) que habían invertido en una producción que sería lo más grande que había ocurrido en Quincy. De repente, me asaltó una idea, la primera que debía haber tenido.

—¿Cuánto me van a pagar?

Ben se encogió de hombros.

—Ni idea. Pero puedes preguntarle a Cole.

«Cole». Oh, sí... El hombre al que había echado de mi casa. Hice una mueca.

—¿Dónde está?

—En el coche. Le he dicho que esperara allí.

Me reí.

—Oh, en serio... ¿Le has dicho que espere?

Sonrió con diversión.

—Es posible que fuera idea suya.

—Qué amable por su parte... —murmuré. Un papel protagonista cobraría un buen pellizco. Lo suficiente para dejar a mi madre bien instalada y escapar de Quincy. Más que suficiente, sí. Miré hacia el campo, preguntándome por qué no me ponía en marcha ya.

—Vale. —Me volví hacia Ben—. Vamos a ver qué nos dice Cole.

Cole no había tenido madre. La historia oficial en la industria, la que había sido publicada cientos de veces, en varias versiones, era que un conductor ebrio había matado a su madre cuando él era muy joven. Resultaba sorprendente que, después de dieciocho años en el ojo del huracán, la verdad no hubiera salido nunca a la luz.

Y la verdad era que había sido su madre la que iba borracha. Siempre había sido una alcohólica. No había sido una borracha de pelo sucio de las que expulsaban de los bares a media tarde. No, ella era más digna; mimosas en el desayuno, cócteles en el almuerzo, vino con queso y dormir la borrachera antes de la cena. Tenía muy pocos recuerdos de ella. Siempre estaba en la cama cuando él llegaba a casa del colegio y nunca se levantaba antes de que él se fuera. Tenía doce años cuando ocurrió. Era domingo, el día que las doncellas estaban fuera, cuando en la casa reinaba el silencio. Cole había estado jugando en el jardín de delante de la casa, lanzando una pelota al aire y recogéndola con la mano, cuando el coche de su madre apareció por el camino de acceso. La pelota se le había escapado, pues se había quedado mirando fijamente el descapotable blanco que subía por el camino, con la capota roja subida. El resplandor del parabrisas le impedía ver el interior. Cuando se abrió la verja que había al final del camino, hubo un chirrido de neumáticos y el coche blanco desapareció.

No había sabido, al mirar el vehículo, que era ella la que lo conducía. Solo supo, cuando se había agachado para recoger la pelota, que algo no estaba bien.

Su madre no había frenado al acercarse a la señal de STOP. Si había visto acercarse el monovolumen, no había reaccionado. La conductora del otro coche, una divorciada de cuarenta y dos años, que llevaba a sus dos hijos en unas sillas de seguridad en el asiento trasero, la había visto y había pisado el freno a fondo, pero había sido demasiado tarde, y se había empotrado contra el Jaguar V12 de su madre. El golpe hizo que el descapotable saliera disparado dando vueltas sobre sí mismo hasta que fue detenido por la esquina de ladrillo de un Starbucks. La pareja que estaba sentada en la terraza logró esquivar el coche y solo sufrió algunos arañazos. La conductora del

monovolumen y sus hijos tuvieron ataques de histeria. Su madre tuvo fractura craneal. Podría haber sobrevivido a ello, pero una chispa cayó sobre el combustible que se derramaba desde el depósito roto y provocó una explosión que pudo oírse a tres manzanas a la redonda. Una explosión que, por suerte para ella y para su padre, hizo imposible realizar una autopsia o un análisis de sangre. El apellido Masten siguió impoluto.

Si su madre hubiera sobrevivido, no habría sido como el rayito de sol que golpeaba su ventanilla de forma cortés.

Cole se sobresaltó por el ruido, así que levantó la vista de la pantalla del móvil con el ceño fruncido. La mujer tendría unos cincuenta y tantos años, y sonreía al tiempo que movía los dedos como una ola. Él intentó no hacer una mueca mientras bajaba la ventanilla.

—Usted debe de ser Cole Masten. —La mujer sonrió con un gesto relajado y natural que no se parecía nada a la cortesía forzada de su hija. Porque esa dama era, sin duda alguna, la madre de Summer Jenkins. Las similitudes comenzaban en las líneas de sus rasgos, en el color avellana de sus ojos, el castaño dorado de su cabello, aunque el de la mujer era más corto y rizado. A él le gustaba más largo, era más cómodo para envolverse la mano con él y tirar. Mejor para... Se movió en el asiento y cogió la manilla. Se puso en pie en cuanto abrió la puerta, y se sintió mejor en cuanto la miró desde arriba.

—¿Cómo lo sabe? —Sonrió educadamente, fingiendo humildad. A las fans les encantaba eso, que hiciera el numerito «Tranquila, no soy nadie».

La vio levantar un móvil con tapa, con botones de verdad en lugar de una pantalla táctil.

—Mi hija me ha enviado un mensaje de voz —confesó ella mientras inclinaba la cabeza a un lado como si eso la ayudara a recordar con más exactitud—. «No vuelvas a casa; Cole Masten está aquí» —dijo con voz aguda al tiempo que guardaba el teléfono en el bolso—. Como puede suponer, nada hace volver más rápido a casa a una madre que decirle que se mantenga alejada.

Hubo un largo silencio y él se acomodó contra el lateral del coche. Así que Summer vivía con su madre. Eso era algo que no se veía en Los Ángeles.

La mujer lo miró, estudió su ropa, y él se preguntó si podría descubrir alguna evidencia de lo ocurrido la noche anterior.

—¿Cómo ha conocido a Summer? —La pregunta fue educada, recitada con la voz clara, pero había acero en las palabras, peligro en las vocales.

—Acabo de conocerla —repuso con cautela. Ella no dijo nada, y él se vio obligado a seguir hablando para llenar el silencio—. Hace apenas unas horas. He venido aquí en busca de Ben.

—¿Usted también trabaja en el cine? —La miró mientras cerraba la mano en la correa del bolso para subírsela al hombro.

La estudió tratando de encontrarle la gracia a la pregunta.

—Sí. Soy actor. —«He ganado una estatuilla de la Academia. Acabo de salir en la portada de la revista *Times*». Pero ella sonrió como si fuera un trabajo cualquiera.

—Eso está bien. Soy Francis Jenkins, la madre de Summer —añadió ella soltando la correa para tenderle la mano.

—Cole. —Cuando cerró los dedos alrededor de los de ella, notó que su agarre era firme y fuerte. Resultaba divertido. Siempre había pensado que las sureñas eran mujeres dóciles y suaves, que evitaban el contacto visual y cedían ante sus hombres. Pero esa imagen estaba cambiando gracias a Summer y su madre.

—¿Por qué está en el coche de Ben?

Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Les doy a Summer y a él la oportunidad de hablar. Y... es posible que ella me haya echado de la casa. —Esbozó una sonrisa tímida, y ella se echó a reír.

—Debe perdonar a mi hija, tiene toda la intención de dejarme sin nietos. Seguramente su aspecto la hizo vacilar en ese objetivo. —Ella le guiñó un ojo, haciéndolo reír. No, esa mujer no se parecía en nada a su madre. Ni tampoco a la de Nadia, pura sangre azul americana que hablaba tres idiomas con fluidez. Notó su mano en el codo cuando lo agarró con fuerza—. Sea un buen chico y ayúdeme a entrar.

—Sí, señora. —Probó a decirlo a la manera sureña, y ella se echó a reír otra vez.

—¿Actor, dice? Va a tener que trabajar el acento.

Subieron los escalones, pero la puerta principal se abrió antes de que llegaran al último. Summer se detuvo en seco con cara de sorpresa.

—Mamá, has llegado pronto. Y veo que has ignorado mi mensaje.

—¿Oh, me has dejado un mensaje? —repuso la mujer con suavidad—. No lo he oído.

Cole se mordió la lengua para no sonreír, y la mujer le apretó el brazo antes de soltarlo. Summer besó a su madre en la mejilla y esperó a que entrara. Se

oyó el saludo de Ben a Francis a través de la puerta mosquitera. Cuando Summer lo miró, sus ojos lo mantuvieron inmóvil. Menos mal que estaba apoyado en la barandilla del porche y no se notó que le flaqueaban las piernas. La puerta se cerró por completo y ellos quedaron a solas con el sol poniente y los grillos.

—¿Ben te ha contado lo del papel? —Supo que no debía haber empezado así, sino que hubiera debido comenzar con una charla sobre el clima o la política.

Ella asintió.

—Sí.

—¿Y...? —Dios, esto era una estupidez. Cualquiera rubia de Los Ángeles estaría de rodillas, bajándole los vaqueros, para conseguir ese papel.

—Me intriga saber a cuánto asciende la compensación.

«La compensación». Eso resultaba inesperado. Tosió para disimular una carcajada. Las tablas del suelo del porche estaban gastadas, la casa era diminuta, la camioneta que estaba aparcada debajo del árbol tenía manchas de óxido. Podía comprar la vida de Summer Jenkins con una de las botellas de vino que guardaba en la bodega. Se rascó el cuello y la miró a los ojos. Los de ella brillaban, así que se relajó y borró la sonrisa.

—¿Qué te gustaría recibir en compensación?

—No lo sé. —Ella se cruzó de brazos, haciendo que lamentara perder de vista su escote—. No sé lo que es justo. Por eso se lo pregunto.

—Y confías en que yo sea justo —preguntó él, despacio. En Los Ángeles masticarían y escupirían a esa chica antes de que llamara a la puerta de un agente. «No confíes en nadie»: esa era la primera regla de Hollywood. Lo aprendió de su primer agente, cuando posaba como modelo y surgió la primera entrevista.

«No confíes en nadie», había gruñido Martine Swint, inclinándose sobre el escritorio y señalándolo con un dedo. «La gente de Hollywood te hace subir solo para poder robarte luego. Tienes que fingir ser gilipollas para que no te consideren un gilipollas. Nunca lo olvides». Y no lo había hecho.

—Te estoy preguntando cuánto crees que debería cobrar una persona con mi experiencia por interpretar uno de los papeles principales en una película importante, ¿vale? —La vio levantar la barbilla.

Cogió el camino fácil. Perder a Minka era genial para el presupuesto de *La botella de la fortuna*, y esa belleza sureña era un regalo.

—Cien mil. Tu nombre no tiene peso en la taquilla; vamos a tener que gastar una fortuna en enseñarte a actuar, y el rodaje solo supondrá tres o cuatro meses de tu vida. Estoy siendo generoso, pero, oye... —le brindó esa sonrisa que servía para arreglarlo todo—, me gustas, Summer. Creo que encajarás bien.

Ella no se movió, no parpadeó, solo lo miró fijamente con los ojos entrecerrados. Notó que tenía pecas, una ligera nube sobre la nariz y las mejillas. Hacía años que no veía pecas. Se evitaban con filtro solar, se ocultaban con maquillaje o las eliminaba con láser un cirujano plástico cuyos archivos acabarían filtrándose a la prensa y se convertirían en otra cosa.

Cole se movió, pero ella seguía mirándolo. Quizá podría darle ciento cincuenta mil. Demonios, podía subir a quinientos mil. Eso era lo que valía en realidad; era lo mínimo que debía ofrecer por una película de esa envergadura, con ese presupuesto. Pero si podía conseguirla por menos, entonces podría pagar el presupuesto de la película y tener un remanente para los imprevistos que llegaban siempre. Era extraño: ella seguía sin decir nada. Quizá fuera algo del Sur. Las chicas de California jamás se callaban, movían los labios como muñecas con dientes de pirañas.

—No haga eso.

—¿El qué? —Cole se impulsó desde la barandilla del porche.

—No sonría así. Es espeluznante.

Él se puso serio.

—Diez millones de americanas no estarían de acuerdo contigo.

—Entonces, hay diez millones de americanas que son idiotas.

Cole no dijo nada, pero decidió, en ese mismo momento, que esa chica no le importaba demasiado. Sería una Ida perfecta, la secretaria conocida por enfrentarse a los ejecutivos de la Coca-Cola, pero en el plano personal, ya tenía suficiente con lo que lidiar. No necesitaba una diva.

—¿Te interesa o no?

—No.

Se detuvo en mitad del escalón superior.

—No... —repitió él.

—No es suficiente dinero. Valgo más.

—Tienes la punta del zapato unida con cinta adhesiva —señaló, y ella sonrió. Sonrió. Una sonrisa dulce y luminosa que se contradecía por completo con lo que decían sus ojos, que lanzaban dagas doradas que podrían atravesar las entrañas de un hombre más débil y ofrecérselas a los buitres.

—El dinero que tengo no indica mi valor. Si así fuera, no sería la persona con más valor en el porche.

—Estás diciendo que no eres la que menos vale. —«Pues ese no soy yo». Lo habían insultado muchas veces, pero nunca habían puesto en duda su valor. En Hollywood, el mérito se medía por dólares, centavos y poder, pero allí, en medio de esa conversación, en ese porche, parecía que se hablaba de otra cosa.

—Si solo contamos los dos, solo uno está siendo imbécil en este momento.

—Así que no quieres el papel.

—No por esa cantidad.

Él dio un paso atrás, se apartó de ella y bajó los escalones del porche.

—Adiós, señor Masten —se despidió Summer desde arriba, y él giró la cabeza para mirarla; tenía el hombro apoyado en uno de los postes del porche, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Eso es lo que decimos en el Sur cuando una persona se va. Se llama despedida.

—¿Y cómo se llama cuando una persona comete un gran error?! —gritó él, abriendo la puerta del Ford Taurus.

—Es fácil —repuso ella, empujándose desde el poste para ir a la puerta principal—. Se llama vida.

Cuando entré, me encontré con una acalorada discusión. Ben y mi madre se enfrentaban por encima de la mesa del comedor. El tema de la conversación era, al parecer, el matrimonio gay. Ben opinaba, obviamente, que estaba genial, y mamá..., bueno, era una madre del Sur. Si en un matrimonio no había un pene, una vagina virginal y un predicador, no lo tenía en cuenta. Y yo misma opinaba que dos personas deberían poder hacer lo que quisieran, siempre y cuando no perjudicaran a nadie. Me acerqué al sofá y decidí no expresar mi opinión al respecto, no fuera a ser que la ira de alguien se volviera hacia mí.

—Ben. —Me ignoró, pues estaba demasiado ocupado contando con los dedos mientras desgranaba con rapidez una lista de derechos inalienables—. ¡Ben! —Esta vez me miró—. Ese gilipollas te está esperando fuera.

—¡Summer! —me reprendió mi madre.

—¿Ahora? —preguntó Ben, acercándose a la puerta—. Has...

—No —lo interrumpí.

—¿Ella ha qué? —se interesó mi madre.

Gemí, Ben contuvo el aliento ante mi idiotez y desde fuera llegó el largo sonido de un claxon. Ben se despidió antes de correr hacia la puerta. Cerré los ojos y sentí que el sofá se hundía a mi lado. Al abrir un ojo, vi a mi madre, con la cabeza apoyada en el respaldo, sentada en la misma postura que yo.

—¿Un mal día? —preguntó en voz baja después de un largo descanso.

Solo pude asentir con la cabeza.

—Es muy guapo.

—Sí.

Hubo otro silencio y me quité la sudorosa camiseta. Hacía demasiado calor con el bañador y la camiseta puestos.

—¿Qué quieres cenar?

—Iba a calentar una lasaña de Stouffer. Carla dice que es de estilo casero.

—¿Te refieres a esa de repollo y salchicha? —suspiró mi madre.

—Sí. Ben y yo la comimos para almorzar.

Mi madre no dijo nada más durante un rato. Supuse que la idea de comer lasaña precocinada y congelada la atraía tanto como a mí.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó.

—No. Todavía no.

—Es muy guapo. —Que lo repitiera no hacía que la observación fuera menos obvia.

—Lo sé, mamá.

No dijimos nada más, y me quedé dormida en el sofá. Solo me desperté cuando me cubrió con la manta, y otra vez más cuando comenzó a sonar el temporizador en la cocina, que olía a queso y salsa de carne.

Al final, la lasaña no era tan mala. Después de comer, metimos los platos en el fregadero y salimos al porche, con un vaso de helado de fresa que nos fuimos pasando de una a otra, con la luz apagada para disuadir a los mosquitos, liberadas momentáneamente del calor del verano.

Fue mamá la que entró antes; me besó en la mejilla y me dio unas palmaditas en el hombro. Yo me quedé fuera, empujándome con los pies para mecirme. Rechazar el papel que Cole Masten me había ofrecido era un farol. Cien mil dólares eran más de lo que nunca podría ganar. Pero el problema no había sido el dinero, sino el respeto. Cole Masten no me respetaba, no respetaba el pueblo ni nuestra forma de vida. Podía olerlo en su piel, leerlo en sus hermosos rasgos, en su tono de voz.

Cuando me levanté, con el vaso de helado vacío en la mano, me estiré, y me crujió la espalda mientras miraba al norte, hacia la enorme casa de dos pisos de los Kirkland, que tenía una luz arriba. Muy pronto, Cole Masten estaría allí. Ben le había conseguido una habitación durante cuatro o cinco noches en la casa de Raine, hasta que los Kirkland se marcharan y dejaran entrar a Cole. Sería raro tenerlo a quinientos metros. Ver cómo iba y venía. Que él me viera ir y venir. Aunque no creía que él estuviera mirándome.

Me volví hacia la puerta mientras decidía no dudar de la decisión que había tomado. Estaba hecho. Como decíamos por allí, había puesto el huevo: no podía volver a meterlo en la gallina.

—Esa chica es idiota. —Cole golpeó el volante con la mano, luego la puso encima del cambio de marchas, aunque la quitó al darse cuenta de que no estaba en su coche. Así que pisó el acelerador; el Taurus apenas cambió de velocidad.

—Ten cuidado —le advirtió Ben—. La poli está en todas partes.

Cole lo ignoró mientras cerraba los dedos con más fuerza alrededor del volante.

—Idiota... —repitió. Era un puto desastre. Se preguntó por dónde estaría el vuelo de Don. Por enésima vez, deseó que Justin estuviera allí. A él se le habría ocurrido un plan alternativo, conocería la ruta de vuelo de Don, habría hecho reservas para la cena y todo habría estado preparado para cuando él llegara. Justo en ese momento, le rugió el estómago.

—¿Has comido algo? —preguntó Ben.

—No. —Debería haber comido en el vuelo. Tenía que haber aceptado una de las tres ofertas que le había hecho la azafata de largas piernas mientras ella se lo comía a él con los ojos. De hecho, casi lo había desvestido con la mirada, pero DeLuca no le sacaba la vista de encima, y había oído alta y clara la advertencia del hombre en cuanto la rubia le puso la mano en el hombro y se la bajó por la espalda.

—Ni se te ocurra —ladró DeLuca—. Tres meses —le recordó—. Dame tres meses; luego puedes tirarte a todas las estrellas porno del mundo.

Tres meses. Era una locura imaginar que todo habría terminado para entonces: una vida juntos tan fácilmente desechada, una vida que podía desglosarse en los puntos de una lista y horas facturables. Le había hecho un gesto a DeLuca como si no pasara nada.

—Hay un restaurante justo al lado del *Bed & Breakfast*. Podemos comer algo allí.

—¿Un *Bed & Breakfast*? ¿Es donde voy a alojarme? —Miró a Ben.

—Es solo temporalmente —se apresuró a decir Ben—. De hecho, te instalarás en el lugar más bonito del pueblo. Kirkland House, la casa que te hemos reservado, estará disponible el fin de semana. Ya sabes que no esperábamos que llegaras tan pronto.

—Ya —repuso secamente—. Yo tampoco. —Bajó la velocidad para girar por la calle que le indicaba Ben. Ante ellos, se extendía Quincy en toda su belleza, con las luces de la calle Mayor iluminando el atardecer.

Mil quinientos kilómetros al oeste, a cuatro mil metros por encima de Oklahoma, Don Waschoniz tomaba un trago de Crown & Coke y se removía al notar hiperactividad en su vejiga. Reclinó un poco el asiento y cerró los ojos, decidido a dormir algo antes de aterrizar.

Esa misma noche, a las once y cuarto, me sonó el móvil. Quité el sonido de la televisión y respondí a la llamada.

—Es tarde —le susurré a Ben.

—Soy consciente, pero sé lo rarita que eres con respecto a presentarme sin llamar antes.

—¿Antes de venir? —Aparté las sábanas—. ¿Cuándo? ¿Por qué? Te juro que... —Me interrumpí y me miré en el espejo. Tenía la cara sonrojada, la mirada vivaz y el cuerpo tenso de anticipación. Me tragué la amenaza de muerte—. Escupe —ladré finalmente en el tono que debía, irritado y controlado.

El ruido de fondo de la llamada cambió y, de repente, hubo ruido estático y de carretera.

—Summer —era la voz de Cole Masten, que destilaba arrogancia y dominación en cada sílaba—, voy camino a recoger a Don Waschoniz, el director de *La botella de la fortuna*, en ese agujero que llamáis aeropuerto. Luego iremos a verte. Reúnete con nosotros en el porche dentro de media hora. Si logras camelarlo con tu dulce carácter, el papel será tuyo, y puedes poner el precio que quieras. Si no, dímelo ahora y programaré audiciones en cada rincón de Quincy; podrás vivir la emoción de la gente desde tu casa. De ti depende, nena.

—Quinientos mil dólares. —Despojé mi voz de cualquier tipo de afectación: solo éramos él y yo, con el ruido de la carretera entre nosotros, mientras esperaba su respuesta—. Eso quiero. Dámelos y lo haré.

El ruido del motor se desvaneció, pero los neumáticos me mantenían informada de que el coche seguía en marcha.

—Vale —repuso Cole con voz aguda—. Quinientos mil.

—Adiós, Summer —me dijo Ben, de repente, en voz baja.

Colgué y miré mi reflejo en el espejo, a través del dormitorio. Luego me recosté en la cama, abriendo la boca para lanzar un mudo grito de emoción en el tranquilo y vacío dormitorio.

«¡¡Quinientos mil dólares!!». Me aterraba decir aquella monstruosa cifra en voz alta. El farol en el porche había dado sus frutos. Nunca lo hubiera

pensado, pero había ganado. Él había reulado, y yo formaba parte de la película..., siempre y cuando le gustara al director. Me senté de repente. Todavía no había ganado la guerra.

Me levanté de la cama dispuesta a hacerlo.

Cuando recogieron a Don Waschoniz (diez minutos después), evaluaron su estado de ánimo (irritable) y le compraron café en la tienda porque en el pueblo no había ningún Starbucks (gran cagada). Para entonces, el estado ánimo de Cole se encontraba en su punto álgido, sobre todo por el gran enigma que le suponía Summer Jenkins. Había aceptado el papel, sí, pero ¿le gustaría a Don? ¿O su actitud asustaría al director?

Apartó la mirada de la carretera para clavarla en el móvil. Había insistido en conducir; de hecho, había informado a Ben de que, a partir de ese momento, sería él quien conduciría. Estaba harto de que lo llevaran de un lado para otro como si fuera una delicada estrella. Y allí, en el campo, al notar la camisa empapada de sudor real y mojado, estaba empezando a recordar lo que se sentía al ser un hombre normal, no solo la versión hollywoodiana de él.

Doblaron una curva y los faros iluminaron los ojos de diez o más venados. Maldijo y pisó el freno. El coche se detuvo en seco, al tiempo que Ben apoyaba la mano en el salpicadero de una forma innecesaria y demasiado dramática.

Cole miró por la ventanilla, al oscuro tramo de vacío que se extendía ante él. Cuando clavó los ojos en el cervatillo que saltaba la zanja para cruzar al campo, se dio cuenta de que llevaba horas sin pensar en Nadia. Resultaba refrescante.

Contempló de nuevo el asfalto, esperó a que cruzara el último ciervo y luego puso el coche en marcha.

Cuando ella abrió la puerta, el aroma a manzana se extendió por el exterior. A manzana, canela y azúcar. Cole se detuvo ante ella, bloqueando la vista a los otros hombres, e inhaló el olor.

—¿Huele a...?

—Crujiente de manzana —dijo con una sonrisa. Un sonrisa. Un golpe más a la inestable base en la que se sustentaba—. No he tenido tiempo de hacer tarta. Espero que no importe. —Se movió a un lado para dejarlo entrar, y cuando él se dio la vuelta, la vio saludar a Ben con un abrazo y estrechar la mano de Don

Waschoniz. Con una sonrisa. Era la primera vez que la veía sonreír de forma natural, y la imagen que ofrecía era preciosa: las mejillas ruborizadas, el cabello suelto. Llevaba unos vaqueros cortos con una camisa de manga larga, aunque se había enrollado las mangas y tenía desabrochados los tres primeros botones, lo que dejaba a la vista una buena porción de escote. Estaba descalza sobre el suelo de linóleo. Luego, Cole miró a su alrededor. La casa estaba perfecta: los cojines del sofá estaban en su sitio, había una vela encendida en la mesa del comedor, había limpiado las encimeras... Vio un plato encima del horno, cubierto con un paño blanco lleno de bordados. Le rugió el estómago y se acercó para levantar el borde de la tela. Una capa de calor flotó hasta su cara, y volvió a gruñirle la barriga. Sintió una punzada de algo, algo en las profundidades, un agujero que no sabía que existía, y dejó caer la tela. Regresó al salón. ¡Un hogar! Eso era. ¿Alguna vez había tenido él uno? La mansión de mil setecientos metros cuadrados en Malibú, el apartamento de Nueva York donde Nadia y él habían follado como conejos, la casa en Hawái... Todas eran conchas. Conchas que solo tenían dentro sexo y ambición. Sintió que ella se acercaba a él, y que lo tocaba con suavidad.

—Les he dicho a los chicos que vayan al porche —explicó—. ¿Por qué no vas con ellos? Te cortaré un trozo de crujiente y te lo llevaré en un plato.

—¿Al porche? —No quería abandonar ese espacio: sentía como si hubiera echado raíces en aquel suelo barato, por la calidez que emanaba de aquel poste. Parecía que le costaba mover las piernas.

—He encendido una vela de *citronella* allí —explicó ella, malinterpretando sus motivos—. Los mosquitos no se acercarán. —La voz de Summer era distinta. ¿Eso era lo que había conseguido por medio millón de dólares? ¿Una ama de casa sureña tipo Betty Crocker con mucho *sex appeal*?

La pinchó para ver si el verdadero carácter afloraba a la superficie.

—La verdad es que no me gusta el crujiente. —Lo dijo con desdén, y se sintió más optimista al ver que ella lo miraba con intensidad.

—Lo va a comer, y le va a gustar, señor Masten —replicó una versión totalmente diferente de la Summer dulce y educada, una que tenía garras, y que las arrastraba por su piel para clavarlas en sus puntos débiles. Cole sonrió y se inclinó hacia delante para acercar los labios a su oreja. Notó que ella se ponía rígida al notar su movimiento.

—Esa es mi chica... —Otra cosa que a Summer no le gustó oír. Ella le puso la mano en el pecho para empujarlo, aunque él no cedió, y se la cubrió con la

suya.

Summer retiró el brazo como si se hubiera quemado, así que retrocedió y se dio la vuelta hacia la nevera. Cuando la abrió y se inclinó para coger algo, la mirada de Cole quedó atrapada por el arco de su espalda, por las largas piernas estiradas.

—¿No vienes? —dijo Don Waschoniz a su espalda.

—Sí —murmuró él sin mirar atrás. No quiso ver cómo se enderezaba, ni oyó cerrarse la puerta del congelador después de que ella sacara el helado de vainilla.

Don y Ben se instalaron en dos mecedoras, mientras Cole se sentaba en el escalón superior, de espaldas a la puerta. No quería verla salir, no quería percibir su figura enmarcada por la acogedora luz de la casa. Se sentía inseguro, inestable, como si todo lo que conocía, todo lo que tenía bajo control, se estuviera desmoronando. Necesitaba algo a lo que aferrarse, algo que lo ordenara todo.

—Parece una joven agradable —comentó Don Waschoniz a su espalda, y Cole volvió la cabeza para ver al hombre de soslayo. «Agradable...». No era esa la palabra que hubiera utilizado para describir a Summer Jenkins.

—Y cocina genial —añadió Ben—. Su...

—Ben, nos importa una mierda cómo cocine —lo interrumpió Cole lacónicamente.

—No seas idiota —dijo Don—, estamos a punto de comer algo, y no he tomado nada desde que el avión pasó por Houston.

Cole se puso de pie, un cambio de posición necesario dado que, al parecer, iba a presenciar una escena llena de estupideces al más puro estilo de Hollywood. Se apoyó en una de las columnas del porche y los miró; el parpadeo de la vela iluminaba el rostro de todos con un pálido tono naranja.

—¿Por qué le lleva tanto tiempo? —gruñó. No necesitaban comer, lo que necesitaban era que Don la mirara a la cara, la escuchara hablar y la observara desde diferentes ángulos y alturas. Necesitaba que ella se convirtiera en la maliciosa mujer que había visto seis horas antes, no esa persona nueva. Cuando ella salió al porche, con dos platos en la mano, él vertió en ella todo su veneno—. No tenemos tiempo para gilipollices, Summer.

Ella lo miró y se volvió hacia los otros dos hombres, tendiéndoles un plato a

cada uno.

—Lamento tener que recibirlos aquí, pero mamá está durmiendo. Tiene que levantarse temprano, y he pensado que aquí podríamos hablar a gusto. —Se volvió hacia Cole—. ¿Quiere un poco? Ahí dentro ha dicho que no le gusta el crujiente... —Parpadeó y lo miró con tanta inocencia que él quiso, al instante, cogerla por los hombros y empujarla contra la pared, apoderarse de su descarada boca y... ¡Dios! Dio un paso atrás y casi se cayó por los escalones.

—No —espetó él, haciendo que ella sonriera de nuevo. Aquellas sonrisas eran como sangre diluyéndose en el agua y él, un tiburón que acechaba en las cercanías. Miró hacia otro lado mientras ella se sentaba en el asiento libre.

—Summer —la llamó Don con la boca llena—. ¿Puedes ponerte ahí de pie? Donde pueda examinarte bien. Necesito verte la cara.

—Por supuesto. —Summer se colocó donde le indicaba Don, y Cole percibió un aroma que no venía del crujiente... Parecía vainilla. Ella se colocó en una posición similar a la que tenía Cole, contra una columna, justo enfrente de él, que apartó la vista mientras se preguntaba cuánto tardaría todo aquello. Quizá hubiera cometido un error. ¿Quinientos mil dólares por una don nadie? Era el diez por ciento de lo que le había prometido a Price, pero, aun así..., demasiado para esa chica. Don Waschoniz se inclinó hacia delante, dejó el plato en el suelo y se levantó.

—El personaje es una mujer divorciada de treinta y un años. ¿Cuántos tienes tú?

—Veintinueve.

—Gira la cabeza hacia la izquierda y di algo.

—¿El qué? —Ella se rio, y él notó que le aparecía un hoyuelo en la mejilla. «¡Dios!». ¿De verdad que Don tenía que estar tan cerca de ella? ¡Si estaba tocándola! Le apartaba el pelo a un lado para mirarle el cuello. Como si importara... Nadie estaba buscando una maldita Kristen Stewart—. Tres tristes tigres en un trigal —soltó ella, arrastrando las palabras con acento sueño. Waschoniz se echó a reír.

—No. Háblame del crujiente. Dime cómo lo has hecho.

—¿Del crujiente? —Summer se rio, y Don se inclinó para estudiarla con atención—. Bueno..., la verdad es que habría hecho tarta, son mucho más populares por aquí, pero las tartas llevan mucho más tiempo que los crujientes. Casi una hora más, y por eso... —Cada vez que decía «tarta» con acento sureño, Cole notaba que su polla palpitaba.

—Ahora mírame. Sígueme con la vista cuando me mueva. —Don dio un paso hacia él y ella siguió su camino. El tiempo se detuvo un segundo cuando los ojos de Summer se encontraron con los de Cole, aunque luego volvió a mirar a Don.

—... así que saqué lo que tenía en la nevera. El crujiente es un dulce sencillo —Summer se sonrojó, y Cole notó que Don soltaba un suspiro—; solo lleva manzanas, algo que tenía en casa. Las Granny Smith o las HoneyCrisp son las mejores, pero estas son manzanas Pippin. Así que..., er..., manzanas, azúcar, zumo de limón..., er..., mantequilla y, por supuesto, harina, canela, algo de nuez moscada molida y extracto de vainilla. Ya tenía hecha la masa, iba a hacerla para el desayuno, por la mañana. —Cada palabra que salía de su boca era suave como la seda, y Cole hubiera apostado mil dólares a que, en ese momento, incluso Ben tenía una erección. Si lo de *La botella de la fortuna* no funcionaba bien, esa chica podía hacer carrera como actriz porno alimentaria.

Don se subió a una silla, y le hizo una señal para que se acercara.

—Summer, necesito ver algo de carácter en ti. ¿Podrías enfadarte? ¿Decirme algo en plan borde? Ya sabes...

Ella abrió la boca, y Cole se quedó inmóvil, mirándola mientras esperaba el instante en que girara la cabeza hacia él. Pero no lo hizo: solo clavó los ojos en Don, y Cole se puso tenso cuando la escuchó.

—Señor Waschoniz, ¿por qué quiere saber cómo hago el crujiente? ¿Es que mi postre no es lo suficientemente bueno para usted? —Se acercó a él y le tiró de la camisa, haciendo que el director se bajara de la silla, sin apartar los ojos de ella, de sus firmes rasgos, bebiendo sus rápidas palabras, que lo apuñalaban con cada vocal. Incluso él, que estaba a un metro, se sintió violento—. No me gusta la gente que entra en mi casa e insulta mi forma de cocinar. Por lo menos si quiere salir de aquí con los dos testículos y esa bonita sonrisa californiana intacta. Le envenenaré el té y...

—Vale, vale... —Don se echó a reír al tiempo que retrocedía, con cierta inestabilidad. Echó la mano atrás para apoyarse en la mecedora—. Sabe dar miedo, comprendido...

Summer se echó a reír, y la tensión que flotaba en el aire desapareció, arrastrada por el coro de grillos y el croar de las ranas. Cole inclinó la cabeza y escuchó con atención. Si fuera una filmación, le diría al director de sonido que el audio no valía, que la naturaleza no sonaba tan fuerte en la vida real.

Pero allí, en el Sur, sí era así. Increíble.

—Hola, chico de ciudad —le dijo Summer desde la puerta abierta; los otros dos hombres ya habían entrado—. ¿No vienes?

La miró, ella le devolvió la mirada y hubo un momento de tregua.

—No te había creído, pensaba que te habías vuelto loco, pero, ¡joder!, es perfecta —canturreó Don Waschoniz desde el asiento trasero mientras daba unas entusiastas palmadas en el reposacabezas del asiento de Cole, que se apartó, incómodo, inclinándose hacia delante.

—Bueno, no es perfecta.

—¿Me estás tomando el pelo? Si es como si Dios hubiera sacado a la puta Ida Pinkerton de un tubo de ensayo y la hubiera metido en el útero de la madre de esa chica. Es decir, de la *mamá* de esa chica. —Se rio como una hiena y volvió a golpear el reposacabezas, lo que acabó por repercutir en los hombros de Cole—. ¡Es jodidamente perfecta!

En un pueblo como Quincy, incluso un ciego podía orientarse perfectamente. Cole giró a la derecha y luego, tres kilómetros y medio después, a la izquierda. Frenó para entrar en el aparcamiento vacío del aeropuerto, complacido consigo mismo, y aparcó. Ante ellos, había un *jet* grande y caro, en la polvorienta pista. Junto a ella, los saludaba un hombre con entusiasmo, vestido con un mono gastado.

—¿Cómo se llama ese tipo? —preguntó Cole a Ben, señalando al hombre.

—Wallace. Summer lo llama Wally. En realidad, es el propietario del aeropuerto.

—Es bueno saberlo —comentó Cole con ciertas dudas, mirando al individuo.

—Es uno de los lugares de rodaje. Hemos llegado a un acuerdo con él para que lo cierre durante dos semanas.

—A menos que tengamos que usarlo para vuelos reales. —Era una afirmación, pero le preocupó la palidez que mostraba la cara de Ben.

—Claro. Por supuesto —logró decir el hombre.

—Pues asegúrate de ello —dijo Cole. El coche pareció más ligero cuando Don salió. Cole bajó la ventanilla para estrecharle la mano cuando se la tendió—. Nos vemos dentro de dos semanas.

—Cerraré el reparto y firmaré todos los contratos. Pon en contacto a Summer con el departamento de *marketing*. Dile que se agarre fuerte: su vida está a punto de cambiar..., y a lo grande.

—Le he ofrecido quinientos mil.

Don se rio.

—¿De verdad? ¿En qué estaba pensando su agente?

—Venga, hombre —se burló Cole—. Bastante suerte tenemos que no nos pida que le paguemos con algodón. No tiene agente. Diles a los abogados que pueden hacer un contrato favorable.

—Siempre y cuando seas tú quien se lo repase a fondo. —Don dio unas palmadas en el capó del coche y luego retrocedió.

—Que tengas buen vuelo. —Cole le hizo un gesto con la mano y lo observó mientras se acercaba al avión. Al poner el coche en marcha, se volvió hacia Ben—. Bueno, vamos a dormir un poco.

Me senté en el suelo, con los labios apretados contra el borde de la ventana y los ojos justo por encima del alféizar, y observé cómo bajaba por el camino el coche de Ben; la luz de los faros se filtraba a través de las plantas de algodón. Era una postura infantil, casi esperaba que mi madre encendiera la luz y me pillara. Era gracioso que siempre ocurriera eso. Te portabas perfectamente bien durante diez años, en una habitación vacía y sin testigos, y en el momento en el que te pasabas un poco, llegaba alguien y te veía.

No estaba haciendo nada malo, no estaba causando problemas, pero no quería que mi madre ni cualquier otra persona me viera en ese momento. Quería un respiro, un rato tranquilo en el que ver cómo se alejaban los hombres mientras reflexionaba.

Pensaba que lo había hecho bien. Era complicado saber lo que querían. Yo había leído el libro; sabía cómo era Ida Pinkerton, pero el concepto sobre la forma de ser de una sureña con carácter a menudo difería de la realidad en el resto del país. Y no estaba segura de qué versión, verdad o ficción, tenían grabadas en sus mentes Cole y el director. «Cole». Era gracioso que pensara en él así. Durante mucho tiempo había sido Cole Masten, nombre y apellido, todo junto, envuelto en brillos y estrellas en mi mente. No había dejado a un lado el apellido por la familiaridad que hubiera entre nosotros; seguíamos siendo extraños, a pesar de las conversaciones que habíamos mantenido. Susurré su nombre mientras me sentaba, pensativa. El brillo y las estrellas habían desaparecido. La imagen que había tenido de Cole Masten ya no existía, y desde el lugar junto a la ventana, era consciente de que la que tenía ahora era más decepcionante.

El coche de Ben giró hacia la izquierda mientras aceleraba. Si hubiera sido de día, habría visto la nube de polvo que levantaba a su paso. Pero la noche era oscura, y todo lo que vi fueron las débiles luces de los faros que luego se transformaron en puntos, antes de desaparecer.

Yo no era como mi madre.

Iba a irme del pueblo. No sabía a dónde ni a qué me iba a dedicar, pero sería en un lugar distinto.

Cerré los ojos al tiempo que me abrazaba las rodillas. Eché un vistazo a los

platos vacíos apilados en la encimera, a los trozos de crujiente sobrante que moría encima. Había un vaso de té abandonado, y la condensación había dejado un cerco en la misma madera donde mi madre haría galletas. Pensé en el montón de platos sucios que había amontonado en un cesto de ropa vacío y que luego había metido en el armario. Todo lo que debía haber recogido y limpiado.

Pero no lo había hecho. Me llevé las rodillas al pecho y disfruté de ese momento tan aterrador en el que podría haber cambiado mi vida.

TRES DÍAS DESPUÉS

Cole estaba en un salón que parecía salido del mismísimo infierno de las gallinas. En el papel había gallinas pintadas. El reloj tenía forma de gallina, así como los cojines, e incluso los platos tenían algunas dibujadas. Hizo un recorrido visual por la estancia con las manos apoyadas en las caderas, y no pudo evitar estremecerse al tener plena conciencia del desastroso lugar que iba a convertirse en su hogar durante los cuatro meses siguientes.

—Es una broma —logró decir finalmente—, ¿verdad? No es aquí donde voy a quedarme.

Ben palideció, y Summer, maldita fuera, se echó a reír. La fulminó con la mirada, haciendo que ella se cubriera la boca con la mano, pero sus hombros siguieron estremeciéndose por debajo de los tirantes del vestido veraniego de color rojo que llevaba puesto. Le parecía una locura que un dobladillo que llegaba por la rodilla le resultara más sexy que una minifalda, y todavía era más increíble que él no pudiera apartar los ojos de sus piernas. Aquella mujer no tenía ni idea de cuál era el atuendo adecuado para..., bueno, para lo que fuera. Miró hacia la cocina.

—Por favor, decidme que solo es en esta habitación. —Dio un paso hacia la puerta abierta, seguido por una mirada de preocupación de Ben. Las risitas de Summer se incrementaron, y Cole los miró con el ceño fruncido mientras pasaba junto a ellos y entraba en la cocina, donde se detuvo en el umbral.

Porque allí había más gallinas. En cerámicas que adornaban la parte superior de las alacenas, en figuras en cuclillas junto a la cafetera, como decoración en una lata de galletas. Había una esterilla con una gallina delante del fregadero, a juego con las cortinas. Se acercó para examinarlo..., y sí.

—El tirador del cajón es una gallina—dijo en voz alta—, ¿verdad?

—Son gallos —le corrigió Summer como si eso supusiera alguna diferencia—, no gallinas. Fíjate en la cresta roja y las barbas.

—Lo que son es espeluznantes —replicó Cole, girándose hacia ella—. Es como ver imágenes de los crímenes de Dahmer.

—Eso sí que es espeluznante —repuso ella, arqueando una ceja—. ¿Cómo puedes pensar en eso al ver gallos? —Notar los ojos de Summer clavados en él lo estaba... distraendo. El brillo travieso que veía en ellos encendía una chispa en algún lugar en su interior. Y con esa chica, esa chispa no era nada bueno.

Miró hacia otro lado.

—Quiero toda esta mierda fuera de aquí.

—Es un sitio bonito —aseguró Summer—. Y hogareño.

Lo era... Otra razón más para deshacerse de todo.

—No podemos tocar la decoración —intervino Ben—. Fue una estipulación inamovible de Cyndi Kirkland. No puedes mover ni cambiar nada.

—¿Y quién estuvo de acuerdo con eso? —explotó Cole.

—Nosotros —dijo Summer en tono firme, dando un paso adelante como si esperara un enfrentamiento con él—. Y esa mierda es la única razón por la que estás aquí en lugar de en un hotel. ¿Te haces una idea de lo mucho que ha trabajado Ben? ¡Claro que no! Estabas demasiado ocupado en California, rodeado de...

De repente, la chispa se convirtió en una llama, y le cubrió la boca con la de él, tragándose sus palabras mientras buscaba su cintura con las manos y la empujaba hacia atrás. Notó que ella trastabillaba cuando su espalda —cubierta por aquel maldito vestido— chocó contra la encimera. Sabía a rebelión, pero su lengua se amoldaba a la de él, aceptándolo. Luego, ella le puso las manos en el pecho y levantó su adorable rodilla para golpearlo con fuerza entre las piernas.

No logró decir nada en su defensa. Las palabras fueron tragadas por el dolor mientras extendía la mano a ciegas, en busca de un apoyo, de una inyección de morfina, de una pistola para disparar a aquella puta bruja en la cabeza... Soltó un jadeo al tiempo que ahuecaba las manos sobre la entrepierna, pero por un momento solo sintió la erección que había debajo de los pantalones. ¿Es que de repente tenía otra vez trece años? No se excitaba por un beso desde el instituto. Las relaciones sexuales después de que Nadia pidiera el divorcio se

lo habían demostrado. Ahora era necesario todo un espectáculo sexual para que su polla se despertara. Buscó a Summer con los ojos, que lo fulminó con la mirada. Notó que ella tenía los brazos rígidos y los puños cerrados, como si estuviera lista para propinarle un puñetazo después del rodillazo. Se tambaleó hacia atrás.

—¿Qué te pasa? —dijo entre jadeos.

—¿Qué me pasa a mí? —siseó ella—. ¿Estás de coña? Acabas de... de...

—De besarte. Solo te he besado. No es para tanto... No te callabas.

—No me has pedido que me calle.

—La gente no va por ahí pidiéndoles a las personas que se callen. Ya se lo dicen ellas mismas. —Su broma fue acompañada de una sonrisa, a pesar del dolor persistente. Ni siquiera era capaz de enderezarse por completo.

Ella no apreció su humor.

—Como vuelvas a besarme, te arrancaré los ojos.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—Tranquila, princesa. No tengo ningún deseo de repetir la experiencia. — Se inclinó hacia delante, disfrutando al verla tan erizada—. Y no hablo del rodillazo, sino del beso. Los he tenido mejores, mucho mejores.

Era mentira. El beso, aquel breve momento antes del violento ataque...

Podría valer la pena perder los ojos.

Mantuvo la vista clavada en ella y percibió el momento en el que la fachada de piedra de Summer se agrietó, se desmoronó y se rompió. Notó que ella inhalaba aire con fuerza, que en sus ojos aparecía un desafío mientras fruncía el ceño y curvaba el labio inferior. Fue un gesto leve, sin lágrimas ni lamentos dramáticos. Otro hombre no se habría dado cuenta, pero Cole lo notó, y, al instante, quiso borrar aquellas crueles palabras, meterlas de nuevo en su interior y ver si borraban algo del dolor en lugar de hacer daño a aquella chica inocente.

Apartó la vista, se recobró y miró por encima del hombro, pero ella ya se había ido, la puerta de la cocina se batió contra el marco con un fuerte golpe.

Ben se aclaró la garganta mientras los ojos de cada una de aquellas gallinas lo miraban de forma acusadora.

Odiaba a ese hombre; era un imbécil. No conocía a nadie tan idiota. Por qué Dios le regalaba a hombres como él una apariencia así era algo que no entendía. O quizá fuera tener ese aspecto lo que lo había convertido en un capullo.

Me quedé parada en el patio trasero de los Kirkland, sobre la hierba perfectamente cortada que me hacía cosquillas en los dedos de los pies. A mi lado goteaba una fuente para pájaros; enfrente, se balanceaban los girasoles. Estaba rodeada de belleza por todos lados, pero detrás de mí, oscureciendo aquella casa infestada de gallos, estaba la bestia.

Llevaba tres años sin besar a nadie. El último había sido Scott, y no había más que ver cómo había resultado. Para que llegara Cole y me hiciera eso, delante de Ben... Solté un jadeo de ira. Y luego se había reído. Había sido una risa despreciativa y mezquina. Como si aquello no hubiera sido nada. No, peor que nada: «Malo».

No había besado a muchos hombres en mi vida, pero, para mí, sí había sido algo. Y no había sido malo. Seguramente, él besaba a una chica diferente cada día. Había visto cómo besaba en pantalla a mujeres tan hermosas que hacían que te dolieran los ojos. Se había casado —técnicamente seguía casado— con Nadia Smith. ¿Por qué me sorprendía que considerara malo un beso mío? No debía sentirme herida, sino enfadada. Y lo había estado. Lo suficiente para empujarlo y darle un rodillazo mientras me besaba. Yo no era algo que Cole Masten pudiera coger sin más. Ni tampoco él era quién para ridiculizarme y apartarme con una risa.

Tenía los ojos llenos de lágrimas cuando me acerqué a la valla blanca que rodeaba el jardín de los Kirkland. Abrí el pestillo y me dirigí al primer pasillo entre plantas de algodón. Con los brazos cruzados sobre el pecho y hundiéndome las chanclas en la tierra, me dirigí hacia casa.

Cole apoyó las manos en el fregadero y se inclinó hacia delante para mirar por la ventana de la cocina. Observó cómo el viento movía el pelo recogido de Summer.

—¿A dónde va?

—A su casa —repuso Ben a su espalda antes de dar un paso adelante y unirse a Cole en el fregadero—. Esa propiedad de allí es la plantación de los Holden —le explicó apoyando un dedo bien cuidado en el cristal—. Su casa es la más pequeña, a la derecha.

—¿Esa es su casa? ¿Justo ahí? —Cole entrecerró los ojos, sorprendido—. Está muy cerca.

—Son propiedades vecinas —dijo Ben con cierto aire de importancia.

—¿Está muy enfadada? —preguntó Cole mirando a Summer, que ahora se veía más pequeña y apenas se distinguía el color rojo del vestido debido a sus rápidos pasos.

—Deberías ir tras ella —le recomendó Ben—. Está enfadada, sí..., pero creo también se siente herida.

«Herida...». Había pasado mucho tiempo desde la última vez que le importó que alguien se sintiera herido. Se apartó del fregadero y se dio la vuelta para ir a la sala de estar.

—Enséñame el resto de la casa, Ben —le ordenó al tiempo que se alejaba de la ventana, de ella, de su debilidad—. Y como vea otra puta gallina en el dormitorio, la destrozaré con mis propias manos.

No podía seguirla. Incluso aunque sabía que era lo correcto. Incluso aunque sabía que eso haría que su relación fuera más fluida y que sería bueno para la película. Porque se conocía a sí mismo. Y si la perseguía en ese momento entre esas plantas de algodón y le daba alcance, disculparse sería lo último que tendría en la mente.

—¿Qué cojones te pasa? —La voz de Brad DeLuca resonó a través del altavoz del teléfono. Cole hizo una mueca y se lo alejó de la oreja. No había disfrutado de ninguna llamada clara desde que puso los pies en Quincy, pero la voz de DeLuca era cristalina. Un putito martillo de cristal.

—¿Qué? —Se sentó en la cama y buscó un reloj; sus ojos se posaron en un pequeño reloj plateado, seguramente la única cosa en esa maldita casa que no tenía forma de gallina—. Son las ocho de la mañana —murmuró.

—Soy muy consciente de eso. Y mi mujer ya se ha corrido tres veces esta mañana, así que saca el culo de la cama y haz algo productivo.

—Ese es el horario de California —murmuró Cole, cerrando los ojos. Lo que fuera para no ver lo que tenía alrededor. Si su mirada captaba una gallina más, se volvería loco.

—Creía haber sido muy claro en las instrucciones. Tenías que estar en Quincy para comportarte. No ponerte a corretear por ahí hasta la primera mujer soltera que encontraras y convertirla en tu *partenaire* en la película. — La última palabra fue un gruñido, y Cole se incorporó de golpe.

—¿Cómo te has enterado? ¿Por *Deadline*? ¿Quién te ha informado? —Les dio una patada a las sábanas para liberar sus piernas. Posiblemente había sido cosa de Perez. Ese idiota tenía informantes apostados por todas partes.

—No ha sido a través de la prensa. Pero ellos también se enterarán. Y los abogados de Nadia te crucificarán por ello. No puedes darle a tu novia el papel protagonista de la película que estamos...

—No es mi novia —lo interrumpió

—Lo siento. Tu último polvo...

—No —lo cortó en seco—. Ella no es nada mío. No la he contratado porque me la esté tirando o saliendo con ella. La he contratado porque es Ida Pinkerton. Es perfecta para la película; ha nacido para hacer ese papel y cobra poco. Es una buena decisión para todos.

—¿Perfecta para la película o para tu polla?

Cole cerró los ojos.

—Para la película. He acatado tus órdenes. Me estoy portando bien. Estoy centrado en la película. Tanto, que ni siquiera he pensado en Nadia desde que

llegué, solo en la película.

—Entonces, ¿por qué la has besado? —El tono de DeLuca era más suave, un suave lecho para su confesión, en voz baja, que ocultaba las afiladas cuchillas de su agudeza.

—¿Qué? —Se puso de pie—. ¿Quién te ha dicho eso?

—Me ha informado el buscador de localizaciones. Lo he contratado. —«Por supuesto, bueno era saber que tenía niñera».

—Ese beso no ha significado nada. —La mentira fluyó con tanta facilidad que él mismo se la creyó.

Hubo un silencio tan largo antes de que DeLuca respondiera que Cole casi dudó de su actuación. El hombre suspiró finalmente.

—Bueno, vale... Dejémoslo estar.

—¿Puedo volver ya a la cama?

El hombre se rio entre dientes.

—Claro, niño bonito. Al menos si estás durmiendo no tengo que preocuparme por ti. Pero revisa el correo electrónico cuando te levantes. Te he enviado la respuesta a la demanda de Nadia. Ya te aviso de que es brutal. No somos una ONG: vamos a arrancar la yugular de nuestros oponentes y nos los comeremos para desayunar.

—No quiero castigarla, solo...

—Solo estamos siendo agresivos con respecto a *La botella de la fortuna*. Aunque deberíamos responder también a otros aspectos de la demanda; creo que estás siendo un jodido santo.

—No, es mejor así. —Cole cerró los ojos—. Gracias.

—De nada. Bienvenido al DeLuca *Team*.

—Hablares más tarde —repuso con una sonrisa.

Cuando la llamada terminó, dejó caer el móvil en la almohada. Ese abogado era el adecuado, incluso aunque fuera tan demoledor como un *bulldozer*. Y tenía razón: no debí haber besado a Summer. Pero no necesitaba que se lo dijera DeLuca, ya se lo había recriminado a sí mismo lo suficiente desde el día anterior. No podía sacarse el sabor de ella de la boca, daba igual cuántas veces se cepillara los dientes. No podía dejar de sentir la cintura de ella, cubierta por el algodón del vestido, de las manos. La noche anterior se había envuelto la polla con una camiseta y se había hecho una paja, pensando en la forma en que la tela roja se ceñía a sus pechos, y cómo flotaba el dobladillo del vestido alrededor de sus rodillas cuando se dio la vuelta. Era consciente

de que si le hubiera pasado las manos por los muslos, habría subido la tela y habría averiguado qué llevaba debajo.

Cerró los ojos. Tenía que sacársela de la cabeza. Tenía que mantenerse alejado de ella. Al menos hasta que empezara el rodaje y no le quedara más remedio que verla. Rodó sobre las sábanas y se juró a sí mismo que evitaría a Summer Jenkins a toda costa.

Clic.

Levantó la mano y cogió una almohada para estrecharla contra su pecho.

Clic.

Abrió los ojos ante aquel sonido repetido.

Clic.

Se sentó y miró hacia la ventana, entrecerrando los ojos ante el sol de la mañana. El sonido se volvió a repetir, bajo y metálico, confirmándole la fuente de origen. Puso los pies en el suelo y se acercó a la ventana. Cuando apartó la cortina, levantó la mano para protegerse del resplandor. Otra piedrita golpeó el cristal.

«Summer me está tirando piedras contra el cristal», pensó mientras la abría. Qué típico... Se dio cuenta, un segundo antes de girar la manilla, que estaba sonriendo, por lo que se obligó a fruncir el ceño. Tras abrir la ventana, se inclinó, apoyando las manos en el alféizar blanco, y clavó los ojos en la única persona que no quería ver, que estaba de pie sobre el césped, con una camiseta verde y pantalones cortos blancos. Llevaba además una toalla entre las manos.

—¿Qué quieres?! —le gritó él en un tono irritado y brusco. Bien. Que se enterara de que lo había despertado, que su presencia no tenía ningún efecto positivo en su estado de ánimo y en su comportamiento.

—Te he traído algo —dijo ella, levantando la toalla. La miró sin poder pensar en nada que quisiera que pudiera envolverse en una toalla. Aunque... quizá le traía el desayuno. Tenía hambre. Había recorrido las alacenas la noche anterior sin encontrar nada. Otro ejemplo de lo mucho que necesitaba a Justin.

—¿Es el desayuno?! —gritó.

—¿Vas a dejarme entrar o me vas a seguir echando la bronca? —respondió ella. Una respuesta poco clara. Asintió y luego se retiró para cerrar la ventana, aunque miró a Summer mientras ella se dirigía al porche trasero. Cogió la camiseta que se había quitado la noche anterior, pero luego se lo pensó mejor y salió al pasillo, para ir a las escaleras. Si a ella le gustaba irrumpir a las

ocho de la mañana en casa de un hombre, debía asumir las consecuencias.

Cuando abrió la puerta de la cocina, recibió el impacto total de lo que suponía ver a Summer por la mañana. Su larga y salvaje melena se rizaba alrededor de sus hombros, los tirantes del brillante top verde estaban adornados con una tira de encaje, y su escote quedaba oculto por las toallas que se amontonaban en sus brazos. Lo miraba con un brillo juguetón en los ojos, y los labios curvados en una sonrisa. Era una combinación tan inesperada como hermosa, muy diferente a la chica herida que había huido a casa después de que la besara. Mantuvo la puerta abierta, tratando de entender lo que estaba ocurriendo. Ella posó los ojos en su pecho desnudo, en los *boxers* que caían hasta sus caderas, y se sonrojó girando la cabeza.

—Hubiera sido mejor que te vistieras —dijo ella, aunque mirando a otro lado.

—No creo. —Cole se rio por lo bajo, apoyándose contra la puerta—. Has sido muy insistente con las piedras.

Ella no respondió, pero el brillo del sol iluminó sus mejillas sonrojadas, ofreciendo una hermosa estampa.

—¿Qué me has traído? —Se inclinó, tratando de ver el regalo que había envuelto en la toalla.

—¿No puedes ponerte unos pantalones? —espetó ella al tiempo que lo miraba con las cejas arqueadas—. Es de mala educación recibir a la gente en calzoncillos.

—Vale. —Cerró la puerta, pero el marco no se ajustaba bien, y podía ver a Summer mientras agarraba los vaqueros que había arrojado al suelo de la cocina la noche anterior. Se los puso mientras trataba de recordar por qué, de todos los lugares apropiados de la casa, se los había quitado en la cocina. ¡Oh, sí! Había sido el punto donde empezó a toquetearse, con los ojos clavados en la casa de Summer, imaginándose que regresaba, que lo pillaba con la polla fuera, los ojos cerrados... Entonces ella gemía y luego... Aplastó de golpe los recuerdos abrochándose el botón del pantalón. Regresó junto a la puerta y la abrió. ¡Dios!, si hubiera seguido por ese camino, se habría puesto duro otra vez—. Adelante —la invitó.

Ella recorrió brevemente su cuerpo con la vista antes de entrar. Al parecer, aprobaba su atuendo. Resultaba divertido; una fan nunca le habría gritado que se vistiera. Aunque Summer no era una de sus fans, lo había dejado clarísimo.

Ella se detuvo en medio de la cocina y señaló con la cabeza uno de los

taburetes de la barra.

—Siéntate —le ordenó, de nuevo con los ojos brillantes.

Se sentó vacilante, más asustado de aquella Summer amistosa que de la versión hostil.

—Sé que anoche fui un poco... borde. Así que he pensado que era mejor venir y hacerte un regalo de bienvenida. —La vio sonreír sin soltar la toalla.

—¿Un regalo de bienvenida...? —repitió él lentamente.

—Sí. Para hacer las paces. Tú y yo... —le explicó como si él fuera idiota.

—Quieres besarme y eso... —aventuró.

Lo miró enfadada, pero él percibió su expresión risueña. Oh... Tenía tantas facetas diferentes esa mujer...

—Solo en un sentido metafórico. Ayer no mentía...

—Entendido —la interrumpió—. Nada de besos. No te gustan.

Ella frunció el ceño de una forma extraña.

—Eso es.

—Entonces, ¿qué es eso? —señaló el paquete que ella llevaba en los brazos antes de perder la paciencia y arrojarla sobre la encimera. Es decir, antes de arrancarle el bulto y ponerlo encima de la barra.

—A ver... —La miró mientras daba un paso adelante y dejaba la toalla con suavidad sobre la superficie. La abrió con movimientos lentos mientras él se inclinaba hacia delante. Cuando salió una cabeza de repente, él dio un salto atrás con una maldición, y el taburete se cayó al suelo. Trató de mantener el equilibrio, pero no fue capaz y aterrizó con las nalgas en el suelo de baldosa. Fue un golpe tan fuerte que lanzó un grito.

Hubo un largo silencio al otro lado de la barra de la cocina. Luego, Summer asomó la cabeza por el borde, en un fiel reflejo de lo que había hecho antes el pollito que se estremecía en la toalla, y lo miró.

Un pollito. Se me había ocurrido que lo encontraría divertido. Que los dos podríamos reírnos de ello, en la ridícula casa de gallos de Cyndi Kirkland, y hacer las paces. Dar un nuevo comienzo a nuestra amistad con mejor pie, uno que no estuviera lleno de insultos, comentarios irónicos o besos improvisados. Me había despertado esa mañana decidida a superar mi inseguridad con respecto a los besos y a encontrar algo bueno en un gilipollas como Cole Masten. Necesitaba el dinero, necesitaba el papel, y, si no sabía besar bien, qué más daba. Un regalo era la solución obvia al problema. Le habría hecho algo de comer, pero había puesto mala cara al crujiente de manzana, así que tenía que ser más original. Y, cuando se me ocurrió regalarle en un pollito, me pareció una idea perfecta. Divertida, alegre, un regalo apropiado de una chica de campo para un chico de ciudad. No esperaba que él se cayera de culo como si le hubiera puesto una bomba en la puerta de casa.

—¿Estás loca? —jadeó. Se levantó y se sacudió el pantalón. No era que hubiera mucho que sacudir: los suelos de Cyndi Kirkland estaban más limpios que una habitación de un Holiday Inn el día de inspección—. En serio, necesito saberlo por el futuro de la película. ¿Estás loca?

El pollito se acurrucó nervioso entre las palmas de mis manos, y me lo llevé hacia el pecho para protegerlo. Noté el rápido golpeteo de su corazón contra los dedos.

—¿Y bien? —insistió, parpadeando.

—¿Me lo preguntas en serio? —respondí—. ¿O solo lo dices para hacerte el interesante?

—No. Lo digo en serio. ¿Qué persona normal entrega una puta gallina de regalo de bienvenida? —Señaló al pollito, haciéndome sentir el ridículo impulso de taponarle las orejas para protegerlo de aquellos improperios. Debí haberlo hecho aunque solo hubiera sido para ver la cara que ponía Cole.

—No estoy loca —repuse—. Y no es una gallina, es un gallo. —Hice un gesto con la cabeza para recordarle la surrealista decoración de Cyndi Kirkland—. Se me ocurrió que sería divertido.

—Oh, sí... Hilarante. —Se llevó las manos a la cabeza y se dio la vuelta—. Todo esto es jodidamente divertido. Está a punto de darme un ataque de

nervios por lo divertidísimo que es. ¿Qué se supone que debo hacer con él? ¿Comérmelo?

Empecé a retroceder con el pollito contra el pecho.

—¡No! ¡Es una mascota!

—Es que... —Me señaló, y luego al animal—. No puedo tener mascotas. No tengo ningún sitio para una maldita gallina, Summer.

—Por favor, ¿podrías dejar de maldecir? No es... necesario.

Lo vi abrir mucho los ojos antes de ponerlos en blanco, así que me di la vuelta antes de dejar a un lado mi sincero regalo y despedazar a aquel hombre. Con cuidado, acuné al pollito contra el pecho mientras él me picoteaba la camiseta. Abrí la puerta de la despensa, y luego las alacenas de la cocina, buscando diferentes artículos. Oí los pasos de Cole, que me seguía.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

No le respondí. Encontré un recipiente de plástico en el fondo de la despensa, donde Cyndi guardaba los paquetes con pienso para perros, los quité y puse al pollito dentro. Luego lo dejé allí, en el suelo de la despensa, y anduve hacia la puerta trasera.

—¡No se te ocurra dejar aquí esa cosa! —gritó Cole a mi espalda en tono de pánico.

—Relájate —dije en voz baja, acercándome al borde del césped y arrancando unas hierbas altas. Junté varios puñados antes de volver a entrar, dejando caer la hierba en el recipiente donde había puesto al animal.

—Lo digo en serio —insistió Cole, siguiéndome mientras yo buscaba detrás de las puertas hasta encontrar un tazón pequeño. Luego cogí una lámpara en la sala de estar—. No puedo tener una mascota. Estoy demasiado ocupado. No sé nada de gallinas.

—Es un gallo —repetí—. O lo será cuando crezca. Fred me lo buscó. Por eso tiene esas pequeñas púas en la parte superior de la cabeza. —Abrí el grifo y llené el cuenco con agua antes de ponerlo en una esquina del recipiente de plástico. Enchufé la lámpara y la dejé en el suelo, justo en la esquina opuesta—. Vas a necesitar forrar el fondo con periódicos. La lámpara es para darle calor. Los pollitos necesitan mucho calor... incluso de noche.

—¡Summer! —Me puso las manos en los hombros y me obligó a darme la vuelta para mirarme a la cara con una expresión ominosa. Nuestros cuerpos quedaban muy cerca en aquel pequeño espacio—. Te lo vas a llevar de vuelta contigo.

—No —dije con firmeza, agachándome para zafarme de sus manos—. No lo haré. Es un regalo, y no se rechazan los regalos. Es de mala educación.

Pasé junto a él, recogí la toalla del suelo y fui hacia la puerta. Miré hacia atrás cuando la abrí, y me encontré a Cole con las manos apoyadas en el borde del recipiente de plástico mientras lo miraba impotente. Una pose casualmente sexy, dada su falta de camisa.

—Recuerda, periódicos. Ponlos en el fondo. Ah, y... ¿Cole? —Le sonreí con dulzura mientras me miraba—. De nada. Bienvenido a Quincy.

Cerré la puerta y bajé saltando los escalones de atrás para atravesar el patio. Crucé la valla antes de que él tuviera la oportunidad de responderme.

Bueno, quizá mi objetivo había sido hacer las paces, o quizá había querido devolverle la pelota. Puede que besar no fuera mi fuerte, pero pelear... Eso se me daba de vicio.

Dios estaba de testigo: si Cole conociera un lugar en aquel pequeño pueblo en el que esconder un cuerpo, Summer Jenkins estaría muerta.

Se quedó plantado en la cocina observando a la pequeña ave, que también lo miraba. Luego el animal rascó el borde de plástico. Y lo volvió a mirar.

Dejó allí aquella gallina, gallo, pollito o lo que fuera y corrió escaleras arriba. Recogió el móvil de la cama, y sin tener en cuenta el cambio horario, llamó a California.

En el hospital no fueron muy serviciales; la enfermera no quería pasar la llamada, pero su actitud cambió cuando dijo las dos palabras mágicas que hacían que se abrieran todas las puertas: Cole Masten.

El teléfono sonó seis veces. Le dio tiempo a ponerse una camiseta antes de que Justin respondiera.

—Cole...

—Justin, ¿cómo estás?

—Sobreviviré. Lo siento, no puedo echarle una mano ahí abajo. —Tenía la voz más débil de lo normal, hablaba tan despacio que Cole se sintió un poco culpable por haberlo llamado.

—Lo siento —dijo con rapidez—. Te dejaré descansar.

—Tranquilo, tío. Me sorprende que hayas sobrevivido sin mí tanto tiempo. ¿Cuánto ha pasado? ¿Tres días?

Cole se rio.

—Sí. Esto es el infierno, literalmente. Satanás se sentiría en casa con este calor. ¿Cuánto tardarás en volver al ruedo?

—Los médicos dicen que cuatro semanas. Dentro de una semana abandonaré el hospital, pero no podré viajar hasta que empiece el rodaje.

Cole se detuvo en lo alto de las escaleras y bajó la vista, tragándose la lista de peticiones.

—Mejórate. Te necesito de vuelta.

—Lo sé. Y llámame si puedo hacer algo desde aquí.

Cole solo asintió, pero ya estaba bajando las escaleras, de regreso a la cocina. De vuelta con el pollito. Colgó la llamada mientras veía la fina guía telefónica que había debajo de un teléfono inalámbrico; se dirigió hacia allí.

—Autos Coach. Concesionario de Ford y Buick, soy Bubba.

Cole miró el anuncio y confirmó el número.

—Sí, ¿prestan servicios en el área de Quincy?

—Claro. Quincy, Tallahassee, Valdosta, Dothan... Atendemos a cualquiera que quiera. —El tono del hombre era caluroso, aunque tenía un vozarrón que indicaba que no podría susurrar aunque lo intentara.

—Quiero comprar una *pickup*.

—¡Genial! No cerramos hasta las siete. ¿Necesita indicaciones?

—No. Me gustaría comprarla por teléfono y que vinieran a entregármela.

Hubo un largo silencio.

—En realidad no trabajamos así. Está el papeleo de la financiación; además, hay que rellenar la documentación, realizar la prueba de conducción...

Cole soltó un largo suspiro de irritación. Quizá hubiera debido llamar a American Express y que ellos se hubieran ocupado de todo.

—Voy a pagarla sin financiación. Le daré el número de la tarjeta, y cualquier persona del concesionario puede traer la documentación con el vehículo, ¿vale?

Otra larga pausa.

—Creo que es mejor que hable con el señor Coach. —Hubo un grito ahogado y jadeos mientras el hombre corría, o eso parecía según todos los sonidos que le llegaban.

Miró a la gallina y se preguntó si debería ponerle nombre. En realidad, y a pesar de que eso no tenía lógica ninguna, resultaba emocionante. No había tenido nunca una mascota. Su padre siempre se había negado, y Nadia había estado siempre en contra de cualquier cosa que pudiera oler, hacer ruido o causar molestias en el momento menos indicado.

Se acercó a la nevera y la abrió. Miró los estantes vacíos preguntándose qué podía comer un pollito. Necesitaba un medio de transporte; ese era el primer paso. Luego, el ave y él podrían conseguir lo necesario para sobrevivir.

Bubba volvió a dar señales de vida, esta vez con el propietario del concesionario. Cole se presentó y, diez minutos después, había elegido verbalmente una de las seis *pickups* que había en el aparcamiento. Prometieron que se la entregarían al cabo de una hora, y colgó el teléfono con una sensación de triunfo. Quizá no disponer de Justin durante unas semanas sería bueno.

—Bien —le dijo al ave—. Supongo que estamos solos los dos.

¡Maldita Summer! Así ardiera en el infierno...

A bordo de la nueva *pickup* de color rojo, una SuperDuty F250, le llevó veinte minutos encontrar una tienda para mascotas en Quincy. El negocio estaba en un edificio blanco y largo, con el letrero «ALIMENTACIÓN Y APAREJOS» en grandes letras a lo largo del costado. Cuando entró, con el recipiente de plástico debajo del brazo, el solitario ocupante de la tienda levantó la vista desde detrás del mostrador, en el fondo del local, y soltó un gruñido. Cole avanzó cautelosamente con sus chirriantes botas nuevas entre los collares para perro, las botas de goma y los paquetes de pienso para caballos, así como una entusiasta muestra de trampas para ratas. Llegó hasta el mostrador y dejó el hogar de Gallito sobre la desgastada superficie de madera. El nombre del animal se le había ocurrido mientras conducía, un gracioso juego de palabras muy poco original. Eso le daba igual, solo había un Cole Masten, y si tenía una gallina, sería con el nombre que él eligiera. Esperó a que el dependiente lo reconociera, a que le dijera el típico: «Oye, ¿tú no eres...?», pero el hombre se limitó a mirar el recipiente de plástico y luego a él antes de abrir la boca para pasarse el palillo al otro lado y cerrarla.

—Me acaban de regalar un pollito —anunció.

—Eso ya lo veo —repuso el hombre, arrastrando las palabras. Cuando se inclinó hacia delante, crujió la silla donde estaba sentado mientras miraba el grueso plástico.

—¿Por qué lo ha traído consigo?

—No lo sé. He pensado que quizá deberían examinarlo, o que se harían alguna pregunta, o que era mejor que no se quedara solo... —Su voz se apagó cuando se dio cuenta de lo estúpido que sonaba.

—Es-un-po-lli-to. —Al hombre se le cayó el palillo mientras escupía las palabras—. No es una mascota. No le debe poner nombre ni comprarle un collar.

—¿Qué come? —gruñó Cole, bajando el recipiente de Gallito del mostrador y dejándolo en el suelo. Luego lo empujó con el pie a un lado, a un lugar más seguro.

—Maíz.

Cole esperó que dijera algo más. Y siguió esperando...

—¿Solo maíz? ¿Nada más?

El tipo arqueó las cejas.

—Es-un-po-lli-to. No hay comiditas preparadas de Chef Boyardee en nueve sabores diferentes para pollitos. Si quiere ser más elegante, cómprelo de la marca FRM. Es el doble de caro, aunque las cacas no son luego muy diferentes...

—¿Dónde puedo cogerlo?

—Al fondo, dos filas hacia la izquierda. Viene en paquetes de veinte kilos. ¿Cree que puede levantar uno usted solo? —Cole tragó saliva con los ojos fijos en el hombre, y se preguntó cuál sería la reacción de su publicista si le arreara un puñetazo a ese imbécil.

—Puedo —dijo secamente—. ¿Necesitaré algo más? ¿Alguna medicina, vitamina o vacuna?

—Es-un...

—... po-lli-to —terminó Cole—. Lo he pillado. ¿Cuánto cuesta el paquete de pienso?

—Dieciocho dólares.

Sacó la billetera y dejó veinte dólares sobre el mostrador.

—Quédese con el cambio.

Luego se agachó, levantó con cuidado el hogar de Gallito y lo llevó al camión. Lo dejó en el asiento del pasajero y le puso el cinturón de seguridad antes de regresar a la tienda. Cargó el paquete de pienso al hombro con facilidad mientras el hombre que estaba detrás del mostrador miraba hacia otro lado y escupía en un vaso de plástico rojo.

SE HAN DIBUJADO YA LAS LÍNEAS DE LA BATALLA:**CODIA HA MUERTO DE FORMA OFICIAL**

El divorcio de Cole Masten y Nadia Smith va a una velocidad de vértigo, con aspectos legales y documentos del juzgado volando entre una parte y otra. Nadia, que recientemente ha ganado su primer Oscar por Corazón roto, parece anhelar un porcentaje en la producción de La botella de la fortuna, la última película de Cole Masten, que se comienza a rodar dentro de dos semanas.

Yo estuve comprometida una vez. Hace tres años. Pensaba que estaba enamorada, pero el amor no debe doler, no debe dejar un agujero en el pecho ni romperte el corazón hasta que sea comida para pollos. O quizá solo duele cuando es real. Quizá solo sabes que no era de verdad cuando te das cuentas de que al romperse no duele.

Me preguntaba si el amor de Cole y Nadia era real. Me preguntaba cuánto estaba doliéndole. Me preguntaba si que se comportara como un gilipollas era por el dolor o si sencillamente él era así.

No había vuelto a hablar con él desde que le dejé el pollito. Había oído en el pueblo que se había comprado una *pickup* nueva y que había ido a por comida para pollitos; supuse que estaban haciéndose el uno al otro. Ben se había reunido con él dos veces para hablar sobre las localizaciones y me había traído el guion. Cuando me lo entregó, me había encogido de hombros, lo había arrojado sobre la mesa y había seguido haciendo la ensalada de pollo, aunque lo devoré en cuanto se fue. Me instalé en el sillón reclinable y pasé los dedos con reverencia por la página superior. No estaba encuadrado, no estaba protegido por una cubierta, eran solo un montón de hojas unidas por un clip gigante. Me puse a leerlo enseguida.

Tres horas después hice un descanso, me levanté y me estiré. Me detuve delante del fregadero para llenar un vaso de agua, que bebí mientras miraba por la ventana la casa de los Kirkland, a través del campo. Había hecho mucho últimamente eso de observar su casa. Supe que Cole tenía una *pickup* nueva antes de que me llamara Brandi Cone para decírmelo con una voz aguda y emocionada. Había visto cómo se la entregaban, había visto cómo Cole bajaba corriendo los escalones laterales hacia el vehículo. No lo hubiera imaginado

con una camioneta: me parecía que le iban más los deportivos llamativos.

Luego volví a concentrarme en el guion. Leí cada línea lentamente, a veces en voz alta. El papel era fácil. Ida era una mujer independiente, con las ideas claras, una secretaria que tenía ahorros y estaba dispuesta a invertirlos. Se enfrentaba a menudo al personaje de Cole, manteniéndolo alerta; había entre ellos una relación de respeto y odio que se convertía en amistad hacia el final de la película. Las peleas —y el guion estaba lleno de ellas— serían escenas fáciles. Otra cosa serían las de respeto, las de amistad... Pero tampoco las veía imposibles: habiendo medio millón de dólares en juego, era capaz de besar a una rana.

El rodaje comenzaría dentro de dos semanas. Antes había estado ocupada ayudando a Ben con los detalles finales. Ahora, como actriz, tenía más cosas pendientes. Solo había un pequeño problema: no sabía cuáles eran.

—Me da la impresión de que debería estar haciendo algo —dije por teléfono mientras intentaba deshacer con los dedos un nudo de proporciones épicas en el largo cable.

—Los demás actores están con los entrenadores de voz, trabajando el acento. Tú no tienes que hacer nada de eso —explicó Ben con la voz seca. Había un ruido fuerte y molesto de fondo. Estaba en el *set* de rodaje. Cole quería que estuviera terminado ayer, y el equipo todavía seguía resolviendo problemas eléctricos. El lunes próximo, a primera hora, se marcharían los obreros locales y los californianos tomarían el control de nuestro pequeño pueblo dormido. Me sentía aterrorizada y emocionada a la vez. Cada día parecía durar cien horas, y, aun así, pasaba demasiado rápido.

—Entonces, ¿qué debería hacer?

—Esperar. La próxima semana te pondrán un profesor de interpretación y tendrás pruebas de vestuario. ¿Has firmado ya el contrato?

Eché un vistazo a la mesa del comedor, donde había dejado el sobre de FedEx, con el contrato en el interior.

—No.

—¿Por qué? —me desafió.

—Tiene ochenta y dos páginas. En tantas hojas no puede haber nada bueno.

—Renuncié a desenredar el nudo y me estiré para coger el sobre de la mesa. Estudié el anagrama, «ENVISION STUDIOS», impreso en el remitente.

—Entonces, búscate un agente como una buena actriz y pídele que lo examine.

—¿Y que se quede con el quince por ciento? —Me reí—. No, gracias.

—Entonces, busca un *manager*. Es lo que hace la gente en Los Ángeles cuando no tiene agente. Los *managers* solo cobran el diez por ciento.

—Sigue siendo demasiado. —Saqué la primera de las tres copias del contrato y rocé con los dedos el párrafo inicial, que estaba lleno de suficientes palabrejas legales para que me doliera la cabeza.

—Summer, deja de quejarte y firma el contrato. O paga a alguien para que lo revise. Joder, paga a un abogado por horas para que lo haga. Pero ya. Te estás quedando sin tiempo.

No podía firmarlo sin más, al menos sin saber lo que decía. Sin saber a qué estaba renunciando, qué estaba aceptando.

—Llamaré a mi abogado —solté finalmente, volviendo a meter el contrato en el sobre.

—¿Y luego lo firmarás?

—Dependerá de lo que él me diga. —Lancé el sobre sobre la mesa mientras intentaba sonreír ante la muestra de entusiasmo de Ben al otro lado de la línea.

—Vale. Venga, llámalo ya. —Apostaría lo que fuera a que si lo estuviera viendo en ese momento, estaría haciendo un gesto de impulso en mitad de la construcción del *set*.

—Lo haré —le prometí, y colgué el teléfono, mirando el cable enredado del aparato. Mi próxima compra sería un cable nuevo. O mejor todavía, un teléfono inalámbrico. Algo realmente lujoso.

Necesitaba firmar el contrato, y lo sabía. Debía revisarlo un profesional; era consciente de ello. Valía la pena pagar un abogado, era la medida más inteligente. Y tenía uno a mano, uno que conocía de toda la vida, uno que cuidaría de mis intereses y lo haría gratis.

Cogí el teléfono de la base, respiré hondo y llamé a Scott Thompson. Mi abogado. Mi ex.

Gallito parecía sentirse solo. Cole se sentó al lado de la bañera, en pantalones cortos de deporte y zapatillas de correr para observarlo. El pollito arañaba unas hojas del periódico local y lo miraba. Luego inclinaba la cabeza a un lado, piando con un sonido agudo. Cole había convertido la bañera en su nuevo hogar. La lámpara ocupaba el extremo izquierdo, había tres capas de papel de periódico en el fondo, pero la bañera era cuatro veces más grande que la patética creación de Summer. Hacía ya una semana que estaba con él y había crecido mucho, tenía las patas más largas. Esa mañana, temprano, había inflado el pecho, esponjando las plumas, mientras se pavoneaba. Le había hecho reír mientras se cepillaba los dientes. De hecho, se había dejado el cepillo en la boca para sacar el móvil y capturar el instante, aunque no lo logró.

En ese momento se levantó del suelo y se inclinó sobre la bañera. Recogió al ave y la sostuvo contra su pecho. El animal le clavó las uñas en la piel mientras salía del cuarto de baño para atravesar la casa hasta la puerta trasera. Lo dejó con cuidado en el porche trasero, luego bajó los escalones mirando por encima del hombro y vio que Gallito lo seguía, hasta que se detuvo tambaleándose en el escalón superior. El animal bajó la cabeza para medir la altura y luego lo miró a él.

—Puedes hacerlo —aseguró Cole, dándose una palmada en la pierna para animarlo. Luego se sintió estúpido, así que se agachó para llamarlo otra vez. El pollito se inclinó y saltó.

Pero resultó que Gallito no podía hacerlo, porque cuando aterrizó, sus patitas tropezaron con el siguiente escalón y cayó de bruces. Permaneció un segundo allí antes de sacudirse y esponjar las plumas. Cole se apresuró a recogerlo, susurrándole mil disculpas mientras lo llevaba hacia el fondo del jardín, donde el animal correteó por el césped.

Hizo cien flexiones, con las palmas de las manos apoyadas en el suelo y la hierba haciéndole cosquillas en la nariz cada vez que bajaba. Todo estaba encajando bien, todo estaría preparado a tiempo, listo para la semana próxima. La paz que disfrutaba en ese momento desaparecería en cuanto el equipo pusiera un pie en el pueblo. A partir de ese instante reinaría el caos. Así era la

naturaleza de la bestia. Una bestia que amaba y que lo alimentaba. Sería la primera vez que sería una de las bestias que pagaba, y no al revés. Pero era algo temporal. Una vez que la cinta llegara a las pantallas, disfrutaría de un brillante futuro financiero. Las apuestas estaban en lo más alto, pero esa película lo definiría todo: éxito o fracaso. Convertirse en un multimillonario o solo ser un rico más de Los Ángeles.

Terminó la tanda de flexiones y respiró hondo mientras descansaba primero sobre una palma y luego sobre la otra. Cambió el peso al puño, para comenzar la segunda ronda. Le parecía raro estar solo. Quincy era un lugar extraño; y parecía que el cambio temporal de residencia conllevaba muchos más cambios. Cuando volviera a casa todo sería diferente. «Volver a casa...». Se detuvo en la flexión número setenta. Ya ni siquiera tenía hogar; Nadia había abandonado el hotel y estaba viviendo en la casa, durmiendo en su cama, sin duda con aquel gilipollas, entre unas sábanas que había pagado él... En los malditos brazos de otro hombre. Terminó la flexión número cien con un gemido y se dejó caer de espaldas sobre la cálida y suave hierba.

Tenía que dejar de pensar. Lo curioso era que lo único en lo que no estaba pensando era en Nadia. Y, cuando lo hacía, era solo para distraerse y no pensar en la rubia de al lado y su estúpida gallina. Al sentir un peso inestable en la espinilla, bajó la vista para ver a Gallito que subía por su pierna tambaleándose. Se rio y dejó caer la cabeza hacia atrás, contra la hierba.

No tenía tiempo para eso. Debería ponerse ahora con las abdominales, luego los *burpees*, luego una carrera larga, en la que, preferiblemente, subiera y bajara algunas colinas. Se incorporó, pero se apresuró a detener la caída del ave y a dejarla con cuidado al lado. Se tomó un momento para rascarle el cuello; había leído en internet que era algo que les gustaba mucho. De hecho, se había sentido muy orgulloso cuando se enteró por sí mismo. Se había vuelto demasiado dependiente de los demás, de Justin.

Mirando cómo Gallito picoteaba el suelo como única respuesta, comenzó la primera de las doscientas sentadillas.

Mientras hacía tamborilear las uñas contra el costado del teléfono, sabía que estaba cometiendo un error. Al marcar el número de Scott, estaba abriendo súbitamente una puerta que me había esforzado mucho en cerrar. Pero confiaba en él, incluso aunque lo odiara.

—Summer —me saludó sorprendido, y eso me hizo feliz. Al menos no había sido nunca una ex desesperada, de las que se emborrachan para llamar a sus antiguos novios en medio de la noche, que dejan esos largos mensajes en el buzón de voz que solo sirven para enterrar una relación ya muerta. Lo había sido él. Yo era la que había escuchado los mensajes, con las lágrimas cayéndome por las mejillas, y su nombre era una larga maldición en mis labios cuando apretaba el botón para borrar aquellas idioteces.

—Hola, Scott. —Jugueteé con el borde del sobre de FedEx. No quería ir a verlo. En los tres últimos años, las únicas veces que me arrepentía de no haberme casado con él era cuando lo veía. Había pasado incontables horas planificando mi vida para evitar encontrádomelo en lo posible. Y ahora, aquí estaba yo. Persiguiendo a ese hombre para ahorrarme unos cuantos dólares en unos honorarios. Lo oí toser al teléfono, y lo visualicé claramente, tirándose del nudo de la corbata, bajando la mirada mientras intentaba pensar qué decir. Quizá sus ojos estaban clavados en la foto que tenía sobre el escritorio, de su esposa y su pequeño bebé. No estaba amargada por ello: a fin de cuentas, era el mejor partido de Quincy. No me había sorprendido entonces ni tampoco lo hacía ahora; lo habían perdonado con rapidez y luego lo habían pescado. Cuando el anciano Lonner murió, compraron la propiedad. También eran una de las pocas familias de Quincy a las que Ben y yo no habíamos llamado. Sencillamente, no había podido—. Me gustaría que revisaras un contrato que me han enviado. Yo no entiendo nada. Tengo que saber lo que estoy firmando y que me indiques cualquier cosa que te rechine.

—Vale. Lo haré. —Parecía ansioso, dispuesto a complacerme. Algunas cosas no habían cambiado nada—. Envíaselo a Shelley, mi secretaria. Ella se encargará de que lo revise hoy mismo.

—Ya sé quién es Shelley. —Noté que se me calentaba la sangre. Shelley había sido una de las damas de honor, una de las fatídicas siete. Pero había

sido una chica con suerte, no había terminado en el hospital esa noche.

—Claro que lo sabes. Es algo que... acostumbro a decir.

—Por supuesto. —No quería burlarme de él, pero las palabras me salieron así: amargas. Sonar amargada no había sido una parte del plan, así que me mordí el labio.

Él se quedó callado, y yo también. Luego me soltaría una excusa para interrumpir la llamada. Nunca se le habían dado bien las peleas. Prefería dejar dormir la ira y, por la mañana, fingir que todo estaba bien.

—Es un contrato con la productora de la película. Quieren que participe. — No había planeado decírselo, sino que lo descubriera por el contrato. Que frunciera el ceño mientras revisaba las líneas del contrato, que levantara la cabeza sorprendido cuando viera la cifra de mis honorarios, quinientos mil dólares, y la descripción, «papel principal en *La botella de la fortuna*». Entonces, se sentiría orgulloso de mí y lamentaría haberme perdido.

—¿En serio? —Lo dijo en voz baja, pero la pregunta contenía el suficiente interés para que le respondiera.

—Sí. Cole quiere que haga de protagonista. —Era una tontería decírselo, algo completamente innecesario para nuestra relación comercial, aunque muy necesario para mi ego. Quería presumir de mi éxito con la misma exuberancia que la banda del instituto desfilaba por las calles.

—¿Cole? —A Scott no le gustó que su nombre fuera familiar para mí. Tampoco me sorprendía.

Murmuré una frase mientras cubría el receptor con la mano, y luego aparté los dedos.

—Tengo que colgar. Le enviaré el contrato a Shelley. —Colgué el auricular con rapidez, sin esperar respuesta, antes de que me temblara la voz, antes de que perdiera el terreno que acababa de ganar por primera vez en mucho tiempo.

Apoyé la cabeza en las manos y reproduje mentalmente la conversación. Yo lo había hecho bien. Y él se había comportado. Eso lo hacía todo más fácil. Aunque, desde que se había casado, había sido el marido perfecto. Eso no hubiera debido cabrearme, hubiera debido hacerme feliz.

Pero no era así.

Una vez que Cole devolvió a Gallito a la bañera y la espolvoreó con maíz fresco, dejó el móvil en la encimera, la botella de Voss vacía en la basura y se puso los auriculares. Sonaba Sublime cuando bajó los escalones para empezar a trotar por el césped.

Hacía años que no corría al aire libre. Desde que rodó *Cuatro canciones de la India*, que filmaron en medio de la nada, en una zona donde, con las gafas de sol puestas, no era más que otra cara blanca. Y en ese momento, podía correr ocho kilómetros sin ver más que un puñado de casas, así que se sentía seguro. Valía la pena intentarlo.

Comenzó a correr despacio, giró a la izquierda en el largo camino de acceso a la propiedad de los Kirkland, alejándose de la casa de Summer y del pueblo. Hacía calor. Y humedad. Era diferente a California. Pero todo era distinto a lo que tenía allí. Había tierra en lugar de adoquines. Robles en vez de palmeras. Y Summer en lugar de Nadia. Se detuvo en seco, creando una nube de polvo, y apoyó las manos en las rodillas, jadeante. Dios, esa chica era como un virus, que atacaba su debilitado sistema inmunológico y encontraba un hueco en sus venas. Se incorporó, llevándose las manos a las caderas, y giró lentamente a su alrededor, observando y apreciando todo lo que no era Summer. La brisa que refrescaba aquella calidez. El suave balanceo del algodón blanco, plantado a su lado en hileras perfectas. No había *paparazzi*, ni cámara. Nadie lo miraba, lo observaba ni lo juzgaba. Podía tener una crisis.

Pero no tuvo una crisis, sino que siguió corriendo.

Más rápido.

Con más entrega.

Más lejos de ella. De Nadia y de ese mundo enfermo lleno de mentiras.

Más lejos de ella. De Summer, que lo distraía y lo juzgaba con su inocencia.

Más lejos.

Más rápido.

Más fuerte.

La tierra se levantaba desde el suelo mientras corría.

—Bueno, veamos. Creo que me enteré de que Summer participaba en la película por Jenny, que trabaja en la oficina de correos. No sé cómo lo supo ella, pero no me lo creí.

Es decir..., ¿Summer? ¿Nuestra Summer? Es guapa, sí, pero no como Minka Price. Y ni siquiera es de Quincy.

—Nos han informado de que vino a vivir aquí cuando tenía cinco años.

—Eso es. No puedes interpretar a alguien de Quincy a menos que seas realmente de aquí. De lo contrario, no conoces la dinámica del pueblo.

—A menos que seas Minka Price.

—Bueno, sí. Es que mi hija... Ella habría sido perfecta para ese papel. Lo haría mucho mejor que Summer. Se llama Heather. Debería escribir eso: Heather Robbins. Trabaja en la floristería local, pero haría un descanso si Summer no lo hace bien.

No estaba segura de cómo se habían enterado en Quincy de mi papel, pero hubiera apostado algo a que la filtración procedía del bufete de Scott. Concretamente, de Shelley. En el momento en el que envié un correo electrónico con mi contrato, con su dirección escrita en el campo superior, supe que estaba firmando la sentencia de muerte de mi anonimato en Quincy.

Había visto películas, y sabía cómo funcionaba eso en otros lugares, donde las celebridades eran aduladas y acosadas en público. Era algo que nunca ocurriría en Quincy. Nos gustaba charlar en la privacidad que ofrecían nuestras casas, extender chismes de boca en boca. Cuanto más fingíamos que no nos importaba algo, más nos importaba.

Notaba los corrillos en el pueblo. Personas con cuyos hijos había crecido me lanzaban largas miradas penetrantes, y los susurros se detenían cuando entraba en la cafetería de los Benner. Sabía que a Cole le resultaría extraño. Que no esperaba que yo me convirtiera también en una víctima.

—¡Ni una sola llamada! —Lancé la bola de masa sobre el papel encerado y la aporreé con los puños, con más brusquedad de la necesaria.

—¿Y te sorprende? Ya sabes cómo es la gente por aquí. —Mi madre levantó la vista del periódico del domingo, con unas tijeras en la mano, dejando el cupón a medio cortar.

—Lo sé. —Hice girar la masa y apreté las palmas contra ella—. Es que pensaba que... alguien llamaría.

—Hace unas semanas, recibiste muchas llamadas. No dejaba de sonar el teléfono.

—Era por la película. Por Cole. —Espolvoreé un poco de harina.

—Ahhh..., quieres que te llamen a ti. Para felicitarte. —Oí que dejaba las tijeras en la mesa y miré el papel rosa. No podía mirarla a la cara en ese momento, no toleraría su simpatía—. Está bien, Summer. No es malo desear un poco de atención.

Saqué las manos de la masa y bajé la vista. Cogí un trapo para limpiarme.

—Me siento estúpida. Débil.

—Te han dejado sola en el pueblo durante mucho tiempo. Castigada por algo que no fue culpa tuya —dijo en voz baja—. Todos se lamen las heridas en este

momento. No quieren parecer amigos de los buenos tiempos, aparecer a tu lado solo porque has tenido un golpe de suerte.

Aceptaría que alguien quisiera ser mi amigo en los buenos tiempos. En el instituto, tenía muchos amigos. Las posiciones sociales de cada uno de nosotros se habían ignorado mientras crecíamos y extendíamos las alas en la vida. Como novia de Scott, concretamente como prometida, sus amigos también lo eran míos. Había pasado tres largos y fríos años en los que solo me apoyó mi madre. Y ahora, con la inminente partida de Ben, me habría gustado tener cerca a cualquiera. Incluso aunque se tratara de una amistad falsa y oportunista.

Olvidaos de eso. Quizá fuera mejor que no me hubiera sonado el teléfono.

Volví a ver a Cole Masten un caluroso martes por la tarde. Yo estaba de rodillas, en mitad del camino de los Holden, cuando su ridícula *pickup* se detuvo a mi lado.

Levanté la mirada al oír el motor y me puse en pie al reconocer al vehículo al instante. Me pasé la mano por la frente; la tenía cubierta de sudor, el mismo que me había empapado la parte superior de la camiseta. Noté que una gota me corría por la espalda cuando me aparté del camino y lo saludé con la cabeza, en respuesta a su gesto. En el momento en el que bajó la ventanilla, flotó hacia mí una bocanada de aire frío, y luché contra el impulso de meter la cara por aquel hueco. Lo malo era que hacer eso hubiera puesto mi cabeza en su regazo... Por otra parte, era un regazo perfectamente limpio, o eso parecía. El cuello blanco de su camisa brillaba en el interior de la cabina; subí la vista del cuello hasta su hermoso rostro, cubierto por una barba de tres días; de los labios apretados con irritación pasé a sus irresistibles ojos verdes. Vi una botella de agua en el portavasos del salpicadero y luego la miré fijamente. Si me fiaba de la capa de condensación que la cubría, parecía estar muy fría. Cole cubrió la etiqueta con la mano y cogió la botella para ofrecérmela.

—¿Quieres?

Me tragué el orgullo para aceptar el regalo, y miré la marca antes de quitarle el tapón. Voss. No la conocía. Volví a inclinar la botella para beber la mitad con avidez. Luego me limpié la boca con el dorso de la mano y volví a cerrar la botella.

—Gracias. —Señalé la bebida con la cabeza—. ¿De dónde la has sacado?

—De esa tienda de comestibles que hay allí... —Hizo un gesto para señalar el pueblo.

—¿Has ido al Publix? —arqueé las cejas, sorprendida.

—No. Le he pagado a Ben para que me trajera unas cosas. —Miró la botella, que seguía teniendo agua, y se la tendí. No la cogió, así que volví a quitar la tapa: no tenía sentido desperdiciarla—. ¿No has traído agua?

Me encogí de hombros.

—¿Y arruinarte la oportunidad de ayudar a una damisela en apuros? —Incliné la botella y me la terminé—. Es un concepto que aparece en los

cuentos de hadas, deberías estar familiarizado con él.

—No estás en apuros. —Miró la casa de los Holden—. ¿A cuántos metros está tu casa? ¿Cien?

Me quedé con los ojos clavados en sus bien cuidadas cejas y me pregunté si se las depilaría.

—¿Tienes alguna razón para estar aquí?

—No me respondes al móvil. Llevo tres horas intentando contactar contigo. Lancé la botella al suelo, al lado del cinturón de herramientas.

—No tengo móvil. El número que tienes es el del fijo. Y he estado fuera.

—¿No tienes móvil? —lo dijo lentamente, como si al decirlo despacio le encontrara más sentido.

—No. —No sentí la necesidad de explicarle que no tenía ninguna razón para estar disponible las veinticuatro horas del día. Además, pasaba el ochenta por ciento del tiempo en casa. ¿Quién iba a llamarme mientras estaba en la cola del súper? ¿A quién necesitaría avisar cuando estuviera regresando a casa? Además, estaba el tema sin importancia de pagar la factura. Ganaba quinientos dólares al mes. Una línea de móvil podría costarme con facilidad el veinte por ciento del sueldo. El teléfono fijo era gratis, y venía acompañado de internet, televisión por cable y otros servicios por cortesía de los Holden. Blanco y en botella.

—Necesitas un móvil. Al menos durante los cuatro próximos meses. Si luego quieres volver a ser una ermitaña recluida, me da lo mismo.

—Genial. Cuando cobre el cheque, tendré móvil.

Miró mi ropa, y luego señaló con la cabeza el asiento del copiloto.

—Sube. Iremos a comprar uno ahora mismo. Yo pago.

Me negué con la cabeza.

—Tengo que poner un poste más. No puedo dejar la cerca a medio arreglar, saldrían los caballos.

Por primera vez desde que había aparecido, pareció que se daba cuenta de lo que me rodeaba; había una excavadora de agujeros apoyada en la barandilla de la valla, otro trozo de madera al lado, una pistola de clavos en la hierba.

—¿Estás arreglando la valla? ¿No hay nadie por aquí...?

Como dijera «más cualificado», acabaría usando la pistola de clavos en su brazo.

—¿... que pueda hacerlo? —Miró a su alrededor como si hubiera un equipo completo de manitas a nuestra espalda.

—Los chicos se han ido ya —solté con brusquedad—. ¿Por qué no te vas corriendo al GAP y me dejas trabajar en paz?

Me miró durante un rato y luego se echó a reír. Me acerqué fulminándolo con la mirada, aunque dejé de fingir ante mí misma por un momento que mi proximidad tenía algo que ver con el soplo del aire acondicionado.

—¿GAP? —La risa se convirtió en una risita—. Summer, dejé de comprar allí cuando pasé la pubertad.

—Bueno, donde sea que compren los gilipollas. —Moví la mano con frustración y me volví hacia la cerca rota. La noche anterior había habido una tormenta que había llenado la zanja de agua a lo largo de este trozo de cerca; cuando me desperté, la valla estaba torcida. Gracias a Dios, Hank había metido los caballos en las cuadras. Spots habría saltado la cerca derribada y había molestado a la mitad de los caballos del condado de Thomas antes del mediodía. Ya me había pasado un día con Hank persiguiéndola. Era un coñazo, si me disculpáis el lenguaje.

Cole me sorprendió abriendo la puerta y saliendo. Primero puso una zapatilla deportiva en la tierra del camino y luego la otra. Llevaba vaqueros, pero hubiera jurado que, si entrecerraba los ojos, tenía huellas de la plancha.

—Voy a ayudarte —se ofreció.

—¿Vas a ayudarme a colocar la cerca? —Ahora me reí yo—. Por favor, niño bonito... Vuelve a subirte a la *pickup* antes de que te manches.

No le gustó que le dijera eso. Lo vi en su expresión, en cómo cambió su mirada. Se apartó de mí para acercarse a la parte trasera de la camioneta y bajó la puerta del remolque. Cuando regresó, retrocedí con las manos en las caderas. Me preparé para otro beso de esos suyos, pero grité de sorpresa cuando, en lugar de apretarme, me subió en el aire. Dejé de pelear cuando me depositó en el borde del remolque. Se inclinó, plantando las manos a ambos lados para acorralarme, con la boca cerca de la mía.

—Quédate aquí —susurró, y tuvimos un instante de contacto visual antes de que se alejara. Metió entonces la mano en el bolsillo de los vaqueros y se acercó a la puerta trasera de la *pickup*. Oí que la abría, y mi segunda sorpresa fue que regresó con el pollito en los brazos—. Vigílalo por mí —me pidió bruscamente.

Cogí al gallo, pues ya no podía llamársele pollito, ya que había crecido en las dos últimas semanas. Tenía las patas más largas, las rodillas nudosas y una pequeña cresta roja. El gallo me miró, volvió a observar a Cole y sacudió las

plumas.

—Déjalo en el remolque y que se mueva con libertad —me explicó mientras se daba la vuelta para examinar mi obra.

—¿Has traído al gallo contigo? —pregunté cuando volví a encontrar mi voz.

—¡Pensaba que podrías querer verlo! —gritó, empujando uno de los postes como si estuviera comprobando su peso.

—¡Es una traviesa de tren! —grité—. Tienes que poner los postes y luego...

—Sé levantar una valla —me interrumpió, girándose hacia mí.

—¿En serio? ¿Lo has hecho alguna vez? Dime dónde —lo desafié.

—¿No has visto *Leyendas de Montana*? —repuso—. Me pasé seis meses en ese rancho. Cuando terminó el rodaje, lo compré. Puedo levantar una cerca, Summer —Me miró fijamente, y me encogí de hombros. Era una buena respuesta.

—Pues tú mismo. Hazlo.

Dejé al gallo a mi lado, con suavidad, y me metí las manos debajo de los muslos, moviendo los pies un poco para tener algo de espacio. El pájaro puso rápidamente una pata en mi muslo desnudo y dio un salto. Cole sonrió al ave, me miró con furia y se agachó para recoger la excavadora antes de acercarse al último poste afectado. Lo agarró y lo sacudió de un lado a otro antes de levantarlo.

—¡Deberías quitarte la camisa! —le grité—. ¡Te la vas a manchar! —Me miró por encima del hombro, con las manos todavía en el poste. No sabía por qué se lo había dicho, no sabía de dónde me había salido aquel tono coqueto ni por qué había elegido ese momento para recordar que podía mostrar una actitud seductora.

—Deberías quitarte tú la camiseta... —repuso él—. No pienso ser el blanco de tu mirada lujuriosa.

Me reí.

—Por favorrrr... Todo el mundo te ha visto ya. —Y era cierto. Había tenido un desnudo frontal en *La caja de las pruebas*. América entera se había desmayado, y mi vibrador había necesitado unas pilas nuevas. Volvió a concentrarse en su trabajo, y me acomodé. Era un buen recreo para los ojos, incluso con la camisa puesta. Y, después de mirarlo durante unos minutos, me relajé. Él sabía lo que estaba haciendo, posiblemente mejor que yo. Sin duda lo hacía más rápido. Empezaba a pegársele la tela a la espalda cuando terminó. Cogió la madera sobrante y la lanzó al remolque, a mi lado. El gallo

se acercó a mis rodillas y lo miró.

—Hola, amiguito —le dijo, levantándolo para dejarlo luego en el suelo.

—No me puedo creer que lo hayas traído contigo.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué iba a hacer, el pobre? ¿Quedarse en casa mirando la nada? —Se sentó a mi lado, y la *pickup* bajó un poco por el peso extra—. ¿De verdad no tienes móvil? —me preguntó, volviéndose hacia mí.

—No. —Observé al gallo correteando, alejándose del vehículo—. ¿Para qué me has llamado?

—Don quiere reunirse con nosotros. Llegará mañana, y quiere que interpretemos algunas escenas juntos. ¿Por qué no has firmado todavía el contrato?

—Se lo he mandado a mi abogado. Llamaré mañana a su bufete para preguntarle por él. —Scott me había llamado dos veces: la primera vez me dejó un mensaje; la segunda, tuvo la mala suerte de que le cogiera mi madre el teléfono. Suponía que no había resultado una experiencia agradable para él. Mientras, yo me reía ante la taza de cereales del desayuno, animándola mentalmente. Imaginaba que, viendo que el trabajo todavía no estaba asegurado, debería devolverle la llamada.

—¿Tienes abogado? —parecía tan sorprendido que casi me sentí ofendida.

—Sí. Los paletos de pueblo tenemos abogados, como tú.

—No quería decir que... —Bajó la vista—. Necesitamos que lo firmes. Si hay algún problema, tenemos que saberlo lo antes posible.

—Valeee, lo llamaré por la noche.

—Guau... —Me miró de reojo mientras nuestros brazos se rozaban—. ¿Trabaja horas extras? Necesito a ese abogado.

Me reí, recordando al suyo.

—A mí me gustaría tener al tuyo.

—Oh... Ya... —Su voz se volvió más seca—. Había olvidado cómo babeaste delante de él en el porche.

—¿Qué? —Me bajé de la camioneta para enfrentarme a él. Me sentía más cómoda al tener algo de espacio entre nosotros. Por fin podía respirar con normalidad.

—Babeabas por él. Teniendo al puto Cole Masten allí mismo, te pusiste a admirarlo a él como si tuvieras las bragas a punto de entrar en combustión.

Incliné la cabeza a un lado.

—¡Oh, Dios mío! ¡Estás celoso! —Lo estaba. Lo notaba en las arrugas que había en su frente. Reconocí los celos, a pesar de que hacía mucho tiempo que no los padecía. Scott había sido un novio celoso hasta el infinito—. Y dime, ¿quién pone esa palabra con P delante de su nombre?

—¿La palabra con P? —preguntó—. ¿Es demasiado sucia para una chica de campo?

Al oírlo, supe que la conversación había dado un giro que nos llevaba a un territorio en el que me sentía incómoda. Sí, una chica de campo como yo podía usar palabras como esa.

Capullo.

Cabrón.

Gilipollas.

Conocía una buena lista de insultos que podría haberle gritado. En cambio, me di la vuelta y me puse a perseguir al gallo, que se alejó de mí en dirección a él. Cole se bajó con cuidado de la *pickup* y lo cogió en brazos.

—¿Cuándo podemos reunirnos para leer el guion? —preguntó de forma eficiente y profesional.

Me encogí de brazos, tratando de no mirar la forma en que se le habían subido las mangas de la camisa, marcando los bíceps.

—¿Mañana? Estoy disponible cuando te venga bien.

—Te llamaré mañana por la mañana y fijaremos una hora. Lo haremos en mi casa. Don se va a instalar en ese motelucho. —Tenía suerte de que Ethel Raine no estuviera oyéndolo. No dudaría en cortarle las pelotas y servírselas en el desayuno acompañadas de sémola y galletas.

—Vale. —Me metí las manos en los bolsillos traseros y lo miré mientras abría la puerta de atrás de la *pickup* para dejar al ave dentro. Luego, sin una palabra de despedida, se sentó detrás del volante, cerró la puerta y se alejó. La reciente lluvia había apelmazado el polvo y las ruedas dejaban un sonido húmedo. Me puse a un lado para ver cómo llegaba al final del camino; allí, dio la vuelta en el patio y regresó en mi dirección. Me incliné contra la cerca nueva, apoyando los antebrazos en el borde superior para observarlo mientras pasaba por delante, y llegué a ver la cabeza del gallo asomando por la parte inferior de la ventanilla trasera. Supuse que había cambiado de opinión con respecto a comprarme un móvil. Me alegré. Lo último que quería era ir con él a algún sitio. No me había caído bien cuando lo conocí, pero ahora, a medida que pasaba el tiempo y salían a la luz otras facetas de él, me sentía más

desequilibrada a su alrededor. Había momentos en los que parecía casi simpático, pero otros en que no. En aquel momento, cuando se había sentado a mi lado, sentir el roce ocasional de su pierna o su brazo había sido... demasiado. Demasiado masculino..., demasiado cerca..., demasiado atractivo cuando sonreía..., demasiado tentador cuando coqueteaba... Me afectaba demasiado cuando era agradable. No podía permitir que su encanto, *su sex appeal*, me arrastrara y me hundiera. Para él, un flirteo no era nada, le resultaba normal que lo encontrara atractivo una chica de campo. ¿Para mí? Que me colgara por el inalcanzable Cole Masten podía hacer que mi corazón terminara hecho añicos.

No podía acabar destrozada por un hombre que no se lo merecía, un tipo que conseguiría que la ciudad acabara dividida en dos bandos todavía más rápido de lo que lo había hecho yo. Los dos nos marcharíamos de Quincy en cuanto terminara el rodaje. No tenía sentido liarme él.

Vi que la *pickup* giraba al final del camino y aceleraba en dirección a la casa de los Kirkland.

51

Había sido un estúpido. Cole no debió haber ido allí. Debió haber enviado a Ben o a Don, o a cualquier otro lacayo. Desde luego, no debió haberse duchado, atusado y puesto una puta colonia de mierda como si fuera un adolescente a punto de tener su primera cita.

No había esperado que ella estuviera fuera ni, ciertamente, que estuviera trabajando. Trabajando de verdad, con la camiseta pegada al cuerpo, el pecho agitado, los brazos sucios, fuertes y hermosos. Porque estaba preciosa, con la melena salvaje apenas recogida en una coleta; los pantalones cortos que dejaban a la vista toda la longitud de sus piernas. Lo único que había podido hacer para no aplastar sus labios contra los de ella fue levantarla y sentarla en el portón de trasero, para no caer en la tentación de bajarle aquellos pantalones tan cortos y decirle que le rodeara la cintura con aquellas piernas infinitas.

Y ese era el problema. La deseaba. De una manera primaria que no tenía sentido. Nunca se había visto tentado, durante el tiempo que estuvo con Nadia, a mirar a otra mujer. Antes de ir a Quincy se había pasado dos semanas catando todo tipo de mujeres, sin que nada de eso aplacara el daño que le había hecho el aguijón de las acciones de Nadia. Ahora que se había encontrado unos cuantos momentos con Summer, con la certeza de que no podía tocar a nadie, que debía comportarse, ser célibe y concentrarse en el trabajo, no podía dejar de pensar en ella. Imaginaba que le ocurriría con cada mujer que no estuviera interesada por él. Peor todavía, con una a la que no parecía caerle bien.

Era ridículo todo. La situación entera de principio a fin. Cogió una curva del camino demasiado cerrada y la *pickup* se fue un poco. Gallito pio detrás, e incluso la cabeza del propio Cole rebotó contra la ventana. Miró al ave de nuevo y redujo la velocidad, intentando dejar de pensar en ella. Cogió el móvil, buscando distracción.

—Don —dijo—. ¿Dónde estás?

Si el entrenamiento para responder a los medios era el primer indicio de lo que significaba ser una actriz, estaba jodida. Jodida y quemada, como las tostadas carbonizadas más allá del punto en el que resultaba comestibles, frágiles y rotas en un plato con destino en la basura.

Brecken Nichols llegó de Atlanta con un traje azul que parecía burlarse de la humedad, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, pero según mi reloj llevaba ya quince minutos de retraso. Esperé, impaciente, junto a Ben, observando cómo se acercaba, dándome cuenta de todo lo que necesitaba saber sobre esa mujer.

Llevaba uno de esos bolsos de marca colgados de un brazo, una especie de disquete grande, lleno de artículos suficientes para mantenerse con vida en el desierto durante semanas. Lápiz de labios de intenso color rojo que, si lo hubiera usado yo, Ben me habría matado de un disparo; con el cabello oscuro recogido en una de esas coletas altas que había puesto de moda Heidi Klum, pero que a mí me quedaba ridícula. Brecken no parecía ridícula. Parecía sofisticada. Perfecta. Sus cejas, que se arquearon de forma crítica cuando se acercó, eran gruesas, los ojos rasgados y bien resaltados por un maquillaje que debía de haber tardado toda la mañana en aplicarse. No era una mujer que presionara el botón del despertador y recogiera las deposiciones de sus mascotas. Era una ejecutiva que almorzaba en restaurantes de lujo, que elegía a sus citas en función de sus saldos bancarios y que miraba a las mujeres como yo como si fuéramos aperitivos. Me metí la mano en el bolsillo trasero de mis vaqueros nuevos y sentí su desprecio incluso antes de que abriera la boca.

—Por Dios, dime que no han sido los de vestuario los que te han puesto eso. —Las palabras se convirtieron en un resoplido cuando se detuvo ante mí, con el cuello inclinado hacia abajo para estudiarme desde los dedos de los pies hasta el último pelo de la cabeza. Se pasó un buen rato examinando mis zapatillas deportivas. Eran unas Nike. Nuevecitas. Pero no parecía impresionada.

—Elijo mi propia ropa. —Le ofrecí aquel hecho obvio en un tono amistoso, aunque en mi mente daban vueltas una docena de respuestas más bruscas—. Summer Jenkins. —Le tendí la mano, aunque ella se limitó a mirarla fijamente.

—Nunca te presentes —dijo bruscamente mientras pasaba de mi mano y abría una de las puertas dobles—. Deben saber quién eres, y lo sabrán. ¿Entiendes? —No esperó mi respuesta. Recorrió el pasillo ante nosotros taconeando, y yo me agarré del brazo de Ben con tanta fuerza que él gritó.

—Sé amable —me susurró—. Y ven a buscarme cuando acabes. —Se alejó, zafándose de mi agarre, y sus flacas piernas atravesaron el aparcamiento sin mirar atrás.

Me giré a tiempo de ver que Brecken entraba en un habitación a la derecha. Entré en el edificio con un suspiro y troté tras ella. «Nunca te presentes...». De todas las frases pomposas y ridículas... Entré en la estancia y la observé mientras encendía una hilera de interruptores, luces que se iluminaron en una rápida sucesión sobre una silla vacía. Para mí.

—Siéntate —me dijo alegremente, y sacó una cámara que puso en su lugar con unas manos rápidas y eficientes—. Vamos a empezar.

El entrenamiento para responder a los medios era un proceso bastante simple, pero doloroso. Me acomodé en una silla, luego en un taburete, después en un sofá mientras respondía a todas las preguntas que Brecken me lanzaba. A veces, se sentaba enfrente de mí y me decía que la mirara. Otras, estaba detrás de la cámara para verme a través del objetivo. Comentó cosas ridículas y me riñó cuando me reí. Me hizo preguntas improvisadas, y corrigió mis meteduras de pata. Tiró una lámpara y luego me largó un sermón sobre parpadear. Y después de cada toma, me hacía ver el vídeo mientras me explicaba cuáles eran los errores que había cometido.

Por las expresiones que usaba Brecken —y lo que veían mis propios ojos en aquella pantalla—, era mala. Muy mala. Ni siquiera tenía un defecto en el habla al que culpar.

—*Relax...* —canturreó—. Parece como si tuvieras, literalmente, un palo metido en el culo.

Solté los hombros con un profundo suspiro.

—¡No! —me gritó—. No te muevas.

—¿Cómo pretendes que me relaje cuando te parece mal todo lo que hago? — Miré hacia la cámara.

—No te diría que lo haces todo mal si realmente hicieras algo bien, querida —dijo las últimas palabras de una forma ridícula, imitando mi acento, que

llevaba tres horas ridiculizando.

—¿Alguien te ha enseñado modales? —pregunté levantándome de la silla—. ¿O a ser sutil?

—Ser sutil hará que no llegues a ninguna parte en este negocio. —Salió de detrás de la cámara y se cruzó de brazos. Me miró fijamente sin vacilar.

—Me alegra saber que no solo me odia a mí.

Las dos nos volvimos a la vez hacia la voz ronca, masculina y susurrante. Cole. Por supuesto. Si Brecken quería que me relajara, él era lo último que necesitaba en ese momento. Pero Cole entró y cerró la puerta. Se acercó al monitor y miró la imagen fija. En ese momento, hice uno de los gestos que a Brecken le parecía inadmisibles y me mordí una uña. Ella se aclaró la garganta, pero él reaccionó de una forma que yo no esperaba. Levantó la mano y apretó una tecla, lo que provocó que mi voz vacilante saliera por los altavoces. Fruncí los labios cuando me oí tartamudear ante una pregunta de Brecken, y mi respuesta tenía los suficientes «mmms» como para ahogar a un gato. Cole apretó otro botón y el sonido se detuvo.

—¿Cuánto tiempo lleváis trabajando?

—Tres horas —informó Brecken... ¡oh, sí, amablemente!

—Ve a comer algo. —Cole señaló la puerta, pero Brecken no se movió—. Vete. Yo trabajaré un rato con ella.

«Oh, no. No, no, no... nonononono». Me levanté de la silla.

—Yo tampoco he comido.

—Estábamos progresando —intervino Brecken—. Deberías haber visto las primeras tomas. —No se movió de su lugar, y sentí el intenso deseo de esconderme detrás de la mujer a la que llevaba toda la mañana maldiciendo. Incluso ella era mejor que él. Cole se reiría de mí, feliz de tener cientos de oportunidades para corregirme.

—No veo demasiado progreso. —Lo dijo con dureza, y ella cedió, asintió con la cabeza y pasó junto a la cámara, deteniéndose solo a recoger el bolso. Luego abrió la puerta para salir, y nos quedamos solos.

—¿Quieres tomar un sándwich? —Sus ojos estaban clavados en los míos con firmeza, sus rasgos parecían tranquilos, sin dar ninguna señal de mal humor.

—No. Estoy bien. —A pesar del fallido intento de unirme a Brecken para almorzar, no podía imaginarme comiendo algo en ese momento, con el estado actual en el que estaba mi estómago, que parecía una bola de nudos.

Lo vi extender la mano y bajar la batería de interruptores, por lo que se apagaron la mitad de las luces que me enfocaban. Yo seguía de pie, delante de la silla, y retrocedí un paso; al hacerlo, me di un golpe en la pierna con el talón y acabé de nuevo sobre el asiento metálico.

—Voy a apagar la cámara. —Levantó la mano y presionó unos botones con manos firmes, luego apartó el carrito con cierta familiaridad y cogió un taburete para sentarse enfrente de mí. Cuando separó las rodillas, la parte delantera de los vaqueros se tensó, aunque su postura era relajada. Entrelazó los dedos y dejó que sus manos colgaran entre las piernas.

—¿Qué habéis hecho hasta ahora?

—Solo he estado respondiendo preguntas, y luego las revisábamos en... — Señalé los monitores y traté de pensar cómo los había llamado Brecken—. La pantalla —susurré finalmente.

—¿Ha mencionado la jerga, las muletillas y los tics? —Su voz era amable, y me froté las manos en las perneras de los vaqueros. Debí haberlos lavado antes de usarlos. Los notaba demasiado rígidos, demasiado ásperos.

—Mmm..., seguramente. Todo empieza a mezclarse en mi cabeza.

—Lo de la jerga no debe preocuparte. Eres sureña, así que está bien. No queremos que parezcas algo que no eres.

—Me ha dicho que no puedo comerme el final de las palabras. —Era una regla que podía recordar, aunque solo porque parecía romperla con frecuencia.

Él se encogió de hombros.

—Claro que puedes hacerlo. Quizá en otro tipo de película no pegue, pero en esta es correcto.

—Vale.

—Sin embargo, quizá sea un problema que farfulles. —Se echó hacia delante—. Ve al grano, no divagues.

—Ya —me estremecí—, soy consciente de que lo hago.

—De acuerdo. Trabajaremos en ello.

—No es necesario. Es decir, si estás ocupado..., puedo trabajar con Brecken sobre eso. —Asentí con entusiasmo, como si aquella mujer fuera mi nueva mejor amiga.

Ignoró mi comentario.

—Tampoco debes preocuparte por los tics, al menos de momento. Pero con respecto a las muletillas... Esos «Ya sabes» y esos «Mmm»...

—Lo sé. Me siento inquieta, me toco el pelo, parpadeo demasiado... —Dejé de hablar antes de que mi voz le mostrara la delgada capa de histeria en la que se asentaba. Miré hacia otro lado, centrándome en el suéter que colgaba de una de las plataformas de iluminación. Sin todas aquellas luces, allí dentro hacía frío. Quizá podría tomarlo prestado. Poner otra capa entre Cole y yo me parecía una idea fantástica.

Cole levantó el trasero del asiento y metió una mano entre sus piernas para agarrar el taburete y arrastrarlo más cerca de mí. Cuando se volvió a sentar, había poca distancia entre nosotros.

—Summer, mírame.

Lo hice. Era difícil no hacerlo cuando estaba tan cerca. Y, Dios, era guapísimo. Tanto que dolía, como mirar al sol, aunque era una atracción tan aguda y peligrosa que me hacía daño físico en el corazón. Estaba mirando algo que nunca podría haber deseado, pero que quería con desesperación, a pesar de que no debía, a pesar del peligro que acompañaba esa atracción.

—Olvídate de las reglas y hazme una pregunta.

Eso hizo que dejara de pensar en su belleza, que levantara los ojos de la perfecta curva de su mandíbula y lo mirara a los ojos.

—¿Una pregunta de la lista? —Después de tres horas, me sabía de memoria las veinte preguntas de Brecken.

Se encogió de hombros.

—Una pregunta cualquiera. La que tú quieras.

—¿Te ha dolido? —Cualquier pregunta. Podía haberle hecho cualquier pregunta del mundo y, no sabía cómo, le había hecho esa. Si la hubiera esperado, quizá podría haber mirado hacia otro lado, dándole la oportunidad de reaccionar en privado. Pero no contaba con que fueran esas las palabras que salieran de mi boca, así que allí estaba, mirándolo fijamente cuando recibió el golpe. No tuvo mucho impacto; puede que entornara un poco los ojos, que los iris verdes se hicieran más pequeños, que tragara saliva—. Hablo de la ruptura... Es decir... —Por fin, pude mirar a otro lado—. No parece que te haya afectado mucho.

—No divagues. Sé concisa. —Me tocó la rodilla para captar mi atención—. Y no apartes la mirada: es un signo de vergüenza.

¿De vergüenza? ¿En serio? Me sentía avergonzada. Era una pregunta demasiado personal, y no debía habérsela hecho.

—Nadia y yo estuvimos juntos mucho tiempo. Cuando se pierde a alguien

que ha formado parte de tu vida durante tanto tiempo, duele. Pero creo que ha sido lo mejor. Es más feliz en su nueva relación, y eso es lo que quiero para ella, que sea feliz. —Sonrió un poco al tiempo que se encogía de hombros en un gesto de resignación. Sentí el repentino impulso de consolarlo, y estaba a punto de hacerlo, de echarme hacia delante, cuando él se enderezó, cambiando de postura—. Eso es lo que diría si me lo preguntara un periodista. A mí me hace parecer una buena persona y vuelvo a todo el mundo de forma sutil en contra de ella.

—¿Y es cierto? —Otra pregunta personal. Como si fuera un perro y tuviera que perseguir a ese hueso hasta el final.

—No. —Ahora miró él hacia otro lado—. Me siento muy... raro por lo de Nadia. —Sus palabras fueron lentas, como si midiera cada una y registrara su valor—. Me siento estúpido. Siento como si se hubiera aprovechado. Me siento muy desequilibrado. —Levantó la cabeza y volvió a mirarme—. No sé si me siento dolido.

Tragué saliva.

—Me gusta más esa respuesta.

Él curvó los labios.

—También le gustaría a la prensa. La verdad siempre es más interesante. Pero también mucho más peligrosa. —No se movió, pero hubiera jurado, por la forma en la que me miró, que se había acercado a mí—. ¿Te sientes ahora más cerca de mí al saberlo?

—Sí.

—Si el público te conoce, Summer, te destruirá. No puede evitarlo. Adoran tanto nuestras debilidades que eso los obliga a aferrarse a ellas, a ahondar, a celebrarlas y a saquear nuestras almas hasta que llega un momento en el que yo, Cole, y tú, Summer, hemos desaparecido como personas. Y solo queda lo que quieren ver.

Sonaba horrible. Me había preocupado parecer estúpida, no perderme a mí misma. Tragué saliva, pero lo siguiente que dijo hizo subir todavía más mi ansiedad.

—Es mi turno. —Se frotó el labio inferior, mientras apoyaba el codo en la otra mano, y me miró. «Su turno. Y mi pregunta ha sido muy personal». ¿Qué me preguntaría? Posiblemente, con cuántos hombres me había acostado.

Mi talla de sujetador.

Mi posición sexual favorita.

Mi...

—¿Quién es tu actor favorito?

Me quedé en blanco.

—¿Mi actor favorito?

—Sí.

—¿Quieres decir para una cita? ¿O a quién respeto?

Se encogió de hombros.

—Me refiero a las dos cosas.

Cinco meses antes, habría recitado su nombre sin dudar. No como el actor que más respetaba, ese honor recaería en un hombre más mayor, pero sí refiriéndome a uno con el que me gustaría salir porque lo encontraba atractivo... Cole Masten siempre había ocupado ese lugar en mi mente. Siempre. Era mi ideal para todo, la imagen que aparecía de primera en Google cuando tecleabas «rompecorazones».

—Mmm... —Su mirada se hizo más aguda cuando me aclaré la garganta—. En cuanto a qué actores respeto... —Tragué saliva. Brecken me había dicho que cada vez que sintiera la necesidad de decir una palabra de relleno, tragara. O que hiciera una pausa. O que tomara un sorbo de agua—. Jake Gyllenhaal; me pareció que estaba increíble en *Nightcrawler*. O Christopher Waltz. O... Tom Hanks.

—Una lista interesante... —Me hizo un gesto con la cabeza para que continuara.

—En cuanto a los actores que me parecen atractivos... ¿Chris Pratt? —No sé por qué, pero formulé la respuesta en forma de pregunta.

Cole frunció el ceño.

—¿Chris Pratt? —repitió.

—Sí. El actor de *Parks and Recreations*. Salía guapísimo en *Jurassic World*.

Cole apretó los labios.

—¿Alguno más?

Traté de pensar en otro, alguien lo más opuesto posible a Cole.

—Jonah Hill —espeté.

Él inclinó la cabeza a un lado de tal forma que empecé a justificarme antes de que me hiciera alguna pregunta al respecto.

—Es un actor de talento. E inteligente. Me gustan los hombres inteligentes.

—Y está gordo —afirmó con rotundidad—. Puedes elegir a cualquier actor

de Hollywood ¿y te fijas en Jonah Hill?

—Es que es achuchable.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Un tipo achuchable?

—Ya he respondido a tu pregunta —dije, alzando la barbilla.

—Sí, lo has hecho. —Se levantó del taburete y se acercó de nuevo a la pared, donde volvió a encender las luces. Los halógenos me deslumbraron—. Y con un solo «mmm». Vamos a probar ahora con las luces encendidas, y luego pondremos en marcha la cámara.

—¿No tienes nada que hacer? No creo que debas perder tu tiempo en esto. —Quería que se fuera de allí. Estaba demasiado cerca, era demasiado amable. Estábamos solo los dos, ahora bien iluminados por las luces... Era demasiado.

—¿Esa es tu siguiente pregunta? —Se acomodó en el taburete y estiró una pierna para apoyar la suela del zapato en mi silla; parecía que estábamos conectados. Levanté la vista de su muslo.

—No. —Tenía otra pregunta. Una a la que parecían crecerle alas, una que llevaba rondando en mi cerebro tres semanas y que ahora, en esa habitación a solas, con su ironía a buen recaudo y los ojos clavados en mí, quizá era la única oportunidad que tendría de hacérsela—. Tengo otra.

—Suéltala... —Su voz se había hecho más profunda, como si supiera lo que venía y le hiciera gracia, así que me preparé para su respuesta, con las manos entre los muslos, agarrando el borde de la silla.

—¿Estabas diciendo la verdad cuando soltaste que no sabía besar bien?

¡Oh, qué pregunta tan inocente e ingenua! Nadie debería exponerse de esa manera. Mostrando sus inseguridades. Dando pruebas de que la opinión de un hombre le importaba lo suficiente como para preguntarlo. Cuando ella se presentó en su casa la mañana después del beso, llena de burbujeante energía y ganas de agradar, se había convencido de que ella había superado todo aquello. Había estado seguro de que había sido el único que se estaba comiendo el coco con lo ocurrido. El único que pensaba en ello. El único al que aquello lo carcomía por dentro.

Pero allí estaba ella, con los hombros encogidos, alargando las vocales de aquella forma tan sureña, demostrándole que el dolor seguía presente, que no había olvidado ese momento.

—¿Quieres conocer la respuesta políticamente correcta o la verdad? — preguntó para ganar tiempo, unos valiosos segundos que necesitaba, porque no sabía qué responderle. No se le ocurría qué podía decir sin quedar expuesto ni dejarla desnuda a ella. No podía abrirse a ella. Necesitaba que su corazón siguiera cerrado, envuelto en un plástico de burbujas y protegido por dos metros de muro de acero. En parte, porque era una de las condiciones que le había puesto DeLuca para representarlo, aunque también porque su abogado tenía razón.

—La verdad —repuso ella con sencillez. Él notó que ella erguía la espalda buscando ser fuerte, para asimilar lo que iba a decir él, con los hombros rectos y la barbilla alzada. Summer era una paradoja. De alguna forma, resultaba ser la mujer más fuerte que hubiera conocido; su fuego, rencor y autosuficiencia eran claros y firmes. Por otro lado, era tierna y vulnerable. Se exponía demasiado, sentía demasiado, amaba con ferocidad y se entregaba con demasiada libertad. Sus acciones eran un camino que llevaría algún día a la destrucción de su espíritu. El instinto de Cole era protegerla, reforzar las defensas de Summer... Quería arrojarla a los lobos y encerrarla en un castillo, todo a la vez. Aquella lucha interior volvería loco a cualquier hombre. Era una lucha interna con la que no quería lidiar en ese momento.

Dejó caer el pie de la silla a suelo. El impacto resonó con fuerza, pero ella no se sobresaltó. Quizá porque Brecken había llegado a enseñarle algo. O

quizá porque eso era lo que ella esperaba desde hacía rato. Cole se levantó, luchando contra las ganas de inclinarse, de apoyarle las manos en los muslos y besarla allí mismo, de forma que no tuviera ninguna duda sobre el efecto que tenía sobre él.

En cambio, se levantó del taburete y le entregó lo único que podía darle. Una palabra.

—No.

—¿No? —repitió ella con rapidez, arqueando las cejas como si aquella sílaba fuera un desafío entre ellos.

—No divagues nunca. Sé concisa —le recordó.

—¿Ser evasivo es otra regla que seguir? —Summer se puso de pie y lo siguió. ¡Maldita fuera! No iba a dejarlo pasar.

—En realidad, sí. Siempre que puedas, sé evasiva. —Puso el taburete contra la pared, donde lo había cogido, mientras ella lo miraba fijamente. La vio entrecerrar los ojos cuando se giró.

—¿Siempre huyes cuando te acorralan, chico de ciudad?

—No estoy huyendo; como acabas de señalar, tengo cosas que hacer. —Apagó las luces y alargó la mano hacia la puerta. Apretó con fuerza el pomo cuando ella lo cogió por el antebrazo.

—Espera.

Se quedó quieto y se volvió hacia ella, a pesar de que sabía que era una locura, con una expresión neutra, ocultando todas sus emociones detrás de dos décadas de experiencia.

—¿Sí?

—Gracias. —La vio sonrojarse, con las manos metidas en los bolsillos traseros—. Te parecerá una estupidez, pero necesitaba saberlo. Es solo que..., ya sabes. Ha pasado un tiempo...

—¿Desde la última vez que te besaron? —No. No. Ella no había querido decir eso. Se refería al cumplido. Solo que... Cuando asimiló bien la construcción de la frase, supo que tenía razón. Había pasado «un tiempo» desde que la habían besado.

¿Cómo era posible? ¿Acaso en los pueblos no se dedicaban solo a sembrar y follar? ¿Cómo, con el aspecto que tenía Summer, no era besada todos los días, varias veces? ¿Cómo era posible que sus pretendientes no hicieran cola alrededor de su casa como si fueran fichas de dominó esperando ser derribadas? ¿Y a cuánto tiempo se refería con «un tiempo»?

Ella lo miraba con intensidad cuando levantó la vista, y hubo un momento de orgullo en su rostro antes de que su expresión se suavizara.

—Gracias por ayudarme —dijo Summer con rigidez.

—Voy a hablar con Casey, la jefa de Brecken. A ver si podemos mantenerte alejada de la prensa.

—Se me da fatal —dijo, casi con alegría.

—Sin andarme con cumplidos, sí. Ahora mismo eres demasiado sincera.

La vio asentir mientras se alejaba de él, y casi la siguió.

—Entonces, ¿puedo marcharme? ¿Ya no tendré que entrenarme más para enfrentarme a los medios de comunicación?

—Solo por ahora. ¿Has conocido ya a tu profesor de actuación?

—Llegará la semana que viene. Pensaba que sería esta semana, pero...

Cole no quería oír su explicación, y la interrumpió con un gesto.

—Vale. No te preocupes por la actuación. No será como esto. Con los medios hablas en directo, solo tienes una oportunidad. Las escenas podemos rodarlas más de cien veces. Y los diálogos, tu papel... solo debes ser tú misma.

—Pero de eso se trata, de entrenarme para responder a los medios, de ser yo misma. —Había una nota de pánico en su voz, y él la miró por encima del hombro, interrumpiendo su huida, como si esa última frase fuera demasiado valiosa para ignorarla.

—Solo en el campo. En Hollywood, fuera de las cámaras, no puedes ser tú misma. No puedes parecer débil, no puedes ser sincera ni genuina. Al menos si quieres sobrevivir.

—Entonces, ¿en qué te convierte eso?

Summer tenía los ojos clavados en él cuando le hizo la pregunta en un tono tranquilo y poco acuciante. Las palabras quedaron colgando entre ellos. Luego se dio la vuelta, salió al pasillo y cerró la puerta tras él con firmeza.

Tenía un millón de respuestas a esa pregunta, pero ni siquiera él podía separar lo que era verdad de lo que era pura mierda.

UNA SEMANA DESPUÉS...

Aquel día, en el camino, Cole debió haberle comprado a Summer un móvil. Habría tenido que haberla cargado al hombro para sentarla en el asiento del copiloto, abrocharle el cinturón de seguridad y llevarla al pueblo. No debió haber permitido que lo pusiera nervioso ni que lo irritara. No debió haber dejado pasar ese momento de posible productividad. Ahora, ese error estaba pasándole factura, porque el teléfono fijo de Summer comunicaba. Cole se detuvo delante de la encimera de la cocina con el inalámbrico en la mano y volvió a marcar.

Y otra vez.

Y otra.

—¿Has conseguido contactar con ella? —Don entró en la cocina con un bolígrafo detrás de la oreja y un montón de páginas en la mano.

Cole se dio la vuelta, recordando de pronto la verdadera razón de su llamada. Que Summer fuera allí. Necesitaba repasar los cambios de guion, darle las páginas para que estuviera preparada para rodar.

—No —murmuró—, no me coge el teléfono. —Colgó—. Voy a ir a su casa para arrastrarla hasta aquí.

Don echó un vistazo al reloj.

—Genial. Pero tengo que llamar a Eileen para revisar el último presupuesto. ¿Por qué no esperas a que hable con ella y vas después?

—No. —Cole se inclinó para darle a Gallito una galleta—. Haz la llamada mientras voy a buscarla.

El gallo pasó de él y fue a la sala de estar. Tenía a la vista la mitad de la piel del lomo, y el rosa asomaba entre algunas plumas blancas. A Cole casi le había dado un ataque de pánico cuando empezó a caérsele la pelusa de pollito para que le salieran las plumas de verdad. Pero incluso medio calvo y desgarrado, era un ave hermosa, y lo sería incluso más cuando tuviera todo su plumaje. Según Google, sería en algún momento de las próximas semanas.

Miró a Don, pero el hombre estaba ya de vuelta en la mesa del comedor, con el móvil pegado a la oreja. Cole cogió las zapatillas deportivas y se calzó. No

tenía sentido ir en la *pickup* cuando vivían tan cerca. Se puso la camiseta; iría corriendo hacia la casa de Summer y llamaría a la puerta. Haría que colgara el teléfono, y la llevaría hasta allí. Suponiendo que no estuviera haciendo una manta de ganchillo o cavando un pozo, ¿qué otra cosa tendría que hacer a las nueve y media de la mañana?

Dormir. Al parecer, lo que Summer Jenkins tenía que hacer los miércoles, a las nueve y media de la mañana, era dormir. Cole se plantó en el dormitorio de Summer, con los brazos en jarras, y la miró fijamente. Rectificación: dormir como un tronco.

Casi le dio un ataque de pánico cuando entró. La camioneta de Summer estaba aparcada en el camino, sin cerrar y con las llaves puestas en el contacto. Lo miró estupefacto, luego subió los peldaños, llamó a la puerta y esperó con una mano apoyada en la pared. No obtuvo respuesta, pero tampoco veía un timbre en las cercanías, y las cortinas de las ventanas delanteras estaban cerradas. Así que volvió a golpear la puerta, esta vez con más fuerza. Dio una vuelta alrededor de la casa antes de volver delante. Después de la tercera ronda de golpes, probó a abrir la puerta. Estaba abierta, como la camioneta. Era un pueblo lleno de gente que hacía oposiciones para ser asesinada.

Al empujar la puerta, comenzó a gritar su nombre en la casa en silencio. Las luces estaban apagadas, y no recibió respuesta. Luego entró, presa de una creciente inquietud. Descubrió que la primera puerta era la del dormitorio de Summer, y allí, tendida en la cama, estaba ella.

Con ropa interior roja. Entre eso y el vestido, esa mujer iba camino de arruinarle ese color. Summer estaba acostada boca abajo, con los brazos por encima de la cabeza y una rodilla más arriba que la otra. Su hermoso trasero se mostraba en toda su gloria ante él, y podía mirarlo sin que lo pillara. Podía dejar que sus ojos vagaran por las líneas de su cuerpo sin que ella lo fulminara con la mirada; podía robar ese momento para adorarla. Y lo hizo, en su habitación, grabando en su mente todos los detalles. El lunar que tenía en la parte de atrás del brazo derecho. El tono bronceado de sus piernas, que se volvía menos intenso cuanto más subía por los muslos. Los hoyuelos en la espalda, que apenas podía vislumbrar porque estaban casi cubiertos por la camiseta blanca.

Quería despertarla.

Quería quedarse allí y seguir mirándola por toda la eternidad.

Y también quería darse la vuelta para marcharse, porque era obvio que ella estaba a salvo y que lo que estaba haciendo al espiarla podía hacer que acabara en la cárcel.

Nunca se le había dado bien lo de tomar decisiones...

En casa siempre hacía calor por la mañana. Había sido construida en 1904 como vivienda para aparceros de la plantación de los Holden, y estaba orientada al este, para recibir el primer sol de la mañana. Eso podría ser genial para los recolectores de algodón, que se levantaban a las cinco, pero para mamá y para mí era como una patada en el culo. Más para mí que para ella, que se despertaba a las siete, se metía en el coche a las ocho y entraba a trabajar a las ocho y cuarto. A mí me gustaba dormir. Así que cuando el teléfono empezó a sonar a eso de las nueve, aparté la sábana, me di la vuelta en la cama y alargué la mano hacia la mesilla de noche, donde estaba el aparato. Mis dedos chocaron con algo al moverlos con demasiada energía, y el timbre cesó. Me volví a dormir.

Más tarde me despertó un carraspeo. Un carraspeo masculino. Abrí los ojos, enfocando las sábanas amarillas, y me giré lentamente. Cole estaba a los pies de la cama. Sin camiseta, solo con unos pantalones negros para correr. Mirándome. Cerré los ojos e intenté recordar con qué ropa me había acostado, pero sentí algo en el pie y volví a levantar los párpados.

Cole se había inclinado hacia delante, y me tocaba el puente del pie. Se enderezó cuando nuestros ojos se encontraron.

—Summer —dijo en voz baja; una estupidez por su parte, pues nos mirábamos el uno al otro.

—¿Qué haces en mi dormitorio? —Tenía que bajar la vista para comprobar si... ¡Oh, Dios! Solo tenía puestas unas bragas y una camiseta. Miré de nuevo a Cole, que me observaba con atención, siguiendo con los ojos el mismo camino que habían hecho mis ojos. Noté que él apretaba los dientes y que tensaba el dedo que tenía apoyado en la cadera.

—No me has abierto la puerta, que, por cierto, no estaba cerrada con llave, y tu teléfono comunicaba. —Lo dijo bruscamente, sin mirarme a la cara, con los ojos todavía clavados en mi cuerpo, y me removí un poco en la cama cuando me di cuenta de que el frente de los pantalones cortos parecía una tienda de campaña. ¡Una tienda de campaña! No me habían tocado ni besado —salvo aquel desastre con él en la cocina— desde hacía tres años, y ese hombre, ese dios del sexo que se había acostado con Nadia Smith, estaba excitado por mí.

Al recordar a su esposa, mi deseo sexual menguó un poco, y rodé sobre la cama para no ver la expresión de excitación de su rostro ni su evidente erección bajo los pantalones de deporte, para no separar las piernas para él. Y, ¡mierda!, estaba a punto de hacerlo. De invitar a Cole Masten, mi coprotagonista, a mi cama. Busqué a tientas la sábana para cubrirme, porque ahora mi trasero quedaba justo delante de sus ojos, pero no encontré nada, así que dejé de moverme, dejé de respirar porque podía percibir su aliento, que resonaba con fuerza en la habitación, y, ¡Dios!, era muy sexy. La cama se hundió junto a mi rodilla derecha, luego al lado de la izquierda, y sentí el suave roce de una tela en los pies, sus pantalones cortos; algo que me resultó tan erótico que casi gemí.

—¿Qué estás haciendo? —jadeé al notar que unos dedos se movían lentamente desde mi rodilla derecha hacia arriba, a lo largo del muslo, y se deslizaban con suavidad por la curva de mi trasero.

—Shhhh... —susurró—. Summer, por una vez, cállate.

No respondí porque su mano se posó por completo en mi piel y se coló por debajo de mis bragas de algodón. Ahuecó los dedos antes de apretarme la carne con tanta fuerza que me quedé sin aliento y elevé los hombros, aunque me empujó hacia abajo con la otra mano para mantenerme contra el colchón.

—No te muevas. No pienses, por favor. Necesito esto.

—¿Y Nadia...? —jadeé como única protesta, y su mano se quedó quieta sobre mis nalgas.

—Summer... —Se inclinó hacia delante. Ese cambio de posición empujó su pelvis, su erección, contra mis pies, al tiempo que me pellizcaba con fuerza el trasero. Además, noté que su aliento me calentaba de repente la nuca, cuando habló en voz baja—. Moriré feliz si no vuelvo a escuchar ese nombre. Ella no tiene nada que ver con este momento.

—Pero... —La protesta murió en mis labios cuando me posó los suyos en la nuca y comenzó a arañarme la piel con los dientes.

—Por el amor de Dios, Summer. Si quieres que me detenga, tienes que decírmelo ahora mismo.

«¿Decirle que se detuviera?». No podía. Arqueó las caderas hacia abajo, y mis pies se elevaron como si tuvieran vida propia al margen de mi cerebro, hasta rozar algo grande y duro.

—Sí... —siseó, sentándose. Alejó la boca de mi nuca y me bajó una mano por la espalda. Me deslizó la otra por el muslo hasta meterla por debajo de las

bragas. Por fin, ahuecó ambas sobre mis nalgas; aquel hombre se movía como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, y me tragué un gemido mientras me las apretaba, subiendo y bajando las manos, trazando pequeños círculos, hasta que se vio afectado el lugar entre mis piernas. El algodón de la prenda interior se tensó por el tamaño de sus manos provocando otra fricción más que se añadió a la miríada de emociones que amenazaba mi cordura en ese momento.

¿Cómo iba a recuperarme de eso? ¿Cómo iba a poder competir con eso otro hombre?

Entonces, él habló, de una forma brusca, apenas controlada, y yo perdí cualquier atisbo de razón que me quedara.

—Summer, ¿qué pasará cuando lleve las manos más abajo? ¿Cuando deslice los dedos entre tus piernas? —Sentí la presión cuando bajó una mano, provocándome, trazando una línea con los dedos sobre mi trasero y más allá..., casi allí. Esperaba que no esperara una respuesta a esa pregunta, porque no podía decir o pensar nada en ese momento—. Estoy a punto de descubrir con exactitud cuánto llevas queriendo sentir mi polla. —Gruñó la última palabra, y casi infarté bajo su contacto, ardiendo de deseo, gritando, moviendo las piernas debajo de él para incorporarme en la cama, presa del salvaje deseo de ponerme a cuatro patas, con el trasero en el aire, preparada para él, anhelándolo con todas mis fuerzas.

—No —me dijo, inmovilizándome, apretando las rodillas contra mis muslos mientras me mantenía en el lugar para impedir que me arqueara. Deslizó un dedo firme por la unión de mis nalgas y más abajo, entre las piernas, y lo oí maldecir. En el silencio del dormitorio, mi gemido se unió a su maldición—. ¿Te mojas así para los chicos del pueblo? —Jugó con la tela empapada de mis bragas mientras yo separaba los muslos. Me dio un poco de espacio y abrí las rodillas al tiempo que apretaba los pies contra su erección. Lo oí gemir, un profundo sonido de necesidad, lo que inflamó mi propio deseo y lo llevó más alto, haciéndolo más intenso. Mi sorpresa inicial había sido reemplazada por un martilleo constante en el cerebro de que me decía que debía tenerlo allí, en ese momento, o me moriría.

No me quitó las bragas ni me las arrancó; se limitó a moverse con movimientos lentos y pacientes, desde mi trasero a la zona más mojada, adelante y atrás mientras yo arqueaba las caderas más arriba, en el aire, con la cara enterrada en la sábana. Yo había perdido cualquier tipo de compostura mientras le rogaba que siguiera bajando, mientras le suplicaba más.

—Dios, Summer, necesito saborearte —susurró con la cabeza inclinada para mordisquearme con suavidad la nalga izquierda—. Quiero darte la vuelta y enterrar la cara entre tus piernas y follarte con la boca. Quiero que grites mi nombre mientras te corres contra mi boca, y devorarte mientras llegas al orgasmo.

—Entonces, hazlo —lo desafié—. Cállate y hazlo. —Era posible que le hubiera ordenado que se callara, pero había codiciado cada una de sus palabras, cada frase que me había dicho. Podía odiar a ese hombre hasta el punto de mandarlo al infierno, pero no tenía ninguna duda sobre que era un magnífico ejemplar masculino, que su cuerpo era un pecado, que su *sex appeal* resultaba irresistible. Y ahora estaba allí, en mi cama, acariciándome la piel. Una piel que llevaba mucho tiempo sin que nadie la tocara. Una piel que suplicaba más mientras una cruda necesidad me aceleraba el pulso.

—No puedo más... —Se le quebró la voz con esas palabras. Comenzó a mover los dedos frenéticamente sobre mis caderas, levantándomelas, mientras me rozaba las bragas empapadas. Y, de repente, estaba desnuda delante de él, inclinada hacia delante, con el aire del ventilador soplando sobre el lugar más sensible de mi cuerpo—. ¿Dónde tienes los condones? —preguntó con la voz ronca, y traté de pensar, sin conseguirlo. Los condones no habían sido una necesidad para mí, y, en ese momento, no podía pensar en nada más que en tirármelo.

—No..., por favor... Solo... Por favor...

Él no hizo preguntas; se limitó a bajarse los pantalones y empujar, desnudo y maravilloso, en mi interior. En ese momento, con ese envite, perdí cualquier hilo de control que pudiera quedarme y me hizo suya. Se estremeció gritando mi nombre al tiempo que se hundía con plenitud en mi interior, y esperé un buen rato.

—¿Estás bien? —preguntó con la voz tensa, como si tuviera dolor, con los dientes apretados... Y yo asentí, incapaz de formar frases, incapaz de hacer otra cosa que adorar a Cole Masten en un altar a partir de ese momento—. Genial —gimió—. Porque estoy a punto de desatar el infierno.

Estaba equivocado. No era el infierno, en absoluto. Era hermoso, el puto cielo. Sentir sus manos en las nalgas, sus rápidas embestidas apenas controladas, el ritmo perfecto y rápido que me impulsaba a un lugar en el que nunca había estado, y no solo en el sexo; una conclusión que me cogió por sorpresa y que me hizo tensarme, quedarme sin aliento y hundir los dedos en el

colchón mientras mi mundo explotaba, cielo e infierno. Me corrí, grité su nombre mientras lo hacía, y me rodeó con los brazos, apretándome contra su pecho. Dio los últimos empujes con la boca contra mi cuello, aferrándose los pechos con las manos por debajo de la camiseta.

Se retiró en el último momento, con rapidez, y rodó, llevándome de espaldas contra él. Noté su cálido y húmedo orgasmo en la espalda, y gimió mi nombre como si estuviera rompiéndose. Me di la vuelta sin ninguna razón, para sentarme a horcajadas sobre él empujando hacia abajo. Lo clavé en mi interior y me cubrió la boca con la suya al tiempo que me llenaba con su polla, exprimiendo los estertores finales del orgasmo. Me agarró, abrazándome, y me acerqué contra su duro pecho mientras jadeaba contra mi boca, en un beso desesperado, duro y lleno de anhelo. Movía las manos con una necesidad casi frenética, apretando, agarrando, deslizándose sobre mí mientras se recreaba en mi boca.

Él era el infierno. Pero su cuerpo, su polla y lo que me hacía eran el cielo. Y no estuve segura, cuando por fin renuncié a su boca y me aparté de él, de cómo iba a manejar eso. Me envolví en la sábana y miré al techo mientras miles de preguntas me bloqueaban la garganta. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué me había tocado? ¿Eso había sido algo más que el impulso básico de satisfacer las necesidades básicas? ¿Qué pensaba ahora de mí y cómo iba a cambiar eso nuestra relación?

Yo era una chica sureña. Todas nacíamos para ir al cielo. Incluso aunque ese fuera el último lugar al que podía ir.

Brad DeLuca lo iba a matar, estaba seguro. Cuando llegara allí, Brad le rodearía el cuello —el que tanto valoraba todo el mundo— con sus enormes manos y lo estrangularía.

Y Cole moriría con una sonrisa en los labios. Ese era el segundo hecho del que estaba seguro. Porque lo que acababa de suceder había conseguido que su anterior obsesión por Summer pareciera un simple enamoramiento adolescente. Lo que acababa de ocurrir era un cambio en el juego, uno por el que valdría la pena ir a la guillotina. Lo que acababa de ocurrir explicaba la curiosidad que había sentido por Summer, y la multiplicaba por diez. Estar dentro de ella había sido completamente diferente a estar con Nadia..., a estar con cualquier otra mujer. Levantó la vista hacia el techo mientras intentaba adivinar qué había hecho que fuera tan distinto. Intentó descubrir cómo era posible que alguien tan frustrante pudiera poseer un cuerpo que estuviera en perfecta sintonía con el suyo.

Summer se apartó de él y se sentó en la cama, con la gastada camiseta blanca subida por la espalda. Cole se estiró y se la bajó con cuidado, acariciándole la piel, aunque echó de menos el contacto cuando ella se apartó y se levantó.

—Esto ha sido un error. —Summer recogió las bragas, aquellas malditas bragas rojas, y se inclinó para ponérselas, haciendo que él clavara los ojos en su trasero, en el arco que formaba su espalda.

—Necesitas unas limpias. —Cogió los pantalones cortos, pues de repente se sentía desnudo en la cama—. Esas están un poco mojadas. —Sonrió, y ella pareció ignorar el chiste, pues se incorporó y se volvió hacia él, cruzando los brazos sobre sus preciosos pechos. De repente, Cole fue consciente del comentario que había obviado—. Y no ha sido un error.

—Sí, ha sido... —levantó las manos— una estupidez.

Él siguió su ejemplo; abandonó la cama y se acercó a ella, pero Summer movió las manos como si quisiera detenerlo, por lo que se frenó en seco.

—¿Esto es algo típico de ti? ¿Volverte loca después de follar?

Vio que ella se estremecía como si la hubieran abofeteado y deseó, al instante, haber mantenido la boca cerrada: era como si la conexión entre el cerebro y la boca se interrumpiera cuando ella estaba cerca. Quizá había

dejado que otros hablaran por él durante demasiado tiempo. O quizá ella era el tipo de mujer que volvía locos a los hombres.

—Yo no follo —repuso ella con una expresión ominosa. La fuerza que él adoraba y respetaba estaba tomando el control—. Y no estoy loca. Perdona que no quiera abrazar a mi coprotagonista después de esto.

—¿Coprotagonista? —Ignoró la punzada que sintió en el estómago. No podía aceptar el rechazo, no en ese momento, con lo de Nadia tan reciente. Quizá DeLuca tenía razón. Tal vez respetar esas reglas de celibato fuera importante para algo más que su reputación. O tal vez Summer tenía razón, y eso había sido un error—. Estás muy segura de ti misma, ¿no?

La miró mientras se acercaba a una cómoda blanca que estaba apoyada en la pared.

—¡Guau! Al parecer sí eres un gilipollas... —Summer abrió un cajón y se inclinó para coger unos pantalones cortos mientras él se preguntaba por qué estaba saliendo todo tan mal. Quizá necesitaba trabajar sus habilidades poscoitales. En realidad no había tenido necesidad de usarlas durante los seis años que había estado con Nadia. Y en las últimas experiencias desde su separación..., en fin, esas chicas habían estado demasiado interesadas en hacerse un *selfie* con él para mantener ninguna conversación. Y menos una conversación como esa.

—Summer...

Ella se subió los pantalones, pero sus pezones eran visibles a través de la gastada tela de la camiseta, y él los miró fijamente. Cuando ella lo pescó, notó que se le ponían rojas las mejillas. Summer se dio la vuelta y abrió otro cajón para sacar una camiseta.

—¿Me he perdido algo? —preguntó él, tratando de llegar a la raíz del problema—. ¿He hecho algo que te haya molestado?

—¡Estás casado! —Ella escupió las palabras mientras se pasaba la camiseta por la cabeza, y él se dio un último festín con sus pechos antes de que quedaran cubiertos por el brillante rosa de la camiseta del «Curso de 2002».

—Mi esposa también estaba casada cuando se tiró a medio Hollywood. —La respuesta fue dura y amarga, y Summer se volvió hacia él con una mirada tan furiosa que él supo, antes de que ella abriera la boca, que había malinterpretado sus palabras.

—¿Así funcionan los matrimonios en California? ¿Ella te engaña, así que tú la engañas y todos tan felices? ¿Vais a casa y coméis perdices?

De repente, ella no era la única enfadada en el dormitorio, y él se puso en pie con rapidez, tratando de controlar su ira.

—Jamás, desde que conocí a Nadia, besé a otra mujer, nunca me acosté con otra mujer. Al menos hasta que me envió los papeles del divorcio. Es posible que ella se comportara así, pero yo no lo hacía. —Se giró para mirarla—. ¿Te preocupa que esté casado? Pues te diré que estoy preparadísimo para dejar de estarlo. Y, créeme, mis actividades sexuales es lo último que le importa a mi esposa.

—Vale, lamento haberte molestado. Y también siento haber sacado conclusiones erróneas. Pero la cuestión es que sigues casado. Aunque me da la impresión de que saltas muy rápido de una esposa a otra. —Salió de la habitación descalza, en medio de un silencio tan profundo que dolía en los oídos, y anduvo hacia la cocina. Cuando sacó la cafetera, sus movimientos bruscos eran un fiel indicativo de que seguía cabreada a pesar de la disculpa. La miró llenar una jarra de agua y abrir y cerrar más alacenas en el proceso que parecía necesario para tomar una taza de café.

La siguió, tratando de encontrar las palabras adecuadas para cambiar la impresión equivocada que tenía de él.

—¿Buscar otra esposa? Nena, no es eso lo que...

—No soy tu «nena». —Sacó una taza verde lima y cerró la puerta de la alacena con tanta fuerza que la rompió, y quedó colgando de una bisagra. Ella miró el desastre fijamente, parpadeando con rapidez con los labios apretados —. Tú ni siquiera me gustas.

—Es que... —Cole sabía que estaba metiendo la pata cada vez que decía algo. Ella irradiaba tanta energía nerviosa que él dio un paso atrás y se llevó las manos a la cabeza. «Tú ni siquiera me gustas». Eso no dolía cuando venía de un extraño, de los críticos o de las fans que no conseguían un autógrafo firmado. Pero cuando venía de ella, era diferente. Le dolía. Le molestaba tanto que tenía que retroceder, porque necesitaba poner distancia entre ellos.

—Cole, vete, por favor —dijo ella con la voz entrecortada, haciendo que se le hundiera el corazón. Como un revoltijo de pesar rodando por la colina helada del desagrado. Ese era el problema de lo que acababan de hacer, porque no importaba lo maravilloso que hubiera sido: no había surgido sobre una base de amistad, compatibilidad o respeto. Había ocurrido entre dos personas que no se amaban.

Así que siguió los deseos de Summer, por primera vez desde el día que se

conocieron; se dio la vuelta, atravesó la pequeña sala de estar, salió por la puerta y bajó los escalones del porche.

En cuanto pisó la tierra del camino, empezó a correr. No le pasó desapercibido, mientras se alejaba de Summer y se acercaba a la casa, que las huidas parecían ser lo único que tenía dominado. Huyendo de cualquier cosa que le recordara su matrimonio con Nadia, había llegado a Quincy, un lugar que se suponía al margen de las tentaciones de Los Ángeles. Y ahora huía de la rubia que dejaba atrás, en aquella casa cálida y acogedora, de sus ojos, que parecían ver dentro de él. Y no le gustaba nada lo que ella veía.

Mi brillante futuro en Quincy había terminado en la cena del ensayo de la boda. Se había celebrado en Chart House, que, en el idioma de Quincy, significaba que había allí más dinero que cerebro. Pero la familia de Scott eran los Thompson, una de las sesenta y siete familias de la Coca-Cola, por lo que los eventos especiales requerían de cierta fanfarria, y la boda de su único hijo era uno de ellos. La cena de ensayo, junto con las demás facturas de la boda, las estaban pagando, discretamente, los Thompson. Tampoco era necesario que fueran demasiado discretos; todo el pueblo sabía que mamá y yo no teníamos nada y que ellos lo tenían todo, pero seguía siendo una de esas cosas de las que nadie hablaba.

Me había enterado de lo de Scott y Bobbi Jo dos noches antes de esa cena. Debí haberlo cancelado todo; tendría que haberme sentado con Scott como una adulta racional para romper con él. Pero yo no había sido racional, había querido darles una lección... a todos.

Todavía recordaba algunas noches la forma en la que se había arruinado la cena, el sonido de los pasos apresurados sobre los suelos de madera de Chart House, cómo huía todo el mundo hacia la salida. En ese momento, me había quedado en mi silla, con la copa de champán en la mano, sonriendo. Había brindado por mi futuro, o la falta de él, y me había tomado el sorbo final.

Pensé en ello mientras observaba, desde la ventana de la sala, a Cole Masten corriendo por el largo camino, sin vacilar. Y, a diferencia de Scott, no se volvió para mirar por encima del hombro.

Esta vez yo no sonreía. Y, si hubiera tenido champán, lo habría escupido.

—¿Y Summer? —Don Waschoniz levantó la mirada de la mesa del comedor, donde había extendido los papeles hasta ocultar la oscura madera de nogal.

—No va a venir —dijo Cole, respirando con dificultad con las manos apoyadas en las rodillas. Había corrido medio kilómetro desde la casa de Summer lo más rápido que había podido, por lo que el dolor en el pecho y los pulmones resultaba agradable, y apreciaba la tensión que notaba en los músculos.

—¿No va a venir? —Don se levantó al tiempo que se subía las gafas de lectura a la frente—. ¿Has ido a su casa?

Cole ignoró la pregunta mientras se acercaba a la nevera para abrirla. Miró las opciones que se extendían ante él y, pasando de la hora que era, cogió una cerveza. Fue al cuarto de baño y se encontró a Gallito en el borde de la bañera, aunque saltó al suelo cuando lo miró fijamente. Quizá era ya el momento de ponerlo fuera y construirle un gallinero. Ya no era un pollito, su cabeza le llegaba casi a la rodilla. Soltó un silbido y dio un paso atrás, seguido de Gallito. Se dio la vuelta y tropezó con Don.

—¿Por qué no va a venir Summer? —exigió Don—. Es necesario que vea estos cambios.

—¿Por qué? —repuso Cole bruscamente, sosteniendo la parte superior de la botella de cerveza contra el borde de la encimera del lavabo y abriéndola con un golpe seco.

—¿Por qué? —repitió Don—. Eres tú el que insiste en que esté aquí. Has sido tú el que me ha colado a una actriz sin experiencia en esta película.

—Me he equivocado. —Cole abrió la puerta de la cocina y apartó a Gallito antes de llevarse la cerveza a los labios para tomar un sorbo—. No es necesario que esté aquí.

—¿Estás seguro? —Don apoyó las manos en la barra, tratando de mirarlo a los ojos—. ¿Ha ocurrido algo? Porque si hay algún problema entre vosotros dos, es necesario que lo sepa. No puedo dirigiros bien si no os entiendo.

Cole se rio y luego dio otro trago.

—Vale, pues buena suerte con eso, Don. No creo que haya nadie que pueda entender a esa mujer.

—Entonces, sí tenemos un problema.

—No —aseguró Cole rotundamente—. No hay ningún problema. —Se terminó la cerveza y la dejó con un golpe en la encimera—. Pongámonos manos a la obra. Quiero terminar antes de que se oculte el sol.

Decir que no había ningún problema quizá fuera mentira. Sí había un problema entre Summer y él; lo único que pasaba era que no sabía de qué se trataba. «Tú ni siquiera me gustas». Su declaración se le había quedado grabada en la cabeza, un disco que se repetía sin cesar. Le daba la impresión de que le gustaba bastante, por la reacción de su cuerpo, por los sonidos que emitía, por sus gemidos..., pero había una gran diferencia entre que le gustaran sus caricias y que le gustara él como persona. Y ni siquiera sabía si quería gustarle. No le había facilitado precisamente las cosas para que eso ocurriera, había ocultado lo mejor de sí mismo detrás de un muro de hostilidad y sarcasmo. Por un lado estaba esta atracción que sentía por ella, y luego lo que ocurriría entre ellos si llegaba a gustarle, un hombre que no estaba en posición de empezar otra relación, que tenía que resolver su vida antes de encontrar a otra persona, un hombre que..., si le mostraba su verdadero yo y ella lo rechazaba, no podría recuperarse del desaire.

Don no dijo nada, y Cole se dio la vuelta para ir hacia el comedor, poniendo punto final a la conversación.

—Dime que soy idiota. —Me recliné en la mecedora y apoyé los pies en la barandilla, con una botella de cerveza en la mano a la que ya le había rascado la mitad de la etiqueta.

—No eres idiota. —Ben se estaba sentando en otra mecedora, a mi lado. Tomó un sorbo de agua y se ajustó las gafas sobre la nariz.

—Soy idiota. Soy... —Cerré los ojos—. Ni siquiera voy a repetirte lo que le dije. Es una vergüenza.

—Es Cole Masten, Summer. No te preocupes por eso. Estoy seguro de que ha escuchado cosas que tu inocente mente ni siquiera puede imaginar.

Fruncí el ceño y me llevé la cerveza a los labios. En ese momento, lo mejor para mí era tomar alcohol helado. El comentario de Ben no me hacía sentir mejor, sino peor. Como si yo fuera una de las miles de fans de Cole Masten, otra estúpida chica que había caído víctima de su descarnada sexualidad.

—¿Cuándo te vas? —Tomé otro sorbo mientras miraba hacia los campos, hacia la casa de Cole, donde su estúpida *pickup* roja estaba aparcada junto al coche alquilado de Don. Estaba deseando que empezara el rodaje y él pasara sus días en otro lugar, y no precisamente allí. Otra idea estúpida... Cuando empezara la filmación, estaríamos frente a frente, podríamos escupirnos palabras.

—Hasta la próxima semana, nada. Tu caravana llegará esta tarde. No te pases con las cervezas, y podremos ir allí dentro de unas horas.

Puse los ojos en blanco antes de terminar la botella. Luego me incliné y la dejé en la barandilla, junto a la primera que había vaciado. Me senté y coloqué las manos entre mis muslos al tiempo que cerraba los ojos. «Mi caravana» era un concepto extraño. Ben se había reído de mí cuando le pregunté si iba a tener una silla de estilo director con mi nombre en el respaldo. Al parecer, en el mundo real de Hollywood esas cosas no existían. Lo que había era caravanas, un lugar privado en el que podía cerrar la puerta y estar a solas en medio de la locura. Parecía un lugar solitario. Me hacía desear, por primera vez desde hacía una eternidad, tener una amiga, una que no fuera mi madre, a quien enseñárselo y junto a quien reírnos juntas dentro. Alguien con quien compartir esta experiencia. Alguien que no fuera un tipo gay

que iba a dejarme sola muy pronto.

—No cabe la posibilidad de que te quedes embarazada, ¿verdad? —dijo mirándome fijamente—. Eso sí te convertiría en una idiota.

—No —repuse con rapidez. Eso ya lo había arreglado. Había ido hasta Tallahassee para tomar allí la píldora del día después, no fuera a ser que encima se pusiera a hablar del tema la mitad del pueblo. No le había mencionado a Ben que también había comprado una caja de condones. Todavía tenía que asimilar yo misma no haberme resistido a ese impulso.

—Joder —maldijo Ben por lo bajo—. Quizá deberías tomar otra cerveza. —Lo miré con las cejas arqueadas—. Pareces deprimida —señaló.

—No estoy deprimida —gruñí, dándole la razón con mi actitud.

—Te has tirado a una estrella de Hollywood. Deberías montar una fiesta y presumir de eso en Twitter, no deprimirte. Y menos cuando lo has echado de tu casa como si fuera un don nadie.

Suspiré.

—Creo que no lo eché como si él fuera un don nadie, sino como si yo estuviera loca.

—No te ofendas, pero todas las mujeres estáis un poco locas.

Lo fulminé con la mirada.

—No te ofendas, pero todos los gays sois unos criticones.

—Lo reconozco. —Me sonrió, y no pude evitar devolverle la sonrisa. Apoyé la cabeza en el respaldo.

—En serio, Ben, ¿cuándo lo he lanzado todo por la borda?

—¿Cuando te tiraste a tu compañero de reparto? —Se rio al tiempo que se levantaba la parte inferior de la camiseta para abanicarse el pecho con ella—. Cariño, no podrías ser una más de Hollywood si no te hubieras tirado a una estrella en algún momento. No pasa nada. No dejes que afecte a tu rendimiento.

Mi rendimiento. Otro punto más que añadir a los que ya me estresaban. Y en cuanto a ser una más de Hollywood... Por lo que podía deducir hasta el momento, era de todo menos eso. Quería otra cerveza, pero ya empezaba a sentirme mareada. Alargué la mano y le pedí a Ben un sorbo de agua con un movimiento impaciente de los dedos. Me pasó su botella y tomé un gran trago antes de devolvérsela a regañadientes.

—No pasa nada... —repetí sus palabras, intentando encontrar consuelo en ellas.

—Eso. No puede afectar a tu rendimiento, nada más —insistió.

—Ya —murmuré. Menos mal que tenía que interpretar a una mujer a la que no le gustaba el personaje de Cole. Eso iba a resultarme fácil.

Cerré los ojos para intentar respirar con normalidad, para permitir que el estrés se desvaneciera en el aire caliente del verano. Sin embargo, daba igual lo mucho que intentara sacar la imagen de Cole de mi cabeza. Y no era el Cole que había visto a los pies de mi cama, con la mano extendida hacia mi tobillo. Era el hombre que me había mirado en la cocina con una mirada vulnerable y débil, con la voz entrecortada... Esa era la imagen que no podía olvidar. Y le había dicho que se largara. Había provocado una pelea, había gritado y había hecho todo lo que estaba en mi mano para que atravesara la puerta, porque, si no, habría cedido a mis impulsos y le habría dado un abrazo al pobre tipo.

Comprendía lo que se siente cuando te engañaban, la traición que se siente cuando te enteras. Sufres un tiovivo de altibajos cuando está en juego tu autoestima, cuando tratas de considerarte una persona válida. Sabía que la soledad te atormenta por la noche mientras lloras por un futuro que ha desaparecido en un instante.

Había besado a Tim Jeffries la noche después de saber lo de Scott. Nunca se lo había contado a nadie, ni a mamá, ni a Hope Lewis, la única amiga que me quedó después de la cena de ensayo. Había pensado en decírselo, pero luego su novio había recibido una oferta de trabajo en Atlanta, así que Hope se había marchado. Había besado a Tim Jeffries con el diamante corte princesa del anillo de pedida centelleando en el dedo desde su engarce de platino, y la mano sudorosa de Tim lo había rozado cuando me cogió la mía para apretarla contra la entrepierna de sus vaqueros. Habíamos estado sentados en el asiento delantero de su *pickup*, detrás del Circle K; la pausa que hizo para fumar se convirtió en algo ilícito, y mi parada en la estación de servicio acabó siendo un desastre. Me había enrollado con Tim en secundaria, pero había desaparecido después de una cita, así que cuando me sonrió de forma pícara y encantadora en el momento en el que yo me sentía débil y vulnerable y me preguntó si quería fumar..., le dije que sí, aunque yo no fumaba y él olía a problemas. Debía de haber percibido algo en mí, el olor de la desesperación, de la inseguridad. No estaba segura, pero supe que se sintió lo suficientemente audaz como para intentarlo y que yo me sentía lo bastante insegura como para aceptarlo.

Y, ahora, no podía evitar sentirme como si fuera Tim Jeffries —un chico

gordito al que utilicé porque estaba allí y luego deseché sin más—, y que Cole era yo, girando sin control, envenenado por el aguijón de la traición, camino de la cena de ensayo de su boda.

La escena en la cena llevaba tres años persiguiéndome. Pero la de Cole podía estallar discretamente, en un pequeño pueblo de Georgia, donde la única víctima sería el corazón de una chica sureña.

Firmé el maldito contrato cuando el rodaje estaba a punto de empezar. Scott y Cole lo habían revisado tres veces. Mi medio millón de dólares terminó siendo, en realidad, cuatrocientos mil dólares y un plus de cien mil dólares cuando la película alcanzara cierta cifra de recaudación. Scott me aseguró que se alcanzarían esas ganancias; aunque él no sabía nada de películas, Ben también me lo había dicho, y de Ben sí que me fiaba, así que estampé mi firma en el papel. No sabía nada de Cole, y no lo había visto en ninguno de los tres viajes que hice con Ben al *set* de rodaje, el aparcamiento del viejo supermercado que ahora estaba lleno de caravanas, puestos y tráileres vacíos. Todo el mundo llegaría la semana próxima. Sería entonces cuando comenzaría la locura.

Estaba preparada; quería que llegaran, que comenzara el rodaje. Porque cuanto antes ocurriera, antes pasaría todo. Entonces, podría coger mi dinero en el banco y dejar este lugar. Darle a mamá una parte, y comenzar en un lugar nuevo. Tenía veintinueve años; hacía mucho tiempo que había llegado la hora de que dejara atrás este viejo nido podrido.

Aparqué la camioneta en el exterior del *set* de rodaje, en un lugar donde ponía «REPARTO», y me recorrió cierta emoción. La monstruosidad roja de Cole estaba en la plaza que tenía reservada. Su nombre estaba escrito en el aparcamiento para que cualquier persona que tuviera algo en contra de él supiera perfectamente a dónde ir. Era estúpido... y muy egocéntrico. Cuando me bajé del vehículo, mis chanclas hicieron ruido contra el asfalto —lo habían asfaltado todo porque la gente de Hollywood no podía aparcar en un pavimento agrietado—, luego cerré la puerta y me metí mi móvil nuevo en el bolsillo trasero de los pantalones cortos.

—Bonito modelo, chica de campo.

Miré por encima del hombro. Cole salía de la caravana más cercana, la de Don, y bajó las escaleras vestido con una camisa blanca y un pantalón de pinzas. Los brillantes zapatos negros me deslumbraron cuando se acercó a mí.

Tragué saliva mientras bajaba la vista a mis pantalones cortos de color caqui y la blusa floja a los que había quitado las etiquetas esa misma mañana.

—Ben me dijo... He pensado que... —Era una reunión. Eso era. Para

reparar el calendario y presentarme a mi profesor de actuación. Ben me había prometido que mi ropa daba lo mismo, pero a pesar de ello había ido a comprar algo para la ocasión. Mi bien provista cuenta corriente hacía que pasara la tarjeta de crédito con facilidad por el datáfono de JC Jenny.

—No le hagas caso —dijo Don desde la puerta abierta—. Ha tenido una rueda de prensa y se ha visto obligado a ponerse mono. Deja que sude como el gilipollas que es. —Me hizo una señal con el brazo al tiempo que me brindaba una sonrisa amistosa—. Ven...

Cole se rio mientras se desabrochaba los gemelos de la manga.

—Tranquila, Summer, o alguien podría darse cuenta de que este no es tu sitio.

Lo ignoré, aunque mi brazo se rozó con el suyo mientras avanzaba hacia Don. Esboqué una sonrisa para el hombre que me había salvado.

—¿No funciona el aire acondicionado ahí dentro? —pregunté.

—Claro... —Mantuvo la puerta abierta—. ¿Estás preparada para la semana próxima?

Asentí al tiempo que subía a su caravana, que era muy diferente a la mía. La suya era una especie de despacho, con una sala de reuniones en un extremo, un escritorio para una secretaria y una oficina separada en el otro extremo. Ben ya me había enseñado el lugar donde se revisaban las imágenes a diario y se hacía el trabajo técnico. Había extendido la mano para tocar un botón y las cuatro personas presentes habían dado un salto para detenerme. Así que ahora, en la caravana de Don, mantuve las manos quietas para no meter la pata.

—Ve a la sala de reuniones —me indicó—. Pam y Dennis ya están allí. Te los presentaré.

Pam era quien llevaba las relaciones públicas; planificó el calendario para que entrenara las relaciones con los medios durante el rodaje. Sonreí, asentí y acepté todo lo que me pasaba, aunque era material suficiente para ahogar a un caballo. Cuando me presentaron a Dennis, me enteré de que sería mi profesor de actuación; él se levantó y me dio un fuerte abrazo. Me agarré a su cintura, y me sentí a gusto enseguida.

—Yo cuidaré de ti —me prometió.

—Los dos lo haremos —añadió Pam—. Considéranos parte de tu equipo. —Sonrió, haciéndome sentir diez veces mejor. Me informaron de que mi ayudante, Mary, llegaría el lunes. Volví a asentir otra vez mientras me preguntaba para qué demonios quería una ayudante.

Estaba de espaldas a la puerta cuando entró Cole, pero supe en qué momento exacto pisó la alfombra. Me clavé las uñas en los muslos, y asentí ante cualquier palabra que saliera de la boca de Pam, algo sobre YouTube y un tráiler. Todos mis sentidos estaban concentrados en el hombre que se acercaba. Cuando noté cierta presión en el respaldo de la silla, eché un vistazo por encima del hombro y vi sus manos sobre la parte de atrás, con los nudillos blancos al aferrarse al plástico.

«Sus manos apretadas en mi culo, sus rápidas embestidas apenas controladas, el ritmo rápido y perfecto que me llevaban al...».

—Perdón —dijo Cole educadamente—, pero necesito llevarme prestada a la señorita Jenkins.

—Claro, señor Masten. —Pam dejó en suspenso sus planes sobre YouTube y se levantó para recoger su material con rapidez. Dennis siguió su ejemplo, aunque su retirada fue más lenta, lo que hizo que el peso de Cole en la silla resultara más incómodo. Le dirigí una débil sonrisa mientras esperaba a que la puerta se cerrara a su espalda, antes de levantarme de la silla para alejarme de Cole.

—Tranquila, chica de campo. —Sonrió, sin moverse, todavía cargando su peso en el respaldo de mi silla.

—Deja de llamarme así. —Mantuve la voz baja, consciente de las paredes de papel de la caravana.

—Así que tú puedes llamarme «chico de ciudad», pero yo no puedo llamarte «chica de campo».

No dije nada. Era ridículo intentar tener una conversación lógica con ese hombre.

—¿Estás preparada para la semana que viene?

Busqué sus ojos.

—Claro que sí. —Por supuesto que no lo estaba. Nunca estaría preparada para enfrentarme a él delante de una cámara.

—Sabes que no vamos a filmar en orden cronológico. —La declaración fue dicha en un tono neutro, sin considerarme imbécil. Yo cambié el peso de pie y agarré las páginas de Pam con las manos sudorosas.

—No, no lo sabía. —Pero tenía sentido. Recordaba algo que me había dicho Ben cuando lo ayudaba con las localizaciones. Por supuesto, filmaban todas las escenas en una localización seguidas. Tenía sentido.

—Hoy estamos organizando el calendario de rodaje. Te lo enviaré por

mensajero esta noche.

—Gracias. —Me froté los brazos desnudos; de repente, hacía frío en la habitación. El aire acondicionado funcionaba bien.

—Gallito ha tratado de cantar esta mañana. —Su voz era tímida, pero tenía una nota de orgullo.

—¿Quién?

—Gallito. Es el nombre que le puse a nuestro gallo.

«Nuestro...». Eso fue un golpe fuerte en algún lugar extraño de mi corazón.

—Es tuyo... —le espeté—. Te lo regalé. —«Gallito». Le habría preguntado quién le pone nombre a un gallo, pero yo había bautizado a cada uno de los que tenían los Holden. De hecho, la madre de Gallito se llamaba Matilda, aunque yo fuera la única persona que la llamaba así.

—Estaba en la cocina cuando lo oí en el patio. Pensaba que estaba herido, o que lo estaban atacando. Él... —Hizo una especie de gesto con las manos, y me reí a mi pesar.

—Lo sé —sonreí—. Los he visto cuando aprenden. Les lleva algo de tiempo.

—Ha sido patético —admitió él, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón del traje—. He sentido vergüenza ajena.

—Aprenderá —aseguré—. Y lo hará a todas horas. Lo del amanecer solo pasa en las películas.

—Hay que adorar a Hollywood, ¿verdad? —bromeó sonriente.

Me tragué la sonrisa. Tenía que apagar el calor que corría por mis venas en ese momento..., era algo peligroso. ¿Y qué debía hacer con el guapísimo hombre que me sonreía como si fuera suya? Era mi perdición, envuelto en un traje caro y gemelos. Podía oler mi ruina en su colonia y en su encanto. Y eso era lo que estaba haciendo. Utilizando sus dones, y usando todo el arsenal para hacerlo, incluido al pequeño Gallito. La cuestión era ¿por qué? ¿Por qué desplegar ahora todo su encanto? ¿O eso era su magnetismo normal, el que demostraba cuando dejaba de ser un gilipollas, sin ningún esfuerzo por su parte? Estudié su sonrisa, tratando de entenderla.

—¿Me necesitas para algo?

Tosió al tiempo que bajaba la vista.

—No. Eso es todo. Te puedo llevar el plan de rodaje yo mismo, si lo prefieres...

—No.

Dejó caer los hombros.

—Vale. Pues nos vemos el lunes. Consulta el horario para saber dónde empezaremos. Estoy seguro de que tu ayudante te echará una mano para encontrar el sitio.

—Conozco todas las ubicaciones, pero te agradezco la preocupación, Masten —dije con frialdad. Él dio un paso adelante, entrando en mi espacio personal, para mirarme a los ojos con una expresión sombría.

—¿Estás bien? —preguntó. Intenté alejarme, pero choqué contra la mesa.

—Mantente fuera de mi camino, y estaré bien —espeté.

Soltó una carcajada al tiempo que negaba con la cabeza.

—Yo no persigo a nadie, Summer. Me canso muy rápido.

—Esto no es un juego —dije con más fuerza de la que quería, y me miró a los ojos—. No digo una cosa cuando quiero otra. Mantente alejado de mí.

Me miró durante un buen rato antes de negar con la cabeza.

—Me he equivocado contigo. —Dio dos pasos hacia la puerta muy despacio, y supe, antes de que se volviera hacia mí mientras abría la puerta, que tendría un golpe final como despedida—. Eres una actriz pésima.

No se me ocurrió ninguna respuesta, me quedé en blanco. Observé cómo se cerraba la puerta blanca y sentí una oleada de náuseas.

Se equivocaba en una cosa: yo no estaba actuando, sino que decía la verdad; esto no era un juego para mí. Las apuestas eran muy altas, y no conocía las reglas lo suficiente como para jugar. Pero también tenía razón en algo: era una actriz pésima. Él solo tenía que mirarme a los ojos y escarbar entre mis mentiras para darse cuenta de lo mucho que lo deseaba.

61

Pensaba que el *set* de rodaje era interesante, pero luego llegó el domingo. El domingo previo al inicio del rodaje. No lo esperaba; de hecho, estaba en la iglesia cuando llegaron: el elenco, el equipo, todos los demás... Eran cientos de personas. Después de almorzar por cortesía de la iglesia bautista, me acerqué por allí. Observé el enjambre de cuerpos que llenaban los espacios vacíos entre las caravanas; todo el mundo estaba ocupado, trabajando. Ben me encontró y se aferró a mí, presentándome a actores y actrices cuyo nombre conocía de sobra. Eran los secundarios, los que apoyarían el trabajo que haríamos Cole y yo. Una situación surrealista. Yo sonreí y les di la mano, luchando contra el impulso de pedir autógrafos, sonriendo a modo de disculpa a aquellos de los que Ben me apartaba.

Aquello era un circo, un circo lujoso, eso sí. El aire estaba cargado de importancia y dinero, todos los artículos que se abrían eran caros y complejos, cada nuevo cuerpo que salía de los vehículos estaba repleto de arrogancia y energía. Busqué un rincón y me apoyé contra la pared. Dejé que fuera Ben quien se ocupara de todo, mientras yo observaba. Devorando lo que ocurría. Estaba tan aterrorizada como emocionada.

«Es mi dinero; creo que sé en qué quiero gastarlo».

Era una línea complicada. La leí tres veces, tropezando mentalmente en las vocales fáciles, luego levanté la cabeza y miré a Dennis.

Él me dirigió una sonrisa alentadora.

—«Es mi dinero; creo que sé en qué quiero gastarlo» —leí.

—Pareces concentrada.

Respiré hondo.

—Es que estoy concentrada. Esa frase es una carrera de obstáculos de palabras. ¿Por qué no puede limitarse a decir: «Pienso gastarme mi dinero como me salga del culo, ¿vale?»?

—No es necesario que te ciñas al guion, pero tampoco puedes alejarte demasiado de las líneas o puedes confundir a otros actores. Recuerda que pueden estar esperando determinadas palabras para decir su diálogo. Por ejemplo, si el señor Masten no dice la línea que tú esperas, podrías perderte.

¡Genial! Otra cosa más que tener en cuenta. Tiré el guion y me eché hacia delante para frotarme las sienes.

—¿Quieres que le diga a Mary que llame a la masajista? —Detrás de él, mi ayudante se puso en pie y dio un paso adelante, con la libreta y el bolígrafo listos.

—¿Qué? —pregunté a Dennis—. ¿Es una broma?

—No, pareces agobiada.

—Estoy bien. —Una masajista... Nunca me habían dado un masaje. Y en medio de una clase de interpretación me parecía un momento extraño en el que comenzar. Mary se desinfló como si estuviera decepcionada, y volvió a sentarse.

No sé qué esperaba de una ayudante, pero desde luego no a aquella morena tímida con expresión severa. Me había imaginado quizá a una chica con arranque, llena de tatuajes, en la que pudiera apoyarme en los momentos de estrés y me enseñara los secretos del *set*. Si quisiera apoyarme en Mary, seguramente me entregaría una caja de pañuelos de papel y una novela de autoayuda sobre ser independiente. Una chica con un dispensador de Post-It

prendido en el cinturón no era una buena candidata a amiga.

—Bueno, repitamos la línea unas cuantas veces más; luego podremos seguir.

—Dennis se inclinó hacia delante al tiempo que asentía con la cabeza.

Yo no discutí la velocidad a la que íbamos; si me ponía a discutir cada palabra, cada matiz... nunca llegaríamos al final del guion. Tragué saliva y me recliné con la vista clavada en las hojas, en la maldita frase cuyas palabras confundían mi mente.

«Es mi dinero; creo que sé en qué quiero gastarlo».

Me humedecí los labios y la dije.

—Es mi dinero; creo que sé en qué quiero gastarlo. —Me puse las manos en las caderas, sobre la falda de *tweed*, cuya parte posterior, oculta a la cámara, estaba ajustada con pinzas.

—Cariño —dijo Cole arrastrando las palabras mientras se llevaba un vaso a los labios. El hielo tintineó cuando inclinó el vaso—. No quieres invertirlo en refrescos. Deja que los chicos te busquen un buen depósito para ese dinero. O bonos. Los bonos son una salida excelente para tu herencia.

Apreté los labios: lo único en lo que tenía que pensar para encenderme era en la forma en la que Cole había huido de mi porche.

—No me hables así. Si quiero liar mi dinero y fumármelo como si fueran puros, lo haré. Creo en este producto igual que usted o el señor Eggleston, o que cualquiera de los demás inversores. Quiero ser una más.

Me incliné, y los zapatos planos que llevaba se quedaron pegados ligeramente al suelo mientras cogía el maletín. Lo puse encima del escritorio y abrí los cierres.

«Hasta ahora, bien».

Era la decimotercera toma y estaba sudando debajo de la falda. Don había subido el termostato, pues quería que las sensaciones fueran auténticas, por lo que tenía el pelo mojado por el sudor. Estábamos en uno de los *sets* de rodaje que se habían creado en el viejo supermercado, en concreto el despacho de Royce Mitchell, un espacio con corrientes de aire, suelos de madera, un gran escritorio —detrás del que estaba sentado Cole— y un sillón de cuero en el que se reclinaba. Yo estaba de pie delante de él, con tres cámaras filmándome. Cole ya había clavado sus diálogos, por lo que las repeticiones eran todas por mi culpa, porque mi actuación no satisfacía a Don o a Cole por una razón u otra, y cada nueva crítica era recibida con reticencia por mi ya inestable confianza. Abrí la tapa del maletín, dispuesta a coger el montón de billetes y arrojarlos sobre el escritorio. Extendí la mano y me quedé paralizada. No pude evitar abrir mucho los ojos al ver el contenido.

¡Condomes! ¡Cientos de condones! El primero que captó mi atención anunciaba «¡SABOR A LIMÓN!», con una letra grande, orgullosa. Hundí la mano en el montón de envoltorios metálicos y encontré el dinero. Lo saqué y lo

lancé sobre el escritorio, buscando a Cole, que me sonrió con satisfacción antes de inclinarse para recoger el dinero.

—A algunos de los inversionistas no les hace gracia que participe una mujer, señorita Pinkerton. —Cole se lo estaba pasando pipa con la historia de los condones; reprimía una sonrisa, pero no podía ocultar la diversión que asomaba a sus ojos. Bajé la vista y vi que un preservativo verde y llamativo había caído del maletín durante mi dramático gesto. Lo dejé en el escritorio y cerré la tapa, rezando para que la cámara no lo hubiera captado.

—¿Y cuál es tu opinión? —Casi gruñí las palabras mientras en mi mente se formaba un plan detallado, uno que involucraba mis manos alrededor de su cuello en cuanto el ayudante de dirección gritara «¡Corten!».

Se encogió de hombros y abrió el cajón del escritorio para dejar allí el dinero.

—Adoro a las mujeres, pero eso, una vez más, ya lo sabe, ¿verdad, señorita Pinkerton?

Eso estaba fuera del guion, muy, muy fuera del guion, y me puse rígida, apretando con los dedos el asa del maletín.

—No sé a qué se refiere, señor Mitchell. —Lo fulminé con la mirada, y noté el cambio que se producía en el *set*. No sabía qué hacer. Podía seguirle la corriente en aquella improvisación, o bien girarme hacia Don y preguntarle qué coño pasaba. Vi a Dennis por un lado del *set*, y me hizo un gesto con la mano para que siguiera adelante. Miré de nuevo a Cole, que cerró el cajón y, dejando el vaso en el escritorio, se levantó.

La habitación, en donde antes hacía calor, parecía el infierno; la iluminación estaba a tope en todos lados, las treinta personas que había allí trabajando contribuían también a incrementar la presión: demasiados ojos observando ese terrible momento. Sentí, por un horrible segundo, que me desmayaba. Habían sido demasiadas tomas, demasiada intensidad, y todavía sujetaba un condón mientras Cole se acercaba, rodeando el escritorio. No sabía lo que me iba a decir, no tenía ni idea de cómo reaccionaría Ida Pinkerton —menudo nombre más horrible—, y, de repente, él estaba allí, con la mano extendida, recorriendo el borde almidonado de mi blusa blanda, acariciando la curva de mi...

Le di una bofetada que resonó con tanta fuerza como el chasquido de un látigo en la tranquila habitación. Treinta personas percibieron el sonido de la palma de mi mano mientras contenían el aire colectivamente.

—No te atrevas a tocarme —le advertí, clavándole un dedo en el pecho. Fue un error: los músculos del torso de Cole eran duros y firmes, y me hizo pensar en mi boca cubriendo la suya, en sus manos agarrándome, estrechándome contra su pecho... No debí haberme dado la vuelta, no debí haber hecho ese último movimiento para hundirlo en mi interior, con mis labios pegados a los suyos. Aquello hizo que ese momento, ese error, se volviera todavía más personal.

Dio un paso atrás con la mejilla roja por mi bofetón, y yo cerré el puño con la palma dolorida.

—Lo siento, chica de campo —dijo, en voz tan baja que tuve que esforzarme para escucharlo—. Pensaba que te gustaba que te tocara. —Me lanzó una sonrisa tan arrogante que me hormiguearon los dedos por la necesidad de volver a pegarle. Había tenido suerte de que le hubiera dado solo una bofetada.

—¡Corten! —gritó Don, interponiéndose de repente entre nosotros, con una mano sobre el pecho de Cole y otra mano en mi brazo—. ¿Qué ha sido eso? —El comentario estaba dirigido a los dos, y yo me solté, tirando de mi brazo.

—Pregúntale a tu chico de oro —repuse señalando a Cole con la cabeza—. Me ha llenado el maletín de condones.

—¡Oh, lo siento! —se burló—. ¿Demasiado atrevido para ti, mi belleza sureña? —Se rio mirando a otro lado—. ¡Dios, Summer, es una broma! Considéralo una novatada.

—Una broma muy cara —dijo Don, mirando a Cole con dureza—. No te olvides de que eres tú quien paga las facturas de cada toma.

—Ha valido la pena por ver su cara. Summer, ¿es que no habías visto un condón antes?

Yo odiaba que no hubiéramos usado un preservativo, odiaba haberlo dejado penetrarme sin ninguna barrera. No era por la posibilidad de quedarme embarazada..., ¿con cuántas mujeres habría estado él? Y decía muy poco de mí el hecho de que pensar en la protección fuera lo último que me preocupara. Había pasado demasiado tiempo desde que me habían tocado, mis únicas experiencias sexuales antes de él habían sido con Scott, y nunca habíamos usado nada. El momento en el que había hundido la mano en la montaña de preservativos ante las cámaras para coger el dinero había sido la primera vez que había tocado una de esas malditas cosas, pues los que había comprado recientemente seguían dentro de la caja. Pero antes muerta que dejar que Cole

lo supiera. Me quedé mirando su nariz perfecta y me la imaginé rompiéndose bajo mi puño.

Don soltó un suspiro apenas controlado, seguido de una maldición.

—Ya basta... Y va por los dos. No estoy aquí para hacer de árbitro. Summer, pasa por maquillaje y peluquería para refrescarte un poco. Luego rodaremos la escena doce de nuevo. Cole, tú estás libre durante un rato. Jack te enviará un nuevo horario dentro de quince minutos.

Moví los ojos de la nariz intacta de Cole a sus ojos, que estaban clavados en los míos. Percibí por el rabillo del ojo su sonrisa. La odiaba. Odiaba lo fácilmente que se desenvolvía en este ambiente. Odiaba la confianza que rezumaba.

Odiaba, sobre todo, que quisiera que volviera a ponerme la mano encima, que la rozara contra mi blusa hasta deslizarse por debajo de la cintura. Quería que me sentara en el escritorio, que me subiera la falda y que descubriera que las medias me llegaban solo a la mitad del muslo. Odiaba que, justo allí, con Don entre nosotros, estuviera empapada por él. Y me aterrorizaba que él lo descubriera.

—Summer —me dijo Don, tocándome el brazo—. Ve a peluquería y maquillaje.

Miré a Don y sonreí.

—Por supuesto. Gracias, Don.

Me alejé de ellos y me dirigí hacia la salida. La multitud se separó ante mí sin decir una palabra.

Cole estaba sentado en una sala de proyección, con las zapatillas deportivas apoyadas contra el borde de la mesa de mezclas, una costosa colección de botones y controles deslizantes que se extendían ante él, debajo de las tres pantallas. En cada monitor, alguien visionaba un vídeo distinto, viendo el rostro de Summer desde ángulos diferentes.

—¿Lo hemos conseguido o no? —Cole torció el cuello y miró el reloj. Las once y cuarto de la noche. Buscó con la mirada al asistente de producción más cercano antes de chasquear los dedos. —Busca un camión de *catering* y consígueme un sándwich de jamón y queso con pan integral de trigo.

—Los camiones de *catering* cierran a las diez —le informó Don, mientras miraba un carrete.

—Entonces, ve a buscarlo a otro lugar —espetó Cole—. ¿Por qué demonios han cerrado tan pronto?

—Mira a tu alrededor. Se ha ido todo el mundo. —Don miró al asistente de producción—. Ignóralo, no pasa nada.

—¡Joder! —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de dinero—. Un sándwich. Consigue uno o hazlo, me importa una mierda. Y una Pepsi.

—Coca-Cola —lo corrigió Don.

—Vale. Lo que sea. ¿Alguien más quiere algo? —Cole miró a los demás ocupantes de la sala, todos ellos mezcladores de sonido y vídeo. Nadie dijo nada, así que le tendió el dinero al ayudante. Luego dejó caer las piernas y se echó hacia delante—. A ver, dime, ¿lo hemos conseguido?

—Creo que sí, a pesar de tus *esfuerzos*.

—Necesitaba que la cabreara un poco; estaba demasiado tensa. —Cole sonrió al recordar el rostro de Summer, cómo había abierto los ojos, la forma en la que lo había fulminado desde el otro lado de la habitación. Seguramente no debió haberla provocado, pero ella había manejado bien la situación, sin detenerse ni reaccionar. Había sido una especie de prueba, pero también pura diversión. Desde que habían follado, Summer había estado ignorándolo con mayor o menor éxito. Y su actitud era más indiferente a medida que pasaba el tiempo. Necesitaba su fuego, su concentración, esa chispa que parecía crecer cuanto más se cabreaban. Así que había encendido una cerilla. Y había

disfrutado del resultado.

Don murmuró algo en respuesta, apretó un botón, y el clip se reprodujo desde el principio: más de una docena de tomas alternadas entre Cole y Summer recién montadas. Menos de un minuto de grabación, y quedaba borrada la improvisación de Cole.

—Es bueno —dijo Cole, asintiendo, con los ojos clavados en la cara de Summer, que tenía el desafío grabado en todos sus rasgos. Su belleza cambiaba cuando se enfadaba. Lo que era solo otra razón más para apretarle las tuercas.

—Estoy de acuerdo —dijo Don.

—¿Quieres enseñarle lo otro? —intervino uno de los mezcladores, que se encontraba algo más allá.

Don se pasó la mano por la nuca y no dijo nada.

—¿El qué? —preguntó Cole, mirando al director—. ¿Don? —lo presionó.

—Vale —repuso Don secamente—. Pásalo. —Se llevó las manos a la cara y se frotó la frente.

Cole miró la pantalla, donde empezaba a reproducirse un nuevo clip. Era el de la broma. Cuando se levantaba y se acercaba a Summer. Alguien había montado las escenas, agrupando los ángulos de la cámara para condensar el momento en una toma concisa y fluida. Cambió de postura en el asiento al observar cómo su mano se movía sobre la blusa de Summer. Vio en alta definición cómo ella tragaba saliva, vio el rubor de sus mejillas y el ligero movimiento de su espalda cuando ella, justo antes de abofetearlo, se arqueó ante su contacto. Había pasado por alto un centenar de detalles, pues tenía la mente centrada en otra cosa, en la ardiente necesidad de arrancarle el botón blanco, en explorar la piel que había debajo. Entonces ella le golpeó, con una violencia que quedaba más pronunciada en la pantalla. Cole vio cómo se le oscurecían los ojos y se echaba hacia delante... Al ver sus propios ojos en la pantalla, vio lo que cualquiera percibiría: lujuria. Cruda lujuria animal. El clip llegó al final y la sala quedó a oscuras un instante antes de que se encendiera la siguiente pantalla.

—¿Y bien? —preguntó Don en voz baja.

—¿Cuál es el propósito de ese montaje? —dijo Cole, mirándolo.

—Es sexy —dijo uno de aquellos chicos demasiado bien pagados, girándose en su silla para mirarlo—. Me he excitado viéndolo, señor Masten. Es decir, lo otro es bueno, pero esto tiene emoción, es ardiente, sexy. Parecen a punto de

hacerlo sobre el escritorio. —Miró a Cole a través de las gafas de montura de pasta como si eso significara algo.

—Tiene razón. —Don se echó hacia atrás en la silla y miró al techo—. Odio decirlo, pero tiene razón. El otro clip parece muy ñoño al lado de este.

—¿De este? —escupió Cole, señalando la imagen congelada de Summer y sus mejillas rojas—. No puedes usarlo. Es muy...

—¿Auténtico? —preguntó Don, girándose hacia él.

—No —repuso Cole con rapidez—. No se trata de eso. Solo que no veo cómo encaja en la trama.

—Ida y Royce se odian —le recordó Don—. Eso está ahí. Demonios, era de verdad. Pero si usamos ese odio... y lo convertimos en tensión sexual... —Miró a Cole—. Podría ser un plus para la película. Y atraería a las espectadoras, a las que, en este momento, la película no ofrece ningún aliciente, salvo ver tu cara bonita.

—Ella no va a querer —aseguró Cole.

—¿Y qué más nos da? —repuso Don, riéndose—. ¡No necesitamos que apruebe el guion!

—Lo odiará. —Cole miró la pantalla—. Ponlo de nuevo.

—Tampoco es que me emocione la idea, Cole, pero cuanto más lo pienso...

—Cole golpeó el brazo de la silla con los dedos.

—Vuelve a ponerlo —repitió Cole, recostándose en la silla con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos clavados en su cara.

Presionaron el botón para poner el clip desde el principio.

El técnico tenía razón. Era sexy. Y Don también acertaba: un elemento romántico, o simplemente una tensión sexual entre Ida y Royce atraería al público femenino.

Summer lo odiaría. Pero Don también tenía razón en eso: Summer no tendría elección. Tendría que hacer lo que le dijeran. Y eso, a pesar de las ramificaciones morales que debería haber sentido, le hizo sonreír.

Cuando terminó el clip, Cole se echó hacia delante y se volvió hacia Don. Los ojos del director eran prudentes.

—Lo haremos —concluyó Cole—. Llama a los guionistas. Los quiero aquí ahora mismo.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó mi madre desde su habitación con voz somnolienta.

—Bien —repuse bajito, asomando la cabeza por la puerta—. Largo, pero bien. Lo he hecho bien.

—Claro que sí —murmuró, dándose la vuelta en la cama—. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Apagué la luz del pasillo y su figura se volvió invisible, fundida con las sombras negras que inundaron la habitación. Regresé a la sala y me dejé caer en el sofá, y luego tiré de la manta que había en el respaldo para taparme con ella.

El día no había ido bien. Había sido estresante, largo, con mucho calor, horrible... Había pensado que iba a poder trabajar con él. Había creído que podría escupir los diálogos, centrarme en el personaje y estar bien. Había estado convencida de que, como el rodaje era en Georgia, estábamos en mi terreno. No me había dado cuenta de lo extraño que me resultaría ese mundo. Desconocía todos aquellos términos que se intercambiaban sin esfuerzo entre cientos de desconocidos, sin intentar facilitar las cosas a la chica nueva. Los sureños que habían llegado de Atlanta pertenecían todos a la industria del cine, por lo que se movían por el plató con facilidad, siguiendo las reglas, ocupando sus lugares sin vacilar. Yo era la chica extraña que parecía idiota. «¿Qué pinta esa chica aquí?». Estaba claro como el agua. A la hora de la comida, había desaparecido toda la confianza que tenía en mí misma. Por la tarde, ya había agotado todas las palabras de autoayuda. Y cuando Cole Masten me puso los condones en el maletín, mis defensas se habían derrumbado por completo. Echaba la culpa de esa fatiga a la debilidad que había sentido cuando él rodeó el escritorio y me tocó.

Después de eso, camino a maquillaje y peluquería, me había escapado de Mary y me había encerrado en un cuarto de baño. Llamé a Ben y le dejé un lloroso mensaje en el buzón de voz. Esa misma mañana se había subido a un avión rumbo a Vancouver para su próximo trabajo. Le había rogado que se quedara una semana más. Le había ofrecido dinero, comida, vía libre para utilizar mi maquillaje..., pero había tenido que irse. A las siete de la mañana, antes de que me empujara en dirección al *set* de rodaje, nos habíamos

abrazado delante del *Bed & Breakfast* de Ethel Raine. Media hora después de haber grabado aquel lastimoso mensaje, recibí su respuesta:

«Estoy en el aire. Sé fuerte. ¿Dónde se ha metido la Summer que conozco?».

Había sonreído al leer las frases. Me sequé los ojos antes de que el maquillador me matara mientras reflexionaba. Ben tenía razón. Todas aquellas miradas de reojo y susurros podían irse a la mierda. Si Cole y Don me habían contratado, era por algo. Aprendería todo lo que necesitaba. Mientras tanto, no podía mostrar ninguna debilidad, a ninguno de ellos, pero en especial a Cole. Era fuerte. Era mejor que él.

En el momento en que abandoné la silla de maquillaje, estaba preparada para la batalla. Y en ese momento, cinco horas más tarde, estaba exhausta.

Al día siguiente, todo iría mejor. Lo sabía. El primer día era siempre el más duro.

Me estiré para frotarme los ojos, pero no llegué a tocarme la cara antes de quedarme dormida.

—Summer tuvo suerte de haber podido reunir a seis damas de honor. En realidad, esas chicas solo accedieron por Scott. ¡Unas santas! Para que luego Summer vaya y haga eso. Basura blanca, eso es lo que es. Se lo avisé a Bridget. Le aconsejé que no se juntara con esa chica. Pero mi hija es demasiado buena, siempre lo ha sido. Y mira quién tenía razón.

—¿Bridget es su hija?

—Oh, sí... Ahora es Bridget Anderson. Se ha casado con un médico. Le daré su tarjeta por si alguna vez tiene problemas con los pies.

Lo primero que vi en mi segundo día en el *set* de rodaje fue el gallo de Cole. Estaba tan campante en un trozo de hierba rodeado por una valla que no había estado allí el día anterior. Salí de la camioneta, cerré la puerta con un golpe de cadera y me acerqué al cercado. Pat y Gus, de Construcciones Colton, estaban allí, levantando lo que parecía ser un tonel.

—Hola, Summer —me saludó Pat. Gus levantó la vista para hacer lo propio.

—Hola, chicos. —Miré fijamente su creación; la hierba todavía estaba en piezas cuadradas de césped—. ¿Estáis clavándola al cemento?

—Sí. Empezamos a las siete. El *sheriff* Pratt ha aparecido ya para ver qué provocaba tanto ruido.

—Ya me supongo. —Pasé las piernas por encima de la valla y me incliné. El gallo apareció de repente a mi lado para picotear los abalorios del bolso que llevaba colgado del brazo—. No hagas eso —le advertí, antes de pasarle una mano por el lomo. Estaba más grande; la cresta roja se había desarrollado, tenía una mirada vivaz y orgullosa mientras intentaba picarme la rodilla, pero lo mantuve a raya.

—Es un animal dócil —comentó Pat, encendiendo el taladro para ajustar un tornillo.

—Debería... —se burló Gus—. He oído que Cole Masten lo tiene en casa.

—¿Dónde has oído eso? —pregunté arqueando las cejas.

—Por ahí. Lo ha traído esta mañana en esa *pickup* roja que se ha comprado. Dentro de la cabina —aclaró.

—Los Kirkland van a flipar —aseguró Pat.

—¿Estáis construyendo un gallinero? —Señalé la forma a medio hacer en medio del cercado.

—Sí. Le advertimos de que este pájaro saltaría esa pequeña cerca, así que nos ha dicho que cubramos todo con malla metálica para gallinas.

—¿Todo? —Miré el trozo de césped, que ocupaba tres plazas de aparcamiento. Valiosas plazas de aparcamiento perdidas en un lugar tan lleno de gente como los Walmart en *Black Friday*.

—Sí. —La mirada que intercambiaron los dos hombres me indicó claramente su opinión sobre Cole Masten, y me reí mientras le daba al gallo

una palmadita final antes de levantarme.

—Tengo que marcharme. —Les dije adiós con la mano y volví a saltar la valla mientras el animal cacareaba hacia mí.

Sonreía para mis adentros cuando entré en el aparcamiento. Me interné entre un apretado grupo de caravanas que se alineaban junto a la mía, la cual estaba situada en mitad del solar y encajada entre una de sonido y un camión de café. Frente a este había una larga cola que pasaba por delante de mi puerta. Cuando entré, Mary ya estaba dentro, y levantó la cabeza para brindarme una educada sonrisa.

—Buenos días —la saludé alegremente. Mi propósito para ese día era ser feliz y fuerte. Mi segunda resolución era evitar todo aquello que pudiera afectar a esa idea. En concreto, a Cole. El día anterior había recibido la agenda para las escenas del día, y ninguna de ellas involucraba a Cole, así que tenía por delante un brillante futuro.

—Buenos días. Voy a pedirte el desayuno, ¿qué te gustaría tomar?

—¿El desayuno? —Dejé caer el bolso al suelo y me acerqué a la mesa, recordando las galletas que había cubierto de jalea, con las que me había atragantado mientras conducía—. ¿Qué hay?

—Pueden hacerte lo que quieras. —Empuñó el bolígrafo de plata sobre el omnipresente cuaderno y esperó.

—Mmm..., supongo que una tortilla francesa. Con jamón, pimiento y queso, además de copos de avena y beicon, por favor.

No movió el bolígrafo, así que esperé yo. Al final, apartó la vista de mí para clavarla en la página.

—Vale. Tortilla de jamón, queso y pimiento con copos de avena y beicon. ¿Qué quieres beber?

—Leche. Entera si la hay.

Hizo un garabato en la página, luego levantó la vista y me entregó una carpeta.

—He añadido los nuevos guiones y el calendario actualizado de rodaje. Si hay algún imprevisto más, te lo iré trayendo.

—¿«Los nuevos guiones»? —pregunté.

—Son los guiones de las escenas de hoy. Hay alguna nueva escena, por lo que he supuesto que querrás revisarla antes de que llegue la hora de rodarlas.

—«Nuevas escenas. Nuevos guiones». Mi optimista actitud pareció tomar un giro dramático hacia Villa del Pánico.

—¿A qué imprevistos más te refieres?

Su sonrisa se volvió impaciente.

—Son los imprevistos, ya sabes. Es el calendario general para todo el equipo. No te preocupes por ello; me aseguraré de que acudes donde debes.

Me senté ante la mesa y abrí la carpeta para sacar el calendario nuevo y revisarlo. Fui pasando las uñas recién pintadas por el programa de rodaje, comprobando una lista de escenas familiares antes de detenerme en una que ponía:

«Escena 14. Royce & Ida. Beso en el despacho».

Contuve la respiración mientras buscaba frenéticamente el guion que había adjuntado Mary. Un Post-It marcaba claramente la catorce de una forma limpia en brillante color naranja. Se trataba de una escena larga, y me puse a hojearla. Se me revolvió el estómago al repasar las líneas. Comencé a mover las piernas antes de llegar al final, y salí disparada de la caravana, cruzándome con Mary, que venía con mi desayuno.

Creo que podría haber empujado a cualquiera que se interpusiera en mi camino de los que esperaban por su café.

Cuando se abrió de golpe la puerta del remolque de producción, trajo consigo una oleada de calor y belleza. Cole levantó la vista de los guiones gráficos y vio a Summer, que volaba a través del espacio como un tornado hacia él.

—Entre Ida y Marcus no hay ninguna historia de amor —soltó ella con brusquedad, lanzándole un guion a la cara. Las páginas revolotearon entre ellos. En la pequeña caravana se detuvieron todas las conversaciones, y él notó que se convertía en el centro de atención—. He leído el libro, ¡tres veces!

Era bueno saber que alguien se había leído el puto libro. Cole observó a su cabreada coprotagonista y dio un paso atrás al tiempo que arqueaba las cejas con suavidad.

—Es una película —explicó, volviendo a mirar los guiones gráficos—. Los guionistas han decidido añadir algo de emoción. Es lo normal. Lo sabrías si formarás parte de este negocio. —Aquella puntilla era innecesaria, pero Cole no pudo evitarla. Aquella mujer conseguía sacar lo peor de él.

—He leído el primer guion. El que me enviaste con el contrato. Ida y Royce se odian. ¿Puedes explicarme por qué... —la miró mientras cogía una de las páginas que le había lanzado para leer una línea— «Royce empuja a Ida contra el archivador y la besa apasionadamente»? —Convirtió la página en una bola y la arrojó al suelo, pero antes él pudo verle los ojos. Estaban llenos de pánico. «Pánico». Esa era una reacción inesperada.

—Vamos a rodar esa escena. —Don corrió peligro al intervenir, y le puso a Summer una mano en el hombro—. No lo entiendes: mostrar la pasión de su odio hará que la película sea más sexy.

—No —replicó Summer con dureza sin apartar los ojos de Cole—. No hace que sea más sexy; hace que sea estúpida.

—Er... venga, Summer —le dijo Cole, acercándose para cogerla por la muñeca. Ella intentó zafarse, por lo que sus cuerpos no llegaron a rozarse.

Sin embargo, él se inclinó hacia su oreja. Oler su aroma a manzana fue suficiente para que quisiera que todo el mundo se largara de la caravana de producción.

—Claro que hace que sea más sexy.

Ella se echó hacia atrás, apartándose.

—Como me bese delante de la cámara, no sé lo que haré —le advirtió a Don mientras le apuntaba a él con un dedo acusador.

—Yo sí sé lo que harás —dijo Cole, riéndose al tiempo que cruzaba los brazos—. Te derretirás debajo de mi boca, muñeca.

La respuesta de Summer fue gritar mientras levantaba las manos en señal de frustración y se daba la vuelta para marcharse y dejaba atrás el guion y un portazo al salir.

—No ha ido mal —comentó Cole con aire reflexivo. Entrelazó las manos y las apoyó en la cabeza para echar los hombros hacia atrás.

«Pánico». Había visto pánico en sus ojos. «¡Joder!».

—¿Qué esperabas? —intervino Don—. Se lo has largado sin previo aviso. Ya te dije que deberíamos habernos reunido con ella esta mañana, para repasar los cambios, para prepararla. Pero no, querías que se enterara por su cuenta, al leer el guion de los imprevistos.

—No es para tanto. El año pasado *People* me nombró «el hombre más sexy del país». No es que tenga que ir a la guerra, por el amor de Dios. ¿Tanto le va a costar besarme?

—En realidad son tres besos —señaló una de las ayudantes de producción, la morenita que había a la izquierda—. Y también le mete mano.

La miró con dureza, y la chica se encogió.

—Voy a hablar con ella —dijo Don—. Eileen, empieza con la número cuatro; mientras, iré a hablar con Summer. A las once quiero tener filmada la catorce, así que vamos de culo y marcha atrás como no la convenza.

—Hablaré yo con ella —intervino Cole—. Tú rueda la cuatro, y yo voy a buscarla.

—No —espetó Don—; con la suerte que tengo, os acabaríais reconciliando, y eso haría que la escena resultara muy falsa. Mantente alejado de ella, y estate listo a las once.

Cole apretó los dientes y asintió.

—Vale. —Don tenía razón. Debía mantenerse alejado de ella, porque en ese momento lo único que veía era la expresión de pánico en su cara... ¿A qué sería debida? ¿Se sentiría vulnerable? Solo sabía que quería consolarla, protegerla. Y esos impulsos eran peligrosos. Seguirlos haría que las cosas cambiaran entre ellos de una forma que también lo haría sentir vulnerable a él.

«Escena 14. Royce & Ida. Beso en el despacho».

—Quiero un logo azul. Algo alegre y refrescante. —Cole empujó el anuncio hacia mí, y me moví nerviosa. Me froté la parte de atrás de las medias con la punta de los zapatos de tacón bajo.

—A los grupos de prueba les gustaba más el rojo. —Evité su mirada cuando hablé, pasando el dedo por el borde de un montón de tarjetas de la imprenta con el logo, alineándolas cuidadosamente. Se suponía que tenía que vacilar en esta escena, sentirme incómoda. Era algo fácil de interpretar; me sentía perdida... En el *set*, en el papel de actriz, en la relación de odio y lujuria que parecía mantener con Cole.

—El rojo es el color de la señal de STOP. —Cole tenía la voz cansada. Se frotó los ojos con una mano mientras con la otra se tiraba de la corbata. Deseé que no tuviéramos que hacer ya esa escena. Cuando Don apareció en mi caravana, le había pedido —le había rogado— que no rodáramos la escena ese día, sino dentro de unas semanas, cuando ya dominara un poco el arte de la interpretación y mis problemas se hubieran resuelto. Lo que no le dije fue que necesitaba que pasara más tiempo desde que me había acostado con Cole. Doce días. Solo habían pasado doce días, aunque a mí me parecían doce horas. ¿Cuándo lograría olvidar lo que me hacían sentir sus dedos sobre mi piel? ¿Cuándo dejaría de oír su voz jadeando mi nombre? ¿Podría olvidar lo que era sentirlo en mi interior? ¿O la increíble sensación que había hecho convulsionar mi cuerpo? Una parte de mí quería que esa respuesta fuera «Nunca»; otra, que nunca hubiera ocurrido. No puedes echar de menos algo que no sabes que existe, ¿no?

—No se usa un color que significa STOP si quieres que compren tu producto —dijo en tono duro—. Es de sentido común, Ida. Usa el cerebro.

—Me da igual si tu código de lenguaje dice que el rojo significa STOP. El azul, cuando se combina con otro color más oscuro..., pierde fuerza. El rojo no es débil, resulta más icónico. —Levanté la tarjeta en la que la letra cursiva de la marca destacaba contra el fondo rojo—. Es un color más patriótico.

—El azul también es patriótico.

—Es el color de los yanquis —señalé. Estaba resultando fácil; los diálogos fluían y los pronunciaba con facilidad.

—No va a ser rojo —advirtió con rotundidad.

—Preguntémosles a los demás inversores.

Dejó de jugar con la corbata y me miró.

—No, no. —Detuve el dedo con el que me estaba rascando el brazo. Ahí estaba, se acercaba el momento. Hizo girar la silla hacia un lado y luego se levantó lentamente, sin dejar de mirarme.

Esperé su siguiente frase conteniendo la respiración; el simple hecho de coger aire y soltarlo era una tarea ímproba.

—Ven aquí —pronunció en voz baja, empujando el borde del escritorio con un zapato brillante al tiempo que la pesada silla rodaba hacia atrás. Esperé, con las manos apoyadas en los reposabrazos, las piernas separadas y el pantalón tenso sobre su cuerpo.

—¿Qué? —pregunté presa del pánico. Eso estaba fuera del guion. Se suponía que debía preguntarme por mi marido, o la falta de él.

—Ven aquí. —Movié la cabeza, señalando un sitio delante de él.

—Estoy bien aquí. —Solté las pruebas de la imprenta.

—Ida, no te voy a morder. Ven aquí.

No debí haberme movido. Ida no lo habría hecho. Ella le habría dicho al señor Mitchell dónde podía meterse sus órdenes.

Yo sí lo hice. Recorrí el suelo irregular sobre unas piernas inestables y me detuvo, a un metro, con las manos entrelazadas delante del cuerpo. Percibía el suave zumbido de la cámara a mi lado, cómo se movía el equipo detrás de mí, el clic del *walkie* de alguien. Cole no dejó de mirarme a los ojos ni un segundo: su mirada marcaba un ardiente camino entre nosotros mientras giraba la silla un poco más.

—Más cerca. —La palabra le salió ronca, y se aclaró la garganta—. Más cerca —repitió.

Me acerqué paso a paso, mis zapatos resonaron contra la madera, y, de repente, me detuve delante de él. Lo observé mientras apoyaba la cabeza en el respaldo, sin dejar de estudiarme.

—Siéntate en el borde del escritorio.

Extendí las manos hacia atrás, buscando el borde de la mesa para reclinarme sobre ella, agradeciendo el apoyo que me ofrecía.

—No —me corrigió—. Siéntate encima o te sentaré yo. —El tono dominante

de su voz, la imagen que habían creado sus palabras en mi mente... habían despertado un lugar femenino en mi interior. Algo que no hubiera debido sentir rodeada de gente. Me puse de puntillas y me subí al escritorio. La falda se levantó por culpa del movimiento. Tiré de ella y crucé las piernas, cubriéndome lo mejor que pude. Estaba segura de que Don mandaría parar en cualquier momento. Tenía que detener ya este desperdicio de valioso tiempo cinematográfico.

—Ida, ¿sabes por qué te he contratado?

—No —repuse, levantando los ojos de las borlas de sus zapatos.

—No, señor —me corrigió.

Apreté los labios, pero no dije nada.

—¿Quieres saberlo, Ida?

—No particularmente —repuse con aspereza—. Señor...

Apoyó las manos en la silla y se levantó con un fluido movimiento. Me puse tensa, esperando que él diera un paso adelante, pero no lo hizo. Se quedó donde estaba, moviendo las manos de una forma lenta y deliberada, mientras se subía una manga y luego la otra.

—Te he contratado... —susurró, dando un paso adelante hasta detenerse justo delante de mí. Llevó la mirada a mis piernas. Me quedé sin respiración cuando apoyó la mano en mi rodilla, haciendo que descruzara las piernas, pero las mantuve juntas al tiempo que él movía la mano hacia mi falda—. Te he contratado porque entraste en mi despacho con tu vestido barato y pensé: «Apuesto lo que sea a que esta mujer es una fiera en la cama». —Subió la mano más arriba, por debajo de la falda, y me puse rígida. Posé los dedos sobre su antebrazo y lo empujé, resistiéndome. Se rio entre dientes mientras me separaba las piernas con la otra mano y, con un movimiento repentino, me deslizó hasta el borde del escritorio con las piernas abiertas. La falda se subió lo suficiente como para dejar expuestas las ridículas ligas. Sus ojos se encontraron con los míos durante un momento cuando comenzó a mover los dedos con lentitud, dibujando líneas sobre la piel desnuda de la parte superior de mis muslos, trazando el borde de las ligas hasta donde se unían con las bragas de encaje a juego—. Te he contratado porque te imaginé aquí mismo, en el escritorio, gimiendo mi nombre.

Puse las manos con fuerza sobre las tuyas un momento antes de que sus dedos volvieran a moverse demasiado cerca del borde de mis bragas. El deseo que sentía era muy grande, y estaba a punto de suplicar, de perder por

completo el control. Le dije que no continuara agarrándole las manos con fuerza, y me hizo caso. Retiró los dedos y los deslizó por las medias hasta las rodillas. Cuando volvió a mirarme, sus manos estaban ya en la corbata, ajustándose el nudo.

—Lo que no he hecho fue contratarte por que me importara tu opinión o consejo. El café te sale bastante bien y sabes lucir una falda. Por eso estás aquí, no lo olvides nunca.

—Usted es un imbécil. —Las ásperas palabras salieron propulsadas de mi boca, mientras reprimía las lágrimas de frustración a duras penas, aunque Cole las vio y sonrió.

—Claro que sí, querida. —Se inclinó hacia delante y tiró del borde de la falda, cubriéndome las piernas con un brusco movimiento—. Es posible que eso sea lo más inteligente que has dicho en todo el día. —Esa frase estaba en el guion, era algo a lo que podía aferrarme, y lo hice, reprimiendo cien palabras estúpidas. Me levanté del escritorio; los tacones resonaron cuando puse los pies en el suelo.

—Gracias por dejar tan clara su posición sobre ese punto, señor Mitchell. De ahora en adelante, me guardaré mis opiniones.

—Me alegro de escucharlo. —Se acomodó en la silla mientras yo me daba la vuelta hacia la puerta. Miraba fijamente a la cámara que estaba clavada en mi cara cuando me sequé la lágrima que se deslizaba por mi mejilla.

Más tarde, Don aseguró que había estado brillante. Que la escena era perfecta, una de las pocas de su carrera que había rodado en una sola toma. Más tarde, yo asentiría y me reiría, aceptando sus elogios como si no me hubiera estado rompiendo por dentro, como si Ida y Royce no estuvieran representándonos a Cole y a mí, como si hubiera estado actuando y no viviendo a través de la piel de Ida Pinkerton.

Tres años antes, debía haber imaginado lo que estaba ocurriendo. Cuando llamé a Scott y él no me respondió. Cuando fui a su oficina y no estaba. Debí haber sabido que algo iba mal, debí haber notado las señales y debí haberlas unido como las piezas de un puzle. Pero no lo hice. Tenía veinticinco años, era inocente y estaba enamorada, y pensaba que las mejores amigas y los novios de una nunca se liaban.

Ni siquiera se me ocurrió cuando vi el coche de Bobbie Jo aparcado detrás del granero de casa de él. Pensé que, faltando una semana para la boda, estaban planeando una sorpresa para mí. Creía que entraría y los atraparía planificando una luna de miel sorpresa a Isla Amelia sobre la mesa. Casi me fui, casi regresé a la *pickup* para irme a casa..., ¡para dejar que hicieran sus planes! Para permitir que gritaran «¡Sorpresa!», momento en el que yo me mostraría sorprendida. De esa manera, ellos quedarían satisfechos y yo obtendría la luna de miel de mis sueños.

Y lo habría hecho así si no hubiera sido por la madre de Scott. Por eso, para empezar, estaba buscándolo. Ella me había llamado porque necesitaba una medicación y se suponía que él la había comprado esa mañana. La mujer estaba sufriendo y yo era su futura nuera, que corría en su auxilio. Me sentía muy bien conmigo misma, con la sorpresa, con mi adorable prometido y mi mejor amiga. Era feliz cuando recorrí la fachada lateral de la casa hacia el porche. Estaba tan centrada en la satisfacción que sentía que casi no escuché gemir a Bobbie Jo.

Pero lo hice. La escuché gemir a ella... y a él, y me di cuenta, antes de pisar el primer escalón, de todo lo que había pasado por alto.

Cuando le sonó el teléfono a las seis y cuarto de la mañana, Cole pensó ignorarlo. Bajó la vista al reloj y siguió corriendo con el mismo ritmo lento sobre la tierra esponjosa. Los campos se extendían ante él, el sol asomaba por detrás de los árboles en un cielo claro y pacífico. No quería hablar con su abogado en ese momento, cuando por fin respiraba tranquilamente en días, con la mente concentrada en todo lo que había evitado durante la última semana.

Como Summer. Había un problema entre ellos dos. Algo que solo había desaparecido durante los veinte minutos que estuvieron juntos en su cama. Muy poco tiempo, la verdad. En realidad era bochornoso. Nadia se habría reído de él sin piedad. Por otra parte, jamás se había corrido tan rápido con Nadia. Intentó analizar qué era diferente con Summer, lo que la hacía distinta de las demás. Estaba empezando a reflexionar sobre ello cuando apareció el nombre de DeLuca en la pantalla. Rechazó la llamada.

Echaría de menos eso cuando regresara a California. Correr al aire libre, sintiendo la tierra debajo de los pies, la brisa sin contaminar y las peleas con ella. Quizá intentaría hacerlo por Observatory cuando regresara a casa. Correría por las colinas con Carlos y Bart a su zaga. Aunque debía asumir previamente que los *paparazzi* documentarían cada uno de sus pasos.

La llamada se repitió y bajó el ritmo, poniéndose a caminar para responder al teléfono.

—¿Hola?

La voz del abogado llegó en medio de vocales estáticas y sílabas perdidas.

—No puedo oír lo que dices —respondió con una sonrisa—. Hay muy mala cobertura.

Hubo otra serie de palabras entrecortadas, entre las que destacaron «idiota» y «citación» claramente.

—Te llamaré desde un fijo cuando llegue a la casa. —Puso fin a la llamada y apagó el aparato, lo que le dejaba sin poder escuchar música. No le importaba; así pensaría con más claridad.

Cambiar los guiones había sido un error. Era posible que dotar de sexualidad a *La botella de la fortuna* fuera bueno de cara a la taquilla, pero a él lo llevaba al infierno. Había tenido que recurrir a todo su autocontrol para

estar delante de Summer y subirle la falda hasta la cintura, viendo sus bragas de encaje, percibiendo el contraste de su piel contra las medias oscuras, el delicado ligero. Notó que los dedos le temblaban contra la piel de ella mientras su sentido común se mantenía al borde del abismo; se olvidó de los diálogos, de que estaba presente el equipo de filmación. Todo se desvanecía de su mente al pensar en todo lo que quería hacerle. Cuando volvió a colocarle la falda en su sitio, estaba duro como una piedra, así que se alejó en dirección al cuarto de baño, donde se encontró que tenía la polla llena de líquido preseminal.

—No os habéis besado —se había quejado Don. Había sido fácil fingir que estaba irritado, fruncir el ceño y llamarla novata. Había sido fácil discutir con Don cuando intentó convencerlo de que no importaba que no se hubieran besado, que la escena era todavía más ardiente precisamente por eso. Le había recordado a Don que los juegos previos podían ser mucho más calientes, aunque no era la verdad.

Así que tendrían que besarse el próximo día de rodaje, documentar la transición en la relación entre Ida y Royce para que todo fluyera hacia la escena de sexo que acabarían filmando. ¡Dios, no quería ni pensarlo! Ese día acabaría suicidándose. No habría forma de que aguantara sin un poco de liberación.

Se acercó una camioneta desde la dirección opuesta, y él se puso a la derecha, por el arcén. Saludó al conductor con la mano en respuesta al gesto previo de este. Se oía el suave ronroneo del motor. Otra cosa que nunca le ocurriría hacer en Los Ángeles: saludar de forma amistosa a un extraño. Nunca lo había hecho porque eso haría que ese vehículo se detuviera, que luego lo hicieran otros, y acabaría rodeado de una multitud que le pediría autógrafos y *selfies*. Algo que no tendría un buen final, porque acabarían llamándolo imbécil y documentarían cada chismorreo en Twitter. Desde que estaba en Quincy, no se le habían acercado ni una vez. Era raro, casi aterrador. Quería preguntarle a Summer al respecto; era un tema que tenía reservado para la próxima vez que su relación fuera cordial. Eso no pasaba desde hacía tres semanas. Parecía que entablar una amistad era algo para lo que no estaban destinados.

Antes de casarse con Nadia, se había acostado con muchas de sus *parternaires*, de hecho, con la gran mayoría. Era normal; estaban cuatro meses juntos y socializar con el equipo no era posible, así que acababa gravitando

hacia la actriz de turno. Solían ensayar los diálogos por la noche, entre copas, y eso acababa conduciendo a besos y polvos de borrachos. El sexo solía ser bueno, pero nunca genial. Luego había conocido a Nadia y se había enamorado de ella, y no miró atrás. No se había sentido tentado, nunca había cedido cuando sus compañeras se le habían insinuado, así que jamás había tenido una aventura.

Y el sexo con Nadia había sido bueno. De hecho, ahora que podía dar un paso atrás y examinar la situación desde fuera, había sido la base de su relación. Pero el sexo con Summer..., eso había sido una experiencia superior. Durante esos momentos en su dormitorio, él había perdido la cabeza por completo. Tocarla, sentirse dentro de ella, sus besos, sus gemidos... Se había dejado llevar y había querido disfrutar, la había deseado, la había adorado. Desde ese momento, él había sido completamente de ella. Y eso era lo que más lo asustaba, no la tensión que existía entre ellos o Brad DeLuca y sus amenazas.

Se desvió para dirigirse a casa, acelerando el paso y corriendo a tope durante el último kilómetro. Necesitaba ducharse, hacerse una paja y reunir cierto raciocinio antes de llamar a DeLuca. Luego iría al pueblo.

Ese día tocaba la escena veintidós, que había sido reescrita para que se dieran el beso que no se habían dado el día anterior. Mantuvo la mirada al frente, en la estrecha franja de polvo, sin mirar a la casa de Summer. Solo era un beso. Un juego de niños.

Entre zancada y zancada, sintió que se endurecía y gimió, protestando.

Estaba jodido. Total y absolutamente jodido.

—Te necesito en California esta tarde. —Brad DeLuca no perdió el tiempo dando rodeos, fue directamente al grano.

Cole puso el extremo de la manguera en la piscina infantil y giró el grifo. A Gallito le gustaba bañarse allí, en especial cuando hacía un día así, con temperaturas cercanas a los treinta y cinco grados.

—Hoy no puedo ir a California. —Observó cómo se llenaba la piscina y se quitó la toalla del cuello para secarse la cabeza, todavía mojada por la ducha.

—Sí, puedes, y lo harás. He hablado con Don, y va a cambiar el calendario de rodaje; me dijo que no suponía un gran trastorno.

—Has hablado con el director... —meditó Cole en voz alta mientras rociaba al gallo con una ráfaga de agua. Se preguntaba si DeLuca tenía tiempo para dormir.

—No iba a perder el tiempo llamándote por algo que no ibas a poder hacer. Así que una vez que comprobé que podías, te aviso a ti. Justin ya te ha reservado un vuelo a las once.

A las once... Respiró con más facilidad. Tenía tiempo para filmar la escena veintidós y luego irse al aeropuerto. En el peor de los casos, si Don no quedaba satisfecho, podrían volver a rodarla a finales de semana.

—¿Por qué tengo que ir?

—Te han citado. Es para una mediación. El bufete que ha contratado Nadia está tratando de hacer las cosas bien; sin embargo, por el tono de la comunicación, creo que no están dispuestos a cooperar.

—Vamos, que es una pérdida de tiempo.

—En absoluto. Esta mañana he hablado con ellos, y les he dado un ultimátum. Les he dicho que mañana es su última oportunidad para no ir al juzgado. Nos han planteado tres posibles opciones para la mediación, y esta es la mejor oportunidad. Si pudiéramos conseguir que entraran por el aro en el tema de *La botella de la fortuna* ahora, en especial porque estás limpio por completo, el resto será pan comido. Podrías tener el divorcio para Navidad.

«Limpio por completo». No se sentía limpio. Con lo que estaba pasando con Summer, se sentía muy sucio. No dijo nada, y abrió la puerta de atrás. Gallito levantó la cabeza. «El divorcio para Navidad». Eso estaría bien. Y estaba

seguro de que Nadia querría evitar un juicio. Quizá esa mediación podría eliminar una de las mayores fuentes de estrés de su vida.

—¿Cómo van las cosas por ahí?

Miró al gallo y pensó que tendría que llevarlo al *set* de rodaje. Tendría que pedirle a Summer que se ocupara de él mientras no estaba. No tenía a nadie más.

—¿Cole? —insistió DeLuca—. No quiero que te tragues los sentimientos. Nadia no vale la pena, y lo sabrás algún día.

—Estoy bien —declaró, dejando a Gallito en su sitio. Cerró la puerta trasera y, cogiendo las llaves en la barra de la cocina, fue hacia la parte delantera.

—No me vengas con esas. Sé que te haces el duro en el *set*, pero conmigo puedes ser sincero. Tengo un psicólogo de cabecera muy bueno, ¿por qué no hablas con él? Tienes que desahogarte, colapsar o lo que sea que hagáis los de California cuando tenéis el corazón roto.

Cole se echó a reír con la mano en el pomo de la puerta. El teléfono inalámbrico era lo que lo ataba a la casa cuando quería ir al *set*.

—Mira, estoy bien. Te juro por lo que quieras que no ando suspirando por Nadia.

—Eso significa que lo de Nadia ha acabado. —El tono de Brad era escéptico, y estaba consumiendo un tiempo muy valioso. Cole echó un vistazo a reloj en forma de gallina que había junto a la puerta y trató de calcular cuántas tomas les daría tiempo a montar.

—Sí —confirmó brevemente.

—Pensaba que te había dicho que te mantuvieras alejado de las mujeres.

Cole volvió a centrarse en la llamada.

—¿Qué?

—No puedes empezar una relación en este momento. No, no. Vamos a entrar en la primera mediación, necesitamos que parezcas herido y que quieras luchar. Si has empezado una nueva relación, el asunto va a poner a Nadia bajo una óptica diferente. —Asimiló aquellas palabras mortales.

—No he iniciado una relación. —Era cierto. Summer y lo que había entre ellos no suponían una relación. Era una obsesión en un momento conveniente. Si eso lo ayudaba a superar lo de Nadia, todavía mejor. Se desvanecería, igual que su obsesión por los caballos de carreras y *La botella de la fortuna*. Posiblemente antes de que acabaran de rodar la película.

—Te lo juro, Cole: como los medios saquen algo a la luz, te crucifico. En

este momento, América está de tu parte. Eres la jodida Jennifer Aniston y ella, una Angelina Jolie cubierta de mierda. No quiero que te unas a la mierda, Cole. Al menos hasta que tu película esté a tu nombre por orden de un juez, con el respaldo de la legalidad para asegurarte de que Nadia no le podrá poner nunca las manos encima. Entonces, si quieres ir con esa chica al estreno y aprovechar los millones que eso te traerá, hazlo. Pero no antes. Sabes mejor que nadie que los sabuesos olfatean las historias, Cole. No les entregues una en bandeja de plata.

—No mantengo una relación, no salgo con nadie y no follo con nadie. —Se mordió la lengua después de la última afirmación en una ristra de verdades, y apoyó la frente en la puerta, deseando que el hombre que había al otro lado de la línea se creyera sus palabras. No es que fueran mentira. No *estaba follando* con Summer, solo *había follado* con ella. En pasado. No iba a ocurrir de nuevo. Lo más seguro, vamos—. Si quieres que me suba a un avión a las once, tengo que irme.

DeLuca suspiró al receptor.

—Genial. Nos vemos en Los Ángeles. Justin se encargará de que estén esperándote en el aeropuerto.

—Vale. —Puso fin a la llamada y se enderezó. Arrojó el inalámbrico al sofá antes de abrir la puerta. El brillante cielo matutino y un gorrión en la barandilla del porche fueron la primera imagen del día. Mientras corría hacia la *pickup*, miró en dirección a la casa de Summer, y se alegró de no ver su vehículo.

Subió detrás del volante, puso el motor en marcha y fue al pueblo. Sería un día ocupado.

«Escena 22. Primer beso entre Royce & Ida».

La rodaría y luego iría a Los Ángeles, a reunirse con el demonio.

Estaba dando cuenta de un plato de gofres cuando Mary asomó la cabeza.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Asentí con la boca llena de fresas y sirope, levantando la vista del guion que estaba revisando. Estaba a punto de preguntarle si podía ensayar conmigo algunas líneas cuando me mostró una nueva serie de cambios imprevistos del guion.

—Malas noticias —anunció, dejando las hojas delante de mí—. El señor Masten tiene que irse a California, así que han cambiado algunas escenas.

Que Cole tuviera que marcharse a California me parecía una buena noticia. Compuse una expresión de pesar y cogí el calendario nuevo.

—¿Escena veintidós? —Empecé a revisar mi guion original, pero ella me detuvo.

—Tengo que darle un nuevo libreto. La escena veintidós ha tenido que reescribirse después de que usted... —miró al portapapeles e hizo una anotación—, después de su improvisación de ayer. O, mejor dicho, de la improvisación del señor Masten.

¿Reescribirse? Eso no sonaba bien. Hojeé las páginas nuevas que ella me pasó y levanté la vista.

—¿Un beso? ¿La escena trata de eso?

—Sí. —Dio un toque con el bolígrafo en el portapapeles—. Quieren que esté lista dentro de quince minutos.

Quince minutos. Ese tiempo no era suficiente para peinarme, maquillarme y estar lista. Y cinco años no eran suficientes para estar preparada para besar a Cole Masten.

«Escena 22. Aparcamiento del despacho. Royce le regala un coche a Ida».

—Esto es una estupidez. —Hice una bola con la primera página del guion y me acerqué a Don.

Estábamos en un aparcamiento de cartón piedra, frente a las oficinas del decorado, donde había un letrero *vintage* de Coca-Cola encima de la puerta del edificio, lo único auténtico del *set*. Bueno, eso y el Cadillac Phaeton antiguo que había delante de nosotros, con un gran despliegue de cámaras

alrededor.

Don suspiró, apoyó una mano encima de una cámara y me miró.

—Summer, ¿cuál es el problema?

—Royce, sin venir a cuento, le regala a Ida un coche... ¿y ella debe besarlo por ello?

—Es una ofrenda de paz —intervino Cole, acercándose a Don con una taza de café en la mano. Ya se había puesto el traje marrón, estaba recién afeitado y sus ojos verdes echaban chispas. Lo ignoré.

—Ida no va a aceptar un coche como si tal cosa, no va a ponerse a saltar de arriba abajo y a decir estas cosas patéticas. —Agité el guion en el aire, y uno de los autores levantó la vista desde su asiento con las cejas arqueadas.

—No es patético. Así actuaban las mujeres en los años 50. Tienes que pensar que es una recién divorciada en busca de un hombre. Royce le hace un generoso regalo y, cuando lo abraza para agradecersele, él la besa... —El tipo, un hombre pelirrojo y menudo, que llevaba una camiseta de Grateful Dead, se encogió de hombros—. Es lo más lógico.

Lo miré y, con la expresión de mi cara, le comunicué que lo consideraba un idiota sexista.

—Sería lo más lógico si estuviéramos hablando de una mujer que se sienta en su casa a tejer durante todo el día. Pero estamos hablando de Ida Pinkerton, una de las sesenta y siete originales. —Miré a Don, luego a Cole, disgustada—. ¿No se ha leído nadie el libro aparte de mí?

—Las películas no son libros, son adaptaciones —argumentó el chico de Grateful Dead.

—Tú, cállate —le espetó Cole al guionista mientras andaba hacia mí. Miró el reloj y se detuvo delante de mí; estaba tan cerca que podía ver las diminutas líneas verdes de su traje marrón—. Summer, tengo que subirme a un avión dentro de dos horas. Por favor, no quiero discusiones. Solo di tus diálogos y acabemos de una vez. —Me cogió por los brazos, y miré sus manos con sorpresa.

—No es ella —le susurré—. Esa idea de que ella puede adorar a Royce por un coche es una caca de la vaca. Está completamente fuera de lugar.

—Entonces, improvisad —nos interrumpió Don—. Como habéis hecho en el despacho. De todas formas, parece que no soy capaz de que ninguno de los dos diga sus diálogos como son.

Me volví hacia Don, consciente de las manos de Cole, todavía en mis

brazos. Moví los hombros bruscamente, y él me soltó.

—¿Que improvisemos? —pregunté.

—Claro. Límitate a actuar como crees que lo haría Ida. Pero a cambio necesito un beso. —Me señaló con un dedo mientras me miraba a los ojos—. ¿Trato hecho?

—Un beso... —repetí con temor.

—Sí —intervino Cole—. Lo sé, es doloroso. Créeme, chica de campo: no tengo más ganas que tú.

Giré la cabeza hacia él, y sus labios se curvaron un poco cuando captó mi mirada.

—Mentiroso —lo acusé.

Se rio y se inclinó hacia mí, lo suficientemente cerca para que solo yo escuchara su respuesta.

—Sí, muñeca. Y tú también.

Cerré los ojos, tratando de prepararme mentalmente para la escena. Intenté imaginarme cómo reaccionaría si saliera por la puerta de mi casa una mañana y el lugar de mi *pickup* desvencijada lo ocupara un coche nuevo y llamativo. No creo que lo aceptara con agrado.

Cole esperaba a mi lado.

—Summer, no es la teoría de la relatividad —me dijo en voz baja—. Solo se trata de una pelea. Eso se nos da bien.

—¡Silencio, rodamos! —gritó un ayudante de dirección, y se hizo el silencio. Había llegado la hora de la verdad. Me erguí y empujé la puerta. Noté la tela de la falda alrededor de las piernas cuando salí bajo el falso sol, un foco gigante y muy artificial que brillaba desde las vigas. Cole chocó contra mi espalda cuando me detuve en seco al ver el flamante coche nuevo en el pequeño aparcamiento. Era un descapotable de brillante color rojo que tenía la capota baja y un lazo de regalo sobre el parabrisas. Me lo quedé mirando mientras reflexionaba sobre cuál sería la respuesta más lógica de Ida Pinkerton.

—¿Y bien? —Cole exhaló la pregunta poniéndose a mi lado, con las manos abiertas y una expresión de orgullo y felicidad—. ¿Qué te parece?

—¿Sueles ponerles lazos de regalo a tus coches nuevos? —Hice la pregunta con cierta ironía al tiempo que inclinaba la cabeza a un lado y me rascaba la

cabeza. Tenía el moño muy apretado, la peluquera se había pasado con las horquillas: se había asegurado de que no se me soltara ni un pelo.

La sonrisa desapareció mientras me miraba.

—Es para ti.

Dejé caer la mano.

—¿Para mí?

—Sí. Es rojo.

—Eso ya lo veo, señor Mitchell. Puede que solo sea una mujer, pero distingo los colores.

—Por lo que veo, lo que no sabes es dar las gracias. —Dio un paso adelante con el ceño fruncido y vi, por primera vez, el llavero que llevaba en la mano—. El color es el mismo que el del logo de Coca-Cola —explicó, volviéndose hacia el coche—. En el concesionario crearon este color solo para ti. —Sonrió como si debiera estar agradecida.

—Qué generoso por tu parte —repuse con firmeza—. ¿Dónde está mi coche?

—Es ese. —Hizo un gesto con las dos manos como si eso lo aclarara todo—. Es tu coche nuevo.

—No soy sorda, ciega o estúpida. Ya veo que este coche es rojo. Lo que pasa es que tú no entiendes que no me agrada que me lo regales.

—Sí. Exactamente. Esa es la cuestión, señorita Pinkerton. Me agrada ver que, por una vez, estemos de acuerdo. —Se detuvo ante mí y me tendió las llaves. Yo incliné la cabeza al tiempo que sonreía con dulzura.

—¿Dónde está mi coche? —repetí—. El Ford negro.

Levantó las manos.

—No lo sé. ¿Puedes concentrarse en esto durante un momento?

—Recupéralo.

—No es eso lo que quieres. —Se acercó más y me puso la mano en la parte baja de la espalda para empujarme con suavidad hacia el coche.

—Tú no sabes lo que quiero. —Casi me arrastró hasta el vehículo, a pesar de que yo hundía los tacones en la tierra. Había una nube de polvo a nuestro alrededor junto al brillante coche cuando mi cadera impactó contra la manilla de la puerta.

—Ya tengo un coche, idio...

—Quizá tengas un coche —me interrumpió—, pero no esto.

Entonces, con la mano firmemente en mi nuca, me levantó la cabeza y me besó con fuerza.

Debería existir una ley contra los hombres que besan así. Con una boca que domina a la vez que ruega. Con una lengua juguetona y a la vez entregada. Con un sabor que crea adicción y engancha a una mujer después del primero. Lo había besado antes; en la cocina, en mi cama. Y las dos veces me había distraído. Esta experiencia era totalmente diferente.

Me hundí en sus brazos, se me doblaron las rodillas, me apoyé en él y en el coche. Todo lo demás desapareció de mi mente, todo lo que no fuera el contacto entre nuestros labios. Comencé a luchar después del primer *round*, cuando nos separamos para coger aire y sus labios regresaron de inmediato. El segundo beso fue más tierno y suave. La mano que tenía en mi cuello no me empujaba, sino que me acariciaba, y la otra bajó por mi cuerpo y me pegó al suyo, en una conexión firme y completa mientras explorábamos la boca del otro. Me volví codiciosa, mi lengua salió al encuentro de la suya, que cedió bajo mi insistencia, dejándome tomar el control. Marqué los tiempos, perfectamente coordinados. Mientras tanto, comencé a sentir el pelo sobre los hombros, obra de sus dedos cuando se hundieron entre las horquillas buscando mi cuero cabelludo. Me pregunté cómo nos resultaba tan fácil, por qué nuestros labios se adaptaban tan bien cuando nuestros caracteres chocaban con fuerza. Me pregunté por qué mi boca anhelaba a ese hombre cuando mi mente lo odiaba. Me tiró con suavidad del pelo, y me resistí. Luego nos separamos, jadeantes. Me miró fijamente, con los ojos clavados en mi boca durante un buen rato, y luego subió la mirada hasta la mía. En ese momento cerré los ojos, inclinándome en busca de sus labios. No podía ver cómo me miraba, no cuando notaba las piernas temblorosas por sus besos..., no sabía qué podía ver. Así que presioné la boca contra la suya, que se abrió para mí mientras me apretaba la nuca con una mano.

Cuando se apartó por segunda vez, mantuvo mi cabeza inmóvil con la mano en la nuca, y me besó la punta de la nariz antes de alejarse. Sentí la presión de su mano en la mía antes de que se alejara. Bajé la vista y vi la llave plateada en la palma de mi mano. Luego se dirigió al edificio, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha.

—¡Mantengo lo que he dicho, señor Mitchell! —le grité. Se detuvo para volver la cabeza hacia mí.

—¿Sobre qué? —repuso.

—Sobre el coche. No lo quiero.

—¿Y sobre nosotros? —Se volvió hacia mí por completo, con las manos en

los bolsillos del pantalón, como si no le importara mi respuesta. Lo miré a la cara durante un buen rato, mientras permanecía en silencio.

—No quiero el coche —respondí finalmente—. Apreciaría que me devolvieses el mío.

Asintió con la cabeza.

—Entendido, señorita Pinkerton. Disfruta de tu largo camino a casa.

Abrí la boca al tiempo que daba un paso adelante con la mano extendida y una protesta en los labios, un trío de acciones que fue ignorado por él, que atravesó la puerta del decorado para cerrarla con un fuerte portazo.

Dejé escapar un grito ahogado de furia mientras me volvía hacia el coche. Miré la llave que tenía en la mano antes de lanzarla al asiento delantero del Cadillac. Luego bajé el brazo para quitarme un zapato y luego el otro. Con el calzado firmemente sujeto en las manos, cuadré los hombros de Ida Pinkerton y empecé a andar hacia mi casa a través del polvo.

Cuando llegué al borde del decorado y noté tela en lugar de polvo bajo los pies, me detuve. Me di la vuelta y esperé a que la voz de Don resonara en el espacio. No lo hizo, sino que acercó la cámara al coche, el objetivo centrado en el asiento delantero, probablemente donde había aterrizado la llave. Después de un largo rato, Don levantó la vista del monitor de la cámara.

—¡Corten! Creo que lo tenemos.

Cole salió del edificio de oficinas.

—¿Ha ido bien, Don?

—Tengo buen material. Súbete a tu avión —dijo el director—. Buen trabajo.

Cole hizo un gesto con la cabeza, cogió una gorra de béisbol del respaldo de una silla y se la puso antes de ir a la salida. Lo miré marcharse con los ojos entrecerrados. Lo menos que podía hacer después de besarme hasta hacerme perder el sentido era despedirse de mí. Noté que me tocaban un codo y me volví hacia la izquierda; un hombre con un micrófono en la cabeza me hizo un gesto en dirección a Don.

—Gran trabajo, Summer —me felicitó—. No ha sido tan malo, ¿verdad?

Esbocé una sonrisa leve.

—¿Ya he terminado?

—Por ahora, sí. —Se acercó y hojeó uno de los *planning* de trabajo en un portapapeles—. Voy a revisar la toma con los muchachos para cortarla y montarla antes de que Cole regrese. No te necesito hasta mañana, así que puedes marcharte si quieres.

¿Quería? Sí. Levanté la mano para retirarme las horquillas que me quedaban en el pelo.

—Suená bien —esboqué una sonrisa—. Gracias.

—¡Gracias a ti! No muchos pueden improvisar así. De verdad, ha sido un trabajo fabuloso. Os compenetráis bien juntos. —Un cumplido que sonaba a locura. Pero esta vez, cuando me sonrió, la sonrisa con la que le respondí fue de verdad.

Había hecho un buen trabajo.

Nos habíamos besado, y había sobrevivido.

Tenía el resto del día libre.

Sin duda, las cosas podían ir mucho peor.

Cole iba solo en la cabina del avión. Había apoyado uno de los pies en la silla vacía que tenía delante y había reclinado un poco el asiento. Tenía delante una bebida sin probar; observó cómo se iba asentando el hielo en el vaso mientras se preguntaba qué coño le pasaba. El avión tomó un bache de aire y él miró hacia delante, donde la azafata sonreía. Luego volvió la vista hacia el cristal.

El beso había sido diferente, muy diferente, al de la cocina. Se había parecido más al del dormitorio, y eso era, probablemente, lo que le estaba molestando. Cuando estaban en la cama, y ella se había dado la vuelta para ponerse encima de su cuerpo y besarlo. Él había estado medio zombi, drogado por la experiencia, con el cuerpo en piloto automático, por lo que el beso había sido un ingrediente más en una vivencia decadente. Pero en el *set*, al lado del coche, no estaba drogado. Había experimentado con todos los sentidos, todos los sabores, cada movimiento de su lengua. Y lo había disfrutado, ¡joder!

Se acomodó en el asiento, cerró los ojos y se preguntó por qué se estaba atormentando de esa forma por ella. No se había pensado dos veces tirarse a las gemelas en la habitación del hotel, ni a la brasileña en el yate de Dillon, tres días después de haber pillado a Nadia in fraganti. No estaba engañando a nadie. Nadia había sido fotografiada cientos de veces con ese director; seguramente tenía la polla de él tatuada en su cuerpo. Entonces, ¿cuál era el problema?

Quizá fuera Summer. Tal vez una parte profunda de él percibía algo que no se veía a simple vista, y quería mantenerse alejado de ello. Quizá fuera por DeLuca y sus amenazas. No valía la pena perder la mitad de sus derechos sobre *La botella de la fortuna* por un polvo. Y eso era lo que ella era: una tentación. Necesitaba recordarlo.

De repente, se acordó de Gallito y cogió el teléfono.

Cuando ella respondió, estaba jadeando, y sus resoplidos sonaban tan inocentes como eróticos en el altavoz. Se quedó en blanco durante un minuto y luego encontró la voz.

—¿Interrumpo algo?

—¿Si interrumpes algo? —repuso ella bruscamente—. Te has largado hace

solo una hora. Acabo de entrar por la puerta, ¿cómo ibas a estar interrumpiendo algo?

Él ignoró la pregunta.

—Me he olvidado de preguntarte si podías ocuparte de Gallito mientras estoy fuera.

—Antes de que me olvide, quería hablarte sobre el nombre que le has puesto.

—¿Me vas a echar la bronca por ponerle nombre? —Cerró los ojos un instante y se masajeó el puente de la nariz.

—Cole, lloré como una niña cuando se murió mi primer pollo. No voy a decirte nada por ponerle nombre. Solo que podías haber sido algo más creativo.

Él dejó caer la mano y sonrió.

—Dejaré que se lo pongas tú a la próxima mascota que tenga. —Se arrepintió de sus palabras en cuanto las dijo. Era demasiado, así estaba poniendo a prueba su inestable posición. Pero ella lo ignoró y cambió de tema.

—¿A dónde estás yendo? —La pregunta contenía una ingenua curiosidad, y él disfrutó, por un instante, su falta de agresividad. Lo disfrutaba, pero también lo odiaba. Había cierto aire familiar en sus peleas, así que casi se sentía incómodo con la cordialidad.

—A casa. O, mejor dicho, a Los Ángeles. Mi casa es ahora de mi ex.

—Entonces, ¿dónde vas a quedarte? —Siguió hablando antes de que pudiera responder—. Da igual. Eso ha sonado... mal. Sí, no me importa ocuparme de Gallito.

—Me quedaré en un hotel. —No sabía por qué sentía la necesidad de decírselo. Quería que ella lo supiera, quería añadir que estaría solo. «Me quedaré en un hotel, solo». A ella no le importaría. Solo se había imaginado la inseguridad en su voz. ¿Por qué le importaría? No le importaría nada.

—Qué lujo...

—Qué solitario. —Menuda estupidez acababa de decir.

—Claro —repuso ella con una carcajada—. Seguramente.

Él detuvo las palabras que escapaban de su boca llenándola de whisky, vaciando el vaso por completo. La azafata se acercó al instante y le puso los dedos en el dorso de la mano cuando cogió el vaso vacío. Ella lo acompañaría en ese hotel si quería. Ya lo había hecho, después del primer vuelo, cuando había recibido los papeles del divorcio. Y tenía unas caderas muy flexibles.

Cole miró hacia otro lado.

—¿Dónde guardas la comida de Gallito?

—Está en la alacena, en la cocina, en un recipiente transparente, hay una bolsa en su interior. Haré que Justin te envíe más información. —Se aclaró la garganta, consciente de que la siguiente frase haría que pareciera una nenaza—. Está acostumbrado a que yo esté cerca..., no sé cómo pasará la noche, nunca lo he dejado en el patio solo.

—¿Quieres que me lo traiga a casa? O mejor todavía, ¿prefieres que duerma en tu casa con él?

Imaginar a Summer en su casa, en su cama... Le temblaba la mano cuando cogió el vaso que le ofrecía la azafata.

—Sí —dijo apresuradamente—. Quédate en casa. Si no te importa.

—Claro que no me importa. —Ella se rio, y él oyó de fondo que empezaba a correr agua, y también oyó un sonido metálico. Ollas y sartenes, seguramente en el fregadero. Casi estaba viéndola, con los zapatos puestos, las mangas enrolladas y el teléfono de casa apoyado en el hombro—. La has dejado abierta.

¡Mierda!

—No. Es que...

—A Ben le dieron otra llave cuando firmó el contrato de alquiler. Le preguntaré dónde está. ¿Algo más?

Cole intentó pensar en alguna forma de alargar la conversación, pero se había quedado en blanco.

—No. Llámame si hay algún problema.

—¿Cuándo vuelves?

—Mañana por la noche. Temprano. —Debería invitarla a cenar. Sin duda lo haría si se tratara de cualquier otra compañera. En especial si estuviera cuidando de su mascota. Sin embargo, al pensar en la última docena de actrices coprotagonistas, se dio cuenta de que ninguna de ellas era el tipo de persona que se ocupara de una mascota. Todas tenían gente contratada para eso. Cuidadores a sueldo.

—Me aseguraré de volver a casa antes de que aterrices. Llámame si necesitas algo.

—Lo haré, gracias. —La palabra sonaba extraña en sus labios, y trató de recordar la última vez que la había usado. De hecho, temía no poder conseguirlo.

—De nada —dijo con seriedad, y luego se echó a reír. Colgó con una sonrisa ante la ridiculez de la situación. Un gallo. Tenía un gallo como mascota. ¿Qué demonios iba a hacer con Gallito una vez que terminara el rodaje? No podía abandonarlo. Tendría que llevárselo con él. Marcó el número de Justin antes de olvidarse del tema.

—Hola, jefe. —La voz de Justin sonaba clara y saludable.

—Hola, ¿qué tal vas?

—Bien. Mañana por la noche iré contigo. No puedo esperar más, jefe. Me estoy volviendo loco aquí.

—¿Te ha contado DeLuca lo de la mediación?

—Sí. Te estará esperando un coche en el aeropuerto. ¿Has comido? Puedo hacer que tomes algo de camino.

—No, estoy bien. —Bajó la persiana de la ventana y cerró los ojos, escuchando a medias. Casi se estaba olvidando del motivo de su llamada.

—Pasarás la noche en el Avalon. Y he dispuesto que el Ferrari esté en una de las plazas privadas. En el coche encontrarás un horario. Y, para la cena, puedes elegir entre Dan Tana's, The Prawn House y Morton's, ya que he reservado mesa en los tres...

—Justin. —Cuando dijo su nombre, su secretario se calló. Era una de las cualidades que más valoraba en él: su capacidad para estar a tope pero luego detenerse en seco.

—¿Sí?

—Estoy bien. Cancela las reservas para la cena; me las arreglaré. ¿Puedes desayunar conmigo?

—¿Desayunar?

—Sí.

—¿Desde cuándo desayunas?

Cole se rio.

—¿Tienes tiempo o no?

—Claro que sí. Solo que me sorprende.

—Te he echado de menos, hombre.

Justin se rio en respuesta.

—¿Quién eres y qué has hecho con Cole Masten?

—A las siete en el restaurante que hay en el vestíbulo del Avalon. Reserva una de esas putas cabañas en la piscina, algo donde podamos tener un poco de privacidad.

—Ahí está el hombre que conozco. Considéralo hecho. Hasta luego.

De repente, recordó la razón de su llamada.

—¿Has tenido suerte encontrándome una casa?

—Tengo cuatro o cinco seleccionadas. Te llevaré la información mañana.

—Asegúrate de que tenga patio. E investiga qué trámites hay que seguir para ser propietario de un gallo.

Hubo un largo silencio en el otro lado de la línea. Ese hombre le había organizado orgías, había sobornado a *paparazzi* y que le había cedido su orina para un análisis de drogas en el estudio, pero eso lo había dejado mudo.

—¿Un gallo vivo? —preguntó Justin finalmente.

—Sí. Un gallo.

—Lo averiguaré —logró decir Justin.

Cole se despidió y colgó. Había perdido una esposa y ganado un gallo. Sí, todo parecía estar bien.

Al final de un día muy largo, Cole entró en la *suite* del hotel y arrojó la billetera sobre la mesa mientras miraba la agenda del teléfono. Encontró el número de la casa de los Kirkland y llamó mientras hacía los cálculos en su cabeza. ¿Qué hora era allí? ¿Medianoche? ¿Las once?

—¿Diga? —La voz era ronca, casi como si estuviera drogada.

—¿Summer? —Se quitó el reloj y lo dejó caer sobre el granito antes de agarrarse al borde de la isla mientras se quitaba la primera bota—. Soy Cole.

—Lo sé. —La oyó bostezar—. Ya es tarde. ¿Acabas de llegar?

—Sí. Pero aquí no es tarde.

—Aun así ha sido un día muy largo. —Hubo un sonido y luego silencio.

Se deshizo de la otra bota y se acercó a la primera silla que vio para hundirse en ella. ¿Por qué la había llamado? Intentó pensar una razón. ¿Para ver qué tal iba Gallito? No había quien se lo creyera.

—¿Summer? —La línea llevaba demasiado tiempo muda—. ¿Summer? —repitió en tono más urgente. Sabía que esa mujer no acostumbraba a cerrar las puertas, ¿y si había entrado alguien y se había colado en su habitación?

—¿Mmm? —Más crujidos.

—¿Estás durmiendo?

—Mmm... —La respuesta no era precisamente una disculpa.

—¿Sabes cuántas chicas matarían para que yo las llamara? Los estudios hacen sorteos de este tipo de cosas a menudo, y llaman a millones.

—Chicas... —murmuró ella—, no mujeres. Hace años también yo quería ponerme un *piercing* en el ombligo.

—Yo no soy un *piercing* en el ombligo. —Nunca se había imaginado haciendo esa declaración en voz alta.

—Hummm... —La palabra sonó ahogada, como si una almohada cubriera el receptor.

—¿Dónde estás? ¿En qué dormitorio? —Intentó recordar qué dormitorios tenían teléfono, y si eran inalámbricos o no.

—En el tuyo. He intentado dormir abajo, pero hacía demasiado calor. —De repente, parecía más despierta—. ¿Te parece bien?

¡Santo Dios! Su voz no era lo único que parecía más despierto. De repente,

su polla pareció reclamar más espacio, y se desabrochó el cinturón, seguido de los pantalones, para estar más cómodo.

—¿Qué llevas puesto? —Las palabras le salieron mucho más sensuales de lo que pretendía.

—¿Qué? —La oyó reírse contra el aparato—. Cole Masten, no pienso hacer eso contigo.

«¿Una risita?». Eso era nuevo. Le gustaba. Se pasó los dedos por toda la longitud y luego la rodeó con la mano, apretándose la polla con firmeza.

—Lo pregunto porque me preocupo por Gallito. Nunca ha visto a una mujer desnuda. Me preocupan sus niveles hormonales.

—¿Sus niveles hormonales? —Las palabras ya no sonaban apagadas; seguramente, ella se había dado la vuelta y estaba de espaldas sobre la cama, mirando fijamente al gallo—. No es necesario que te preocupes por él. No estoy desnuda.

—Ah... —Subió el puño desde la base al glande con un agarre firme al tiempo que soltaba un suspiro de frustración por el día que había pasado. Debía colgar el teléfono, hacerse una paja e irse a dormir.

—Llevo unas bragas.

Tuvo que apretarse la polla, que ahora estaba completamente dura y sobresalía por encima de su puño.

—Summer —gimió. La visualizó tendida en la cama, con las sábanas a un lado, como aquella vez, con unas diminutas bragas de algodón—. ¿Y una camiseta? —preguntó.

—No —suspiró ella, aunque vaciló antes de continuar—. Tenía demasiado calor.

Cole se frotó la polla, preocupado por estar viviendo una regresión adolescente. ¿Eso estaba ocurriendo de verdad? ¿Estaban teniendo esa conversación? ¿Iban en esa dirección?

—Debería seguir durmiendo —musitó ella.

—No. —Él cerró los ojos y se deslizó por la silla, con las piernas abiertas y la cabeza hacia atrás—. No deberías.

—Esto está mal.

—Summer... —Hablar era una dolorosa distracción de lo que hacía su mano, y se miró mientras se pasaba el pulgar por el glande, extendiendo la humedad que manaba de la punta—. Estoy empalmado, y lo único en lo que puedo pensar es en que ahora mismo estás en mi cama. Por favor, no me

tortures colgando el teléfono.

Su jadeo fue el sonido más hermoso del mundo.

—¿Estás pensando en mí?

—Llevo todo el día pensando en ti. Ojalá estuviera a tu lado. Ojalá pudiera abrazarte y pudieras sentirme en este momento.

—Cole, nunca he hecho esto. Ni siquiera sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Solo... tócate. —Cerró los ojos y apretó los pies contra el suelo al tiempo que movía la mano arriba y abajo—. ¿Te has masturbado alguna vez?

—Llevo tres años sin pareja —repuso ella con sequedad—. Masturbarme no es una novedad.

Se rio a pesar de todo.

—Dios, me encantaría que esa boca tan aguda estuviera alrededor de mi polla.

—Me habría gustado que... esa mañana... —Cole contuvo el aliento mientras esperaba que ella completara la frase—. Deseaba que lo hubieras hecho. Que me hubieras dado la vuelta y que hubieras puesto la boca sobre mí. —Se escuchó el sonido de las sábanas y luego otra vez su voz clara—. He pensado mucho en eso.

«Que hubieras puesto tu boca sobre mí. He pensado mucho en eso».

Cole había estado con muchas mujeres; Nadia era una de las mujeres más guarras en la cama del planeta, pero no había nada tan erótico como oír hablar a Summer. Cada tímida admisión suya era una bala al fino papel que contenía su control, y la maldijo mientras hundía las caderas en la silla de cuero.

—Mañana por la noche... —gimió, agarrándose a la silla con una mano mientras se masturbaba con la otra— quédate en mi casa. En cuanto me baje del avión, iré ahí, te separaré las piernas en mi cama y adoraré tu coño. No me detendré hasta que mi boca quede grabada en tu mente y tu sabor sea mi segundo nombre.

Hubo un leve gemido que salió de la boca de Summer y encontró el camino hacia su polla. Retiró la mano para agarrarse al brazo de la silla tratando de contenerse, tratando de no...

No fue posible. Su orgasmo era imparable. Su polla erecta y completamente erguida lanzó seis putos chorros de semen antes de parar. Jadeó y el móvil, que tenía apoyado en el hombro, cayó sobre su regazo. Lo cogió con rapidez para subirlo a su oreja, y jadeó su nombre mientras le recorrían los estertores

finales del orgasmo.

Le explotó el corazón cuando la escuchó, corriéndose justo después que él, gimiendo su nombre con la respiración entrecortada. Se la imaginó retorciéndose contra las sábanas, arqueando la espalda, y casi estaba duro otra vez cuando ella se calló, con la línea telefónica entre ellos. A Cole no le importó. No podía moverse. No podía pensar. No podía considerar lo que acababa de ocurrir y lo que podía significar para todo lo demás.

—Buenas noches, Cole. —La voz de Summer era calmada, y él hubiera necesitado una vida más al lado de Summer para saber lo que significaba: si era una somnolienta Summer posorgasmo, una Summer incómoda o una Summer a punto de llorar. No solo la necesitaba, la quería. Y eso no tenía puto sentido.

Frunció el ceño mientras pensaba qué podía decir, qué era lo más correcto, pero la línea se cortó. Ella había colgado.

Las sábanas olían a él. Empujé el soporte del teléfono hacia el borde más alejado de la mesilla de noche y consideré dejarlo descolgado. Dejar que el tono pitara y pitara hasta que aquella locura terminara. Pero, pensando que volvería a llamar, eso era ser un tanto egoísta. Si lo descolgaba, nunca sabría si él había intentado volver a llamar. Así que dejé esa bomba de tiempo en el borde de la mesilla y me acurruqué en la cama, notando las sábanas calientes contra mi piel sudorosa. Los orgasmos era lo que tenían. Me subían la temperatura, la sangre me vibraba en las venas, calentándome, y no en sentido sexual, sino literal, dándome ganas de rasgar la tela antes de morir.

Parpadeé mirando al techo mientras examinaba mis emociones. Ya me arrepentía de lo que acababa de ocurrir.

«Llevo todo el día pensando en ti», eso me había dicho. No podía haberlo dicho en serio; había sido solo una de sus armas, una que había usado a la perfección. Seguí esa línea de pensamiento y solté cada nudo de resistencia. Me di la vuelta para ponerme sobre el estómago con un resoplido que resonó en el aire. Qué estúpida era... No necesitaba que Cole se corriera en mi oído. Debí haber colgado al ver el rumbo que tomaba la conversación y no haberle mostrado mis cartas. Porque eso era lo que había hecho, ¿no? Dejar que viera lo profundamente que me afectaba a pesar de que lo odiaba. Me giré de nuevo intentando recordar lo que había dicho en los momentos de más debilidad, cuando solo sentía placer.

«Deseaba que lo hubieras hecho. Que me hubieras dado la vuelta y que hubieras puesto la boca sobre mí».

Cierto. Esa era mi bomba. ¿Por qué lo había hecho? Y luego... su respuesta... ¿Había dicho eso en realidad? Que quería que lo esperara aquí mismo cuando regresara a Quincy y que él... ¡Oh, Dios! Me cubrí la cara con las manos al tiempo que apretaba los muslos en un vano intento de no excitarme.

No podía ser. Ni hablar. Había... sido un error. Un momento de debilidad en medio de la noche. Se lo diría cuando regresara. Pero no en su casa. En el *set* de rodaje, en un lugar seguro donde no hubiera ninguna posibilidad de que tomara el control la tentación.

Sí. Un plan. Hundí la cara en la almohada y, como si fuera una acosadora chiflada, aspiré profundamente. Le había mentado por teléfono: no había probado a dormir abajo. Había entrado allí y había abierto la cama, pero luego había corrido escaleras arriba, ansiosa por explorar los secretos que pudiera contener su dormitorio. La búsqueda me había decepcionado. No había cartas de amor secretas ocultas debajo del colchón, ni películas porno sobre el reproductor de DVD. La ropa estaba pulcramente colgada en el armario y doblada en los cajones. Resultaba casi aburrido. Me había desnudado antes de deslizarme entre las sábanas, de un tejido gris oscuro muy diferente a las de los Kirkland, de un material más caro. Me abracé a una de sus almohadas y me dormí pensando en el beso. En su sabor, en lo que me había hecho sentir al hundir los dedos en mi pelo.

En su olor. Podría destilarlo y hacerme millonaria.

«La mayoría de las personas que tienen éxito en Hollywood son un fracaso como seres humanos».

Marlon Brandon

—Hay algo diferente. —Justin golpeó con los dedos el brazo de la silla y ladeó la cabeza mirando a Cole.

—Sí, que pareces un paciente sometido a quimioterapia —espetó él, señalando la cabeza de Justin—. ¿No podían haberte dejado un poco de pelo para cubrir tu horrible cabeza?

—No soy yo —rebatió Justin, echándose hacia delante—. Eres tú.

—Mi esposa me ha dejado. Me he visto obligado a vivir en el Sur profundo. Cuando lleves en Quincy un mes, ya me dirás si no estás a punto de volverte loco.

—Esperaba que te volvieras loco. O que acabaras tomando algún tipo de droga. Pero estás... bien. —Frunció el ceño como si eso fuera algo malo.

—No lo estoy —aseguró con rotundidad. Y no lo estaba. Se había masturbado dos veces esa mañana y todavía seguía cachondo, y eso pensando solo en la llamada de Summer. Debió haberle dejado llevar a Gallito a su casa. Quizá entonces sería capaz de tomarse el desayuno sin andar ajustándose la bragueta.

Justin lo miró.

—Tengo que ser sincero: no estaba seguro de si podrías sobrevivir allí sin mí.

—Sin duda ya no eres tan imprescindible en tu trabajo ahora que me he vuelto tan autosuficiente. —Cole rechazó la oferta del camarero de servirle más zumo.

Justin miró el reloj, regalo de Navidad del propio Cole.

—Vale, he sido paciente durante quince minutos.

Cole levantó la mirada, con un bocado a medio masticar, y frunció el ceño de forma inquisitiva. Justin se echó a reír y abrió los brazos, como si esperara que le contara todos sus secretos.

—Tienes que decirme algo más —añadió entonces su secretario mientras él

tragaba.

—Summer.

Una palabra que describía a la perfección su agonía.

—¿Qué te pasa con ella? —Podía preguntarle cómo sabía de su existencia, pero era una tontería perder el tiempo. En Hollywood, el valor de un secretario se medía por tres cosas: organización, capacidad para guardar secretos y capacidad para descubrirlos. Justin era el mejor en las tres—. ¿Vas muy en serio con ella?

—¿En serio? —Intentó reírse—. Es la coprotagonista. Los abogados de Nadia siguen mis pasos como perros de presa, y el mío es un Rottweiler que me ha amenazado con meter mis pelotas en un frasco si me desabrocho los pantalones. Lo único serio aquí es mi propósito de mantenerme lo más alejado posible de la reina de la belleza rural.

Justin no dijo nada, pero se recostó en la silla y lo miró fijamente.

—Vale, una vez —murmuró Cole—. Me la tiré una vez y no va a volver a ocurrir.

—¿Por eso estás pidiendo cambios en el guion todos los días? Conoces el negocio, Cole. El presupuesto de la producción está creciendo más rápido que la posibilidad de Lindsay Lohan de tener un niño adicto al *crack*.

—Pido cambios en el guion porque eso mejora la película. Lo comprobarás cuando vengas. Las escenas nuevas son cojonudas y agregan un elemento más a la película.

—Son pornográficas. Eso es lo que estás añadiendo a la película. Se trataba de un *biopic*, pero, según el equipo, casi folláis delante de la cámara.

Cole frunció el ceño.

—Eso es mentira. Solo nos hemos besado una vez delante de la cámara.

—Bueno, no es eso lo que dicen. Y ya sabes que si es lo que me cuentan a mí, es también lo que hablan con sus familias. Esto aparecerá en la prensa del corazón dentro de una semana. No me sorprendería nada que comenzara a aparecer ya en los programas de cotilleos en *prime time*.

—Solo es para la película. Puedo follármela si está en el guion, y no hay nada que tú, DeLuca, Nadia o el puto *Hollywood Reporter* podáis decir al respecto. —Cole se levantó de la silla irritado.

Justin entrecerró los ojos.

—Joder. ¿Te has enamorado de esa chica?

Cole levantó las manos.

—¡Oh, Dios! No se trata de eso. Es por la película. Me muero de aburrimiento en medio de la nada.

—No. Se trata de algo diferente —aseguró Justin—. Te conozco desde hace trece años. Pasa algo. ¿Crees que es por venganza?

Cole miró hacia otro lado.

—No es por venganza, jamás le haría eso.

—¿A Summer o a Nadia?

—Nadia puede irse a la mierda —repuso con dureza.

—Entonces, ¿no quieres liarte con Summer porque te preocupa hacerle daño? —Justin miró al techo y se rio—. ¿Quién coño eres tú y qué le has hecho a mi mejor amigo? —Sonrió—. En serio..., ¿eres el mismo tipo que hace solo ocho semanas estaba curándose el orgullo herido en un bufete de coños?

Cole suspiró.

—Vámonos. Falta poco para la mediación.

Justin se levantó con los ojos clavados en Cole, que se terminaba el vaso de agua.

—Habla conmigo. Sé que no se lo has contado a nadie.

—No hay nada de lo que hablar. —Cole sacó la cartera y cogió un par de billetes—. Ocurrió. Se acabó. Todo lo que importa es la película.

—Si tú lo dices... —Justin le dio una palmada en la espalda antes de alejarse de la mesa—. Ahora vamos a ocuparnos de esa zorra.

Justin retiró la cortina que separaba el espacio privado, y se encontraron cara a cara con la furia en estado puro y la forma de un italiano de casi metro noventa.

El puto Brad DeLuca.

—Dios... —Cole dio un paso atrás. El hombre los miraba con el ceño fruncido como si estuviera preparado para descuartizarlos.

—¿Cómo has entrado aquí? —Justin retiró el resto de la cortina, ajeno a su inminente muerte, y miró hacia el restaurante—. Hemos reservado una de las cabañas de la piscina.

—Mi mujer es la mejor amiga del director. Por mil dólares he conseguido una entrada en primera fila a vuestras confidencias. —Justin empezó a hablar, y DeLuca se volvió hacia él con una mano levantada—. Largo, déjame hablar a solas con mi cliente.

Justin palideció y clavó los ojos en Cole, que asintió.

—Quédate fuera y no dejes pasar a nadie. —Esto iba de mal en peor. Cerrando los ojos con temor, intentó recordar la conversación que había mantenido con Justin. Percibió que corrían las cortinas y luego se quedaron solos.

—Lo que acabo de hacer yo podría haberlo hecho cualquier *paparazzi* —dijo Brad en voz baja, con los ojos fijos en él.

—Justin nunca me ha metido en problemas. Se ocupó de despejar el lugar, pensaba que estábamos...

—Siéntate y cállate, por favor. —Brad señaló una silla y se dejó caer en ella.

—No tengo el día para soportar sermones —protestó Cole, cansado, frotándose los ojos mientras deseaba haber pedido una copa para desayunar en lugar de zumo.

—¿Tu secretario tiene razón? —Brad se sentó delante de él y se echó un poco hacia delante. Que estuviera más abajo hizo que se aflojara un poco el nudo que Cole tenía en las entrañas—. Si esto es algo serio, dímelo y nos enfrentaremos al problema desde un ángulo diferente.

—¿Qué? —Cole abrió los ojos y lo miró.

—A mí también me dijeron una vez que me mantuviera alejado de alguien. Eso solo hizo que la persiguiera como si me fuera la vida en ello. De hecho, terminó siendo mi alma gemela. —Brad se reclinó en la silla—. Lo más probable es que esta mujer no sea la tuya, pero no pienso alimentar la tensión

sexual entre vosotros prohibiéndote que te acerques a ella.

Cole lo miró tratando de entender lo que él le decía.

—Entonces..., ¿estás dándome permiso para salir con ella?

—Solo te digo que necesito saber qué está pasando para poder controlar a los medios de comunicación y, lo que es más importante, al juez y a Nadia. No puedo hacer bien mi trabajo si me ocultas cosas.

Cole suspiró.

—No sé qué me pasa con esta chica. —Abrió los brazos—. Esa es toda la verdad. No creo que esté loca por mí precisamente.

—Pero a ti te gusta.

Cole cerró los ojos.

—No lo sé. Sí, me gusta como persona. Es diferente a..., bueno, a cualquiera de las mujeres que hay por aquí. —Y lo era. Fuerte y dura, pero también suave. Tierna de todas las formas que afectaban a su corazón y a su polla— Me gusta como persona —repitió—, pero no nos veo juntos. No funcionaría.

Ella nunca lo aceptaría. Y esa era la verdad. No lo pensaba porque se sintiera inseguro. Sencillamente era el tipo de hombre con el que Summer no saldría. De hecho, se le reiría en la cara si alguna vez se lo pedía. Y lo cierto era que, cuando dejaba a un lado la atracción y la química que había entre ellos, no se encontraba en un punto de su vida donde pudiera actuar al respecto. No era el momento. Y tampoco era la chica adecuada.

—¿Eso es todo? —lo presionó Brad—. Te gusta, pero no sois compatibles. ¿Cómo fue el sexo?

—¿Qué?

—Que cómo estuvo el sexo —repitió Brad con la voz pausada. Aquel tipo no conocía la vergüenza.

—¿Importa?

—Sí, importa mucho. No quiero saber cómo se la metiste, solo si fue algo devastador o, por el contrario, deplorable.

—Estuvo genial... —miró hacia otro lado—, pero a la vez resultó decepcionante.

El hombre esperó, sin rastro de prisa por llegar a la mediación a tiempo.

—Explícamelo —lo presionó, al ver que Cole no daba más detalles.

—Voy a parecer una nenaza—soltó él, lamentando desde ese instante aquel momento de sinceridad.

—Aquí estamos solos tú y yo. Y me encantan las tías. Venga...

Cole hizo una mueca.

—Ella estaba boca abajo, quería sentirme conectado.

—¿Eres de los que «hacen el amor»?

—No... —Cole se frotó los muslos, deseando estar en cualquier otro lugar—. Soy de los que follan. —Y era cierto. Eso era lo que hacía Cole Masten en el dormitorio: follar. Incluso con Nadia, en especial con ella. Porque era lo que hacían. Lo que hacían realmente. Otro matiz que pillaba de su relación media década tarde.

—Así que... —resumió Brad—. Mantuviste relaciones sexuales con ella y fueron memorables, pero te hubiera gustado sentirte más conectado a ella. Te gusta, pero blablabá, sois demasiado diferentes para que funcione... ¿No percibes las incongruencias?

Cole lo miró a los ojos.

—¿Qué quieres de mí? ¿Estás tratando de convencerme para que salga con esa chica? —Negó con la cabeza—. Me siento un poco confuso.

—Quiero que seas feliz. Quiero hacer bien mi trabajo para que puedas superar el divorcio y puedas tener la oportunidad de vivir una vida normal.

—¿Una vida normal? —Cole se rio al tiempo que levantaba las manos con exasperación—. Me hallo en un lugar que impide el paso a mi secretario, en una ciudad en la que ni siquiera encajo. Voy a llegar tarde a una reunión con mi exesposa, cuyos abogados eran los míos hace seis putas semanas, para discutir cómo nos repartimos una vida que me hacía bastante feliz. Lo de llevar una vida normal en Hollywood es algo tan complicado como nuestros contratos.

—Vives aquí y trabajas en la industria, pero no tienes por qué formar parte de ello.

Cole se levantó y empezó a gritar.

—¿Seguimos hablando de Summer?! ¿O ahora se trata de una puta sesión de psicología sobre mi vida?!

Cuando Brad se puso también en pie y se enfrentó a él, la dinámica cambió. Cole dio un paso atrás.

—Venga, vámonos a la mediación. Mantén la boca cerrada y déjame hacer mi trabajo. Cuando vuelvas a Quincy, quiero que te aclares sobre lo que tienes con Summer. Me da igual que salgáis, que seáis amigos o que te alejes de ella, pero tienes que tomar una decisión, porque, de lo contrario, la volverás loca a ella, a ti mismo y, de paso, echarás a perder esa película. —Brad se puso las gafas de sol y señaló la puerta con un gesto de cabeza—. Vámonos.

Cole esperó como un chucho obediente a que Brad saliera, y luego lo siguió. Cuando estuvieron bajo el sol, vio a Justin. A su lado, con la cabeza echada hacia atrás mientras soltaba una carcajada, había una chica morena que no conocía. Se puso tenso, pero después vio que Brad se acercaba a ella y le rodeaba la cintura con un brazo. Esa debía de ser su alma gemela. Le alegraba saber que ella había estado presente para presenciar el choque de trenes.

—Julia —dijo Brad—, te presento a...

—Cole Masten —lo interrumpió ella con una sonrisa—. Soy consciente de ello. Y lamento haber ayudado a mi marido en su malvada conspiración para aguarle el desayuno. —Se colgó cariñosamente del brazo de DeLuca mientras Cole asentía. Esa mujer estaba loca. A cualquier mujer que eligiera pasar la vida con ese hombre le gustaba tontear con la muerte. De repente, recordó a Summer en el porche, con los ojos clavados en Brad, lo que hizo desaparecer su cálida sonrisa, oscureciendo su humor aún más.

—¿Nos vamos?

Brad le lanzó una mirada de advertencia y besó a su esposa. Un beso que, en opinión de Cole, duró demasiado.

—Hay un Clase S con conductor delante del hotel. ¿Quieres usarlo o prefieres conducir?

—Iré en él, quiero hacer algunas compras mientras trabajas. —Julia abrazó a Justin, y Cole se preguntó en qué momento de esa locura se las había arreglado esa mujer para traspasar la armadura de su secretario. Luego se volvió hacia él, y Cole se puso rígido; no estaba preparado para que le largaran un tercer sermón de ánimo esa mañana—. Ha sido un placer. —Le tendió la mano, y él suspiró, aliviado. Mientras se la estrechaba, captó algunos detalles: el pedrusco que llevaba en el dedo, la piel bronceada que se perdía debajo de la camiseta holgada y los pantalones pirata, el escaso maquillaje y la larga melena natural. Cuando le soltó la mano, se preguntó si esa mujer podría llegar a ser amiga de Summer. Esto rozaba el ridículo. Parecía que Summer siempre se colaba en sus pensamientos.

Movió los pies en modo automático para seguir a Brad y a Justin a la salida, donde había un pequeño atasco debido a la multitud de clientes del hotel que esperaban en el vestíbulo hablando por teléfono. Tragó saliva. Ese lugar solo tenía treinta *suites*, y todos los ocupantes debían de estar allí ahora, agitando las manos para ganarse su atención. Esbozó su sonrisa más grande y atractiva, aunque era consciente de que su mirada era sombría. A unos metros estaba su

coche. Su refugio. Se metió dentro, esperando a Justin, y observó que Brad entraba en un Mercedes cercano y que su mujer se montaba en otro igual.

—¿Sabes a dónde vamos? —gruñó a Justin, apretando el acelerador antes de que el hombre hubiera cerrado bien la puerta.

—Ha sido un error. Me encargaré de que despidan al director. No te pongas imbécil. —Justin le indicó el carril de la derecha—. Dentro de cuatro semáforos, gira a la derecha. Está una manzana más abajo.

Cole quemó rueda en cuanto salieron del hotel, y ese fue el único sonido que se escuchó hasta que llegaron a su destino.

«Me da igual que salgáis, que seáis amigos o que te alejes de ella». Esas eran las opciones que le había ofrecido DeLuca.

Pero ¿cómo iba a elegir entre tres cosas imposibles?

«En Hollywood, las novias guardan los ramos y tiran al novio».
Groucho Marx

Nadia estaba, como siempre, impecable. Cole estudió su cara, el maquillaje perfecto, y se preguntó como tantas veces antes, por qué había aguantado al equipo que llegaba a su casa cada mañana, equipado con pinceles y muestras de maquillaje que hacían que el vestidor de casa se convirtiera en un circo durante una valiosa hora. Por la mañana lo mejor era dormir. Nadia no necesitaba nada de eso, ya era hermosa. Y en un día como ese, en el que sabía que iba a estar sentada frente a él, su abatido marido, aquel esfuerzo extra le parecía cruel. Pero así era Nadia. Siempre quería que la admiraran, en especial aquellos a los que rechazaba. Por fin, ella levantó la vista del documento y lo miró a los ojos.

«Tienes unos ojos preciosos». Fue lo primero que le había dicho ella después del primer beso, algo que había ocurrido unos minutos antes de que él entrara en la caravana y se la encontrara tendida en la cama. Lo había dicho con timidez, mientras se deslizaba hacia el borde de la cama, y él se había encogido de hombros.

«Gracias», le había respondido él sin esforzarse por ser creativo. No necesitaba ser imaginativo.

«Hacen que una no se fije en tu nariz», había añadido ella arrugando la suya al tiempo que se ponía de puntillas, un movimiento que provocó que se elevaran sus pechos desnudos. Desde aquella nueva altura, Nadia había estudiado su nariz y luego había bajado los talones. Él se había quedado mirando fijamente cómo le rebotaban los pechos. «Si lo necesitas, tengo un cirujano plástico de confianza. Le arregló la nariz a una compañera de piso. Hizo un gran trabajo».

«¿Mi nariz?». Eso había hecho que dejara de fijarse en sus pechos. «¿Estás bromeando?». Incluso en ese momento, él ya era una estrella, con un Oscar en su haber. Y su nariz, que se había roto dos veces, una en una pelea y otra haciendo *snowboard*, era una de sus marcas de fábrica. Embrutecía sus rasgos perfectos y lo hacía parecer más masculino. Ahora, al mirar hacia atrás, podía

darse cuenta de lo calculadora que había sido siempre ella. Había interpretado el papel de chica fría a la que no impresionaba una gran estrella. Había jugado con él, negándose a irse a la cama hasta la tercera cita, y en la quinta lo invitó a atarla a la cama. Nadia había sido una estrella porno en el dormitorio, y había usado cada centavo de Cole, cada pizca de su poder y de su nombre para elevar su propia fama. En esa primera película, ella no había sido más que una chica sin diálogo. En la segunda, había interpretado un papelito con algunas líneas. Luego pasó por varios papeles secundarios. Cinco días después de su boda, una ceremonia impresionante que habían cubierto todas las revistas, había obtenido su primer papel protagonista en una producción con un gran presupuesto. De la nada al estrellato en un año.

Cole no era estúpido; sabía lo ambiciosa que era. De hecho, era una de las cosas que le habían atraído de ella. Y le había hecho feliz echarle una mano. Pero ahora, al mirar su acuerdo, con marcas rojas por todas partes, se preguntaba si alguna vez lo había amado o si solo habría sido un objetivo que ella había planeado al milímetro.

—Muy bien, hemos repartido todos los activos: Cole obtendrá el barco, el avión y el rancho de Montana; Nadia se quedará con las casas de California y Hawái. Todas las cuentas bancarias se las quedan sus respectivos propietarios, y la cuenta conjunta se dividirá a la mitad, dejando en ella solo quinientos mil dólares para cuestiones pendientes y honorarios de abogados, que también irán a medias. Las futuras ganancias de Nadia serán de ella, y las de Cole, de él. —La mediadora se interrumpió y miró a DeLuca. Cuando continuó, le temblaba un poco la voz—. Nadia ha aceptado renunciar a cualquier reclamación sobre *La botella de la fortuna* a cambio de un cinco por ciento de las regalías de la actual filmografía de su matrimonio con Cole. —Respiró hondo—. ¿Hasta aquí todos de acuerdo?

Cole miró a Nadia, que asintió con los labios apretados. Estaba enfadada; era evidente en las arrugas que tenía alrededor de la boca y en el brillo de sus ojos. Debería sentirse feliz por ello, pero no era así. Estaba harto, harto de los días perdidos, de ver a lo que se había reducido su relación: a puntos insignificantes en la lista del mediador y a quién se quedaba con los jodidos Picassos. Menos mal que tenía a DeLuca, que había valido su peso en oro, y que la mediadora, una mujer de ojos brillantes, era muy competente.

—¿Cole? —presionó la mediadora—. ¿Está de acuerdo con los conceptos básicos del acuerdo?

—Sí. —Mantuvo los ojos en los de ella. Como se echara atrás ahora, si llevaba ese acuerdo al juzgado o más allá, daría carta blanca a DeLuca y le permitiría hacer todo lo que aquel hombre deseaba desde que lo contrató.

—¿Nadia?

El tiempo que medió entre la pregunta y la respuesta fue eterno. Cole contuvo el aliento con los ojos clavados en ella, pero el desafío terminó en el momento en que ella miró a la mesa.

—Sí —dijo de manera dolida, como si no estuviera consiguiendo una fortuna. Por lo menos no tenía *La botella de la fortuna*, pensó Cole. Había algo en su vida que ella no había manchado.

Le vino Summer a la mente y dejó ese pensamiento a un lado. Le pusieron un documento delante para que lo firmara.

—Este acuerdo es legalmente vinculante —les recordó la mediadora—. Informaré al juez de su decisión y todo permanecerá como está hasta que los abogados redacten la documentación correspondiente.

Cole escribió su nombre y se preguntó cuánto tiempo tardaría en estar disponible aquella firma con los detalles de su separación para cualquier persona con conexión a internet. Nadia había comprendido, al igual que él, el daño que esto podía tener en sus reputaciones, los esqueletos ocultos que saldrían del armario. Por eso habían sido relativamente cordiales durante el proceso. También era la única razón por la que habían logrado llegar a un acuerdo mediante la mediación: los dos se oponían a llegar ante un juez.

DeLuca esperó hasta que Nadia firmó, con su letra perfecta, para hablar.

—La semana que viene nos pondremos en contacto con los borradores iniciales del acuerdo.

—Mucha prisa, ¿no? —dijo Nadia desde su silla con los ojos clavados en Cole. Interesantes palabras para venir de una mujer que le había los papeles del divorcio sin darle tiempo a pensar en nada. Él no respondió, solo se levantó, cogió las gafas de sol y se las puso.

—¿Nadia? —Sonrió cuando ella se volvió con el Hermès en la mano—. Ha sido un absoluto placer.

Ella esbozó una sonrisa de oreja a oreja; su relación podría condensarse en ese intercambio: dos actores interpretando su papel a la perfección.

Lástima que hubiera tardado tanto tiempo en darse cuenta.

Gallito estaba volviéndose adorable. Grande y adorable. Al parecer, Cole pensaba que un gallo no podía pasar la noche fuera, así que había preparado el cuarto de baño de la planta baja para él. Supe, en cuanto lo vi, que Cyndi Kirkland lo castraría con sus propias manos cuando viera el estado en el que estaba. Me detuve en la puerta y miré el suelo —cubierto de papel de periódico—, las paredes —llenas de picotazos— y la caca del ave, que había logrado manchar el inodoro, el lavabo, el portarrollos de papel higiénico y el alféizar de la ventana. El causante de todo estaba encima de la tapa del inodoro, e inclinaba la cabeza hacia mí.

Había recibido una lista detallada de puntos relacionados con el cuidado de Gallito de un fanático del orden llamado Justin. La lista incluía cosas tan ridículas como:

8. A Gallito le asustan los ruidos fuertes (el ladrido de los perros y la secadora). Por favor, permanezca sentada con él cuando esto suceda y no ponga la secadora en marcha.

O:

17. Gallito está acostumbrado a que lo saquen una vez durante la noche. Por favor, llévelo al patio trasero entre las doce y las seis de la mañana, y déjele quince minutos para recorrer el patio. Asegúrese de que la valla esté cerrada, y no le permita saltar ni volar sobre ella.

¿Cómo se mantiene a un gallo dentro de una valla? Al cerrar los ojos había imaginado a Gallito recorriendo los campos de algodón, y yo en el borde de la cerca, gritando su nombre como una loca.

Cole tiene suerte de que sea yo la que esté cuidándole al gallo. Si fuera cualquier otra persona, su reputación en el pueblo estaría por los suelos. Los vecinos, en especial los hombres, lo crucificarían por esto. Cerré la puerta. Según las instrucciones de Justin, Gallito tenía que acostarse a las nueve. La noche anterior, había sido una niñera permisiva y lo había dejado corretear por el patio trasero hasta las diez. Esa noche, como Cole vendría a casa, lo metí pronto en el cuarto de baño. No podía pensar con claridad si estaba picoteándome. Cerré la puerta a pesar de sus protestas y apagué la luz del pasillo para subir las escaleras hacia la habitación de Cole.

Esto era una estupidez. Yo allí sentada, esperando que regresara. No quería estar a disposición de Cole Masten. Él había hecho ese comentario llevado por la pasión del sexo telefónico. No lo podía haber dicho en serio. Probablemente atravesaría la puerta y se burlaría de mí por estar en su casa. Entré en el dormitorio y alisé el borde de la colcha. Había hecho la cama, no había podido evitarlo. La hice pensando en él al tocar cada pliegue, en nosotros dos revolcándonos allí.

Me hormigueaban los dedos por lo nerviosa que estaba. Si hubiera estado en casa, habría estado cocinando. Habría hecho galletas de chocolate, guardando las que sobraran para el equipo de rodaje. Aunque Mary me había dicho que eso no se hacía cuando llevé un pastel de zanahoria por el cumpleaños del jefe de decorados. Al parecer, existía un límite asqueroso entre el «elenco» y el «equipo», y podíamos arder en llamas si existía cordialidad entre nosotros. Se suponía que debía tratarlos como empleados, y que a ellos les gustaba.

No quería cocinar en casa de Cole. Ya me sentía como un ama de casa de los años 50. Me acerqué a la ventana y miré el campo en sombras en dirección al aeropuerto. Pensé que debía salir y que desde allí vería aterrizar el avión.

Al salir, me di cuenta de que me había olvidado los zapatos. Creía haberlos dejado en el cuarto de baño de Gallito. Pensé en regresar, pero al final bajé los escalones del porche. Me senté en el primero, donde la madera estaba húmeda por la lluvia de la tarde, y me rodeé las rodillas con los brazos al tiempo que alzaba la cabeza hacia el cielo. Estaba nublado, la luna arrojaba su luz entre las nubes, y se veían algunas estrellas brillantes en el lienzo negro de la noche. Había leído en una revista un artículo sobre la contaminación lumínica. Era algo real; millones de luces artificiales devoran la oscuridad de nuestro mundo y nos estropean la posibilidad de ver las galaxias que hay más allá de nosotros. Como la polución, pero en lugar del aire puro, la luz se come el tono negro y nos deja sumidos en una oscuridad brumosa. Podía percibirlo cuando miraba al sur, hacia Tallahassee. El horizonte era brillante en esa dirección. Las luces de la ciudad impedían que los habitantes pudiera observar las estrellas de forma perfecta.

No creía que llegaríamos a tener ese problema en Quincy. Ni siquiera con el *set* de rodaje, aunque los equipos trabajaban hasta tarde para preparar el rodaje del día siguiente, el cielo seguía viéndose perfectamente, y las estrellas eran claras y definidas.

Me pregunté, no por primera vez desde que había cobrado el sueldo por la

película, a dónde iría cuando me marchara de allí. Ahora que poseía más dinero del que nunca había soñado, no me quedaban excusas para quedarme. Podría comprarle una casa a mi madre y seguir con mi vida. Podría ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa. Ir a la universidad, recibir clases de pintura, comprar un caballo.

Podía hacer lo que quisiera.

Era una idea aterradora.

Por encima de mí, planeó un avión.

—Bueno, claro que Scott la engañó. Es un hombre..., cometen errores. Pero ya sabe, en la biblia se dice que hay que perdonarlos, no descargar sobre ellos la ira del averno. Eso queda para Dios, no para nosotros. Lo nuestro es perdonar y olvidar.

—¿Su familia ha perdonado a Summer?

—Bueno..., no. Algunas cosas son, sencillamente, imperdonables, y lo que ella hizo es una de esas cosas. Si todos la perdonáramos, ella no aprendería la lección.

—Felicidades, jefe. —Justin se acercó desde el fondo del avión y le dio una palmada en el hombro cuando pasó a su lado. Luego se sentó enfrente, sacó una cerveza y se la ofreció.

—Estoy bien. —Rechazó la bebida—. ¿Has dormido bien?

—Lo estaba haciendo hasta que pillamos esa turbulencia. —Se encogió de hombros—. Estoy bien; los analgésicos me dejan noqueado, así que tomaré algunos en cuanto lleguemos a tu casa.

Cole negó con la cabeza.

—No. No vas a quedarte conmigo.

Justin detuvo la cerveza a medio camino de sus labios con las cejas arqueadas.

—¿No?

—No. Lo siento. Hay un *Bed & Breakfast* en el pueblo; puedes alojarte allí.

—Cole apartó la cortinilla para mirar por la ventana.

Justin se rio entre dientes.

—¿Estás ansioso por llegar?

—Estoy cansado de viajar. Además, estoy deseando ver tu reacción ante Quincy.

—No puede ser tan malo como Bismarck. Al menos no hay nieve.

—No, no es Bismarck —repuso sonriente—. Mañana, después del rodaje, te llevaré de gira turística por el pueblo.

Justin miró el reloj.

—¿De verdad no dejas que me quede contigo? Tenía la esperanza de ver *Casa-Pollo* hoy mismo.

—Lo siento. —Cole se recostó en el asiento. Se puso a tamborilear con los dedos contra la pierna mientras miraba hacia fuera, ansioso por ver las luces de Quincy.

Dejó a Justin en el *Bed & Breakfast* de Ethel Raine y se alejó. Las calles estaban tranquilas, iluminadas por las farolas; el reloj del ayuntamiento brillaba en la oscuridad. No se había dado cuenta, con el cambio horario, de

lo tarde que llegaría. Se frotó la nuca dolorida, y pensó en llamar a Summer. Ese había sido su debate interno durante todo el día. Había estado reprimiéndose para llamarla desde que le había colgado la noche antes.

«Adiós, Cole».

Cambió de posición en el asiento.

Cuando bajó el camino, se encendió una luz en la parte trasera de la casa, y el brillo iluminó algunas habitaciones. Se quedó sentado en la *pickup* durante algunos minutos, con el motor apagado, y observó el lugar. ¿Estaría ella allí? No había pensado racionalmente cuando le dijo eso, expresando en palabras lo que había querido hacer desde el día que ella le abrió la puerta de su casa.

«En cuanto me baje del avión, iré ahí, te separaré las piernas en mi cama y adoraré tu coño. No me detendré hasta que mi boca quede grabada en tu mente y tu sabor sea mi segundo nombre».

Hizo una mueca ante el recuerdo. Quizá ella no lo había oído. Quizá se había llevado a Gallito y ahora estaba en su propia casa. Se colocó la bragueta, deseando dejar de estar duro. Sí, seguramente estaba en su casa, dedicándose a sus cosas, totalmente ajena a lo que él llevaba pensando todo el día.

Abrió la puerta y salió del vehículo. Cogió el equipaje del asiento trasero y subió las escaleras. Cuando abrió la puerta principal, supo al instante que ella no estaba allí.

81

No podía hacerlo. No podía quedarme esperando para ser su juguete sexual, por mucho que supiera que iba a disfrutar. Cole Masten era peligroso para mi corazón, para mi autoestima, para mi futuro. Para mí.

Rodaría esa película con él.

Cobraría mi sueldo.

Y luego me marcharía de Quincy.

Al día siguiente, estudié el *bagel* con especial interés cuando entró Cole. Estábamos en una de las salas de reuniones, asistiendo a una de esas reuniones aleatorias que habían programado sin un claro propósito. La había temido desde que me había despertado por la mañana, pues no sabía cómo interactuar con un hombre con el que había tenido sexo telefónico. Es decir, pensaba que se llamaba así. Siempre había pensado que el sexo telefónico sería más complicado, que habría descripciones detalladas por ambas partes, que se intercambiarían más instrucciones, que duraría más que nuestro rápido encuentro. Pero me había corrido, y pensaba que él también. Y habíamos estado al teléfono, así que sí. Estaba bastante segura de que se trataba de sexo telefónico.

El *bagel* era de trigo, algo que odiaba a menos que tuviera arándanos. Mary me había asegurado que no los llevaba, a pesar de que dos asientos más allá uno de los asistentes de dirección tenía uno con puntos azules. Ella había untado el mío con queso en crema, intentando maquillarlo, pero no me gustaba tampoco esa clase de queso, algo que, si le decía ahora, solo me haría parecer caprichosa. Así que no me quedaba más remedio que tomar ese desayuno mientras ella me miraba con aquellos diminutos ojos suyos que no me quitaba de encima, esperando a que yo diera un mordisco al desayuno para poder tachar un punto de su lista: «Desayuno de Summer». Tomé un mordisquito. Sí, estaba asqueroso.

Lo sentí cuando se sentó a mi lado, con sus largas piernas extendidas por debajo de la mesa. Una la apoyó en la mía, así que la moví, poniendo los pies debajo de la silla. Sus hombros entraron en mi visión periférica cuando se inclinó. Lo ignoré, estudiando la parte superior del *bagel* untado con una intensidad inquebrantable.

—Buenos días. —Su voz era ronca, como si hiciera poco que se había despertado y todavía no hubiera hablado.

Sonreí de forma educada antes de dar otro mordisco al *bagel* y miré hacia la izquierda, lejos de Cole, buscando algo, cualquier cosa, en la que concentrarme. No estaba preparada para eso; había pensado que estaría tan poco interesado como yo en mantener una conversación. Mis ojos se

encontraron con los de Becky, una de las productoras, la que dirigía la reunión, e intenté obligarla a empezar ya. No debí haber llegado tan temprano. Debí haberme escaqueado en el último minuto, y lo habría hecho si no hubiera sido porque Mary era como un sargento de instrucción, y seguía su agenda al minuto, por lo que cualquier posibilidad de escape era nula.

—¿Hasta qué hora estuviste en casa anoche? —¡Oh, Dios! ¿No podía olvidarse de eso?

—Shh... —Le hice callar, mirando a mi alrededor, preocupada por quién podría estar escuchando. Eso no estaba bien. Se movió en su silla y se inclinó más cerca, bajando los labios hasta mi oreja.

—Es una pregunta inocente. ¿Hasta qué hora?

Me encogí de hombros.

—No estoy segura. De todas formas, de nada. Por haber cuidado a Gallito.

—Volví la cara un poco hacia él, no demasiado, para no tocarlo, pero lo suficiente para verle la curva de los labios cuando sonrió.

—Gracias.

—De nada. —Tomé un último bocado del intragable *bagel* y dejé el resto. Había dado una cantidad calculada de mordiscos. Los suficientes para no ofender a Mary, pero no demasiados, para que no pensara que me había gustado.

—Ojalá te hubieras quedado.

El corazón se me detuvo al oírlo. Intenté que volviera a funcionar. Intenté respirar con normalidad, actuar con aplomo...

«Ojalá te hubieras quedado». Solo eran cuatro palabras simples. Pero me saciaban como las galletas de mantequilla de cacahuete, que solo llevaban cuatro ingredientes: mantequilla de cacahuete, azúcar, harina y huevos. Pero, al juntarlos, creaban algo que adoraban la mayoría de las mujeres.

Odié las galletas de mantequilla de cacahuete. Odié que dijera esa frase.

Porque no importaba lo mucho que lo hubiera complicado todo, no importaba que hubiera sido un error... También pensaba que ojalá me hubiera quedado.

Becky se aclaró la garganta y empezó la reunión, y yo, por enésima vez, me salvé por un pelo.

Summer estaba actuando de una forma muy rara. Extraña incluso siendo ella. Parecía acobardada, asustada. Evitaba el contacto visual a toda costa. Se las arreglaba para no hablarle. Cole miró la pared de la caravana y trató de recordar la última vez que habían mantenido una conversación directa. ¿Había sido en la sala de conferencias? Justo después de que hubiera regresado de Los Ángeles a una casa vacía. Sí, había sido entonces. Y no es hubiera sido una gran charla. Y de eso hacía casi una semana.

Había intentado cabrearla, pero ella no había picado. Había intentado ser amigable, y lo había desdeñado. Se estaba quedando sin otra opción que arrastrarla a su caravana y obligarla a hablar con él.

—¿Estás aquí?

Se estremeció al oír la voz y se volvió hacia Justin, que estaba sentado frente a él con las páginas del guion desparramadas entre ellos.

—¿Qué?

—¿Dónde estás? ¿Has escuchado algo de lo que te acabo de decir? ¿Sobre Tokio?

—No.

—El estreno de *Rentho*, en Tokio, será la semana próxima. Tenemos que cambiar el plan de rodaje para adaptarlo, así que Don quiere saber cuántos días estarás fuera. —Y arqueó una ceja, con un boli en la mano, señalando el calendario—. ¿Cinco?

—¿El estreno en Japón es ahora? Pensaba que estaban esperando.

—Lo adelantaron en julio. —Seguramente cuando Justin tuvo el accidente.

Asintió.

—No voy a ir.

—¿Por qué?

—Estamos rodando, y esto es más importante. ¿Cuándo toca la escena treinta y ocho? —La treinta y ocho era la escena de sexo entre Ida y Royce.

—Se iba a posponer para después del estreno en Japón. Don quiere darle a Summer algo de tiempo para...

—No —lo interrumpió—. No podemos esperar. —No podía esperar ni un minuto más, mucho menos una semana. La escena de sexo había sido otro

imprevisto en el guion, uno para el que había presionado a los guionistas. Uno contra el que Summer había luchado con uñas y dientes—. La rodaremos esta semana y me saltaré el estreno. En mi lugar, envía a Charlize; le encantan estas cosas.

—¿Cuándo piensas admitir que ella te gusta? —Justin dejó el bolígrafo y Cole miró hacia otro lado.

—Me gusta. No me supone ningún problema. También me gustas tú; aunque todavía odio más admitirlo. —Sonrió, pero Justin no le devolvió la sonrisa.

—Deja de irte por las ramas.

Cole se puso serio y lo miró con dureza.

—No me voy por las ramas. Ella está buena y yo también. Coqueteamos un poco. Si quiero follármela, me la follaré. Si quiero que me guste, me gustará. Y si quiero odiarla, la odiaré. La película es lo único importante, y lo que hago con ella es para eso. Sabes que esas tomas están quedando genial. Lo sabes, las has visto.

—¿Eso es lo que haces? ¿Intentar ganarte ese corazoncito georgiano para conseguir una estatuilla para tu película? —Justin no apartó la mirada, sino se la sostuvo con firmeza, con la misma firmeza con la que había hablado, y Cole lo respetó por ello, incluso a pesar de que lo odiaba.

—Nadie está jugando con el corazón de esa chica. No me dará ni la hora.

Justin se echó a reír al tiempo que se apartaba de la mesa para ponerse de pie. Entonces, apoyó las manos en el cristal mientras se inclinaba hacia delante.

—Summer está protegiéndose, Cole. Lo hace lo mejor que puede. ¡Dios!, si estuviera en su lugar, preferiría pillarme las manos en un cepo que estar en la misma habitación que tú.

—No está protegiéndose —aseguró él, levantando la cabeza para mirar a Justin al tiempo que apretaba las manos contra los brazos de la silla. La frialdad de Summer no era por eso, sino porque él no le caía bien a pesar de la atracción que existía entre ellos.

Pero en cuanto dijo las palabras, la idea penetró en su mente, plantando una duda en el fondo de su cerebro.

«Escena 38: Royce & Ida. Escena de amor en casa de Royce».

Cuando Mary llamó a la puerta de mi caravana, la ignoré, me rodeé las rodillas con las manos y apreté los botones del mando a distancia con el pulgar haciendo *zapping* sin pensar en lo que hacía. Solía cuestionar que hubiera un televisor en ese espacio; nadie tenía tiempo para descansar o ver la tele por cable. Pero ahora lo sabía. Era por los momentos de pánico, la última línea de defensa contra actrices asustadas que solo querían huir. Mary dio otro golpe, y sus delicados puños hicieron un montón de ruido contra la puerta cerrada. Sonó el teléfono, la tercera vez que ocurría en los quince últimos minutos.

Entendía la escena, sabía que era necesaria; al final, había dejado de quejarme y me había portado como una persona madura al respecto, pero se me había agotado el tiempo. Había llegado el momento de rodarla. Pero ya no tenía fuerzas para darme más sermones de ánimo. No podía hacerla. No la haría. Punto.

Una nueva voz se unió al coro que había al otro lado de la puerta, y me rodeé las rodillas con más fuerza. «Él». Subí el volumen, y la jueza Judy le largó un sermón a un paleta que había prometido cuidar de un perro y no lo había hecho. Murmuré mi conformidad y casi me perdí el movimiento del pomo de la caravana. La puerta se abrió, y el brillo del sol se vio interrumpido por una musculosa forma masculina. Clavé los ojos en el llavero gigante que ahora colgaba en la cerradura. Me lo figuraba. Era cuestión de tiempo. Había esperado que entrara Don. O Eileen. Cualquiera menos él.

—No lo pienso hacer —repetí, con los ojos clavados de nuevo en la pantalla. Y todavía albergaba la esperanza, a pesar de toda aquella locura, de no ponerme a llorar.

—Tienes que hacerlo. Has firmado un contrato. —Él habló desde del centro de la estancia. La puerta se cerró a su espalda. Era la primera vez que entraba en mi caravana, y con las piernas separadas y los puños cerrados hacía que el espacio fuera demasiado pequeño para los dos.

—El contrato no ponía que tuviera que desnudarme delante de la cámara.

—Eso no es así. El contrato no ponía que no tuvieras que desnudarte ante la cámara. Es un matiz importante, y no es culpa mía que el idiota de tu ex lo haya pasado por alto.

Tuve un terrible momento de debilidad, en el que me tembló el labio inferior, y mis nervios parecieron romperse uno a uno.

—Por favor, vete. —Se me quebró la voz, y lo vi acercarse con los ojos empañados hasta que se arrodilló al lado del sofá.

—Summer... —Su tono era tranquilo, más suave y tierno, pero no lo miré: no le daría la satisfacción de mostrarle mi debilidad.

—No pienso... No he estado... —Clavé los ojos en la cara de la jueza Judy mientras parpadeaba—. No he estado desnuda delante de nadie desde hace mucho tiempo. Aparte de..., ya sabes. —«Aparte de ti». Había sido estúpido añadir eso. Me pasé la mano por la mejilla y atrapé con el meñique las lágrimas que estaban a punto de caer—. No pienso hacerlo ahora delante de todas esas personas... —Casi me dio hipo, y me interrumpí. Me subí la camiseta para apretar la tela sobre mis ojos húmedos. «Esos focos, Dios...». Cuando nos filmaban, podías pararte en Thomasville y ver cada detalle de nuestras caras por lo iluminados que estábamos. ¿Cómo sería estar desnudo debajo de esas luces?

—En realidad no estás desnuda... —intentó convencerme Cole, y resoplé contra la camiseta. El atuendo que los de vestuario habían dejado en mi caravana era un conjunto de parches color carne para mis pechos y otro más largo que parecía un *salvaslip* y que suponía que debía meterme entre las piernas. Lo había intentado: había quitado la parte de papel para pegármelos sobre la piel, luego me miré en el espejo y... fue demasiado. En ese momento supe que no estaba bien, ya que ni siquiera podía soportar ver mi reflejo. Ahora, bajo la camiseta, los parches me tiraban un poco de la piel cuando me movía, un constante recordatorio del desastre que se avecinaba.

—Summer... —Su voz era tierna y calmada, medio suplicante, y eso me puso más furiosa que un toro delante de un pañuelo rojo. Dejé caer las manos, por lo que se me bajó la camiseta, y giré la cabeza hacia él. Seguía de rodillas, y lo pillé en medio de un movimiento, mirándose el reloj. Cualquier señal de debilidad que pudiera sentir se desvaneció; me agarré a la ira y la utilicé como un escudo. Estaba mirando el reloj. A la mierda su preocupación, su actitud amistosa e interesada. Cole Masten, arrodillado junto a su dolida compañera de reparto, utilizando sus malas artes para convencerla. A la

mierda el contrato; si no quería hacerlo, no tenía que hacerlo. Habíamos rodado demasiadas escenas, con lo que filmarlo todo con una nueva Ida se les dispararía de precio.

—Levántate del suelo. —Mi voz era afilada y sólida como un cuchillo, y Cole levantó la mirada, sorprendido. Bajé los pies del sofá y me levanté, con el pegote entre las piernas tirando de forma dolorosa de mi vello púbico por debajo de los pantalones deportivos.

Cole no se movió, por supuesto. Ese hombre no podía hacer nunca lo que le decían. Se limitó a mirarme mientras me detenía delante de la ventana de la caravana para echar un vistazo entre las persianas. Había un grupo de gente allí. Don, igual que Eileen, así como algunos ayudantes de dirección y la inefable Mary, que movía el bolígrafo con pasión sobre un nuevo Post-It. Casi podía imaginarla pegándolo en el espejo del cuarto de baño de su habitación en el hotel, unas brillantes letras rojas en el papel amarillo: «BUSCAR UN NUEVO TRABAJO».

Dejé caer la mano y las persianas volvieron a su lugar.

—Esta película no necesita ninguna escena de sexo.

—Es el clímax de la relación paralela. Claro que es necesaria. —Cole se puso de pie por fin, lentamente, y me miró a los ojos cuando habló, con una voz llena de autoridad en la que no quedaba ni rastro del tono mimoso anterior.

—Quiero una doble de cuerpo. —La idea me vino de repente. Y odié no haberlo pensado antes. Era algo común. Recordaba haber leído en un artículo sobre *Pretty Woman* que Julia Roberts había usado una. Me había fijado en todas sus escenas de desnudos y nunca había percibido nada raro—. Tiene que haber alguna cláusula que pueda firmar para que uses una doble. Es muy fácil... —Apoyé la mano temblorosa contra el aparato de aire acondicionado, pero cerré el puño para dejar de temblar. Eso podía resultar. Podía arreglar este desaguisado. Me acerqué a la puerta y, aunque Cole dio un paso para detenerme, la abrí de golpe—. ¡Don! —lo llamé, y el director avanzó entre la multitud con la cabeza inclinada hacia mí. Le hice un gesto para que entrara, y Cole gimió al tiempo que levantaba las manos. Entrelazó los dedos por encima de la cabeza y los apoyó en la coronilla. Don se metió en la caravana y cerró la puerta. Aquel lugar estaba lleno de gente.

—Quiero una doble de cuerpo. —Expuse mi idea deteniéndome muy cerca de Don, con los brazos cruzados, y lo observé con atención mientras el

director miraba a Cole.

Cole se encogió de hombros con expresión impasible y terca.

—No es posible; no hay ninguna rubia de metro setenta con un cuerpo como el tuyo por ahí perdida en el *set*, esperando para quitarse la ropa y ponerse delante de la cámara. Y no tenemos tiempo para hacer un *casting*. Eso llevaría una semana o más, por lo que no podemos pagarlo.

Me centré en Don.

—Florida está a cuarenta y cinco minutos —dije señalando en dirección a Tallahassee—. Allí hay más de veinte mil universitarias. Créeme, encontrarás a alguna que se sentirá más que feliz de desnudarse y meterse en la cama con él. —Sentí una extraña y desagradable sensación, y una imagen muy clara se formó en mi mente, aunque la dejé a un lado.

—Me alegra saber que la reina del Sur sabe cómo funcionan los *casting*.

Miré a Cole.

—Sé que si ponéis una carpa en Landis Green, tendremos doscientas chicas desnudas dentro de dos horas. Si no encontráis una que se parezca a mí antes de la cena, yo...

—¿Qué? —me interrumpió Cole—. ¿Filmarás la escena tú? —Dio un paso adelante y dejó caer las manos de la nuca con una sonrisa en la cara—. Chica de campo, hagamos una apuesta. —Miró el reloj como si no pudiera recordar la hora. —Son las ocho y media. Llevaremos algunas cámaras y un equipo, y lo haremos. Pondremos en marcha tu ridícula sugerencia. Pero como a las seis de la tarde no hayamos encontrado a una chica con esas características, mañana, a primera hora, estarás rodando la escena, y no quiero escuchar nada al respecto. Sin lágrimas ni quejas. Te vas a comportar como una adulta y una profesional.

Me mordí el labio inferior y miré a Don, que paseaba la vista de uno al otro como si estuviéramos locos.

—Vale. Pero yo voy, y también Don y Eileen. Si tres de los cuatro estamos de acuerdo en que alguna encaja, yo gano y no tengo que hacer esa escena.

—Esto es lo más estúpido que he escuchado nunca —intervino Don, levantando una mano—, pero por si hay alguna posibilidad de que funcione, voy a necesitar que hagas algunas tomas de cerca. Besos, jadeos, etcétera...

—Pero eso podrías hacerlo con un sujetador sin tirantes puesto —apostilló Cole—. Y pantalones cortos. —Me tendió la mano—. ¿Trato hecho?

Se la estreché sin detenerme a pensar, sin meditar dos veces los detalles ni

pedir más condiciones. Y mientras lo hacía, sentí una enorme oleada de alivio.

Estaba segura de que ese hombre no había estado nunca en Florida. Allí era donde Dios había vomitado todas sus bellezas. Ni siquiera íbamos a necesitar llegar hasta las seis. A la hora del almuerzo ya tendríamos al menos una docena entre las que elegir.

—Si no fueras el que pone la pasta, te despediría. ¿Cómo se te ocurre convocar un *casting* público de forma improvisada? ¡En un día de rodaje! — Don se detuvo en medio del *set*, moviendo los brazos en el aire como si fuera un muñeco hinchable. Su rostro había adquirido un profundo color rojo, y el sudor le caía por las sienes. A su espalda, estaban preparando una de las caravanas, y una docena de personas preparaban todo: luces, plataformas, cables y letreros en una acción coordinada.

—Ya... —repuso Cole con una sonrisa al tiempo que le daba una palmada en la espalda. De pronto, detuvo a un ayudante de producción reteniéndolo por la camisa—. Eh, tú..., ¿cómo te llamas?

—Er... —El chico miró a Don y luego a Cole—. Tim Myers.

—Tim, ve a buscar a Justin y tráelo aquí.

Don apretó los labios en una línea y se pasó la mano por la cabeza calva.

—¿Sabes cuánto te va a costar esta estúpida apuesta?

—Necesitamos esa escena, y sabes tan bien como yo que ella no la hará de otra forma. —Sonrió—. Relájate, Don. No es tu dinero, es el mío.

—Pero es mi carrera si la película flojea. O si se queda sin fondos. O si mis protagonistas se matan entre sí antes de que llegue el último día de rodaje. Podríamos haberla hecho cubriéndola con una sábana. Todo esto... —Don miró a un hombre que pasaba corriendo a su lado, con los brazos llenos de claquetas— es ridículo.

—No quiero una escena de amor del tipo de Nicholas Sparks. Quiero imágenes salvajes y sexis. Ya te lo he dicho, lo sabes. No podemos prometer algo y luego dejar a la audiencia sin ello.

—Claro... —Don lo miró fijamente—, vamos a fingir que se trata de eso. — Se acercó más a Cole y bajó la voz—, pero los dos sabemos que no es así.

Cole se encogió de hombros.

—Tú filma la escena que quiero. Si luego necesito acudir a terapia, lo haré y... —Chasqueó los dedos en dirección al ayudante de producción que se alejaba.

—Tim Myers —lo ayudó Don.

—Eso. Y Tim Myers me conseguirá uno. —Pasó el brazo por encima del

hombro del director—. Ahora vamos a hacer el trabajo.

Quería conducir. Para mí, tenía sentido que yo condujera uno de los coches. Conocía Tallahassee y podía guiar a los todoterreno y a la caravana hasta la zona precisa sin que este acto se convirtiera en la actuación circense que estaba destinada a ser. Pero estaba incluida en el seguro, y era una mujer, así que esos dos gigantescos obstáculos me hicieron quedar relegada al asiento trasero, desde donde miraba fijamente el pelo recién cortado de Cole Masten. El cabello oscuro trazaba una línea recta con la piel bronceada. Seguro que le habían afeitado el cuello con cuchilla..., la misma que intentaban usar conmigo para hacerme una depilación brasileña cada vez que ponía un pie en la caravana de peluquería y maquillaje.

Me di cuenta, al mirar su cabello recién cortado, que la apuesta que me había hecho a mí misma en la cocina no la había ganado. Su piel había adquirido un profundo tono dorado. Por supuesto, no se había quemado, sino que se había bronceado, porque los dioses como Cole Masten no sufrían los mismos problemas que teníamos el resto de los mortales. Aparté la vista de la persona que estaba arruinándome la existencia y miré por la ventanilla. El coche bajó la marcha a medida que entrábamos en el atascado tráfico de la ciudad.

El campus universitario de Florida, Landis Green, se extendía desde una fea glorieta de tráfico hasta la biblioteca Strozier, un magnífico edificio donde, hacía algunos años, un estudiante había sacado una pistola y se había vuelto loco durante la noche de fin de curso. Mi madre y yo nos habíamos sentado frente al televisor, con un pastel de limón a medio comer delante de nosotras, y habíamos visto la acción en directo.

«Era justo ahí —había dicho mamá—, ¿recuerdas cuando te llevaba ahí?».

Y yo me había acordado de que los domingos por la tarde, después de la iglesia, acostumbábamos ir a Tallahassee. Comíamos tarde en Momo's y luego íbamos a la biblioteca. Yo me sentaba contra la pared y leía novelas inapropiadas de mi edad, mientras que mamá se centraba en el periódico. Empezaba con el *New Yorker*, y pasaban tres más por sus manos antes de que regresáramos al coche para volver a casa a cenar. Todavía recordaba el olor de la construcción, el patrón escocés de la alfombra, el aspecto de los

universitarios, con los libros desparramados por las largas mesas mientras se levantaban una y otra vez o escribían sin cesar sobre la mesa. Cuando empecé en el instituto, había dejado de llevarme con ella, ya que yo ya era lo suficientemente mayor como para quedarme sola en casa. Años después, mi madre también dejó de ir. Quizá me necesitaba a su lado. Quizá cuando empezó a hacerlo sola dejó de ser divertido. Miré por la ventanilla hacia la enorme biblioteca, y sentí una punzada de nostalgia. Cuando yo me fuera, ¿dejaría de hacer galletas el domingo por la mañana? ¿De pasear las noches agradables? ¿Su vida se detendría lentamente?

—Summer...

Al oír mi nombre, miré hacia delante. Los ojos de Cole buscaban los míos en el espejo retrovisor.

—¿Qué?

—¿Vas a venir?

Me tragué una respuesta irónica y agarré la manilla, aunque aparté la mano cuando vi que había un hombre por fuera para abrirla. Vacilé al captar todo lo que me había perdido mientras viajaba por los recuerdos. A este lado del vehículo había tres tipos trajeados, con una fila de policías detrás, dándonos la espalda. Me incliné hacia el asiento delantero para hacer una pregunta, pero estaban abriendo todas las puertas, incluyendo la mía, y la gente salía. Cogí el bolso y me agarré a la mano que me ofrecía para avanzar hacia el sol veraniego. Se escuchó un grito y me di la vuelta en dirección al sonido. Arqueé las cejas al ver que Cole levantaba la mano con una sonrisa blanca y brillante, componiendo su expresión más famosa. Se subió las gafas con el dedo índice para saludar a la multitud. Al otro lado, la gente empujó la barrera policial, como si fuera una bestia viva que no tuviera decoro alguno. De repente, aprecié el estoico orgullo de Quincy, su resistencia a adular a nadie o a convertirse en admiradores ridículos. No podía imaginar que, cada día, cada experiencia requiriera de ese nivel de ridiculez. Seguí al trío de hombres que me precedían, los guardaespaldas me pisaban los talones. Un desconocido que llevaba un auricular me puso una mano en el hombro, y yo lo fulminé con la mirada. La retiró al instante.

Ante nosotros, una valla naranja de seguridad conducía a la caravana que habían aparcado junto a una fuente, en el otro extremo del césped. Allí se había formado una segunda multitud, que se mezcló con la otra a medida que nos acercábamos. Había manos y móviles en el aire, acompañados de un

zumbido de excitación. Nos detuvimos a medio camino, cuando Eileen se llevó el móvil a la oreja para dictar algunas órdenes.

—Dentro de quince minutos instalaremos una mesa para las inscripciones y las comprobaciones de la edad. Yo estaré presente para ir descartando según se presenten. Si veo a una posible candidata, la enviaré a la caravana. Cole, tú y Don seréis los encargados de hacer las pruebas. Summer, quédate conmigo.

Me tuve que tragar las objeciones al ver que ella ya se movía. Cole redujo su velocidad y me pasó un brazo por los hombros.

—Chica de campo, pareces enfadada.

—¿Qué va a pasar en la caravana? —pregunté señalándola mientras unos hombres con uniformes naranja montaban una carpa sobre la hierba para tener debajo la mesa. La velocidad a la que lo instalaban todo era impresionante.

—Rodaremos algunas pruebas para ver cómo dan las chicas ante la cámara.

—Desnudas. —Lo miré, y él se echó a reír.

—Claro. Eso es lo que necesitamos.

—Qué tarde más dura vas a pasar... —Noté que mis labios se convertían en una línea, y odié mi reacción. Lo que me molestaba era que redujera a esas chicas a meros objetos, nada más.

—Preferiría estar mirando a otra chica...

Me zafé de su brazo y aplasté el regustillo de placer que me había hecho sentir su comentario.

—Concéntrate en la apuesta. Odiaría que perdieras ante una chica.

—Necesitamos la primicia, antes de que esos gilipollas de The Hollywood Reporter se hagan eco.

—Envision va a ir a por nosotros, ¿lo sabes? Por publicarlo sin avisar.

—Haz el aviso legal, pero publica la portada. Solo eso, la portada. Tienes tres días antes de que salga de la imprenta. Venga, muévete.

Los eventos en directo siempre eran un coñazo. Cole sonrió a pesar del dolor que sentía en el costado por el codazo de Summer y se detuvo; cogió el bolígrafo de la chica más cercana para escribirle su autógrafo. Y otra vez. Y otra. Lanzó una mirada a los tres guardaespaldas más cercanos, que lo rodearon, apartándolas. Cole fingió discutir con ellos antes de garabatear un último autógrafo y marcharse. Summer resopló, haciendo que él mirara en su dirección. Sostenía en las manos un cono de helado, y sus ojos se encontraron antes de que ella apartara la vista. ¿Dónde demonios había conseguido un helado? Se dio un manotazo en la nuca, donde estaba picándole un insecto, antes de agacharse para protegerse bajo la sombra de la carpa. En el extremo más alejado de la carretera empezó a sonar a todo volumen el altavoz de una furgoneta. Menuda mierda... Aunque todo eso era necesario. Habría fotos del *casting* en todos los medios de comunicación de Seminole en menos de una hora. «#castingbotellafortuna» sería *trending topic* en Twitter, si no lo era ya. Las chicas se perderían las clases y todos los *instagramers* estarían allí, subiendo *stories*. Era la mejor publicidad que podía proporcionar un día de filmación. Y si podía conseguir que Summer Jenkins estuviera prácticamente desnuda sobre él, todavía mejor.

Subió los escalones de la caravana con aire acondicionado e hizo un gesto con la cabeza a Don y a Justin antes de sentarse en la silla disponible, que movió un poco hacia delante. Allí, ante ellos, contra el fondo blanco de la caravana, dos operarios colocaban las cámaras y las luces. Detrás se veían una cortina y una silla para la chica de la prueba.

—¿Eileen ha traído los formularios de consentimiento? —preguntó Cole, abriendo una botella de agua y bebiendo un sorbo.

—Sí. Todas las personas que entren por esa puerta habrán firmado las cláusulas de no divulgación. Aunque con ese circo que se ha montado ahí fuera, no se mantendrá en secreto. —Suspiró; era la enésima prueba no verbal de lo que le parecía todo eso.

No había sido una jugada inteligente. Ni barata. Lo mejor habría sido filmar una escena diferente o que la compañía de *casting* enviara a alguien. Pero Summer lo había desafiado, se había marcado un farol, y allí estaban, jugando

en serio. Y, joder, era divertido. Lanzó una mirada a la ventana de la caravana y vio a Summer sentada a la mesa, junto a Eileen, con una sonrisa enorme en la cara. Le parecía que ella también estaba disfrutando. Después solo le quedarían unos meses de tranquilidad anónima. A continuación empezarían los tráileres, el lanzamiento de la película y, de la noche a la mañana, sería famosa. ¡Puff! Todo le resultaría diferente en un instante. Ya no sería su secreto, pertenecería al mundo.

Se abrió la puerta de la caravana y entró una chica rubia, de la altura adecuada y con una constitución válida. Tim le tendió una bata, ella se metió detrás de la cortina y todos esperaron, en medio de un expectante silencio. Unos minutos después, la muchacha apareció y se acercó al escenario, con la bata cerrada y una sonrisa nerviosa. Cole la miró y vio a Summer, acorralada en el sofá, con las manos apretadas en las rodillas y la voz temblorosa.

—Otra —dijo Cole. Don se giró para mirarlo, arqueando las cejas.

—¿Qué pasa? —dijo la chica con rapidez, moviendo las manos para desatarse el cinturón—. Estoy lista.

—No. —Cole clavó los ojos en el papel, rezando para que ella no se hubiera abierto la prenda—. Gracias por tu tiempo. Puedes coger un póster con un autógrafo al salir. ¿Justin? —El secretario se levantó y se puso al lado de la chica, a la que cogió por un codo.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Don en voz baja en cuando se cerró la puerta.

—Esa chica estaba nerviosa. Asustada. No necesitamos a otra Summer, una chica que requerirá una charla tranquilizadora. Quiero a alguien que desee exhibirse. —Se reclinó en la silla y apoyó la bota en el mesa—. La mitad de las estudiantes del campus bailan con las tetas al aire en las fiestas de fin de semana. Busquemos a una de esas y terminemos con esto. —Hubo un grito fuera del remolque, y Justin volvió a entrar con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hay chicas desnudándose ahí fuera.

—¿Ves? —Cole abrió los brazos—. Más fácil. —Quizá Summer tuviera razón y él perdiera la apuesta después de todo. Quizá sería lo mejor. Tal vez si tuviera una chica distinta entre sus brazos se la sacaría a ella de la cabeza.

La puerta se abrió de nuevo para dar paso a otra rubia. Él se volvió, y sus ojos se encontraron con los de ella. La vio sonreír llena de seguridad. Con alguien así, no habría ningún problema.

Era la idea más estúpida que hubiera tenido nunca. En especial porque, al volver a Quincy, me encontré atrapada en la parte de atrás de la *pickup*, escuchando a una cría de veintidós años que hablaba de Emma Stone como si fuera Dios encarnado. Al parece, Emma Stone era la actriz favorita de Carly. Y había visto esa película en la que Emma salía con Cole, esa en la que había un asesino en un parque temático. Y le había encantado. Estaba convencida de que Cole Masten y Emma Stone debían hacer otra película juntos. Una historia de amor. Y quería saber si Emma Stone era tan dulce en persona como parecía en la pantalla. «¡Que alguien me mate!». En serio. Solo quería que pararan el coche y me dejaran salir, luego me plantaría en la carretera para que me atropellaran. Seguramente, Cole lo disfrutaría. Y por fin podría acabar la tortura que era escuchar a esa niñata.

Tenía un tatuaje en la nuca. Se lo habría enseñado a alguien, pero eso me habría hecho perder la apuesta y, treinta minutos antes, estaba tan emocionada de haber ganado que pasé por alto las pequeñas discrepancias que la hacían diferente a mí. Como sus tetas, que eran más grandes. Y el *piercing* en el ombligo, que brillaba cuando se le subía la camiseta. Ida Pinkerton no podía tener un tatuaje o un *piercing*. El tatuaje era de una paloma. ¿Por qué se tatuaría alguien un pájaro en la nuca para siempre? O en cualquier otro sitio...

Cuando tenía catorce años, quería hacerme un tatuaje. Tenía planeado que me lo haría cuando cumpliera dieciocho; sería el símbolo chino de la gracia y sería visible en mis costillas. Porque..., claro, ¿qué había más guay que una chica de campo con un tatuaje chino en la piel? Por suerte, superé esa fase. De lo contrario, no tendría sentido que estuviera allí sentada pensando eso. Suspiré y me acomodé mejor en el asiento. Dejando el tatuaje y el *piercing* a un lado, la chica era perfecta. Ridículamente perfecta. Había echado un vistazo a las fotos que le habían hecho, donde estaba desnuda y sonriente ante la cámara sin mostrar ni un ápice de inseguridad. No como yo, que me había comportado como una niña y me había acurrucado en un extremo del sofá. ¡Dios, debía de haber parecido tonta! Me había sorprendido que Cole me permitiera esto, que estuviera conforme. No solo no se había reído ni me había dicho nada, sino que había perdido su tiempo y su dinero.

Miré hacia adelante y lo pillé observándome. Desvió la vista y yo la bajé.
Me estaba mareando; seguramente por haberme puesto en la parte de atrás.

Al final, resultó que las escenas de sexo tienen ensayos igual que las tomas tradicionales. Habría sido bueno saberlo cuando estaba poseída por el pánico. Quizá habría calmado mis nervios el comprender que Cole y yo nos pasearíamos por el *set* de rodaje vestidos para saber cómo iban a filmar, dónde estarían situadas las cámaras y qué se diría y cuándo. Además, en lugar de una cámara al lado de la cama, se utilizaban mandos a distancia. Lo que significaba que podría tener alguna ilusión de privacidad. No como en las escenas de los besos, que hasta había alguien mirando entre mis piernas.

Estábamos en un escenario que se suponía que era el dormitorio de Royce. Era la habitación más fea que hubiera visto en mi vida, pero supongo que era lo que se llevaba en los años 30. Una alfombra de color verde oscuro, paredes empapeladas y una colcha a cuadros: decoración típica de un soltero. No me parecía exactamente una estancia elegante sacada de los escenarios de *Mad Men* como yo esperaba, pero esa era la razón de que el equipo de dirección artística ganara un buen sueldo y yo viera vídeos en YouTube sobre cómo hacer *scrapbooking*.

También me había equivocado con las luces. Me había imaginado grandes focos como aquellos con los que habíamos rodado antes. Pero allí, aquel *set*, estaba casi a oscuras. Y en lugar de cinco cámaras, había solo dos. Mucho más manejable. Tampoco había muchas personas presentes. Los asistentes de dirección, los encargados del *catering* y los ayudantes de producción no estaban, por lo que éramos solo seis, y una sala grande como aquella parecía casi vacía. Era un escenario casi... íntimo. Y eso, por alguna razón, me molestó. No debieron haberlo hecho así. No era yo quien estaba en la cama, era Carly. Era ella la que se había estado riendo como una loca, a pesar de que Don le había pedido dos veces que se pusiera seria. Y era ella la que estaba tumbada, desnuda como el día que nació, sin parches ni nada, arqueándose cuando Cole le pasaba los labios por el estómago y le subía una mano por el muslo. Noté un vuelco poco natural en el corazón, y me alejé. Me aparté el pelo de la cara con los dedos temblorosos.

Sentí una mano en la espalda y giré la cabeza, procurando no mirar hacia la cama. Quería taparme los oídos para ahogar los sonidos que hacía Carly.

—No es tan malo —me susurró Eileen, acercando la boca a mi oreja—. Te lo prometo, tu parte será más fácil.

Cerré los ojos y asentí, fingiendo, por su bien y por el mío, que estaba agobiada por el momento en que me tocara actuar a mí.

—Esta es la parte fácil. —Cole apoyó las manos a ambos lados de la cabeza de Summer, y la vio asentir, mirando a otro lado. Notaba su pierna, que ella movía inquieta sobre la cama—. Has ganado la apuesta —agregó con una sonrisa. Summer lo miró por fin, sin resto de emoción en su rostro. Se movió, incómodo, mientras se preguntaba si había pasado algo por alto—. ¿Estás nerviosa?

—No.

Eso era mentira. Primero, había evitado sus ojos en el coche. Y ahora tenía los labios apretados, la mirada fija y las manos pegadas a las piernas, que no dejaba de mover. Quiso agarrárselas, mantenerla quieta y conseguir que lo mirara, que le dijera que iba mal. Porque no le parecía que se tratara de nervios. Parecía cabreada. ¿Por qué? Había ganado la apuesta, se había salido con la suya. Debía sentirse feliz.

—Muy bien, chicos, empezaremos dentro de cinco minutos. ¿Summer? ¿Cole? ¿Estáis preparados? —Ella asintió y él también. El silencio cayó sobre ellos. Estaban solos. No había diálogos, ni coreografía. Se suponía que solo debían besarse y acariciarse, y que ella debía proporcionarles todas las reacciones para sustituir a las de la universitaria. La sábana entre ellos era muy fina, pero Summer había insistido en tenerla allí, así como los pantalones cortos y el sujetador sin tirantes. Él, por otro lado, no se había cambiado desde la primera toma, y todavía llevaba puesta la funda que le cubría la polla y que había hecho que Summer abriera mucho los ojos y que se le enrojecieran las mejillas cuando dejó caer la bata.

El *set* estaba en silencio cuando la miró fijamente. En realidad, podía mirarla muy pocas veces así, ella siempre lo pillaba cuando lo hacía, como si pudiera sentir el peso de sus ojos. Pero ese momento, ante la cámara, lo tenía permitido, y bebió sus rasgos hasta saciarse. Deslizó la mirada desde las cejas de color castaño claro a las espesas pestañas. Cuando sus ojos dorados se clavaron en los de él, no dijo nada, no hizo nada, solo observó la pupila y cómo se contraía. Apoyó su peso en las rodillas y alzó una mano para llevarla a su cara. Ella no se movió, no reaccionó; se limitó a mirarlo fijamente. Cole le pasó suavemente la punta de los dedos por las mejillas, por los labios,

pintados con un lápiz de labios oscuro que le pegaba a Ida, no a Summer. Y, de repente, quiso quitárselo, así que le abrió la boca con el pulgar y se los frotó. Ella cerró los ojos mientras él arrastraba el dedo por la voluptuosa superficie. Cuando él encerró su cara entre las manos, con las ásperas yemas de los dedos contra sus pómulos, los lóbulos de sus orejas y su mandíbula, ella se puso tensa debajo de él. Cuando le volvió a frotar los labios con el dedo mojado, quitándole la pintura roja, ella abrió la boca. Él soltó un gemido ahogado cuando le atrapó el dedo con los dientes, con los ojos clavados en los de él, y luego se lo chupó, más profundamente. Después, cuando retiró el pulgar, Cole sintió en el dedo todas las sensaciones que quería notar en la polla, y, en ese momento, no hubo nadie más en la habitación; estaba solos, todo había desaparecido.

Entonces, se dejó caer encima de ella, le puso la mano en la nuca y se apoderó de su boca. La besó como había querido desde el principio, con salvaje pasión, chocando sus lenguas, perdiéndose en su boca, un beso tras otro.

Cole la sujetó, se dio la vuelta hasta quedar sobre la espalda y se la colocó encima, tirando de la sábana hacia abajo. Luego le desabrochó el sujetador, e hizo desaparecer la prenda mientras los pechos se soltaban sobre él. Gimió, abrazándola para sentir el peso de sus preciosos e increíbles senos, algo que le hacía perder la cabeza. Le mordió la oreja al tiempo que se envolvía la mano con su pelo y tiraba hacia atrás. Entonces, llevó la boca a la garganta de Summer antes de volver a su boca. Cuando le cubrió los pechos con las manos, recordó la escena, la puta escena, y se dio la vuelta para protegerla de la cámara subiendo la sábana.

—Lo siento... No estaba pensando —le musitó al oído.

Ella le tiró del pelo para que volviera a cubrirle los labios de nuevo, y él no siguió disculpándose.

Lo que había entre ellos cuando se tocaban... no se parecía a lo que había tenido con Nadia, con la rubia o las demás mujeres del mundo.

Y esa diferencia le asustaba mucho.

—¡Esto es una mierda! ¡Apréndete dónde están tus marcas y síguelas! —Cole levantó las manos y me miró... ¡Que Dios me ayudara! Si no hubiera habido cientos de personas mirándonos, le habría apretado las pelotas hasta retorcérselas... Con los dientes.

—¡Eres tú quien ha movido las putas marcas cinco veces durante las dos últimas horas! ¡Apréndetelas tú y no habrá ningún problema! —Lo empujé con las dos manos, y el maldito apenas se tambaleó. Eso era lo que había conseguido por descuidar mis tareas y pasarme los días paseándome por el plató de una película.

—Como me toques otra vez —dijo Cole, acercándose más a mí—, seré yo quien te ponga en tu maldita marca y te deje allí.

Al notarlo tan cerca, retrocedí y perdí algo el control. Pensaba que todo esto se desvanecería. Pero no había sido así. Habíamos rodado cuatro escenas desde aquel desastre en el dormitorio. Ninguna de ellas había sido de carácter sexual; sin embargo, tenía tantas ganas de follar con este hombre como una perra en celo. Empezaba a ser ridículo.

—Cole, Summer —intervino Don—. Vamos a tomarnos cinco minutos de descanso. Summer, te brillan un poco las mejillas. —La maquilladora se adelantó con la brocha en la mano, y aparté la mirada de Cole para esbozar una educada sonrisa. Estábamos en el salón, frente a la plantación de Frank, donde los equipos de iluminación se centraban en la enorme escalinata emitiendo más de mil vatios de luz sobre nosotros. Mary puso un vaso de té helado delante de mí. Bebí un sorbo, cuidando de no estropear el lápiz de labios. Era la toma número diecinueve; habíamos perdido horas en una escena sencilla que debíamos haber acabado. No dejaba de ser irónico que las escenas que hacíamos más rápido fueran las que implicaban contacto físico. No sabía dónde nos dejaba eso.

Cuando se abrió la puerta principal, nadie levantó la mirada; todo el mundo estaba concentrado en el escenario. Pero cuando se cerró, el golpe fue demasiado fuerte y provocó una corriente de aire de succión. El sonido llamó mi atención, por lo que volví la cabeza hacia allí. Había una mujer alta, con el pelo blanco y los labios pintados de color sangre, con una falda tubo y

stilettos. Me miraba tan fijamente, a pesar del móvil que tenía pegado a la oreja y de sostener un maletín con la otra mano, que se me revolvió el estómago. Era la jefa de Brecken. La conocía de vista, la había visto reunirse con Cole en innumerables ocasiones. El taconeo de sus zapatos siempre hacía que él frunciera el ceño.

Pero esta vez supe que aquellos pasos, lentos y elegantes a pesar de la altura de los tacones, y la expresión dura e irritada no eran por Cole. Sabía que esa vez eran por mí.

Don la interceptó, levantó la mano y se quitó los auriculares.

—Casey, estamos filmando. Ahora no.

Cole agitó la mano, frustrado.

—Sé rápida, Casey —gruñó.

—Empezaremos a rodar dentro de dos minutos —apostilló Don, mirando a Cole—. Me da igual que hayáis terminado o no.

—No estoy aquí por Cole. —Creo que fui la única que oyó su voz, perfectamente modulada.

—Don, ensaya tú las marcas con ella —dijo Cole mirándome para asegurarse de que estaba escuchándolo—. Seguramente nos llevará unos diez minutos.

Me levanté de la silla plegable, haciendo que la maquilladora me persiguiera con una brocha gigante. Sabía que no podía huir porque una parte de mí sabía en lo más profundo, desde el día que Ben mencionó este trabajo, que ese sería un efecto secundario.

La cena de ensayo de mi boda no sería pasada por alto. No ahora que era una celebridad, o que lo iba a ser. Casey pasó junto a Don y yo di un paso adelante. Nos encontramos como enemigas sobre la alfombra persa que había en medio del salón de Frank.

—¿Summer?

—¿Sí?

—Tenemos que hablar de algo.

Había sido una broma bastante simple, y eso era todo: una broma. Algo con lo que joder la boda, grabarla en sus cabezas y castigarlos por su traición.

Porque todos lo sabían. Cuando salí de casa de Scott ese día y fui a la casa de Corrine, entré en un lugar donde estaban todas mis damas de honor, que tenían las manos ocupadas en tules, encajes y arroz, y su charla se detuvo cuando entré. Stacey, la secretaria de Scott, fue la primera en hablar.

—Hola —me había dicho, y mis sensibles orejas detectaron la alarma roja en su tono cauteloso—. Pensaba que hoy ibas a Tallahassee.

—Eso ha sido por la mañana. —Había atravesado el espacio entre las chicas hasta la cocina, donde había arrancado un trozo de papel de cocina para frotarme con él los ojos. Luego había cogido la botella de vino que había abierta en la encimera y le había dado un generoso trago. Compuse una sonrisa antes de regresar a la puerta.

—¿Dónde está Bobbie Jo?

Cuando a un grupo formado por cuatro chicas le toca mentir, no lo hace bien. Había habido un incómodo tartamudeo, una dijo «Trabajando» al tiempo que Bridget soltó «No se siente bien». Por lo que, de vuelta a la cocina, había tomado otro trago de vino.

—Me largo a casa —había dicho por encima del hombro—. No me encuentro bien.

Las chicas me habían deseado que me mejorara, y, de repente, sus cuerdas vocales funcionaban bien. Había metido la botella en el bolso, y había forzado una sonrisa. Después de hacer un gesto de despedida con la mano y agradecerles sus incasables esfuerzos como damas de honor, había vuelto a atravesar la puerta.

Era lo que me merecía por haberme hecho amiga de aquella genial multitud de mujeres de Quincy. En realidad nunca habían sido mis amigas. Me habían ignorado en el instituto y solo habían empezado a hablarme cuando comencé a salir con Scott; sus novios, esposos y hermanos habían sido amigos de Scott, y el noviazgo de tres años, la única razón para que hubiera surgido aquella amistad.

Me había dirigido a casa, con las lágrimas corriendo por mis mejillas y

manchándomelas con el estúpido rímel que tan bien le quedaba a Avril Lavigne, y que había hecho arquear las cejas a Bridget. Y esa noche, mientras jugaba con un dedo del pie con el tapón de la bañera, había urdido mi plan.

Era un plan sencillo, tan simple como infalible. Según la revista *Variety* en aquel fatídico número que cambió mi vida, mi plan había sido diabólico.

Pensaba que «diabólico» era un adjetivo demasiado fuerte, pero parecía que lo estaba usando el editor de una revista que, evidentemente, nunca había leído las historias de Herodes o Jezabel. A ver, seamos sinceros: no había muerto nadie.

—¿Cómo no lo he sabido antes? —explotó Cole, arrojando una lata de Coca-Cola contra la pared, que salpicó con su contenido a algunos ayudantes de dirección—. ¿Cómo no lo hemos sabido? —Levantó la revista y la agitó de forma salvaje, consiguiendo que las páginas hicieran un sonido que inundó la habitación. No podía ver la portada desde el lugar donde estaba sentada, pues la movía con demasiada rapidez, pero la había visto cuando él la leyó, cuando todos la leyeron. Los ejemplares se habían repartido como si fueran caramelos. Yo no había cogido ninguno; me había limitado a sentarme al final de la mesa para esperar el castigo.

—No se nos ocurrió que tuviéramos que limpiar su imagen. —Un hombre al que no había visto hablar nunca se subió las gafas por el puente de la nariz en un movimiento nervioso—. Es decir, mírala. —Me señaló, y yo bajé la vista a la mesa, como un niño castigado—. Realizamos búsquedas criminales, de antecedentes delictivos y pornográficas, pero todo estaba bien.

«¿Búsquedas pornográficas?». Hablaban de mí como si fuera solo un mueble sin sentimientos, explicaciones o emociones. Aunque, en lo que se refería a las explicaciones, no tenía ninguna. Lo que había hecho era terrible. Y lo que fuera que había publicado esa revista... seguramente estaba escrito desde esa óptica.

—No fue para tanto —dije desde la esquina de la mesa—. Y ocurrió hace años.

—¿Sabes de qué se trata? —Casey apoyó las manos sobre la mesa, y vi que sus largas uñas rojas hacían juego con sus labios.

—¿De la cena de ensayo de mi boda? —elucubré.

—«La cena de ensayo del infierno» —leyó en voz alta. Lo dijo lentamente, mientras empujaba hacia mí una brillante portada. Se detuvo al llegar a la mitad de la mesa. Nadie hizo un gesto para acercarla más, pero pude ver la imagen de la portada desde donde estaba sentada. Era la foto del compromiso en la que aparecíamos Scott y yo. Alguna mente creativa de la revista me había dibujado cuernos en la cabeza y una cola. Aparté la vista y vi a Cole mirándome, apoyado en la pared. Cuando nuestros ojos se encontraron, no pude mirar hacia otro lado. Lo intenté, pero no lo conseguí.

—¿Por qué no nos lo has contado? —Su voz resonó en la estancia, y sentí que volvía a tener ocho años y estaba de nuevo en clase de la señora Wilson, confesándole que me había olvidado de dar de comer a Sparky, el pez dorado. Quería mirar a Casey, quería mirar al suelo, a cualquier lugar, pero no podía apartar la vista de Cole.

—Salid de aquí —pidió Cole, con una copia de la revista en la mano—. Necesito hablar con Summer a solas.

Nadie se movió, con excepción de una asistente, empapada de Coca-Cola, que empezó a levantarse, aunque volvió a dejarse caer en la silla al darse cuenta de que nadie más hacía caso.

—Lo digo en serio. —Cole se volvió hacia Don, que estaba sentado junto a Casey, con las manos apretadas contra las sienes—. Id rodando las escenas iniciales. Tenemos extras de sobra. Quiero hablar con ella a solas.

Don miró a Cole durante un buen rato, y luego se puso de pie. Ninguna, de las diez personas del equipo que se fueron me miró. Lo mismo que hacía tres años, una vez más.

Solo hablé cuando se cerró la puerta.

—Cole... —Ni siquiera sabía qué iba a decirle, solo era consciente de que debía hablar. Que debía haber algo entre nosotros además del espacio vacío.

—Deberías habérmelo dicho. Podemos controlar lo que sabemos, pero si no... —Dejó la arrugada revista sobre la mesa y golpeó la superficie—, no podemos. Ahora no podemos hacer nada. En este momento, mientras hablamos, todas las revistas de cotilleos del país están enviando a alguien a Quincy. Y hablarán con cada uno de tus amigos, y con cada cotorra que puedan encontrar, y a finales de semana serás uno de los nombres más buscados en Google.

«“Cada uno de tus amigos”, ja. Buena suerte para encontrarlos».

—No me importa. —Bajé la mirada a la mesa mientras hablaba y vi un pegote seco de... ¿Era *ketchup*? Con todo el dinero que gastaban, todo hubiera debido estar reluciente.

Escuché un sonido y levanté la cabeza. Cole estaba andando junto a la mesa, con los dedos apoyados en la revista, que deslizaba hacia mí.

«Más cerca».

A tres sillas de distancia.

«Más cerca».

A dos lugares...

De repente, se detuvo.

—Repíte eso.

Lo miré a la cara y, por un momento, me olvidé de cuánto lo odiaba.

—No me importa.

—Pero te importará. Quizá no ahora, pero te importará.

Me encogí de hombros.

—No lo creo. Llevo tres años siendo la marginada del pueblo. No me imagino preocupándome por si un ama de casa de Nebraska piensa que soy una psicópata.

—No serán solo las amas de casa de Nebraska. Serán todos los de la industria del cine.

—No te ofendas, ¿vale?, pero odio tu industria. Solo pienso hacer una película. Cobraré el sueldo y desapareceré.

—¿En serio? —Se rio—. ¿Piensas evaporarte después de obtener un papel protagonista en una película?

No sonreí. Solo lo miré, asegurándome de que entendiera lo que decía.

—Sí.

Deslizó la revista hasta la última silla y se detuvo. Me temblaron los muslos y quise levantarme, quise cambiar la dinámica en la que estábamos envueltos, pero no lo hice. Me quedé sentada en el asiento como una niña buena, intentando no mirar la parte delantera de sus pantalones. Estaba medio sentado en el borde de la mesa, delante de mí, con la revista. Y en esa posición era todavía más difícil no mirarlo. Con una pierna levantada y la otra apoyada en el suelo, podía percibir su contorno. Puede que él no estuviera duro, pero yo, a pesar de la horrible situación, estaba excitada. No podía evitarlo. Entre nosotros había una reacción química que no podía controlar.

Retiró la mano de la revista, y me obligué a mirar la portada, la brillante foto que me habían hecho en un momento en el que pensaba que alisarme el pelo me hacía parecer más sexy. No era así. Me hacía parecer más vulgar. Ahora lo veía claro, y no dudaba que era algo que le resultaría muy útil a alguien como Nancy Grace o Kelly Osbourne... Tragué saliva. Me dije que no me importaba, pero una parte de mí no era tan indiferente. Una parte de mí, la que acababa de recuperarse de ser ignorada, no sabía si tendría la fuerza necesaria para soportar que la ridiculizaran.

Cuando Cole dijo mi nombre, fue un suspiro de exasperación, y levanté la vista para pillarlo frotándose el cuello, con los ojos cerrados y una expresión

tensa.

—Summer... —Soltó mi nombre y echó la cabeza hacia atrás—. No sabes lo diferente que eres de todas las mujeres que conozco.

—Gracias. —Lo dije sin el más mínimo sarcasmo, y él se rio.

—Tanto si te importa tu reputación como si no, tienes que dejar trabajar a Casey. Deja que actúe. Puede que tengas que ir a un par de entrevistas para contar tu versión.

Fruncí el ceño. Tenía un pellejo en el pulgar izquierdo y me lo arranqué con los dientes, aunque aparté la mano al sentir el dolor.

—La verdad es que no quiero hablar de ello. —No era asunto de nadie; eso era todo. Y además, destapar de nuevo mi drama con Scott, cuando él tenía mujer y un bebé, me parecía sucio. Horrible. Que lo hubiera perdonado o no estaba al margen de mi vida actual. Una vida que, probablemente, ya estaba siendo sacudida por ese artículo.

—¿No quieres hablar del tema en una entrevista o conmigo?

Ahugué una carcajada.

—¿Contigo? ¿Por qué querrías que hablara contigo al respecto?

—Tengo que saber si debo tener alguna ambulancia a mano por si te cabreas con alguien del equipo.

Torcí el gesto, intentando ocultar una sonrisa. Estaba demasiado cerca, allí sentado. Podía oler levemente su colonia, y solo quise echarme hacia delante para obtener más.

—¿El equipo? Si fuera tú, señor Masten, estaría más preocupado por mí mismo.

—No hagas eso. —Su voz era tan ronca que levanté la vista, sorprendida, olvidándome del pellejo del dedo, y vi que tenía los ojos clavados en los míos, y que... Conocía esa mirada. La había tenido en mi dormitorio, justo antes de...

—¿Que no haga qué? —No debí habérselo preguntado; debí haber bajado la vista y cambiado de tema. Pero no lo hice... Preferí presionarlo.

—Llamarme así. Al menos no aquí. —Se sentó en una silla con la mirada clavada en mí, con esa mirada feroz y dominante que me decía exactamente lo que tenía en la mente.

—Entonces, ¿dónde quieres que te llame «señor Masten»? —Cuando dije su apellido, se le dilataron las pupilas, y curvó un poco la boca.

Era oficial: estaba yendo de cabeza al infierno.

Se rio entre dientes.

—No pienso jugar a eso contigo. La última vez que te seguí la corriente, entré en mi casa con una erección del tamaño de Texas y no estabas allí.

—Ahora estoy aquí. —Una mujer que no conocía, una que se había ocultado en mi interior durante mucho tiempo, se levantó de la silla impulsada por la mirada que había en sus ojos, por sus palabras. Levanté la mano y me desabroché el primer botón de la blusa, luego el segundo. Él cerró los ojos un segundo antes de extender el brazo.

—Para. —Cerró las manos sobre las mías, y sentí que las suyas eran cálidas y fuertes. Lo miré a la cara, donde había una tensa expresión de pesar—. Aquí no. La última vez nos quedamos a medias. No pienso cometer el mismo error de nuevo.

Digerí sus palabras y asentí lentamente.

—Sí, fue algo mediocre.

Se rio.

—Tranquila, chica de campo. Soy una estrella de cine: se sabe que tenemos egos muy frágiles.

Me liberé de sus manos y las subí hacia los botones de mi blusa, pero él me las apartó para abrochármelos él mismo. El mero hecho de que ese hombre me cerrara la blusa conseguía que me derritiera.

—¿Por qué estás siendo tan amable conmigo? —No lo miré cuando le hice la pregunta. No pude.

Subió las manos desde el último botón y las ahuecó alrededor de mi cara para levantármela, obligándome a mirarlo a los ojos.

—El día que pillé a un hombre follando a mi esposa, le rompí algo en la cabeza. —Se encogió de hombros—. Quizá tú y yo somos más parecidos de lo que pensamos.

—No lo creo.

Se inclinó sobre mi cara y acercó mi boca a la suya para darme un beso muy distinto a los demás. Un beso tierno y puro, uno con el que me tentó antes de retirarse. Todavía tenía cerrados los ojos cuando me soltó.

—No me apartes, Summer —pidió—. En este momento necesitas un amigo.

—¿Amigos? —Abrí los ojos y lo vi allí, con aquellos famosos ojos verdes clavados en los míos. Me reí para quitar importancia al asunto—. ¿Tú y yo?

—Sí.

—Para que alguien sea mi amigo, tiene que caerme bien. —Retrocedí y me

tropecé con la silla. Por supuesto, nunca podía disfrutar de una salida ingeniosa y bien ejecutada.

—¿También tiene que caerte bien para acostarte con él... esta noche? —
Centré mi atención en él en lugar de en mi dramática salida de allí. Estaba apoyado en la mesa, inclinado hacia delante mientras se agarraba al borde de la mesa, y me miraba a los ojos.

—¿Esta noche? —Me quedé quieta, y pude sentir cómo se me mojaban las bragas.

—Sí. —Si el contacto visual tuviera una correa, esta se habría envuelto alrededor de mi corazón.

Podría haberle dado muchas respuestas.

«¡Oh, lo siento! Esta noche quiero ver la tele».

«Tengo que aprenderme los diálogos porque ha habido muchos cambios en el guión».

«Sí, para acostarme con alguien, tiene que caerme bien, así que esta noche no puede ser».

No dije ninguna. Cuando se trataba de él, solo podía asentir. Estaba en el borde de un acantilado, y, de todas formas, iba a acabar cayéndome.

—Nos vemos esta noche, señor Masten.

Apretó los labios, y sus hombros se relajaron un poco.

—Vale.

No había una respuesta inteligente para eso. Tragué saliva, cogí la botella de agua y me acerqué a la puerta.

Cuando la abrí, Casey estaba allí mismo, esperándome con los brazos cruzados.

—Venga, Summer. No pierdas el tiempo. Tenemos que organizar un plan de juego.

Solté un largo suspiro, pero dejé que me llevara con ella. La seguí por las oficinas. Dejé que me guiara a través del proceso de contención y recuperación, un proceso en el que tendría que involucrarme poco, en el que solo era precisa mi presencia. Asentí de forma educada, intentando concentrarme en ella, pero lo único que podía pensar era en mi cara en aquella portada, en lo que habían dicho de mí y cómo me pintaba eso.

Y, por primera vez desde que había aterrizado en mi pueblo, aprecié la magnética sexualidad de Cole. La obsesión que mi cuerpo parecía tener por el suyo. Porque lo único en lo que pude concentrarme, la única luz al final del

túnel mientras Casey me soltaba un sermón, escribía y se quejaba fue el hecho de que, dentro de unas horas, estaría en casa de Cole. Sus manos y su boca caerían sobre mí. Y en ese momento supe que no iba a estar pensando en Scott ni en «La cena de ensayo del infierno» ni en el artículo.

Él iba a ser mi distracción. Por esa noche, iba a ser mi salvación.

Era la segunda vez en cuatro semanas que me estaba depilando para ese hombre. Depilándome de verdad, en unas zonas que una buena chica no permitía que vieran la luz del sol.

Con respecto al discursito que me había dado antes a mí misma, ese en el que me decía que tener sexo con Cole Masten haría desaparecer mis problemas..., digamos que esa idea había perdido fuerza, se había apagado y balbucía al borde de la muerte. No debía ir a su casa. Debía cambiar de opinión. Sentarme en el sofá con mi madre, comer pudin de plátano y mirar cómo el tierno Jacob entregaba su última rosa a ese capullo que lo arrastraba a una cita misteriosa a pesar de que la exmonja Anita era, obviamente, mucho mejor para él. Sí, definitivamente podía cambiar de opinión. Es decir, ¿cuáles serían las consecuencias? ¿Que Cole pensaría mal de mí? Eso ya ocurría. Así que me senté y pensé sobre ello: ¿por qué estaba arreglándome para pasar la noche con un hombre que no me caía bien y al que yo tampoco caía bien?

Sí, claro... Porque era Cole Masten. Porque había arrojado gasolina en el fuego de mi pasión durante su última actuación, y no había otro hombre en la Tierra que fuera capaz de satisfacerme. Porque, a pesar de que me gustaba fingir que no era así, había llegado a ver retazos del verdadero Cole: momentos con Gallito, momentos conmigo, instantes en los que había percibido a un hombre mejor que el mito. Y quería ver, antes de que se subiera a su avión para regresar a California, antes de que siguiera adelante con su vida y se olvidara de Summer Jenkins, otra parte de ese hombre. Me daba igual que me dejara destrozada de por vida. Si iba a ser mi perdición, debía ser increíble. De lo contrario, solo sería un polvo más, fácilmente olvidable. Era curioso cómo funcionaba eso. El sexo con él era mi droga, y cuanto mejor resultara, más lo ansiaría cuando se fuera. Esa noche iba a sucumbir a mi adicción, y me lanzaría de cabeza a pesar de las consecuencias.

Así que no tomaría pudin de plátano ni vería un programa como *The Bachelor* en la tele; tampoco haría crucigramas con mi madre. No. Limpié la maquinilla de afeitar debajo del grifo y me comprometí, totalmente, con la decisión que había tomado.

—Necesito tu consejo —dije con rapidez al teléfono, presa de un nivel de

nerviosismo que, posiblemente, no podría ser bueno para mi salud mental.

—¡Lo sabía! —gritó Ben—. Por fin estás siguiendo mi consejo y alisándote el pelo. Por favor, dime que vas a invertir ese dinero que has ganado en pagarme el billete hasta ahí para que te lo alise yo mismo.

Hice una pausa, con la mano dentro de una bolsa de lona que estaba guardada en el fondo del armario y que no usaba desde secundaria.

—No.

—Joooo... —dijo con tristeza—. ¿Necesitas un consejo de moda? —Su voz contenía un poco de esperanza.

—En cierto modo... —Tiré del asa de la bolsa, haciendo que cayeran la mitad de los objetos guardados en el armario—. Esta noche voy a ir a casa de Cole para follar con él, y no sé si debería llevar una muda o no.

Silencio total. Posiblemente fuera el momento en el que mi pequeño y adorable Ben había estado más callado en todo el año.

—¿Puedes repetir eso? —preguntó al final.

—Cállate y ayúdame —gemí, sacando unas Nike antiguas de la bolsa y estudiándolas con desconfianza.

—¿Es una relación de pareja o solo sexo? —preguntó después de una larga pausa—. En otras palabras, ¿hay sentimientos en juego o no?

—No. Es decir, solo un intenso disgusto. Puedes contarlo como sentimiento.

—Ohhh... Odia el sexo. —Suspiró de forma dramática—. Daría mi oreja izquierda por odiar el sexo con ese hombre.

Hice una mueca.

—Ben, concéntrate...

—¿Podrías dejar la bolsa en el coche y recogerla si te invita a pasar la noche?

—No. —No existía ninguna posibilidad sobre la faz de la Tierra de que fuera en la *pickup* hasta casa de Cole y la dejara aparcada delante toda la tarde, o peor, durante toda la noche. Si lo hiciera, cada alma de Quincy tendría algo que decir sobre nuestras actividades nocturnas delante del primer café de la mañana.

—Entonces, no lles ninguna bolsa. Mete un cepillo de dientes y unas bragas limpias en el bolso. Todo lo demás es prescindible. —Hizo una pausa—. ¿Qué le vas a decir a «mamá Jenkins»?

Me reí.

—Mamá bebe los vientos por Cole. Parece pensar que es su última

oportunidad de tener nietos. Encontró la caja de condones que compré y los tiró a la basura. —Casi me había muerto de vergüenza cuando levanté la tapa y vi la cajita dorada. No había tenido ánimo para decirle que los condones servían para algo más que para impedir los embarazos. Así que cogí la caja con cuidado, la limpié y la oculté dentro las botas para la lluvia. Al parecer, el cajón de la ropa interior no era un escondite seguro.

—¿Qué fue de aquello de que hay que llegar virgen al matrimonio?

Me senté en el borde de la cama, me deshice de las chanclas y me reí.

—Creo que abandonó esa idea el día que entró en casa y escuchó el orgasmo de hiena de Scott.

—¿De quién?

Me había olvidado, por un momento, de que nunca había hablado a Ben sobre Scott. También me había olvidado, al parecer, del artículo en la revista.

—Mi ex. ¿No te has conectado a internet hoy? —Yo no lo había hecho. Casey me había hecho prometerle que me mantendría alejada de todas las redes sociales y páginas webs. Había leído el artículo antes de irme de casa de los Frank, y me había sentido enferma. Saber lo que iba a encontrarme había hecho que fuera todavía peor. Por no hablar de las «fuentes anónimas» locales. Me había hecho odiar cada centímetro de Quincy; conocer su baja opinión sobre mí era mucho más duro cuando estaba impresa en blanco y negro para comunicarla a toda la nación. Don me había enviado temprano a casa; Cole había girado la cabeza hacia mí cuando salí, pero no me había detenido, no lo había mirado a los ojos: solo había querido subirme a la *pickup*, conducirla hasta mi casa y meterme en la cama.

Mamá se había acercado a mí en la puerta, y no le pregunté por qué no estaba trabajando. Abrió los brazos y me sumergí en ellos sollozando como si fuera una niña pequeña. Se sentó conmigo en el borde de la cama, me entregó pañuelos de papel y escuchó mis incoherentes divagaciones mientras me frotaba la espalda. Me dormí en algún momento, mientras me acariciaba el pelo y me seguía frotando la espalda. Cuando me desperté, en medio de un olor a pollo y sopa de verduras, ya no estaba molesta, sino cabreada. Con Scott, Bobbie Jo, con *Variety* «*Freaking*» *Magazine*... Quería cortar diez árboles, correr ochenta kilómetros, ir con la escopeta hasta el gran roble del pueblo y disparar un centenar de cartuchos. Quería follar y ser follada de todas las maneras posibles por Cole Masten, y lo quería ya.

Fui a la cocina, besé a mi madre, tomé un par de cucharadas de sopa y luego

me metí en el cuarto de baño. Utilicé dos maquinillas y medio bote de crema para afeitar. A continuación guardé la caja de condones en el bolso y me puse las únicas bragas sexis que tenía con un vestido de Tommy Hilfiger que había comprado en la tienda de Ross, en rebajas. Fue entonces cuando me quedé paralizada, mi cerebro se puso al nivel de mi libido y me sentí perdida en la logística esa de echar un polvo. Por eso había llamado a Ben. Ben, que todavía estaba en Vancouver y no se había enterado de nada. O en Canadá les importaba una mierda la vida de una actriz desconocida de Georgia o él había estado demasiado ocupado. Fuera por lo que fuera, dejé pasar el tema. Me limité a hablar de otra cosa e interrumpir la llamada lo antes posible, asegurándole que hablaría con él al día siguiente.

Ben tenía razón. Sería raro que apareciera con una bolsa para pasar la noche. Muy raro. Mientras estábamos en el salón de los Frank, había quedado claro que esto no era una cita, sino un rollo. Algo que necesitaba hacer para resolver el problema que se acumulaba en mi interior. Así que mis pensamientos habían seguido un buen rumbo: Cole sería mi distracción, una distracción capaz de que temblara la tierra y que encogiera los dedos de los pies.

Cogí el bolso y le di un beso de despedida a mi madre. Cuando abrí la puerta trasera, bajé corriendo los peldaños hacia los campos, hacia la casa de Cole, que la puesta de sol dejaba a contraluz, con sus luces encendidas y la *pickup* roja aparcada en la puerta. A mi espalda, al final del largo camino de acceso de los Holden, había un grupo de coches desconocidos. Nunca habíamos cerrado la verja de ese lado en los seis años que llevábamos viviendo en la plantación. Pero Casey había llamado mientras yo me echaba la siesta y había avisado a mi madre. Le había dicho que me quedara en casa, que no hablara con nadie y que los evitara. Respiré hondo antes de internarme entre los campos, dejando mi mente en blanco mientras me alejaba de los buitres.

Una distracción. Solo se trataba de eso.

Quizá llevar una caja entera de condones resultara un poco intimidante. Debí haberla abierto y haber sacado dos o tres. ¿O echaríamos un solo polvo? Con Scott nunca lo había hecho más de dos veces en un período de veinticuatro horas. Pero había leído libros, veía la tele, sabía que otras parejas no eran tan frías como la nuestra.

No era que Cole y yo fuéramos pareja, solo era una forma de hablar.

Era una estupidez que usara chanclas para llegar hasta allí. Ya tenía los dedos llenos de polvo y solo había recorrido la mitad del camino. Cole no iba a querer mantener relaciones sexuales con una chica con los pies sucios. No podía llegar allí y ponerme a lavármelos.

Tenía que haberme puesto botas para la lluvia. Eso quedaría bien con el vestido y, aún así, tendría los pies limpios. Aunque quitármelas hubiera sido un número, uno muy poco sexy. Agarrar una bota mientras gruñía y jadeaba en medio de las contorsiones necesarias para arrancármela de un pie sudoroso.

Debí haber comido más. Tenía hambre y solo había tomado dos cucharadas de sopa. Cuando me había ocupado de Gallito, había estado en la cocina de Cole, y era algo patético. Ese hombre parecía vivir de leche, cerveza y sándwiches de jamón.

Llegué al final de los campos y me detuve. Ante mí, se extendía el patio trasero de los Kirkland, donde el césped verde en perfecto estado se extendía en todas las direcciones, hasta la valla blanca que mantenía a raya a las flores silvestres, hasta la enorme casa que se alzaba contra el cielo nocturno. Y en medio del patio estaba Cole, con las manos en las caderas, una camiseta blanca sobre el pecho musculoso y pantalones cortos de deporte, con los ojos clavados en mí. Mis pies sucios y yo esperamos en el lugar donde me había detenido, intentando pensar algo que decir.

Me preocupaba que no se presentara. Y cuando apareció entre el campo, Summer había bajado la cabeza, sin mirarme a los ojos. Estaba seguro de que había cambiado de opinión y me dejaría colgado. Pero allí estaba, al otro lado de la cerca. Pasé junto a Gallito, fui hacia la puerta y me apoyé en la valla mientras la miraba.

—Has venido... —dije.

—Sí. —Se subió la correa del bolso al hombro—. He traído condones. Bueno... —Se sonrojó—. Solo uno. Ya sabes, por si... —Se llevó la mano a la boca y se rio—. ¡Oh, Dios! Soy idiota.

Cole se rio también.

—Tengo condones, pero gracias. —La luz del atardecer hacía que su pelo pareciera rosa, el viento jugaba con sus rizos y se los llevaba a la cara, y, de repente, le pareció vulnerable. Era una nueva faceta de ella y despertaba su dominante instinto masculino en lo más profundo, algo que no reconocía. Apoyó un pie en la cerca—. Antes de entrar, quería proponerte algo.

—No quiero hablar de la cena de ensayo de mi boda —lo interrumpió ella con rapidez—. Si es posible, me gustaría ignorarla.

Él se encogió de hombros.

—Por mí, vale. Es asunto tuyo; si cambias de opinión, aquí estoy.

—¿Qué querías proponerme? —La vio entrecerrar los ojos con expresión de sospecha, y él se preguntó, en un instante de locura, si un hijo de ambos tendría los ojos de color avellana o verde.

—Una tregua de veinticuatro horas. —Hizo un gesto señalándolos a los dos—. Tú y yo tenemos cierta aversión a la moderación. Hoy es viernes por la noche, mañana no trabajamos, así que durante las próximas horas no nos pelearemos.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y qué hago cuando actúes como un gilipollas?

—No lo haré —dijo él, sonriente—. Te lo prometo. —Sería difícil no provocarla, en especial porque le gustaba mucho verla cabreada. Pero se portaría bien durante veinticuatro horas. Quería conocer mejor a la chica que se escondía detrás de ese fuego.

—No sé si confiar en tus promesas... —La vio acercarse y apoyar las manos en la valla.

Él se encogió de hombros.

—Entonces, puedes llamarme gilipollas y salir pitando. Que es más o menos lo que ya pensabas hacer después de que hubiéramos usado esos condones. O condón. O... —La sonrisa de Cole se hizo más grande— lo que sea.

—Eso es cierto... —reflexionó ella, con un brillo malvado en sus ojos color avellana—. Incluso he ensayado una salida dramática.

—Suelo meter mucho la pata. —Cole se inclinó hacia delante, contra la valla, para hablarle en tono conspirador—. Así que no te preocupes. Estoy seguro de que podrás interpretarla en cualquier momento.

Ella abrió la puerta, pero él la detuvo.

—¿Trato hecho?

—¿Me vas a rechazar si no estoy de acuerdo?

—Mmm..., sí. —Mantuvo la puerta a medio abrir, bloqueando la entrada con su cuerpo.

—No mientes nada bien —bromeó ella, acercándose.

—Bueno, ya sabes que no he tenido mucha práctica. —Cole sonrió—. ¿Trato hecho? —Le tendió la mano.

—Trato hecho. —Summer se adelantó para estrechársela. El apretón fue fuerte a pesar de tener una mano pequeña.

—¿Dónde está tu bolsa? —Cole se quedó mirando el bolso, que le parecía demasiado pequeño como para contener nada.

—No he traído. Ya sabes..., he pensado que era solo sexo. —Se alisó el vestido.

¡Dios, era adorable!

—Te vas a quedar a pasar la noche.

—Es posible.

La miró con los ojos entrecerrados.

—Te vas a quedar. —Sonrió mientras se hacía a un lado, cerrando la puerta. Gallito cacareó desde el otro extremo del patio, sacudiendo las alas, medio corriendo medio volando hacia ella. Summer se encontró con el gallo a medio camino, se arrodilló ante él y le acarició las plumas del lomo y la cresta. Cole la observó con un nudo extraño en la garganta, aunque se deshizo de él con un carraspeo. Cerró la puerta y se volvió hacia Summer.

—¿Has cenado? Estaba a punto de hacer filetes.

—¿Filetes? —Summer levantó la cabeza, sorprendida.

—Si no quieres, no tenemos que comer. —¡Dios, qué incómodo!

—No. —La vio ponerse de pie—. Lo de los filetes suena muy bien. ¿Quieres que te eche una mano?

—Er..., claro.

Ella se frotó las manos y agarró bien el bolso antes de acercarse al porche trasero. En el suelo, Gallito pareció indignado por verse abandonado.

—Calladito —le reprendió Cole—, ya te ha tocado más que a mí. —Levantó la vista hacia la casa. Los amplios ventanales le permitían ver el avance de Summer hacia la cocina sin ningún tipo de interrupción. La miró mientras se recogía el pelo y abría el grifo para lavarse las manos.

Veinticuatro horas... Esa tregua no había sido más que una excusa para pasar más tiempo con ella. Era una apuesta peligrosa, pero necesaria. Había algo en ella, algo que le había atraído desde el momento en que se conocieron. Una atracción que se había convertido en una adicción. Una adicción que necesitaba curar. Veinticuatro horas sin pelearse podría ser la solución. Desprovista del atractivo que suponía la inaccesibilidad, Summer perdería su brillo. Perdería su misterio, su encanto. Y un mes después, cuando acabara el rodaje, ya no estaría obsesionado con ella y podría regresar a Los Ángeles.

Dejó al gallo en el porche, subió las escaleras y abrió la puerta trasera.

Cocinaron en silencio. Summer encontró algo de quingombó y maíz congelados en el congelador, y luego recorrió la cocina de los Kirkland, buscando sartenes, agarrando utensilios y abriendo la ventana sobre el fregadero. Cole la observó desde el porche trasero, donde estaba la parrilla, con la espalda apoyada en una columna. Nadia nunca había cocinado; había tenido otras cosas que hacer, había estado más interesada en comer en algún restaurante donde pudiera ser vista que hacer comidas caseras. Y la cocinera sabía lo que les gustaba a ambos, por lo que no parecía necesario. Aunque también era cierto que él tampoco había cocinado nunca, salvo para poner carne en la parrilla y quitarla antes de que se quemara. Su talento culinario se reducía a eso.

Ella terminó de hacer su parte después que él, y sacó maíz frito con una mezcla de quingombó, tomate y maíz en una fuente. Comieron en el porche trasero, con el ventilador alejando el calor y Gallito en el patio.

—Es un gallo bueno —reflexionó él, llevándose un trozo de carne a la boca.

—Tiene buenos genes. Su madre es preciosa.

—¿Conoces a su madre? —Cole se mostró tan sorprendido que ella se echó a reír.

—No sé si «conocer» es el verbo adecuado, pero sí. Vive en la plantación. Ha tenido más de veinte Gallitos. ¿Te gustaría verla?

—¿Reconocería a su hijo? —preguntó él, sorprendiéndola.

—No sé qué raciocinio tiene una gallina, aunque a mí me reconoce, y sabe si les llevo golosinas. Creo que a él no lo conocerá, o no le importará. No son las mejores madres del mundo cuando sus crías crecen.

—Lo entiendo —murmuró él, y se sintió agradecido al ver que ella no lo presionaba—. ¿Golosinas? —se interesó, inclinando la cabeza a un lado—. Pedí golosinas para pollitos en la tienda de animales y se echaron a reír.

Summer también se rio mientras se lamía un poco de jugo de carne de un dedo, haciendo que a Cole se le quedara la mente en blanco durante un momento.

—Sobras. Cáscaras de huevos cocidos, migas, mazorcas de maíz... Les encantan esas cosas. Ah, y las mondas del queso.

Cole miró a Gallito y se sintió el peor padre del mundo.

A Cole lo habían descubierto cuando tenía diecisiete años. Intentaba entrar en un *pub* de Sunset Boulevard cuando, con un carnet de identidad falso en el bolsillo, sonrió con timidez a algunas chicas de la cola. Luego se acercó más y les preguntó cómo se llamaban. Eran mayores que él, pero estaban buenas. Parecían amistosas y se rieron de sus coqueteos, pero una de ellas le entregó una tarjeta. Le dijo que se fuera a casa y la llamara por la mañana. Esa mujer era Traci Washington, y estaba conformando el *casting* para una comedia romántica para adolescentes. Cole llevó esa tarjeta en la billetera durante más de una semana antes de decidirse a llamarla. En cuanto lo hizo, todo cambió. Él tenía «carisma», y esa película se convirtió en una serie, que fue los cimientos del imperio de Cole Masten. Nunca había lavado los platos, pero, aun así, hundió las manos en el agua jabonosa y miró a Summer.

—Podemos dejarlos aquí. El lunes viene la limpiadora.

—¿El lunes? —repitió Summer—. Hoy es viernes. No vas a tener los platos sucios durante tres días. Empezará a haber olor. —Se inclinó y abrió el agua, rozando el cuerpo con el de él. Y luego se agachó para buscar una esponja debajo del fregadero. Él disfrutó de la vista, pero ella lo pilló y le dio un

codazo—. Atento. Retira las sobras y mételas en una bolsa. Las tiraremos cuando esté todo guardado.

Como el propósito era mantener la paz, obedeció, con la cabeza gacha y los ojos clavados en los platos. Los limpió con rapidez, pues solo habían manchado dos. Un sonido de cacharros le hizo levantar la vista, a tiempo de ver cómo dos sartenes sucias eran apiladas a un lado. Terminada la tarea, se lavó las manos en el fregadero y se las secó. Después, dio un paso atrás, para dejarle espacio para trabajar.

—Entonces, ¿cómo crees que nos está yendo? —Ella lo miró mientras tiraba algo en la basura, recogiendo artículos de la encimera con movimientos fluidos y firmes; actos que había realizado miles de veces. De repente, Cole pensó en la película, y tomó nota mental para agregar una escena de Ida en la cocina. Todavía no tenía claro cómo, pero debía tener cuidado. Esa película no era su caja de recuerdos personales de Summer.

Ella se detuvo ante él y esperó a que le respondiera.

—Bueno, llevamos retraso. Los cambios de guion significan retrasos.

—No estoy preguntándote por el calendario de la película —repuso ella bruscamente—, sino por nosotros. Por la química. Las escenas. —Ella se apartó de él y se inclinó para abrir el lavaplatos, y, de repente, Cole se dio cuenta de por qué era una buena idea lavar los platos con Summer. No tenía nada que ver con la comida apelmazada, ni con que no hubiera nada más hermoso que ella guardando los platos, sino con que cuando Summer se agachaba, se le levantaba la falda, y él quería arrodillarse para disfrutar de la vista más adecuadamente. Cuando por fin se enderezó, se soltó el pelo, y él se recreó en las líneas de sus brazos, en la curva de su cintura, en sus torneadas pantorrillas. Estaba descalza, con los pies cubiertos de polvo, y cuando cogió un trapo y se puso de puntillas, él casi gimió.

—¿Cole? —Summer volvió a apoyar los pies en el suelo, y él levantó la vista hasta su dulce y hermosa cara, a sus cejas arqueadas, porque claro, debía de haberle preguntado algo más. Esa mujer nunca se callaba.

—Ven aquí. —Aunque le había pedido que hicieran una tregua amigable, lo dijo gruñendo. Se agarró al borde de la encimera contra la que se apoyaba y se obligó a no soltarla.

Ella dio un paso adelante, pasándose el trapo por las manos lentamente. Luego se detuvo. Cuando olió su aroma, él no pudo contenerse más. Se adelantó para tirar de ella y estrecharla contra su cuerpo.

Me había preguntado cuándo ocurriría. De hecho, me había sorprendido cuando llegué y él me había invitado a cenar. Me había sentido alerta durante la comida, con los condones preparados; esta chica no pensaba cometer más errores.

Pensaba que lavar los platos sería una actividad segura, pero cuando me aparté del fregadero y vi cómo me miraba... Quizá le excitaba el tema de la limpieza. Me había acercado nerviosa a él, pasando revista a lo que había comido, preguntándome si tendría pimienta entre los dientes, si debía coger la caja de condones o...

Todo eso desapareció de mi mente cuando sentí que clavaba los dedos en mi espalda y me empujaba hacia delante. Su beso fue salvaje y lleno de necesidad, me saboreó con la lengua como si quisiera degustar en mí los sabores de la cena, y mientras, me deslizaba las manos por la cintura y las caderas, me agarraba el trasero por encima del vestido. Estaba tan duro que contuve el aliento cuando me sostuvo contra su cuerpo y pude comprobar lo que pensaba ese hombre a través de los pantalones cortos. Y lo deseaba... Me incliné, no pude evitarlo, deslicé los dedos por la camiseta hasta los pantalones cortos tipo malla, me interné por la cinturilla y más abajo. Por debajo de la tela. ¡Dios! Hacía mucho tiempo que no tocaba un cuerpo masculino. Y Scott... Scott era más suave, más blando, su piel cedía bajo mi contacto cuando apretaba. Pasé las yemas de los dedos por las duras aristas de Cole, por debajo de la ropa interior, y él arqueó la pelvis como si lo deseara también. Luego rocé su erección, gimió contra mi boca, y casi entré en combustión allí mismo. En la cocina.

—Apriétamela —jadeó contra mi boca, con las manos ahora en mi cabeza para inclinarme el cuello y besarme como si no fuéramos a besarnos nunca más, de una forma desesperada y necesitada, frotando su lengua contra la mía.

Le cogí la polla, la rodeé con mis manos, y noté como se estremecía. Tenía el cuerpo apretado contra el suyo y cuando se la estreché, noté que se ponía tenso.

—Más, por favor. —No sé cómo se las arregló para decir aquello con los labios contra los míos, besándome profundamente, pero lo pronunció contra

las comisuras de mi labio inferior. Por un momento, sentí sus dientes, luego desaparecieron, y cerré los ojos mientras apretaba los dedos y lo acariciaba arriba y abajo. Me envalentoné cuando gimió mi nombre contra mis labios—. Más rápido —jadeó. Y comencé a mover la mano con más velocidad.

Llevó los dedos a la parte de atrás del vestido y me bajó la cremallera. La prenda se deslizó hacia abajo, él la acompañó con las manos, luego me desabrochó el sujetador y lo dejó caer a un lado. Solo me di cuenta cuando el cierre golpeó el suelo de la cocina.

—No te detengas.

No me detendría, no podía, porque sentirlo en mi mano era algo hermoso, perfecto. Ahora él arqueaba las caderas rítmicamente, por lo que me limitaba a sostenerlo con los dedos mientras él se movía desatado. Era como si no pudiera obtener suficiente de mí, de mi boca, de mis caricias. Tenía el vestido alrededor de la cintura, con la tela apelonada, detenida por mi brazo, y él todavía llevaba los pantalones cortos. Así que bajé la otra mano y tiré de la tela, ambos luchábamos por el espacio, demasiado ansiosos para ser educados. Le deslicé la prenda por las caderas hasta que cayó al suelo. Cole me empujó, y retrocedí, soltándolo. Abrí los ojos, y aunque los tenía medio nublados por la excitación, podía ver su pecho agitado. Clavé la mirada en la suya, y supe que estaba afectado, quizá incluso más que yo. Cogió la camiseta y se la pasó por la cabeza, y tuve un breve instante, mientras tenía cubierta la cara por la tela, para admirar su belleza. Luego la prenda desapareció, movió los pies y volvió a estrecharme, con las manos apoyadas en mi cintura desnuda, y me sentó con facilidad en la encimera. Cuando me bajó las bragas, me separó las rodillas. Intenté cogerlo de nuevo, pero me apartó la mano, mirándome a la cara.

—Si sigues así, me voy a correr. Y llevo dos putos meses esperando esto, soñando con esto. —Se puso de rodillas, me sujetó las caderas y tiró de mí hacia el borde de la barra. Con mis piernas apoyadas en los hombros, se inclinó hacia delante.

«Gracias a Dios que me he depilado». Eso fue lo primero que pensé cuando vi su boca tan cerca, sus ojos clavados allí, en mi lugar más privado, un sitio que Scott solo había visto un par de veces, pues estaba más centrado en... Perdí el hilo de mis pensamientos, literalmente había perdido la capacidad de pensar cuando pasó con suavidad la boca por el espacio entre mis piernas e inhaló. «¡Inhaló!». Igual que lo haría con un melocotón, cuando no tienes

suficiente con el olor y quieres más. Yo lo había hecho en innumerables ocasiones. Conocía la expresión que cruzó por su rostro, la forma en la que cerraba los ojos. Nunca, ni en un millón de años, hubiera pensado que un hombre podía tener esa mirada por mi olor. Me daban ganas de separar más las piernas, sujetarlo por la nuca y acercarlo más a mí, invitándolo mientras decía: «Soy tuya, devórame, por favor».

Debí de hacer algún tipo de sonido, porque me miró, y no pude evitar rogarle más con los ojos ni ponerle las manos en los hombros ni mover una de mis piernas. Deslicé el pie por sus hombros buscando un lugar donde descansar y separé más los muslos. Me sostuvo la mirada durante un buen rato, recorriéndome con la lengua. Luego cerró los ojos, como si fuera una bendición, y se inclinó hacia delante, con la cabeza baja y me deslizó las manos por los muslos, por debajo por las nalgas, acercándome más a su boca.

No podría repetir las cosas que le dije. Lo que grité con tanta fuerza que me dolieron los pulmones. No debería estar permitido que un hombre supiera hacer eso con la boca. No debería poder usarla como un arma para entrar en el alma de una mujer, para conocer sus secretos, hacerse con su control y convertirla en pedazos. Me perdí, en esos minutos en los que tuvo la cabeza entre mis piernas. Tomó todo lo que me convertía en Summer Jenkins y se lo tragó, me hizo suya. Grité su nombre y me desnudé, y cuando me corrí, creo que le grité que lo amaba. No sabía quién era esa mujer, desnuda en la barra de la cocina, no la conocía. No sabía quién era ese hombre, ese desgarrador y hermoso monstruo sexual. Solo sabía que en ese momento, en ese caso, lo amaba.

Y en ese instante, cuando descubrí eso, él se puso de pie en medio de mi orgasmo, me atrajo hacia él y me penetró. Movié sus caderas con rapidez, con movimientos profundos y furiosos que llevaron mi clímax a un nuevo nivel, donde no se detenía, donde se alargaba, donde se estiraba más y más, hasta que perdí la cabeza y se convirtió en el mejor y más hermoso sexo. Le rodeé el cuello con los brazos y busqué sus labios con los míos. Me besó y luego se movió hacia mi cuello, me lo arañó con los dientes antes de lamerlo, mientras yo me aferraba a sus hombros y le rodeaba la espalda con las piernas, aferrándome a él con todas mis fuerzas y el poco control que me quedaba. Y cuando se corrió, sentí que estallaba, que su mente se rompía... Lo oí jadear mi nombre una y otra vez, y otra más, seguido de una serie de murmullos incoherentes cuando lo perdió todo y lo encontró en mí, me rodeó con los

brazos y me estrechó contra su pecho. Entonces, me levantó de la barra y me bajó al suelo, contra su pecho, y la cocina se quedó por fin en silencio, silencio que solo se vio interrumpido por nuestras temblorosas respiraciones.

Cole la amaba. La quería. Amaba a esa mujer. Adoraba su risa cuando no podía controlarla. Amaba el brillo pícaro de sus ojos cuando se ponía juguetona. Le encantaba cómo se tensaba su cuerpo y que pudiera atravesar a un hombre con la mirada y las manos cuando se cabreaba. Pero nada de eso era comparable a lo mucho que amaba sus suspiros, a oír cómo pronunciaba su nombre, cómo respondía a sus besos, su olor. Dios, si pudiera embotellar sus jugos y convertirse en millonario, no lo haría, porque no podía imaginarla con otro hombre. Mataría por que fuera suya, pagaría cada centavo de su fortuna, destruiría su carrera para siempre si con eso conseguía que fuera suya. Esto no era un rollo, ni un encaprichamiento, ese era el final de su vida como la había conocido, y se dio cuenta de que, incluso aunque ella no lo amara, nunca encontraría a otra mujer como ella, nunca la olvidaría. Cerró los ojos al sentir que movía una pierna contra la de él, al percibir su pecho agitado contra el suyo, su boca contra el cuello; nunca había estado tan aterrorizado en su vida.

La decisión estaba tomada.

Después de que por fin me alejara de él, de que mis hombros rozaran la fría baldosa y de que notara las piernas temblorosas cuando me levanté, hubo un instante de incómodo silencio entre nosotros antes de que me riera y él sonriera. Entonces lo supe: necesitábamos un postre. Helado, a ser posible. Estábamos de acuerdo. Me fui al cuarto de baño y sentí un momento de pánico cuando salió de mi interior la evidencia de su orgasmo. Vale... Otra experiencia sin haber tomado medidas de precaución. Menos mal que acababa de terminar con el periodo y mi ventana a la fertilidad todavía no se había abierto. Sin embargo, sería mejor que volviera a Tallahassee. También debía tener cuidado y mantenerme alerta, porque había perdido, en algún lugar, lo que me hacía ser inteligente.

En Quincy no había heladerías, al menos no había ninguna que estuviera abierta un viernes a las diez de la noche. Debatimos el problema, pero en realidad solo había una solución.

—¿Walmart? —Cole me miraba como si le hubiera sugerido que diéramos un golpe de estado y destituyéramos a los órganos de gobierno de Quincy.

—Sí. Ya sabes, el hipermercado. Tienen de todo y está abierto todo el día.

—Yo no puedo ir a un Walmart.

—Porque eres...

—No quiero parecer un creído insoportable, pero soy lo que soy. Habrá mucha gente. *Paparazzi*. Y DeLuca me matará si me pillan contigo. En especial después de ... —Hizo un gesto con la mano que, seguramente, estaba destinado a implicar el artículo sobre mí en la revista.

—Estamos en Quincy. Son las diez y media. Habrá, como mucho, tres personas. Y mira... —Abrí la cortina y señalé la entrada—. Todos los *paparazzi* han acampado delante de mi casa. Están esperando que me vuelva loca. —Era cierto, allí estaban aún, seis coches al menos, aparcados pulcramente junto a la entrada a la plantación de los Holden. Mi madre iba a encender y a apagar las luces varias veces a lo largo de la noche y también a mover las cortinas y mantener la televisión encendida. A ella le hubiera gustado ser más creativa, pero la detuve. Cuando mamá se volvía creativa,

todo tendía a descontrolarse un poco—. Además, podríamos comprar alguna golosina para Gallito —agregué.

—En Walmart sigue habiendo cámaras de seguridad, ¿verdad? —dijo él mirándome. Asentí—. No.

Hice un gesto con la boca, pero luego tuve una idea.

—Vamos a parecer ladrones.

Cole vio que Summer estudiaba las dos bolsas de papel que había encima de la mesa del comedor con una expresión muy seria.

—Tienes razón —convino ella con el ceño fruncido, pero lo miró con una expresión de excitación—. Vamos a decorarlas.

Él arrugó la frente en respuesta, aunque tenía los labios curvados en una sonrisa. Era oficial: cuando ella se mostraba tan exaltada y risueña, no era capaz de decirle que no a nada.

—Esto es una estupidez. —Cole tiró de la parte inferior de la bolsa y se rascó el cuello, donde le rozaba el papel.

—Cállate —le dijo Summer, inclinándose sobre el cambio de marchas para que sus ojos quedaran a la misma altura a través de los agujeros que habían hecho en las bolsas. Estaban sentados frente a frente; los ojos de Summer eran lo único visible de su cara, y brillaban a través de los agujeros con forma de óvalo. Unos agujeros que eran mucho más femeninos, según ella, que los círculos básicos que había recortado él en su bolsa. Ella, además, había añadido sombra de ojos azul, pestañas gigantes y cejas perfiladas, gentileza de un paquete con treinta rotuladores que habían encontrado en el estudio.

—El maquillaje de los «ojos» te ha quedado genial —susurró él, repentinamente consciente de la mano de ella en su muslo, donde Summer estaba apoyando todo su peso.

—Gracias —dijo ella riéndose—. Aunque deberías ir a mirarte ese lunar, es preocupante. —¡Oh, sí! El lunar que ella había sentido necesidad de dibujar en la mejilla de su careta. Además, Summer había añadido algo de cabello en la parte superior y, de repente, la bolsa de papel era fea. Él había contribuido también, dibujando líneas de preocupación en la frente y bolsas bajo los ojos—. Pareces agobiado —había asegurado ella, y luego añadió un cigarrillo colgando en los labios—. ¡Mucho mejor! —había soltado, triunfal—. Ahora al menos tienes una razón para ello.

—¿Cáncer de pulmón? —había adivinado Cole.

—¡No! —Cuando ella le había dado un golpecito en el hombro, él había querido retirar las bolsas de la mesa para desnudarla allí mismo, lanzar los rotuladores por el suelo y extender el pelo de Summer sobre la superficie de nogal. No lo había hecho, y la había dejado terminar la frase—. Mal aliento y manchas en los dientes. —Lo había dicho con un tono sombrío—. Son efectos secundarios muy graves.

—Y eso hace que mi careta esté muy preocupada.

—Sí —había corroborado ella, cogiendo un rotulador de color rosa chicle para rellenar los labios de su bolsa.

Ahora, cuando él miraba esos labios, quería besarla; así que se echó hacia delante impulsivamente y apretó su boca contra la de ella a través de dos capas de papel marrón. Ella le apretó el muslo y se separaron riéndose.

—¿Has terminado de intentar seducirme? Quiero entrar antes de que hayas hecho que se me corra este carísimo lápiz de labios de Crayola.

—He terminado.

—Entonces, vamos. —Summer apretó los puños y abrió la puerta, optando por gatear sobre su regazo y salir en lugar de regresar a su asiento. A Cole no le importó, de hecho, la ayudó a salir con unas manos tan amigables que ella protestó hasta que sus pies estuvieron en el suelo.

Eran casi las once de la noche, y el suyo era el quinto vehículo en el aparcamiento, si ignoraban la fila de coches de los empleados situados en el otro lado del edificio. Cole ralentizó sus pasos mientras Summer se dirigía hacia la entrada, dando saltitos sobre la acera. Cuando giró la cabeza hacia él y lo vio retrasado, le tendió la mano para agarrarlo.

—Vamos, gallina. A ver si te crecen un par de pelotas. —Summer inclinó la cabeza hacia él, con aquella bolsa que la hacía parecer cabezona, y él sonrió detrás de la máscara.

Era estúpido.

Pero era idea de ella, que se reía a carcajadas, y él prefería morir que impedir que se divirtiera. Así que dejó que lo arrastrara hacia delante, hasta la puerta del hipermercado. Con las bolsas de papel en las cabezas, saludaron a un hombre bajo y barrigón que se quedó paralizado cuando los vio; incluso se le cayó el cigarro apagado que colgaba de su boca.

—Hola, Bob —dijo Summer, cogiendo un carrito y empujándolo hacia delante.

—Hola, Summer —repuso el viejo, recogiendo el cigarrillo mientras la

observaba pasar—. Hola, señor Masten —añadió, de forma lenta y cautelosa.

Cole sonrió de forma automática, pero luego se dio cuenta de que Bob no podía verle la boca y asintió.

—Buenas noches. —Corrió para alcanzar a su alma gemela convertida en bolsa de papel, y bajó la cabeza hacia ella—. Sabe que somos nosotros —le dijo al oído.

—Claro que sí —soltó ella con total naturalidad. Giró la cabeza gigante para mirarlo, con los ojos brillantes—. Y ahora, señor Masten, permita que le dé la bienvenida a un maravilloso Walmart.

La miró mientras se detenía en el ancho pasillo principal y abría los brazos. Comenzó a girar sobre sí misma, pero luego se detuvo. Ella hizo una reverencia y luego se echó a reír.

—Saca la lista —le recordó a Summer.

—¡Oh, sí! —Rebuscó en el bolso con la cabeza inclinada hacia abajo mientras sostenía la máscara pegándosela a la boca—. Aquí está. —La sacudió y, mientras leía el contenido, una empleada con un delantal azul marino los miró—. Maíz, cordel, pasta, espaguetis, coles, bayas, guisantes, botellas de plástico, helados y nata montada. —Las palabras salían atropelladas de su boca, tan pegadas que parecían una sola.

—¿Nata montada? —repitió alucinado.

Ella tiró de la parte inferior de la bolsa como si quisiera asegurarse de que la seguía llevando puesta.

—Siempre he querido que un chico lamiera nata montada de mi piel. Y Scott nunca fue tan atrevido. —Se encogió de hombros, haciendo que la bolsa se ladeara ligeramente—. Podría ser mi última oportunidad.

¿Summer pensaba que lamer nata montada era ser atrevido?

—Vale... —dijo lentamente—. Nata montada.

Ella inclinó la cabeza para mirarlo.

—La expresión de tu bolsa es tan triste que no logro adivinar si lo consideras una buena idea o no.

Se acercó a ella y miró aquellos ojos grandes y los labios brillantes.

—Mujer, creo que es una idea tan buena que compraré todas las que tengan en *stock*.

Cuando Summer se rio, él supo que firmar una tregua era la mejor idea que había tenido nunca.

—Me gusta que me llames «mujer». Y no seas tan lanzado. Estamos en

Walmart: tendrán un millón de botes a la venta.

La miró y se alegró de que ella no pudiera verle la cara.

«Me gusta que me llames “mujer”». Quería llamarla mucho más que eso. «Solo queda un mes de rodaje». El repentino pensamiento resultó demoledor. No le quedaba tiempo para saber si lo que ocurría después del sexo era cierto. No tenía tiempo suficiente para conquistar su corazón por completo.

Yo quería que fuéramos por caminos separados. La mejor estrategia para lidiar con la enormidad de un hipermercado era «Divide y vencerás», pero Cole se negó, dijo que teníamos que mantenernos unidos, y cuando le miré aquella cara macilenta dibujada en la bolsa, no pude decirle que no. Pensé que deberíamos usar las bolsas todo el tiempo. Llevando la mía, me sentía intrépida, como si las palabras que pronunciaba no fueran mías en absoluto, sino las de otra chica más valiente y confiada. ¿Nata montada? ¿De dónde había sacado eso? ¿Y le había dicho de verdad que quería que me la lamiera? Debería sentirme mortificada, pero no era así. Me sentía libre.

Hicimos un *tour* por el hipermercado, deteniéndonos en el puesto de gafas de sol, aunque, con las bolsas, nuestras cabezas eran demasiado grandes para encontrar un modelo adecuado; luego pasamos por la sección de juguetes, donde mantuvimos una acalorada discusión sobre los juegos de mesa y los puzzles. Nos decidimos finalmente por el *Taboo* y el *Scrabble*; luego nos distrajimos con otras habilidades cuando Cole se apostó cien dólares a que no podía dar tres volteretas laterales seguidas sin que se me cayera la bolsa — gané, claro: tengo el pelo rizado—, y luego me aposté doble o nada a que él no podía imitarme. Huelga decir que acabé doscientos dólares más rica.

Estábamos en la sección de mascotas cuando ocurrió. Discutíamos sobre qué juguete debíamos elegir, y Cole insistía, con la boca cubierta con la bolsa, que Gallito era un gallo, una distinción que parecía eliminar cualquier posibilidad de que disfrutara de un juguete de gato, mientras que yo argumentaba que si Gallito era un gallo, quizá no necesitaba ningún juguete. Fue entonces cuando dejó caer el ridículo collar de perros que estaba examinando y me acorraló contra el carrito de la compra, con las manos apoyadas en la barra y mi cuerpo entre los brazos.

Me retorcí, pero él me rodeó con una pierna, apretándome contra él.

—Bésame —pidió. Así que dejé de moverme y empecé a acariciarle el pecho en vez de empujarlo.

—¿¡Ahora?! —chillé, y giré la cabeza para mirar por el pasillo. Mi bolsa de papel se torció en el proceso, y dejé de ver por el ojo derecho.

Soltó el asa y me quitó la bolsa, lo que hizo que el pelo se me revolviera,

para arrojarla al carrito. Después me alisó el cabello.

—Cole —le susurré—. ¿Y las cámaras...?

—A la mierda las cámaras —repuso bruscamente mientras se despojaba de su bolsa y la lanzaba junto a la mía. Después de una breve pausa, me puso la mano en la nuca, y solo existió él.

Se suponía que odiaba a ese hombre, pero lo besé en el pasillo de la sección de mascotas, y me di cuenta de que en algún momento, desde que se había mudado aquí, eso ya no era cierto. Dejé que me besara, y por mucho que lo intenté, no encontré nada de odio en mi interior.

Todo el mundo en el hipermercado sabía quiénes éramos; el disfraz no valía para nada, pero, aun así, nos volvimos a poner las bolsas para seguir comprando. El beso lo había cambiado todo; sus manos estaban constantemente sobre mí, apoyadas en la parte baja de mi espalda, jugando con mi pelo, entrelazando nuestros dedos cuando nos deteníamos a examinar algo. Le encontré un sombrero vaquero gigante que logré ponerle en la cabeza, por lo que su cara de anciano macilento era ahora muy parecida a una versión paleta de Robert DeNiro. Me devolvió el favor con unos pendientes enormes de color rosa chicle que me colgó en los costados de la bolsa.

—Estamos supersexis —aseguré, posando delante del espejo de un probador. Me volví hacia él de repente cuando se me ocurrió una idea—. ¡Un fotomatón!

—¿Qué? —Se ajustó el sombrero en el espejo—. Dios, este sombrero me hacer parecer ridículo. —Detuvo las manos cuando asimiló sus palabras, y los dos nos echamos a reír.

Recordé mi idea.

—Vamos a hacernos fotos en un fotomatón.

—¿Hay un fotomatón? —No podía vérselas, pero estuve segura de que arqueó las cejas con escepticismo.

—En el laboratorio nos podemos hacer *selfies*. Venga. —Lo cogí de la mano y tiré de él y del carrito en dirección a la sección de electrónica. Aunque no lo sabía con certeza, al detenernos en aquel departamento, resultó que tenía razón. Nos hicimos varias ráfagas de fotos, y elegimos diez. La chica que atendía la máquina nos miró como si fuéramos idiotas.

Porque éramos idiotas. Había algo en ese hombre, ya fuera por haber tenido relaciones sexuales con él, haberlo besado ante una cámara o haber pagado una cuenta de novecientos dólares a medianoche en el Walmart, que me hacía actuar como una idiota. La cajera, una morena con melena a la altura de la barbilla con la que había ido al instituto, guardó las compras en bolsas, le devolvió a Cole su tarjeta de crédito y me saludó con un gesto. Le sonreí mientras me preguntaba, por primera vez desde que entré en el hipermercado, si ella no habría sido una de las «fuentes anónimas» de Quincy.

Cuando empujamos el carrito hacia la puerta de salida, el aparcamiento seguía oscuro y las farolas apagadas. Y a nuestro alrededor, por lo que podía ver, solo había sombras. Nos detuvimos con un chirrido de ruedas de carrito y miramos hacia todos lados.

Diez minutos después, con la compra en el asiento trasero de la *pickup*, descubrimos que el apagón había sido causado por un corte eléctrico en la central. Me gustaría entrar en detalles, pero no entiendo los términos técnicos, y fue Carl, el de la gasolinera, quien me lo contó. Así que asentí con la cabeza antes de cambiar de tema para preguntarle si la oferta del dos por uno en chuches a dos dólares incluía los bombones Rolo. La respuesta fue no.

De regreso, pasamos por el *set* de rodaje. Cole habló con los guardias de seguridad, que le dijeron que andarían con ojo por si el apagón animaba a los vándalos a aparecer por allí.

Resoplé en cuanto nos marchamos. ¿Vándalos? Por favor, estábamos en Quincy. Era mejor que esos guardias esperaran sentados si pensaban que habría problemas. Dimos una última vuelta por el pueblo y luego regresamos despacio, con los faros encendidos y alerta por si aparecían ciervos.

Cuando nos detuvimos delante la casa, estaba iluminada por la luz de la luna. Lancé un vistazo a mi casa pensando en mamá. A esas horas de la noche estaría dormida. Ni siquiera se habría enterado del apagón, pero me resultó extraño imaginarla sola, en esa casa. Cuando yo me fuera, siempre estaría sola. Esa idea, como siempre, me hacía sentir rara. Me acabaría acostumbrando a ella; debía hacerlo. Era natural que los jóvenes creciéramos y abandonáramos el nido.

Después acampamos en el salón de los Kirkland. Busqué algunas velas que encender, y el enorme espacio quedó iluminado por una luz parpadeante. De pronto, tuve la repentina visión de las llamas lamiendo la pared, y las telas ardiendo, así que me apresuré a apagar algunas. Con cuatro nos arreglaríamos de sobra; eran suficientes para ver, aunque no apreciáramos los detalles. Sacamos el contenido de las bolsas, y el suelo quedó muy pronto cubierto por nuestras cosas. Gallito se acercó con cautela. Vi que había un poco de caca en el suelo, detrás de Cole, y se la señalé al tiempo que le pasaba unas toallitas húmedas. Me puse el sombrero nuevo de Cole y abrí un paquete de caramelos Nerds, metiéndome algunos en la boca mientras revisaba las compras. Cuando Cole regresó, recogió al gallo, y yo cogí una de las bolsas de guisantes para tendérsela.

—Vierte algunos en la bañera: le gustará escarbar en su cama para encontrarlos. —Las palabras fueron medio ininteligibles, por culpa de los Nerds que tenía en la boca, pero Cole me entendió, pues cogió la bolsa y fue hacia el cuarto de baño. Íbamos a tener que construirle a Gallito un corral en el exterior. Ya era demasiado grande para estar dentro, a pesar de las intenciones de Cole de convertirlo en un gallo doméstico. Fruncí el ceño a pesar del caramelo. Tenía que hacerlo él. Tenía que disponer un lugar fuera para su gallo. Era una tontería que pensara que íbamos a seguir saliendo. El sexo solo había destruido mi mundo, no el de él, y lo habría reconstruido de una forma nueva. Que nos lo hubiéramos pasado bien, que hubiéramos sido imprudentes y nos hubiéramos besado en el pasillo del Walmart no significaba nada. Que mi corazón acabara roto cuando Cole Masten se fuera era asunto mío, no suyo. Eso era lo que tenía que meterme en la cabeza.

—No funciona la lámpara de Gallito.

Levanté la vista y vi a Cole de pie en un rincón oscuro del salón, el más cercano al cuarto de baño.

—¿Y qué? —Me encogí de hombros—. Ya no necesita calor. Solo lo necesitaba mientras era pequeño.

—¿Te importa si salimos al porche trasero mientras no vuelve la luz? —Sostenía a Gallito bajo el brazo derecho, como si fuera un balón de fútbol americano. Un balón cuyo pecho había empezado a rascar.

Cogí la botella de vino recién comprada al tiempo que me levantaba.

—Claro que no. Cogeré unas copas.

Después de la tercera copa, descalzos y con los pies colgando por el borde del porche y con mi cabeza apoyada en su hombro, decidí hablarle de aquella noche.

De la noche de la cena de ensayo de mi boda. Gallito estaba perdido en la oscuridad, y su cacareo llegaba de forma ocasional desde algún lugar del patio. De vez en cuando, Cole metía la mano en la bolsa de guisantes y los lanzaba a la hierba. En algún momento del próximo verano, Cyndi Kirkland arrancarían los brotes de guisantes mientras maldecía a Cole Masten. En algún momento, cuando bebíamos la segunda copa, buscó mi mano con la suya, entrelazamos los dedos y no nos soltamos. Fue con la tercera copa cuando abrí la boca.

—Fue una locura —dije como si nada—. Lo que hice esa noche —aclaré—. El artículo tiene razón al decirlo.

—Las locuras no siempre son malas. —Fue todo lo que comentó, y me alegré.

Solté un enorme suspiro y luego conté, por primera vez, toda la historia.

En una granja siempre ocurrían cosas. No había hospitales cerca, y Tallahassee quedaba demasiado lejos cuando había un problema. Así que disponíamos de algunas cosas. El jarabe de ipecacuana era una de esas cosas. Si un niño, un adulto estúpido o un animal comían algo que no debían, la ipecacuana provocaba un vómito violento que eliminaba del cuerpo cualquier veneno. Y eso fue lo que utilicé para llevar a cabo mi plan.

Fue fácil de preparar. En el restaurante servían *crème brûlée* de postre, que estaba cubierta por una mezcla de bayas. Puse el jarabe en un frasco que guardé en el bolsillo del pantalón. Después del primer brindis, me disculpé para ir al cuarto de baño y me acerqué a la cocina. Abracé a Rita, la cocinera, y le mostré el frasco.

—¿Te importa si les doy un poco de sabor extra a los de la mesa principal?
—Eso fue todo. En nuestro condado estaba prohibido el alcohol, y escaseaba el licor, salvo en las casas.

Ella solo sonrió.

—Fingiré que no te he visto. Los platos están numerados y tu mesa es la número uno.

Me gustaría decir que vacilé, que me contuve un momento, pero sería mentira. Después de dos días de ira reprimida, una hora de conversación educada con amigos falsos fue el empujón final, y un minuto después, cuando salí de la cocina, los doce postres de la mesa estaban envenenados.

Después, solo me quedaba sentarme, beber un sorbo de champán y mirar el espectáculo.

Cuando la ipecacuana hace efecto, es algo repentino. Explosivo. Si le das demasiado a alguien, podrías hacerle daño; pero yo no me había pasado, solo había puesto media cucharada en cada postre. La primera víctima fue, como si lo hubiera calculado al milímetro, Scott. Lo vi tomar la primera cucharada y me levanté, retrocedí unos pasos y me apoyé contra la pared, con la copa de champán entre los dedos —en los que me había hecho la manicura en un salón de belleza por primera vez en mi vida—. Bridget me vio levantarme y me miró de forma extraña; al instante le dio un codazo a Corrine —como de costumbre—. Esta me miró, se encogió de hombros y tomó el primer bocado del postre.

Miré fijamente a Bridget hasta que ella apartó la vista, centrándose en su postre como si fuera lo más importante de su vida. Y en ese momento, lo sería. Nuestra mesa estaba en el medio, una larga pieza que dividía la sala a la mitad, con tres parejas a cada lado, y Scott y yo apretujados en la cabecera, por la obsesión que tienen en las bodas de poner a los novios en esa posición, lo que no deja espacio ni para cortar la carne.

Con los hombros apoyados contra la pared rosa, miré el reloj, una gran pieza de plata cuyos orígenes se remontaban a la Guerra Civil. Cuatro minutos después de que Scott se metiera el primer bocado en su falsa boca, ocurrió. Estaba hablando con Bobbie Jo en ese momento, ya que ella estaba sentada a su izquierda, y fue sin ninguna advertencia previa, sin ningún dolor de estómago, sin llevarse la mano a la boca ni correr hacia el baño. Solo abrió la boca y vomitó; empapó la rebeca lavanda de ella, que llevaba abierta sobre esos pechos ridículos. El grito de Bobbie Jo fue suficiente para que todas las personas presentes la miraran. Me reí al ver que la pareja de Bobbie Jo, su primo Frank, trataba de alejarse, apoyando las manos sobre la mesa. Pero Scott no había terminado: su segundo vómito llegó cuando trataba de ponerse en pie. Scott empujó la silla hacia atrás, se levantó, puso las manos en la mesa y volvió a vomitar. Habíamos comido tomates verdes fritos en la cena, y un trozo de tomate casi entero aterrizó en la oreja del padrino de Scott, Bubba, y se quedó allí colgando hasta que él sacudió la cabeza. Bubba fue la siguiente víctima, y lo que salió a propulsión de su boca cubrió a Scott y a Tara.

En un horrible espectáculo, el jarabe atacó a todos en los tres siguientes minutos, mientras todo el mundo los miraba con la boca abierta. Los murmullos se convirtieron en gritos según empeoraba el asunto. Stacey fue la primera en caer al suelo: se puso a correr con aquellos altos tacones por el lateral de la mesa, con los labios y la barbilla cubiertos de vómito y la mano en la cara; entonces pisó un charco y resbaló. Escuché el golpe cuando su vestido, un Calvin Klein del que llevaba días jactándose— aterrizó en el charco. Gritó, un sonido más que se unió al alboroto, e intentó ponerse de pie, agitando sus delgadas piernas. Resbaló, lo intentó de nuevo y falló. Era difícil levantarse sin apoyar las manos en el suelo. Y era imposible apoyarlas cuando el suelo estaba cubierto por el contenido de tu estómago.

Un espectador le había dicho a *Variety Magazine* que había sido como un circo, que ocurrían tantas cosas a la vez que no sabías a dónde mirar. Estoy de acuerdo con esa declaración. Una semana después del desastre, el fotógrafo

me había preguntado, con la voz tensa e innegable desdén, si quería el vídeo del evento. Después de todo, lo había pagado. Así que cogí la cinta y, sentándome en el suelo del salón, lo metí en el reproductor de DVD para verlo. Fue la primera vez que me sentí culpable. Me sentí enferma. Vi en alta definición el momento en el que el pobre novio de Tara vomitaba. Vi a mi profesora de primer curso, la anciana señora Maddox, tratando de alcanzar la salida cojeando entre las masas. A los invitados limpios gritando. A las damas de honor vomitando. A las víctimas inocentes atrapadas sin poder acceder a la única y estrecha salida.

—Fue muy malvado por mi parte —reconocí en voz baja— que lo hiciera allí. Delante de todos. En especial en un pueblo donde las apariencias y el decoro son tan importantes. —Era difícil respetar a alguien cuando lo habías visto vomitar sobre su abuela y correr hacia la salida. Eso había hecho Corrine; su abuelita de noventa y dos años había elegido ese desafortunado momento para venir a saludarme, y sus frágiles manos estaban apoyadas en la silla de su nieta cuando ocurrió el desastre.

—¿No lo hiciste por eso? ¿Para castigarlos?

—Sí, pero me pasé... —No me había sentido mal por estropear la fiesta, sino por arruinarles la noche a los demás. A los padres de Scott. Me había estremecido al ver sus caras; habían desperdiciado su dinero, habían visto cómo destruía la noche perfecta de su hijo perfecto...

Todo el mundo sabía desde el principio que había sido yo. Quizá fue por las carcajadas que solté mientras miraba la estampida. Además, Rita lo confirmó enseguida, señalándome con un dedo cubierto de harina. Me encogí de hombros y acepté la culpa. Tampoco había pensado en eludirla. Quería que lo supieran. Quería que se dieran cuenta de por qué lo hacía, lo que habían provocado Bobbie Jo y Scott. Quería que tuvieran claro que uno no jodía a Summer Jenkins y se iba de rositas.

Había sido joven, rebelde y egocéntrica. Y como resultado, el pueblo me lo hizo pagar. Mi momento de gloria fue el último rayo de sol que recibí de Quincy. Después, la élite del pueblo me trató con una sólida e inflexible frialdad, una capa de escarcha impermeable.

—No los necesitas. —Cole se llevó mi mano a los labios.

Me volví hacia él.

—Eso ya lo sé. Pero quería que lo supieras. Que veas... —«El tipo de persona que soy». Eso era lo que quería haber dicho. Que dejara de tratarme

como si estuviera hecha de polvo de hada, que superara esta noche. No terminé la frase. Seguramente porque me gustaba cómo me había estado mirando y porque no quería que todo desapareciera. Le había dicho lo que había hecho. En la revista habían sido bastante ecuanímes, aunque me había resultado horrible leerlo. Sin embargo, quería explicarle mis motivos. Luego, él tomaría sus propias decisiones.

—Yo nunca te engañaré. —Se giró hacia mí y se dio una palmada en la pierna—. Ven aquí.

No le pregunté, solo me deslicé hasta que aposenté el trasero sobre sus muslos, con las piernas a horcajadas sobre su regazo. Me sujetó con una mano y con la otra me puso un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ningún hombre en su sano juicio te engañaría.

Si alguien me hubiese preguntado antes de ese momento si había tenido alguna duda sobre mí misma por la aventura de Scott, habría dicho que no. Que él era idiota y Bobbie Jo, una zorra, y que eso no tenía nada que ver conmigo. Pero su frase, dicha con tanta resolución..., abrió en mí una grieta que no sabía que existía, una profunda fisura que llegaba hasta mis huesos.

Cuando se abrió esa grieta, una oscura marea negra de inseguridad y tristeza se precipitó desde mi interior.

Había fingido que no me importaba que no me quisieran en Quincy.

Había fingido que no quería tener una casa con valla blanca, un niño apoyado en la cadera y el «Thompson» detrás de mi nombre.

Había fingido que todas esas chicas eran unas brujas y que tenía amigas de verdad, pero todas habían crecido y se habían mudado a otros lugares para seguir con sus vidas, y que no pasaba nada, porque yo tenía mis libros, a mi madre y las tardes de verano en las que hacía el vago bajo el sol.

Eran un montón de sentimientos fingidos e ignorados que se habían quedado bloqueados en la oscura médula de mis huesos, y Cole Masten los sacó a la luz con esa sola frase, esa mirada y el lametazo que me dio en el cuello antes de besarme con ternura en la boca.

«Ningún hombre en su sano juicio te engañaría».

Pero un hombre cuerdo me había engañado, y eso me dolía.

—Summer, eres increíble. Creo que lo asustaste con tu belleza y tu fuerza, y esa boca jodidamente asombrosa que tienes. Que se sintió inseguro y buscó a otra mujer a la que se creía superior. —Me besó de nuevo, esta vez con más fuerza, y le tiré del pelo, lo agarré por el brazo y noté que una parte de mí se

seguía rompiendo y dejaba salir todo. Quería preguntarle si lo decía en serio, si este era uno de esos diálogos idiotas de Hollywood o si lo sentía de verdad. Pero cuando me eché hacia atrás para preguntarle, cuando me aparté de sus labios y vi la expresión de su rostro, lo supe. Supe que no fingía. Y me di cuenta en ese momento, al ver esa mirada, de que él había tenido los mismos pensamientos que yo había bloqueado, que había sentido el mismo conflicto interno que me obligaba a autoprotgerme, que sufría ataques de ira y de atracción similares. Y en los ojos que clavaba en los míos, en la emoción que se reflejaba en su cara, vi todavía más. Que lo nuestro era más. Más que una efímera atracción. Algo más profundo, más completo y real.

Me deslicé sobre su regazo para acercarme más y crucé en su espalda mis tobillos desnudos, sobre el suelo del porche. Me incliné sobre su cara, y cerré los ojos cuando le pasé el dedo por los labios.

—Te veo —susurré, y me mostró sus iris verdes, que me miraban mientras fruncía el ceño. Que también dibujé con los dedos—. ¡Dios!, te pones encima muchas capas de gilipollez para mantener alejada a la gente.

—No es gilipollez —suspiró, echándose hacia delante para pegar los labios a mi cuello y acariciarme la piel. Me dio un suave mordisco al tiempo que ahuecaba las manos sobre mi trasero para atraerme con mas fuerza—. Soy así.

—No. —Lo negué con la cabeza mientras encerraba su cara entre las manos, tirando de él para darle un beso y alejarme—. Tú eres este. Eres perfecto. Me encanta que seas así.

Contuvo la respiración contra mi boca, pero no se movió, no retrocedió. Cole pensaba que yo era increíble, hermosa y fuerte, pero probablemente no quería esto, y me costó la vida misma seguir hablando.

—Pero también me encanta tu yo idiota. Creo que soy adicta.

—¿Solo tú? —Sus palabras fueron una ráfaga de aire—. No he dejado de pensar en esto. —Puso una mano debajo de mis nalgas hasta introducir los dedos entre la seda de mis bragas, entre mis piernas abiertas. Eso era lo que pasaba cuando te sientas a horcajadas sobre ese hombre con un vestido. Lo hizo de nuevo; tiró de la seda, pegándola a mi carne, y me miró fijamente, con los ojos hambrientos—. No he dejado de pensar en eso, o en esto... —Pegó los labios a los míos, con áspera ansiedad—. Ni en esto... —Movi6 las manos por debajo del vestido y las subió por mi torso desnudo, levantando mis pechos, elevándolos con sus fuertes manos, y la imagen de estos entre sus dedos fue suficiente para que me retorciera contra él y notarlo duro. Podía

sentirlo; lo deseaba como él a mí, pero no era suficiente—. Pero, sobre todo, soy adicto a ti. —Lo pronunció con suavidad y bajó la vista a mis pechos, que sostenía entre sus manos; a mis piernas, que lo rodeaban; al vestido, arrugado a la altura de mis caderas—. No puedo parar. No creo que pueda detenerme nunca.

No era un «Te amo», pero cuando llevó las manos a mi espalda para levantarme y me empujó desde el porche a la hierba, donde me dejó con manos gentiles, fue suficiente... Fue suficiente cuando se bajó los pantalones cortos y me levantó el vestido para hundirse en mí, con los labios en mi piel, jadeando mi nombre mientras se impulsaba. En ese momento era suficiente. Que Cole Masten me dijera que era adicto a mí era suficiente. Que me dijera que Scott se había equivocado y que yo no estaba acabada... era más que suficiente.

La luz volvió en algún momento de la noche. Oí que Cole se levantaba, oí el roce de la madera cuando cerró las ventanas y luego volvió a la cama y deslizó la mano alrededor de mi cintura mientras me apretaba contra él. Estaba desnudo, y su pecho era cálido y reconfortante contra mi espalda. Ahucó los dedos contra mi pecho de forma posesiva antes de besarme la nuca. Sonreí, dijo algo que no escuché y el sueño me capturó de nuevo.

Por la mañana fui la primera en despertarme, con su brazo caliente y pesado contra mis pechos. Los rayos del sol fluían entre las cortinas, y parpadeé varias veces antes de mirar el despertador, tratando de ver la hora. Las diez y cuarto. Habíamos dormido hasta tarde. Me deslicé con cuidado por debajo de su brazo y bajé las escaleras. Me puse la camiseta que Cole había abandonado en el suelo del salón, y las bragas, que de alguna forma habían terminado en las escaleras. Dejé a Gallito en el patio, riéndome al ver que perseguía a una ardilla, con el pecho hinchado y las alas abiertas. Los filetes que habían sobrado estaban en la nevera, así que los puse en la sartén, para que se calentaran a fuego lento mientras sacaba leche y huevos. Pisé algunos caramelos Nerds mientras me movía por la cocina, y sonreí de oreja a oreja al recordar la batalla nocturna. Había reclamado la cocina como mi cuartel, Cole se había apoderado del comedor y nos habíamos puesto a jugar a esconder el pañuelo del gallo. Después habíamos recogido los caramelos que habíamos usado de balas mientras bebíamos vino. Luego Cole mencionó a la limpiadora. Ahora, a la luz del día, paseé la mirada sobre aquel desastre con una mueca. Casqué el último huevo en la sartén y escuché que Cole gritaba desde arriba.

—¿Qué?! —repuse, con la espátula en la mano mientras movía el huevo en la sartén caliente.

—¡Vuelve a la cama! —Su voz sonaba aturdida.

—¡Ven a desayunar! —grité hacia las escaleras, y luego me volví a concentrar en la sartén, revolviendo los huevos antes de que se cuajaran. Oí que respondía, algunas palabras sueltas, pero las ignoré con una sonrisa en los labios. Unos segundos después, escuché sus pasos saliendo de la habitación y bajando las escaleras.

—Buenos días. —Su voz era ronca, y me volví hacia él con una sonrisa.

Tenía la sartén en una mano y volcaba los huevos con la otra en un plato. Casi se me cayó la sartén cuando lo vi.

Estaba desnudo. Intentaba taparse la erección —sin éxito— con la mano derecha. Las abdominales marcadas, su cuerpo hermoso, las líneas y valles de sus hombros, las duras líneas de su pecho, la tensión de su antebrazo mientras se cubría.

—Buenos días. —Sonreí.

—No puedes preparar el desayuno con mi camiseta a menos que quieras que te folle —gruñó mirándose la polla y luego mi cuerpo, como si eso lo justificara.

—No puedes tomar el desayuno a menos que te vistas. —Señalé con la espátula sus pantalones cortos, abandonados junto a la nevera. ¡Ah, sí, la nata montada! Estaba preocupado por que se estropeará por la falta de electricidad, así que le había sugerido que la metiera en el congelador exterior. Él había arrancado la tapa con los dientes mientras me sonreía, luego había girado la cabeza para escupirla, y si eso no era lo más sexy del mundo, no sabía qué lo era.

Posiblemente lo que ocurrió a continuación, cuando me persiguió, cuando me lamió el cuello, cuando me mordió el hombro, cuando bajó las manos y me subió la camiseta. Cuando inclinó la cabeza para mirar qué había debajo.

—Oh... Summer... —Chascó la lengua mientras deslizaba los dedos por debajo de las bragas—. Mira lo que se interpone en mi camino...

—No, no se interpone —advertí, moviendo la espátula y dándome la vuelta para mirarlo con idea de decirle que dejara de interrumpirme. Pero cuando me di la vuelta, chocó contra mis muslos y bajé la vista. No pude más que apreciar lo que venía, y cuando volví a subir los ojos a su arrogante cara, me atrapó entre sus manos y me besó... Y, bueno, una mujer no puede preocuparse tanto por unos huevos cuando tiene un hombre desnudo y excitado a su disposición. Llevé la mano hacia atrás y apagué el fogón.

Cole estaba acabado. Había seguido pensando que después del sexo aquello se desvanecería. Que satisfaría sus sentidos y lo ayudaría a encontrar el equilibrio. Que se daría cuenta de que ella era una chica más, que se lo habían pasado bien durante una noche y que ahora el rodaje sería más fluido y su vida en Quincy, menos tirante. Pero en mitad de la noche, cuando estaba luchando contra el sueño para seguir abrazándola un poco más, se había dado cuenta de que seguía loco por ella. Y, sin duda, lo estaba todavía más cuando se despertó, con una erección matutina increíble y deseándola con todas sus fuerzas. Oler la comida, encontrarla vestida con su camiseta, en su cocina, con una espátula en la mano, solo había contribuido a dificultar las cosas. Ya se había sentido antes atraído por mujeres, le había encantado follar con Nadia, pero nunca se le había metido alguien bajo la piel de esa manera. Miraba a esa mujer, y la imaginaba cargando a su hijo a la cadera, la imaginaba corriendo por los campos de su rancho de Montana. La veía sentada a su lado en los asientos de terciopelo de los premios de la Academia, con la mano apoyada en su brazo y su aliento cálido contra la oreja. Y todas esas imágenes lo asustaban como la muerte.

Ahora que habían follado en la cocina, que habían desayunado y que tenían los platos lavados, la observaba. Summer estaba de pie en el salón, con las manos apoyadas en esas caderas adorables, aunque su expresión era de frustración, por lo que él rodeó el sofá para acercarse.

—¿Qué te pasa?

—No me puedo llevar todo esto a casa. —Ella señaló con un gesto el botín de la noche anterior, que incluía una máquina de palomitas (nunca había tenido una), un iPad (él había insistido) y pijamas de los Minions, entre otras cuatro bolsas llenas. Summer tenía pensado ponerse el pijama para dormir, pero gracias a Dios no lo había hecho.

—Puedo llevarte. —No quería llevarla. Quería ir a su casa a por todas sus cosas y que se mudara con él. Quería sentarse y planificar el plan de rodaje, y sus cincuenta próximos años. Descubrir todos sus sueños y hacerlos realidad. Quería llevar a Brad DeLuca a Quincy y abrazarlo por haberlo obligado a ir a ese pueblo, por dejarlo en la puerta de casa de Summer y salvar el resto de su

vida.

—Los *paparazzi*... —le recordó ella, mordisqueándose un pellejo antes de agacharse para rebuscar en la bolsa más cercana.

—A la mierda los *paparazzi*.

—Ja. —La vio sacar un paquete de chicles Bubblicious y abrirlo antes de ofrecerle uno—. ¿Quieres?

—No. —La observó mientras lo desenvolvía y se lo metía en la boca. Era un chicle para niños. Tomaba chicles para niños. Ella lo miró, pero antes de hablar hizo un globo, que explotó—. ¿Qué pasa?

—¿Podemos hablar de eso? —Era una pregunta estúpida. Debería haber mantenido la boca cerrada. Tenía que haberla llevado a su casa y haber permitido que todo se desarrollara de forma correcta. O no dejar que ocurriera lo que se suponía lógico y adecuado. Y eso era lo que le preocupaba.

—¿De nosotros? —Summer volvió a hacer un globo, y él luchó contra el impulso de besarla para robarle el chicle.

—Sí.

—¿Te has acojonado por lo que te dije anoche? —Masticó el chicle y se volvió para mirarlo con los brazos cruzados. No era una actitud desafiante, pues aunque tensaba los brazos, tenía las manos debajo de las axilas. Summer estaba nerviosa. Una nueva faceta de ella. Nadia nunca le habría respondido de esa manera. Habría mareado la perdiz, se habría mantenido toda digna mientras él insistía con preguntas e insinuaciones. Sus peleas eran agotadoras, y seguramente esa era la razón de que ambos las evitaran: él desahogaba su ira en el saco de boxeo, y ella, al parecer, con otros hombres.

—No. —Era cierto. Sus débiles declaraciones podían analizarse de cien formas diferentes según el tiempo que quisiera permanecer despierto, y no le asustaban. No cuando resultaban pálidas en comparación con los vivaces sentimientos que lo atravesaban en vívidos tonos diferentes. Bajó la vista al montón de bolsas de la compra, y deseó haber elegido un sitio distinto. Si la invitaba a sentarse, quedaría demasiado serio, pero allí de pie, en esa habitación oscura, con el ventilador girando en el techo y el tictac del reloj de fondo, no era exactamente como lo había imaginado. No era que hubiera pensado en ello; si lo hubiera hecho, se habría puesto cinta adhesiva para mantener la boca cerrada. Sacar eso a colación en ese momento solo podía conducir al desastre.

—Habla. —Summer tenía los hombros más relajados y había dejado de

masticar.

Cole respiró hondo y saltó al precipicio.

—Lo que dije anoche fue en serio. Un hombre tiene que estar loco para engañarte. Un hombre tiene que estar loco si está con otra pudiendo estar contigo. He estado contigo, con tu verdadero yo, durante las dieciocho últimas horas, y no quiero a nadie más. No creo que lo quiera nunca. —Se acercó y la miró fijamente—. Dime que estamos muy bien juntos.

Ella apartó la mirada hacia un rincón alejado de la habitación, aunque luego clavó los ojos en él.

—No lo estamos, Cole. Esto... —Hizo un gesto con la mano para señalarlos a ambos que provocó en él una oleada de dolor—. Esto no puede compararse con lo que tenía con Scott. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Lo siento.

—Pero si... me has dicho que me amabas. He pensado que... —Se apartó de ella y se llevó las manos a los ojos, mientras toda su vida formaba una espiral que se iba por el retrete.

—Y tú decías que era una pésima actriz... —Había risa en sus palabras, y él levantó la vista, confundido. Entonces, ella hizo un globo gigante y lo estalló.

—¿Estabas actuando? ¿Conmigo? —Su mente comenzó a darle vueltas mientras ella ponía los ojos en blanco. Luego, Summer dio un paso adelante, le rodeó el cuello con los brazos y apretó sus dulces labios contra los de él.

—Dios, qué espeso estás... —susurró ella contra su boca—. Sí, estamos muy bien juntos. Sí, yo también te amo. Sí, eres un hombretón estúpido que no sabe decir las palabras que todas mujeres quieren escuchar: «Yo también te amo». —Se inclinó para decir algo más, pero él no se lo permitió. La aplastó entre sus brazos y, en algún momento de ese beso, le quitó el chicle y se lo tragó. Luego se la puso al hombro y la llevó arriba.

Cuando llegamos al camino de entrada de los Holden, la puerta estaba abierta, y la hilera de coches desconocidos formaba ahora una línea ordenada frente a mi casa. Al ver que nos acercábamos, los periodistas se movieron, abrieron las puertas de los vehículos, cogieron las cámaras y se acercaron con rapidez. Los *flashes* parecía más brillantes que la luz del sol.

—¿Estás seguro de que no tenemos que llamar a Casey? —le pregunté nerviosa, con su mano apretando la mía.

—Nena, la primera regla de Hollywood es que los dioses no piden permiso. Asume tu mierda con una sonrisa. —Aparcó la *pickup* y se inclinó hacia mí, pidiéndome un beso. Su sonrisa se hizo más grande cuando se lo di. Los *flashes* de los periodistas iluminaron nuestra piel cuando comenzaron a disparar sus cámaras como locos.

Me reí, y él sonrió; me dio un beso más antes de abrir la puerta.

—Venga, vamos a convertir esto en un infierno. —Tiré de la manilla para abrir la puerta. Me encontré ante mí a un extraño con una gorra de los Lakers, y al ver su camiseta negra, pensé que era una mala elección con este calor. Llevaba en la mano una cámara que seguramente costaba más que mi *pickup*. Le sonreí de forma educada, ante lo que él levantó la cámara. Me junté con Cole delante del capó, y él me tendió la mano. Cuando se la cogí, tiró de mí y me abrazó. El grito que di en respuesta fue captado por todas las cámaras presentes. Cole sonrió, haciéndome fruncir el ceño, y luego me besó el tiempo suficiente como para que me sonrojara.

—Basta —murmuré—. Creo que lo han captado.

Él se rio por lo bajo.

—Todavía no. —Mantuvo la mano en la parte baja de mi espalda mientras íbamos hacia casa. Al ver que se movía la cortina, me pregunté qué demonios estaría pensando mi madre de todo esto. Ya en los escalones de entrada, Cole se volvió, me abrazo y miró al grupo de periodistas, siete u ocho cuerpos que se habían esparcido por el césped sin preocuparse lo más mínimo por lo que yo tenía plantado. Miré fijamente al más cercano, y se alejó de mi jardín de mariposas, con las manos levantadas en un gesto de disculpa.

—Supongo que, ya que estáis apostados en esta propiedad personal, sabéis

quién es esta hermosa mujer que tengo al lado. Pero lo que no sabéis es que es mía. Si vais contra ella, vais contra mi equipo y, lo que es más importante, contra mí. Si alguna vez la convengo para que se case conmigo, estáis todos invitados a nuestra boda. Serviremos *crème brûlée*: os aconsejo que la probéis. —Le golpeé el estómago con la suficiente fuerza como para que se callara, así que me atrajo contra él para darme otro beso—. Solo era una broma, nena. Salvo lo de casarnos. ¿Es demasiado pronto? —Apartó los ojos de los míos con una sonrisa precavida.

—Sí, es demasiado pronto —repuse con severidad—. Sobre todo porque, señor Masten, sigues siendo un hombre casado.

—Ay... —Hizo una mueca—. Ya sabes qué consecuencias tiene llamarme así...

—¿Señor Masten? —bromeé, y me alejé de sus brazos, tratando de llegar al pomo de la puerta. Fue demasiado lento para cogerme.

—Maldita mujer. —Enganchó con un dedo el lazo del vestido y tiró de mí antes de que pudiera girar el pomo—. ¿Te he dicho ya que te amo?

No le respondí, solo sonreí. Luego se abrió la puerta y apareció mamá, y su sonrisa era más grande que nunca.

DOS DÍAS DESPUÉS...

El golpe en la puerta de la caravana fue tan fuerte que las paredes temblaron. Me di la vuelta y rocé, con un dedo perezoso, el costado de Cole.

—Mujer —gimió—, no puedo moverme. Has acabado conmigo.

Me reí; me sentía demasiado débil para moverme, así que no quería pensar en levantarme, vestirme y llegar hasta la puerta.

—Pensaba que faltaban dos horas para la siguiente escena —susurré. No podían haber pasado dos horas. No era posible. Eran las... Busqué el reloj con la vista, pero estaba en el salón, a unos dos metros y medio de distancia. Apoyé la cabeza en el pecho de Cole. La persona que estaba al otro lado de la puerta la golpeó de nuevo, una serie de puñetazos que no demostraban paciencia ni timidez.

—Finge que no estamos aquí —musitó Cole, apretando el brazo a mi alrededor cuando empecé a levantarme.

Desde la cama podíamos ver la puerta de la caravana, por lo que, cuando le dieron una patada, la vimos girar sobre sus goznes, y también vimos al hombre que subía los escalones para atravesar el umbral un segundo después. Agarré la sábana y la sostuve contra el pecho e intenté recordar el nombre de ese tipo... El abogado de Cole. DeRico o algo así. Y estaba aquí. Y la puerta de la caravana de Cole se encontraba en el suelo, caída.

—Mierda —se quejó Cole, tirando de la sábana y echándola hacia mí antes de sentarse en el borde de la cama. Luego cogió una almohada para cubrirse mientras fulminaba al hombre con la mirada—. ¡Qué coño te pasa, DeLuca! ¿Es que no te funciona el móvil?

—No se te ocurra recurrir al viejo truco del móvil cuando vais y hacéis esa jugada por la televisión nacional sin avisarme siquiera. Nadia está cabreada. Más que cabreada. He tenido que escuchar el discurso de ocho minutos que me dejó en el buzón de voz explicándome sus detallados planes para tu castración.

Cole se encogió de hombros.

—Por favor, ¿puedes respetar un poco a Summer y largarte de aquí?

El hombre me miró y asintió.

—Lo siento. —Me miró a los ojos al disculparse, y yo me encogí de hombros. Luego se dio la vuelta y pasó junto a la puerta caída, mirando a Cole.

—Ahora voy —ladró Cole—. Dame un minuto.

DeLuca cerró la puerta del dormitorio, y Cole se inclinó sobre mí al segundo.

—Lo siento, cariño. —Me besó el cuello y saltó de la cama. Cogió unos vaqueros para ponérselos.

—¿Irá todo bien? ¿Con Nadia? —La habíamos olvidado convenientemente en medio de la vorágine de cambios. Cole estaba obsesionado conmigo, y era ajeno a los efectos secundarios que parecían enturbiar la mente de Don y Casey por nuestra relación.

Se puso una camiseta.

—Ya hemos llegado a un acuerdo. Todo irá bien. Solo está enfadada, es lo normal. —Me apretó un pie y me guiñó un ojo—. Enseguida vuelvo.

La silla con el respaldo de cuero que había junto a la puerta corría el grave peligro de acompañar a la puerta de Cole en su viaje al contenedor de basura. DeLuca tenía apoyadas las dos manos en ella, con los nudillos blancos y el rostro congestionado.

Cole se sentó en el sofá y le hizo un gesto a DeLuca para que procediera.

—Vale, suéltalo todo.

—Nadia quiere impugnar el documento de mediación, diciendo que tus declaraciones entonces no fueron de buena fe y que ya estabas enamorado de Summer.

Cole ladeó la cabeza, tratando en entender aquello.

—Pero... si ella está enamorada de ese director..., lo ha estado todo el tiempo. ¿Por qué coño le importa lo que me pase a mí?

DeLuca soltó un suspiro largo y lleno de exasperación.

—Porque tú sabías que estaba con ese director. Quedaba sobreentendido. Mira, al parecer, Nadia tenía la impresión de que, al aceptar nuestros términos, existía la posibilidad de que vosotros dos pudierais volver a estar juntos.

—¿Estás de coña? —explotó—. Ha sido ella la que ha solicitado el divorcio; ¿en serio quería volver conmigo? —Se rio casi delirantemente, como si eso fuera algo que le pasaba a otra persona—. No existe ninguna posibilidad de que vuelva con Nadia desde antes de que me fuera de Los Ángeles. —Miró hacia la puerta del dormitorio: quería que Summer estuviera a su lado, odiaba que se mantuviera alejada como si no fuera parte de su vida. Miró a DeLuca de nuevo, exasperado—. Fuiste tú quien me dijo que, si amaba a Summer, fuera a por ella.

—¿Se trata de eso? No hace mucho que te lo pregunté y no lo sabías.

—La amo. —Cole asintió con fuerza mientras buscaba los ojos del abogado—. No tengo ninguna duda.

—Pues en este momento, tienes dos opciones. O te quedas con Summer y te repartes *La botella de la fortuna* con Nadia, o dejas esta aventura a un lado mientras arreglamos las cosas con Nadia y la prensa. En ese caso, la película será tuya. Toda tuya.

Cole no vaciló ni un segundo.

—Joder, no... Dale la mitad si es lo que quiere.

—¿Estás seguro de eso? —DeLuca soltó la silla y se acercó a él, examinándolo con la cabeza inclinada a un lado—. ¿Estás dispuesto a perder la mitad por ella? —Señaló la puerta cerrada del dormitorio.

—Una vez me dijiste que habías encontrado a tu alma gemela; ¿habrías dado la mitad de una película por estar toda la vida con ella?

Brad entrecerró los ojos.

—No vas a renunciar a ella para siempre si haces lo que yo digo. Lo que te pido es que la dejes en suspenso un tiempo. Seis meses; luego puedes buscarla e intentarlo de nuevo.

—¿Pondrías en peligro la relación con tu esposa? —repitió Cole, y no era una pregunta. Era una afirmación, y Brad lo miró antes de asentir, comprensivo.

—Debe de ser especial —dijo en voz baja.

—Lo es. —Cole sonrió—. Ahora lárgate para que pueda volver con ella.

—¿No tienes ninguna duda? —insistió DeLuca—. Perderás la mitad de tu trabajo.

—No. —Cole negó con la cabeza—. Solo es una película. Nada más. —Una declaración que no hubiera hecho unos meses antes. Cuando toda su vida se centraba en *La botella de la fortuna* y estaba dispuesto a desgarrar su alma para ocultárselo a Nadia. Pero ahora, si eso ponía en peligro su relación con Summer, perdía todo su valor. Quería terminar con Nadia, acabar con la prensa, terminar con todo, salvo con la rubia que lo esperaba detrás de la puerta. Quizá habían sido los meses que había pasado en ese pueblo, un lugar donde no existían la simulación y la competición. Quizá era la forma en la que, gracias a Summer, había mirado dentro de sí mismo y había decidido cambiar.

—Guau... —DeLuca le dio una palmada en la espalda, pasó por delante de la puerta rota y salió por la misma abertura por la que entraba el calor del verano.

—¿Necesitas algo más de mí? —gritó Cole.

—Oh, no. Por favor. —DeLuca agitó la mano—. Menos es más, Cole. Menos es más. —Se movió entre la multitud, y Cole se asomó a la puerta para llamar la atención de Justin al respecto.

—Estamos en ello —repuso Justin. Y Cole vio a dos operarios corriendo con bolsas de herramientas. Hizo un gesto de agradecimiento, saludó a ambos

hombres y regresó a su dormitorio, cerrando la puerta.

Ella estaba sentada en el borde de la cama, con las medias puestas, y abrochándose las hebillas de los zapatos.

—¿Va todo bien?

Él se apoyó en la pared.

—Es posible que la puerta no comparta mi opinión, pero todo va genial.

Ella se puso de pie y se cerró la parte trasera de la falda.

—¿Estás seguro? Me gustaría saber si estoy causándote problemas.

Él dio un paso adelante y la miró.

—Cuando causas problemas, me encanta decírtelo. Pero no, ahora mismo, para mi desgracia, te comportas perfectamente.

Ella sonrió.

—Esta noche se me ocurrirán más formas de hacerte sufrir.

—Lo apreciaré intensamente.

—¡Sí, sí, sí...! ¡Estáis enamorados, lo hemos entendido! —gritó Justin desde el salón—. ¿Estás presentable? Porque tengo que llevar a *Romeo* con Don.

—Ese eres tú —susurró ella con una mirada traviesa. Y él solo quiso empujarla sobre la cama, un solo momento, el tiempo suficiente para que esos ojos color avellana se cerraran de placer.

Justin tosió en el salón, y ella empujó a Cole hacia la puerta.

—¡Ya va! —gritó Summer, y él frunció el ceño—. Nos vemos en el *set* —le prometió ella, cerrándole la puerta (su puerta) en las narices.

Cole se volvió con el ceño fruncido, y Justin se echó a reír.

—Dale a Don diez minutos. Luego podrás volver con ella.

Terminamos la película un martes. Me resultó tan raro como una semana corta. Igual que los últimos días del colegio, cuando solo se ven películas y se firman anuarios, todos nos sentíamos como niños perdidos. Don ladraba a todo el mundo constantemente, y las pocas escenas que se filmaron fueron breves repeticiones de algunas que no le habían gustado la primera vez.

Fue mucho más fácil filmar con Cole después de esa noche. No me había dado cuenta de lo mucho que lo había estado apartando, de lo mucho que había estado luchando contra mi corazón. Cuando dejé de hacerlo, la oleada de afecto resultó aterradora. Era una sensación embriagadora y estimulante por el riesgo que corría. Ahora sabía por qué la gente decía que te colgabas por alguien cuando te enamorabas. Yo caí en picado, sin paracaídas, y esperaba con todo mi ser que él estuviera en el fondo para atraparme. Solo que no había fondo: solo estaba él, con su sonrisa arrogante, que me abrazaba desde el momento en el que me despertaba hasta cuando apagábamos la luz de la habitación. Me deslizaba la mano por el muslo en medio de una reunión de producción, pero el contacto sexual se volvía más tierno cuando me cogía y me agarraba la mano. Me había vuelto adicta a su risa, la que solía encender mi ira. Ahora la entendía; conocía sus sonrisas, sus miradas y todo lo demás de él.

Una semana antes, habíamos acampado en uno de los límites de la plantación de los Holden, junto al lago. Comimos *smores* y bebimos vino, y él me habló de su madre, y de que adoraba a la mía. Luego hablamos sobre la vida después de la película y lo que pasaría. Cole quería llevar a mi madre a California, pero yo le dije que era mamá la que decidía dónde quería vivir. Nunca había estado en California, pero no la veía allí. Al menos si era como Cole había descrito. Ni siquiera estaba segura de que fuera a gustarme a mí.

Fue la primera persona a la que le conté que pensaba irme de Quincy. Creo que le dolió un poco. No en lo emocional, sino más bien como un dolor físico. Había pasado muchas noches pensando en la cama por la noche, mirando el techo. Mis planes había sido bastante elegantes. Le daría dinero a mi madre y le permitiría elegir su infierno; había edificaciones nuevas en las afueras del pueblo, y por ochenta mil dólares podía tener un piso de tres dormitorios y dos

cuartos de baño completos. O, si lo prefería, podía coger ese dinero y buscar otra cosa. Quizá una casita vieja con terreno, más alejada, en uno de nuestros cientos de caminos de tierra. Y cambiaría la *pickup* por un SUV de kilómetro cero con aire acondicionado. Luego me largaría a un lugar más fresco. Quizá a Carolina del Norte.

Esa había sido la esencia de mis planes, de las fantasías que había elaborado en la oscuridad de mi dormitorio. Antes de conocer a Cole. Cuando le conté el plan, observé que tragaba saliva. Volvió la cabeza y la luna iluminó su perfil. Habíamos bromeado sobre el matrimonio delante de los periodistas, habíamos estado juntos desde esa noche en su casa, pero no habíamos discutido sobre el futuro. Cole lo había intentado y yo me había escaqueado, y por fin, junto al fuego, con vistas al lago, dejé de huir. Me detuve y me volví hacia él para enfrentarme a nuestro futuro.

—¿Qué es lo que deseas para nosotros? —Cuando hice la pregunta, él se volvió y me sentó en su regazo para que nos miráramos a la cara.

—No se trata de lo que quiero yo. Yo solo quiero que seas feliz. Así que necesito saber qué es lo que tú deseas.

—Creo que ir contigo... A California.

—Los Ángeles no es un lugar en el que puedas pasar desapercibida, Summer. Al menos atada a mí. —Su voz era cautelosa, y estaba llena de preocupación.

—No pasa nada. Soy una mujer fuerte, podré resistirlo. —Le sonreí y vi el cambio en sus ojos. Supe, antes de que me abrazara, lo que venía a continuación. Cuando Cole Masten ama, da miedo. El hombre ofrece todo su corazón como si esperara que lo aplastaran. A veces me preocupa la forma en la que me mira, cómo me siento con él. La forma en la que se han encontrado nuestras almas me parece algo demasiado precioso, demasiado raro. Si alguna vez lo pierdo, no me recuperaré. Si alguna vez me pierde, temo en qué se convertirá.

Podría enfrentarme a California por él. Lo sabía, pero lo decidí allí, junto a ese fuego, cuando me empujó contra las mantas, tirando frenéticamente de mi ropa.

Juntos, podríamos asumir lo que fuera.

Las secuelas del artículo en la revista fueron enormes. Más grandes de lo que había esperado, más incluso de lo que Casey y Cole esperaban. Más grandes..., pero diferentes. El público, ese gran monstruo aterrador del que me habían dicho que esperara cualquier cosa..., me adoraba. Aceptó mi acto de rebeldía con una furia protectora que asustó a los medios de comunicación hasta someterlos. Evité las entrevistas, rechacé hacer comentarios, y, cada vez que me quitaba del foco de atención, mi fama aumentaba. Aparecieron páginas de fans con mi nombre. Una chica a la que plantaron en Chicago hizo su propio «Summer Jenkins» en su fiesta de despedida. Esa publicidad también ayudó a *La botella de la fortuna*. Se rumorearon las nominaciones a diversos premios antes del estreno, y comenzaron a fluir los acuerdos para la distribución en el extranjero. Me sentía feliz por la película, pero no quería ser famosa. No quería ser objeto de aquella claustrofóbica atención sin fin. Aunque no me gustaba la fama, agradecía el apoyo. No me había dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba hasta que vi que la retroalimentación positiva, el amor de los desconocidos eran inhalados por mi codiciosa alma. Todo aquel apoyo arrastró los tres años de desprecio, los cientos de miradas de desdén, las narices alzadas y los susurros. Me hizo sentir, por primera vez desde aquella noche, que no era yo la que estaba equivocada, sino ellos. Que no había sido yo la que rompió la baraja, sino ellos.

No había vuelto a Quincy desde que terminó la película. Empaqueté todas mis cosas durante la última semana de rodaje y me quedé con mamá hasta tarde haciéndolo. Mis pertenencias eran escasas, y se notó más cuando las metí en cajas de cartón. Hice una purga, tiré muchas cosas. Pero fue algo bueno para mí.

Y cuando me subí a bordo del avión de Cole rumbo a California, me sentí una mujer nueva. Una con futuro. Una cuyo pasado la había hecho más fuerte y mejor.

La última vez que Cole vio a Nadia, él estaba en el antiguo despacho de su abogado. Se sentó en las sillas de piel de cocodrilo de la sala de conferencias, estiró los pies por el suelo y miró el diploma de Harvard con el nombre de aquel cabrón impreso en tinta dorada. DeLuca no quería que estuviera allí, quería que la reunión se desarrollara en terreno neutral, pero Cole quería esa última visita. Además, con el baño de sangre por el que estaban pasando, sentía que necesitaba esa pequeña victoria.

El ultimátum de DeLuca resultó ser una tontería, una especie de prueba. No mentía al decir que Nadia estaba intentando impugnar los acuerdos de mediación, pero lo demás no era verdad. Cole debía haberlo imaginado. Aquel hombre seguramente había atado a su esposa para obligarla a casarse. Aunque se negó a las peticiones de Nadia, y los documentos salieron adelante según el acuerdo de mediación original.

Pero Cole solo poseía la mitad de *La botella de la fortuna*. Nadie lo sabía, salvo Justin, DeLuca y él mismo, pero le iba a dar la otra mitad a Summer. Sin ella, la película habría sido plana. Sin ella, se habría arrastrado por Quincy llorando el final de su vida y emborrachándose todos los días hasta terminar en rehabilitación. Sin ella... Ya no podía imaginarse la vida sin ella.

No pensaba decírselo a Summer todavía; la conocía, y sabía que esa conversación no iba a ir bien. Ella no se comportaría de forma normal y se volvería loca de solo pensar en la riqueza eterna. Frunciría el ceño, apretaría los puños, y Cole estaba seguro de que discutirían por el regalo. Pero esperaba esa discusión, adoraba pelearse con ella. Y cuando esta terminara, hundiría los dedos en su pelo, la miraría de forma salvaje, apretaría su cuerpo contra el de ella, su boca... Dios. Nunca se cansaría de besarla.

Se lo diría después del Festival de Sundance. Cuando estuviera de subidón por los elogios de la crítica y de buen humor. Quizá entonces la carnicería sería menos cruenta. La película estaba terminada, sellada en latas que ponían «Hola, Harry». Era su mejor trabajo. El mejor trabajo de Don. Y, según Summer, el único que ella haría. Si fuera otra mujer, dudaría de su afirmación, pero siendo ella, no. No quería atención, estaba convencida de que no necesitaba dinero y había centrado su atención en construir un hogar. Ese

mismo día irían a ver una propiedad en Brentwood. Tenía ocho acres y medio, así que no podría quejarse de que estuviera abarrotada. El agente inmobiliario le había prometido a Summer que, a pesar del enorme tamaño de la casa, mil doscientos metros cuadrados, resultaba acogedora, por lo que el pobre hombre acabaría con la cabeza en el patíbulo si no era así.

Notó un golpe en el codo y levantó la vista. Ignoró la mirada asesina de Nadia y clavó los ojos en quien le había dado el golpe: Brad DeLuca.

—Firma debajo de tu nombre —ordenó el abogado empujando hacia él un montón de papeles.

Garabateó su nombre lo más rápido que pudo sin que pareciera apurado, y cada página que pasaba era como un vínculo menos entre Nadia y él... Al final, con la última rúbrica, Cole Masten estaba divorciado oficialmente.

Me he convertido oficialmente en la dueña de una casa. Bueno..., en copropietaria. Junto con un idiota hecho carne llamado Cole Masten... Ah, ¿has oído hablar de él? Sí, creo que hizo un anuncio de chicle de menta Doublemint o algo así. De todas formas, Cole Masten y yo somos ahora los propietarios de una casa de cuatro dormitorios en Newberry. Es una propiedad de veinte acres con granero, cuerdas y suficiente espacio para que Gallito busque guisantes hasta que se le caigan las patas. Además, está a un par de horas de Los Ángeles, y a Cole le gusta quejarse de ello. Así que le regalaré un helicóptero por su cumpleaños, para que pueda quejarse por algo más. Además, estoy aprendiendo a pilotarlo, por lo que espero que uno de los dos pueda usar esa máquina. No tengo duda alguna en que yo lo dominaré primero, a pesar de que Cole resuelva todo lo que se propone con un intimidante talento. Vale..., voy a confesarlo, ya sé pilotarlo. Justin ha estado llevándome a Van Nuys cuando Cole está trabajando. Pero ha jurado que mantendrá el secreto, y estoy segura de que no va a decir nada. En cambio, parecerá algo innato en mí, y por fin venceré a mi futuro esposo en algo.

Exacto. Nos vamos a casar. Es otro secreto. No el compromiso en sí, que salió en todos los canales de noticias del país antes de que Cole se arrodillara. Pero la fecha y el lugar de la boda siguen siendo un secreto. Es dentro de seis semanas, en el rancho de Montana. Lo juro, ese rancho es el paraíso. Entiendo que Cole lo comprara. Es la perfección envuelta en amaneceres de rocío y el jadeo de los caballos, el olor de las flores silvestres. Un paraíso... Hasta que llega el invierno: entonces es el infierno. Se vuelve triste y helado... Me despedí de cualquier idea de vivir allí todo el año la primera vez que fui en diciembre. Resulta que me afecta mucho que la temperatura caiga por debajo de la marca de congelación. Pero eso no parece molestar a mi madre, pues nos pidió una cabaña y se instaló, feliz como una perdiz. Quería un trabajo, así que Cole la puso a cargo de los terrenos. Se da una vuelta en un vehículo y se asegura de que las plantaciones estén como deben. Pasa los meses más cálidos de rodillas en la tierra, plantando. Creo, aunque puede que esté equivocada, que mantiene un idilio con Robert, uno de los trabajadores. Mamá coqueteando... Dos términos que nunca pensé que

vería en la misma frase. Cole y yo hemos apostado por cuál será su comportamiento en la boda, y ganaré, por supuesto: nadie conoce mejor que yo a esa mujer.

Así que mamá vive feliz en Montana y nosotros nos hemos instalado en la casa de Newberry a tiempo completo. La propiedad estaba un poco fuera de mi presupuesto al principio, pero, como el resto de mis planes para cuando me fuera de Quincy, también mi presupuesto se fue al infierno. Y, al parecer, voy a ser tan rica durante el resto de mi vida con los beneficios de *La botella de la fortuna* que pude permitirme gastar un poco más. ¿Sabías que Cole se sorprendió cuando me dio la mitad de la película y acepté? Más que sorprendido, pareció impactado. Me dio la noticia encogido, con el cuerpo rígido, lejos de mí, como si esperara un golpe. Acepté el regalo, por supuesto. Muy educadamente, podría añadir. ¿Quién no lo haría? Vale, lo reconozco..., no sabía cuánto dinero generaba la mitad de una película. Ahora que lo sé, quizá fue un poco avaricioso aceptar el regalo sin más, sin intentar al menos rechazarlo con amabilidad. Pero Cole tenía razón: fue la química que había entre nosotros lo que hizo que la película fuera un éxito. Y vaya si lo tuvo. El fin de semana del estreno recaudó cien millones. Y hasta ahora, lleva una caja de quinientos millones en todo el mundo. No sé lo que significa eso exactamente, pero Cole gritó sin parar cuando se enteró, y me hizo dar vueltas hasta que me mareé y lo obligué a llevarme a la cama.

Antes de estar con Cole, nunca había sido la mitad de un todo, pero estábamos tan unidos que era difícil saber dónde terminaba uno y dónde empezaba el otro. Con Scott estaba allí, pegada a su lado, intentando participar en sus conversaciones mientras esperaba que la boda pusiera todo en su lugar. Ahora, los dos somos uno, Cole y yo estamos tan sintonizados, tan conectados, que no sé cómo he podido funcionar sola hasta ahora.

América también nos ha fusionado, pero como nuestros nombres unidos son demasiado engorrosos, somos simplemente «Solemates» —abreviado «Sole»—, por *Soulmates*, y pongo los ojos en blanco cada vez que lo dicen, aunque en secreto me encanta.

Dicen que amar es encontrar a tu alma gemela. Yo encontré a la mía. Lo encontré, dejé que me tirara al suelo y luego me di la vuelta y lo hice mío. Estoy feliz de no haberlo asustado, me alegra que no se rindiera. Me alegra que Bobbie Jo se tirara a Scott y me permitiera descubrirlo. Me siento feliz de que Hollywood y los caminos de tierra se encontraran en Quincy. Y me alegro

de haber estado allí, en aquella casita descolorida, cuando este hombre guapo y herido de amor aterrizó en el pueblo.

EPÍLOGO

Cole la miró; Summer estaba sentada en el suelo del Maserati con las piernas estiradas, con unos pantaloncitos cortos de color rojo que estaba deseando arrancarle. Ante ellos, en toda su grandeza, un Walmart, con el aparcamiento lleno de ocupados californianos que avanzaban con bolsas de la compra personalizadas, los móviles pegados a las orejas entre la polución que flotaba en la ciudad.

—¿Estás preparada para esto? —preguntó Cole con una sonrisa.

Ella levantó la mano para tirar del borde de la bolsa de papel marrón, ajustándosela hasta que sus ojos se posaron en los de él, brillantes en una careta con un tatuaje en forma de lágrima, unos labios de color rojo sangre y un *piercing* en la nariz.

—¿De verdad tienes que preguntármelo?

Cole se rio, tirando de su propia bolsa. Summer había trabajado en ella toda la mañana para dibujar aquel dramático bigote curvo y unas tupidas cejas en la parte superior que harían que la estilista tuviera un infarto.

—¿Puede alguien, por favor, recordarme otra vez por qué, por el amor de Dios, estamos haciendo esto? —Se volvieron hacia la voz apagada y las dos caras que los miraban desde el asiento trasero. La noche anterior habían tenido una deliberación en la que habían alimentado sus cerebros con una pizza de piña y margaritas de Summer, sobre qué identidades iban a adoptar Ben y Justin. Cole se volvió hacia la cabeza mas pequeña de las dos, la cara de Elvis sobre la de Justin, que estaba recostada sobre el asiento mientras Ben, que había querido por una vez en su extravagante vida ser una mujer, aplaudía con entusiasmo. Se suponía que era Marilyn Monroe, y se habían pasado más de cuatro horas para realizar una obra maestra en papel marrón que duraría menos de veinte minutos.

—Estamos haciendo esto —repuso Summer con paciencia— porque Gallito necesita un juguete específico, y necesitamos el material para construirlo.

—Van a pensar que queremos robar y nos dispararán —dijo Ben, que seguía aplaudiendo con entusiasmo. Cole se lo quedó mirando y se preguntó por qué lo decía en un tono tan alegre. Pero Marilyn tenía su parte de razón... Por eso, sin que lo supieran Ben ni Summer, Justin había llamado al Walmart y había

hablado con el director. Había usado el nombre de Cole, su American Express y su estatus como celebridad para convencer al hombre de que los convenciera para comprar con ese ridículo disfraz. Dentro del Walmart estaban ya diez guardaespaldas, vestidos de civil, preparados para mantener a raya a cualquier loco. Aun así, no le cabía duda de que esa excursión terminaría a los cinco minutos de empezar.

—Estamos en California —intervino Summer en un tono que le puso a Cole la piel de gallina—. No llevamos armas, ¿recuerdas? A todos nos gusta salir sin protección. Además, nadie va a disparar a una mujer embarazada, así que ponedme delante si tenéis miedo. Dejad de comportaros como niños en el asiento trasero y salid de una vez.

Abrieron las puertas y salieron del coche.

Si pensaba que la amaba antes, no era nada comparado con lo que la amaba ahora.

NOTA DE LA AUTORA

Quincy es un pueblo de verdad, y allí viven setenta y seis millonarios de Coca-Cola. Se encuentra en el norte de Florida (no en Georgia), pero, salvo ese pequeño detalle, intenté mantenerme fiel a la realidad. Un banquero local que respondía al nombre de Pat Munroe convenció a más de setenta habitantes de Quincy a invertir en acciones de Coca-Cola, incluso dando préstamos para su compra. Esas acciones originales costaban diecinueve dólares, pero ahora cada una vale más de diez millones de dólares. Lo que he escrito sobre la lealtad a la Coca-Cola es cierto. A quien pida una Pepsi en Quincy, puede que lo echen de allí.

Mi gallina se llamaba «Gráciles Rodillas», pero no sonaba bien, así que la llamaba «Grácil». Jamás supo cacarear bien, pero era esponjosa y blanca, y dormía en casa a veces, a pesar de que mi madre no lo llegó a saber nunca. Mi pueblo era similar a Quincy, solo que no había millonarios, sus habitantes eran buenas personas que se cuidaban mutuamente y que pondrían la mano en el fuego por ti. He recordado muchas cosas mientras escribía este libro, y esa fue una de las que más me gustaron del trabajo. Sinceramente, no sé si alguna vez me he divertido tanto escribiendo un libro como lo hice con este. Me he enamorado del pueblo, de la historia y de Summer y Cole. Espero que te pase lo mismo.

Si has disfrutado con este libro, puedes apoyarlo de muchas formas:

Primera, llama o escribe un correo electrónico a un amigo y cuéntale que lo has leído. Si realmente quieres que lo lean, regálase. Si tienes amigos digitales, utiliza la función «Recomendar» en Goodreads, o recomiéndalo en Facebook.

En segundo lugar, por favor, sigue la página de Facebook de *Hollywood Dirt*, (que es como se titula en inglés). Cuando publiques en Twitter o Instagram, asegúrate de escribir #lecturasrecomendadas #elamorquellegódehollywood #hollywooddirt. Eso ayudará a tus amigos a encontrar los enlaces de compra e información sobre el libro.

En tercer lugar, deja un comentario en la ficha del libro. Diversas investigaciones han demostrado que las reseñas y recomendaciones de amigos son el catalizador en el que más confían los lectores para comprar una novela.

Si deseas leer más libros míos, te sugiero que te suscribas a mi *newsletter* o a mis nuevos lanzamientos para enterarte de cuándo salen publicados.

¡Muchas gracias por el apoyo! Visita mi página web, donde puedes enterarte de más cosas sobre mi método de escritura y mi vida personal.

Aviso: En mi cuenta de Twitter hay mucho contenido X.

Sinceramente tuya.

Alessandra.

EL AMOR QUE LLEGÓ DE HOLLYWOOD

ALESSANDRA TORRE



SINOPSIS

Cole Masten lleva años siendo el marido perfecto de Hollywood, pero, allí, los amores eternos solo duran en la pantalla, así que cuando su mujer le abandona, se convierte en el soltero dorado de la meca del cine. Que tengan cuidado las chicas de Los Ángeles, hay un chico malo suelto en la ciudad, y está dispuesto a arrasar con todo.

Summer Jenkins. Esa soy yo, una chica sureña atrapada en Quincy, Georgia. Me encanta cocinar pollo y albóndigas, soy capaz de ganarle todos sus ahorros al póquer a un hombre hecho y derecho y me votaron «Mejor amiga» en el último curso de secundaria.

Nuestros mundos eran muy diferentes, nuestras vidas no deberían haberse cruzado nunca. Pero Cole Masten leyó un libro sobre mi pueblo y, seis meses más tarde, su avión tomaba

tierra en la polvorienta pista de aterrizaje de Quincy, trayendo con él a Hollywood para hacer una película.

Supé desde el principio que solo representaría problemas... para nuestro pueblo... y para mí.

A veces, los polos opuestos no deberían estar destinados a atraerse.

BIOGRAFÍA

Las novelas de Alessandra Torre son todas *best sellers* en las listas de más vendidos de *The New York Times*, *USA Today* y *The Wall Street Journal*. Ha sido firma invitada en publicaciones como las revistas *Elle* o *Cosmopolitan* o el diario *The Huffington Post*. En 2017 se estrenó en PassionFlix la película de *El amor que llegó de Hollywood*, primera novela que publicamos de la autora en Phoebé. Desde su casa, en la Costa Esmeralda (Florida), dedica la mayor parte de su tiempo a sus numerosos proyectos literarios y a interactuar con sus seguidores en Facebook, Twitter y Pinterest. Felizmente casada y con un hijo, le encanta pasar su tiempo libre viendo partidos de fútbol americano de la liga universitaria, montando a caballo, leyendo y viendo películas



Blog personal: <https://www.alessandratorre.com/>

Twitter: @ReadAlessandra

Facebook: @AlessandraTorre0

Instagram: alessandratorre4

Pinterest: atorreauthor